

ANTONIO  
DE  
VALBUENA

OBRAS

V - VI

PQ6005

V35

v. 3

010432





1080018881

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

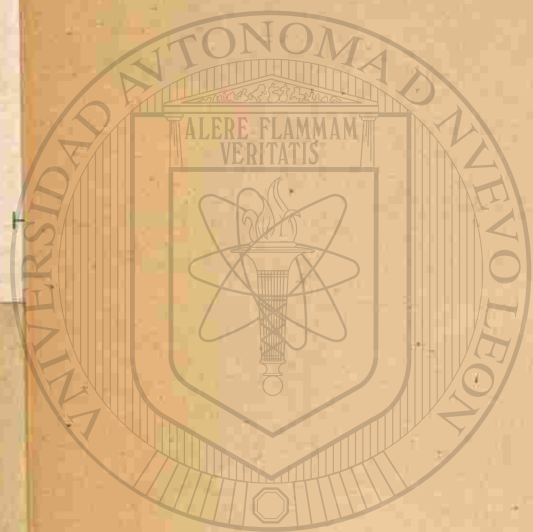
ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA)

# Fe de Erratas

Del Diccionario

*de la Academia.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

TOMO IV

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ

Calle de Preciados, núm. 48.

1896



5

FE DE ERRATAS.

IV.

UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





## OBRAS DE D. ANTONIO DE VALBUENA

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

- Ripios aristocráticos (sexta edición): un tomo en 8.º, 3 pesetas.  
Ripios académicos (tercera edición): un tomo en 8.º, 3 pesetas.  
Ripios vulgares (tercera edición): un tomo en 8.º, 3 pesetas.  
Ripios ultramarinos, primero, segundo y tercer montón: tres tomos en 8.º, 9 pesetas (se venden separados á 3 pesetas).  
Fe de erratas del Diccionario de la Academia (tercera edición): cuatro tomos en 8.º, 12 pesetas. (se venden separados á 3 pesetas).  
Capullos de novela: un tomo en 8.º, 3 pesetas.  
Novelas menores: un tomo en 8.º, 3 pesetas.  
Agridulces (políticos y literarios), primera y segunda toma: dos tomos en 8.º, 6 pesetas.  
Historia del corazón, idilio (tercera edición de gran lujo con ilustraciones), 3,50 pesetas.  
Pedro Blot, versión de Paul Feval (segunda edición): un tomo en 8.º, 3 pesetas.

(Los pedidos á D. Victoriano Suárez, Preciados, 48, Madrid).

### EN PRENSA

Agua turbia, novela.  
Vida del beato Juan de Prado.

### EN PREPARACIÓN

Los cazadores de dotes, novela.  
Ratoncito Nosemás, novela.  
Diccionario de la lengua castellana.

## FE DE ERRATAS

DEL

## NUEVO DICCIONARIO

DE LA ACADEMIA

POR

D. ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA)

TOMO IV



Capilla Alfonso  
UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN  
Biblioteca Universitaria  
Biblioteca Valverde y Retana

MADRID

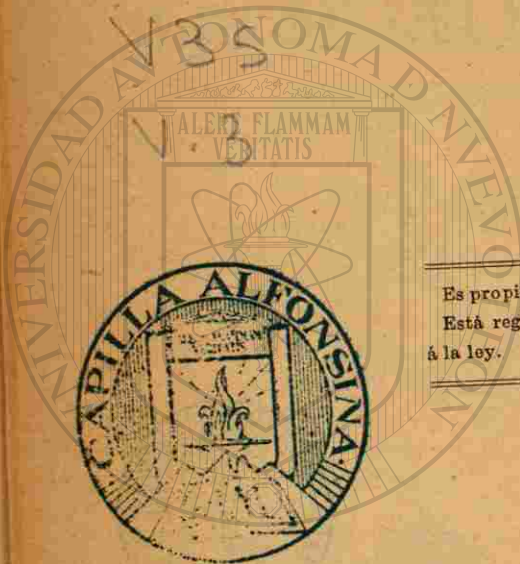
LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ

Calle de Preciados, núm. 48.

1896

46709

PQ 6005



Es propiedad.  
Está registrada con arreglo  
a la ley.

FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID: Imp. y Lit. del Asilo de Huérfanos, Juan Bravo, 5.

## FE DE ERRATAS

DEL

## NUEVO DICCIONARIO

DE LA ACADEMIA

LXXXI

—¿De qué precio es el chocolate más barato que tienen ustedes? — preguntaba una ama de huéspedes en una tienda de ultramarinos.

— Lo tenemos muy barato, señora — la contestó el tendero; — lo tenemos hasta de cinco reales.

— ¡Ah! Yo lo quisiera todavía más barato..... aunque fuera algo más malo — repuso la patrona.

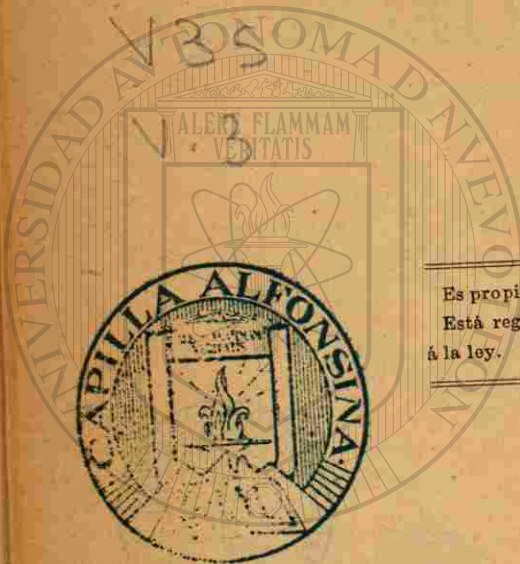
— Pues mire usted — la dijo el comerciante, — más barato puede ser que acaso lo encuentre usted en alguna otra parte; pero lo que es más malo, me parece que no lo encuentra usted en parte ninguna.

Lo mismo pasa con el Diccionario de la

010432



PQ 6005



Es propiedad.  
Está registrada con arreglo  
a la ley.

FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID: Imp. y Lit. del Asilo de Huérfanos, Juan Bravo, 5.

## FE DE ERRATAS

DEL

## NUEVO DICCIONARIO

DE LA ACADEMIA

LXXXI

—¿De qué precio es el chocolate más barato que tienen ustedes? — preguntaba una ama de huéspedes en una tienda de ultramarinos.

— Lo tenemos muy barato, señora — la contestó el tendero; — lo tenemos hasta de cinco reales.

— ¡Ah! Yo lo quisiera todavía más barato..... aunque fuera algo más malo — repuso la patrona.

— Pues mire usted — la dijo el comerciante, — más barato puede ser que acaso lo encuentre usted en alguna otra parte; pero lo que es más malo, me parece que no lo encuentra usted en parte ninguna.

Lo mismo pasa con el Diccionario de la

010432

Academia: podía ser más barato, pero más malo, casi es imposible. Podía costar mucho menos al que le compra, ó al que le compraba, allá cuando se vendía y se pagaban por él cerca de siete duros; podía también salirle más barato al país, si los académicos no cobraran dietas por hacerle, y si el Estado no subvencionara á la Academia para que pague esas dietas y edifique palacios; pero en cuanto á ser más malo, digo yo lo que el comerciante del cuento; porque, francamente, no sé cómo había de ser para ser más malo el Diccionario de la Academia.

En el examen de las cuatro letras primeras A, B, C, D, han visto ya los que han leído los artículos anteriores, cuántos gazapos, es decir, cuántos disparates se encuentran en cada página y en cada columna. Pues en el examen de la E y de las demás letras que siguen no hemos de encontrar menos seguramente.

El primero es el de llamar á la E «*sexta* letra del abecedario castellano», siendo la quinta, sólo por el capricho y la ignara presunción de considerar como una letra á la C y la H unidas. Ya traté de esto en el art. LII y demostré y censuré la sinrazón académica de querer hacer de dos letras una, por lo cual me limito ahora á llamar la atención de los ilustrados lectores sobre la falta de discurso que supone llamar á la E *sexta* letra

del ABECEDARIO, sabiendo que el nombre *abecedario* viene de los de sus cuatro primeras letras A, B, C, D, y por consiguiente, siendo la E la que sigue á la D, no puede ser sino la quinta.

Otro error consiste en dedicar á la letra E el tercer artículo para llamarla *preposición inseparable*. Ya he demostrado también, hablando de otros artículos análogos, la falta de razón con que en esto proceden los académicos; pues en el mero hecho de llamar *inseparable* á esta preposición ó á otra cualquiera, como *ab*, *in*, *per*, confiesan que no se usan sino en composición, y de consiguiente que, por sí, no son palabras castellanas, ni tienen derecho á figurar en el Diccionario de esta lengua. Para poner en él la preposición latina *e* porque entra á componer el verbo EMANAR, v. gr., sería necesario poner también la voz griega *filos*, porque entra á formar nuestra palabra castellana FILOSOFÍA.

¿Y qué diremos del artículo *Ebulición*, que ocupa también un lugar en el Diccionario?... ¿Que qué es *ebulición*, me preguntan ustedes?... Yo no lo sé. Los académicos dicen que es lo mismo que EBULLICIÓN, y no ponen á la *ebulición* ni siquiera nota de anticuada. De modo que si quedara por ahí todavía algún infeliz que hiciera caso del Diccionario de la Academia, ese infeliz usaría indistintamente los vocablos *ebulición* y EBULLICIÓN.



Vale Dios que ya nadie hace caso de semejante libro.

Por eso nadie dice *excepto* ni *exceptuar*, por EXCEPTO y EXCEPTUAR, aunque en el Diccionario figuran tales antiguallas. Como nadie dice *diminución*, sino *disminución*, aunque los académicos ponen la primera forma como corriente y la usan siempre en sus definiciones; por ejemplo, en la de la ECONOMÍA POLÍTICA, que dicen que es «ciencia que trata de la riqueza de las naciones y de las causas de su aumento ó *diminución*.»

Nadie dice tampoco *ecuate*, por más que los académicos digan que es IGUAL, ni creo que en ninguna parte se use familiarmente el verbo *echacorrear*, al cual llaman familiar los académicos.

En el artículo del verbo ECHAR, que es muy largo, se notan las faltillas siguientes: 1.<sup>a</sup> Se dice que ECHAR significa «apostar, competir con uno», y se pone por ejemplo «ECHAR á escribir, á saltar», cuando no se dice así, sino ECHARLA, porque echar á escribir ó á saltar es otra cosa: es ponerse, empezar á escribir ó á saltar. 2.<sup>a</sup> Se pone entre las frases la de ECHAR Á VOLAR á una persona ó cosa», lo cual me parece que no es frase, sino desatino. Porque de algunas cosas sí se dice que se las echa á volar, por ejemplo: «Fulano echó á volar la noticia, la idea», etc.; pero de las personas no se suele decir que se las echa á

volar, sino que se echan ellas: así se dice de los jóvenes que «quieren echar á volar» cuando tratan de casarse. 3.<sup>a</sup> Se consigna la frase «*echarlo á doce*», figurada y familiar, como sinónima de «meter á bulla una cosa»; y ni yo he oído esa frase *familiar* en ninguna parte, ni nadie me ha sabido dar razón de ella. 4.<sup>a</sup> Lo mismo pasa con la frase «*echar tan alto á uno*», que, según los académicos, significa «despedirle con términos ásperos y desabridos»; pero solamente según los académicos, pues entre los demás españoles nadie la usa ni nadie la entiende.

La primera definición que dan los académicos de la EDAD dice: «Tiempo que *una persona* ha vivido, á contar desde que nació.» Bueno. Trabajosilla, pero pase. La segunda dice: «Duración de las cosas materiales desde que empezaron á existir.» ¿Pasaremos ésta también?... Pero entonces podremos preguntar á los académicos qué edad tiene el puente de Segovia, y podremos asegurar á cualquier académico que lo dude que el Palacio real tiene más edad que la estación del Norte, y ésta más edad que la del Mediodía.

¡Relojes desconcertados! Primero mucho restringir, no concediendo edad más que á las personas, y luego despilfarrar hasta concedérsela á los adoquines. En medio quedan las bestias, que, según estas académicas definiciones, parece que no tienen edad; pero

allá hacia el fin del artículo, ya parece que la tienen, puesto que los académicos escriben esto, que ellos dicen que es una frase: «*Conocer la edad por el diente*», y dicen para explicarla: «Conocer los años que tienen los caballos, mulas y otros animales, según los dientes que han mudado». Aquí, como se ve, ya reconocen los académicos que los caballos, mulas y otros animales tienen edad; y siendo la edad, según los mismos académicos, el tiempo que una persona ha vivido desde que nació, ¿gererán esos señores que los caballos, mulas, etc., son personas?

Aparte de estos desarreglos, tiene de notable el artículo de la EDAD que los académicos no dicen en él ni una palabra de la EDAD DE PIEDRA. Se conoce que no les ha llegado todavía la noticia de esa edad, tan traída y llevada en revistas y libros. Verdad es que tampoco dan noticia, sin duda porque no la tienen, del refrán que dice: «En la cara está la EDAD», ni de la frase EN BUENA EDAD, ni de otras muchas cosas que merecían ser concididas.

## LXXXII

Si no fuera por la mala fama que tienen ya los académicos, cualquiera creería que, por lo menos, el artículo dedicado á la palabra EDICIÓN era intachable.

Porque diría cualquiera:

—¿De qué han de entender los académicos, si no entienden de lo referente á los libros?

—Pase, —añadiría algún indulgente, aunque no pueda pasar tampoco; —pase que los académicos desbarren al definir el arado ó el conoide, ó al describir la manera de fabricar el azúcar; pero lo que toca á la formación de los libros ¿no habían de saberlo definir correctamente?....

Y, sin embargo, cualquiera que así discurreriera y que eso creyera, se engañaba.

Porque, en primer lugar, dicen los académicos que edición es «impresión y publicación de un libro ó escrito»; así, con esta sintáxis y esta sindéresis; como si los libros no fueran escritos, sino cosa distinta ó contraria; como si la impresión no fuera bastante y necesitara



el impreso, para constituir *edición*, una *publicación* especial parecida á la de la Bula, y como si no fueran ediciones las ediciones clandestinas.

Después hablan los académicos de la EDICIÓN PRÍNCIPE, y omiten otras varias clases de ediciones, por ejemplo, la EDICIÓN DIAMANTE.

Al definir la palabra EDIL dan los señores otro resbalón gramatical de esos que no tienen disculpa. «Edil — dicen — del latín *œdilis*, m. Entre los antiguos romanos, Magistrado á cuyo cargo estaban las obras públicas, y *cuidaba* del reparo, ornato y limpieza de los templos, casas y calles de la ciudad de Roma.» ¿Qué sintáxis, eh? Aparte de las inexactitudes de la definición, ¡qué sintáxis!... «Magistrado á cuyo cargo estaban las obras públicas»; vamos, una especie de Mariano Catalina, no tan deficiente y mucho más barato..... «Magistrado á cuyo cargo estaban las obras públicas y *cuidaba* del reparo, ornato.....» etc. Es decir, y á cuyo cargo *cuidaba* del reparo, ornato, etc.....

Todo por no saber los académicos que hay que repetir el relativo cuando ha de regir distinto caso, porque un relativo en genitivo no puede hacer relación á un nominativo. Si hubieran dicho: «Magistrado *que* tenía á su cargo las obras públicas», bastaba que añadieran: y *cuidaba*..... etc. Pero habiendo dicho «Magistrado á cuyo cargo estaban las

obras públicas», han debido decir en la segunda oración «y *que cuidaba*..... etc.»

Seguramente no hay ningún español fuera de la Academia que no sepa esto..... á no ser alguno de los que aspiran á entrar en ella.

También la definición de EDUCANDO, DA, es digna de estudio, por lo mala, pues dice: «Joven ó *niña* que entran en un colegio ó convento para ser educados.» ¡*Joven ó niña!* Estas palabras parecen dar á entender que se trata sólo del sexo débil, y que la palabra *joven*, común de dos, está tomada en su acepción femenina; pero como al principio de la definición se lee EDUCANDO y al final *educados*, esta inteligencia no vale. Y hay que creer que los académicos creen que, tratándose de jóvenes, pueden ser educandos los de ambos sexos; pero si se trata de niños, sólo la *niña* puede ser *educando*. ¡Educando..... *joven ó niña!*.... Es como si, queriendo definir al corruptor del habla castellana, dijéramos: «Académico ó ribeteadora de babuchas».

En el artículo dedicado al EFECTO hay dos definiciones forenses trabajosas y desdichadas como ellas..... iba á decir como ellas solas; pero tratando de definiciones del Diccionario, no se puede decir así; hay que decir: «como otras muchas». Son las del EFECTO DEVOLUTIVO y del EFECTO SUSPENSIVO, y dice la primera: «Conocimiento *que toma* el Juez



superior de las *providencias* del inferior, sin suspender la ejecución de éstas». ¡Qué ha de ser ese el efecto devolutivo! El conocimiento que toma el Juez superior (como quien toma chocolate) de las providencias del inferior, no es efecto, sino causa (lo cual me parece que no es lo mismo, á no ser que lo sea en la Academia), y causa precisamente del EFECTO DEVOLUTIVO, ó sea de que el pleito se devuelva al estado que tenía antes de la injusta decisión apelada, ó si se quiere, al que debió haber tenido inmediatamente después de la decisión del inferior, si ésta hubiera sido la que correspondía en justicia.

Buena prueba de lo errado de la definición académica es que, cuando la apelación no prospera, cuando el Juez superior confirma la resolución del inferior, hay la consabida toma de conocimiento..... digo, de conocimiento, que dicen los grandísimos..... Papinianos que es el efecto devolutivo, y, sin embargo, no hay efecto devolutivo.

La definición del efecto suspensivo es la misma, *mutatis mutandis*, y no hay para qué repetirla. De iguales defectos adolece, y de igual modo toman los académicos en ella el rábano por las hojas, ó dígase el efecto por la causa.

*Efectuosamente, efeminación, efeminadamente, efeminado, da, efeminamiento, efeminar*, son formas que hace siglos no tienen uso,

ni, por consiguiente, derecho á ocupar en el Diccionario sitios que podrían ocupar otras palabras, injusta é ignorantemente preteridas.

Así como *efero*, que los académicos dicen que es FIERO, es vocablo puramente latino, lo mismo que *efuso*, *egeno*, *egestad* y *egestión*, que vienen un poco más adelante.

Pero se nos queda en el intermedio EFETÁ, voz que no puede pasar inadvertida, porque su definición es muy..... graciosa. Efetá dicen los académicos que viene del hebreo *hephethahh*, que significa abrete, y que es «voz de la liturgia, que la Iglesia emplea en el Sacramento del bautismo».

Hasta aquí la cosa va bastante bien; no tiene más de malo que la sintáxis, merced á la cual no se sabe si lo que se quiere decir que la Iglesia emplea en el Sacramento del bautismo es la palabra ó es la liturgia.

De todos modos, esto que hasta aquí nos han dicho los académicos, ó en su nombre y representación el etimologista, sin añadir siquiera que la voz es de procedencia siríaca, lo sabe cualquier sacristán y aun cualquier monaguillo: como que el mismo Ritual romano traduce la palabra diciendo: *Ephetá, quod est adaperire*.....

Cuando los académicos empiezan á decir algo suyo, y, como suyo, malo y disparatado, es al definir el sentido vulgar de la palabra,

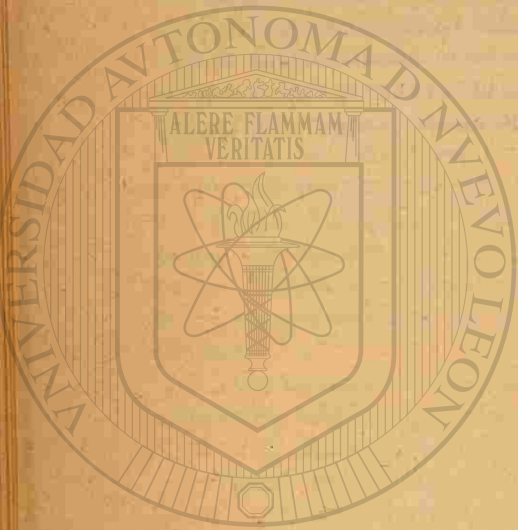
pues dicen: «Voz familiar con que se califica la obstinación ó *renuencia* de alguno». ¡Ave María Purísima!... ¿Y cómo se califica la obstinación ó *renuencia* de alguno con esa palabra? ¿Llamando EFETÁ al Magistrado que se empeña en no hacer justicia, al Gobernador que no quiere perseguir el juego ó al académico que se niega á aprender el castellano?... ¿De dónde han sacado esa estafalaria explicación los académicos? ¿En qué autoridad han podido fundarla?... ¿Quién sabe?... En el capricho de alguno de la casa, ó en algún pasaje de fuera que no han entendido, como aquel en que hablaba del *letuario* Tirso de Molina.

Porque la verdad es que EFETÁ no tiene en castellano más significación que la antonomásica de acto, momento principal y más importante de una operación, de una empresa. Así, por ejemplo, de la policía que sorprende á los ladrones en el momento en que acaban de abrir una habitación para robarla, se puede decir que llegó al EFETÁ. Digo, no se puede decir, porque esto no sucede nunca; pero se podría decir si sucediera. Como se podría decir que el Juez de guardia ó el Gobernador habían llegado al EFETÁ, si llegaran á la *timba* de *Jai-Alai* ó á la de *Fiesta Alegre* en el momento en que un *punto* juega por los azules doscientos duros contra cincuenta. Pero tampoco esto se puede decir,

porque tampoco sucede, ó por lo menos, no ha sucedido hasta ahora, que lleguen en tan buena sazón las autoridades aludidas.

También tendría su verdadero sentido la palabra, diciendo, verbigracia, que los conservadores prometen hacer muchas economías, y al llegar al EFETÁ..... no las hacen. Y esto sí se puede decir, porque es la verdad pura.





Después de poner *eglesia* y *eguar*, diciendo que lo primero es iglesia y lo segundo igualar, llegan los académicos al EJE y le definen, vamos al decir, de este modo: «Pieza de madera, hierro ú otro metal (¿como la madera?), de forma cilíndrica (¿el metal?) ó cónico-truncada, *que está fija* en tanto..... (¿en dónde?....) que voltea (¡ah!) en su derredor una rueda ú otra pieza (y van dos piezas) de una máquina, aparato ó instrumento.»

¡Qué claridad, y qué precisión, y qué hermosura!

Lo primero «pieza de madera, hierro ú otro metal», donde parece entenderse, en buena sintáxis, que también es metal la madera. Después parece que la forma cilíndrica es del metal y no de la pieza. Después viene aquello de *que está fija*, lo cual, sobre no ser exacto, porque no siempre está fijo el eje, resulta oscuro por el *en tanto* que sigue y que parece como que es el punto donde está fijada la pieza; y luego «una rueda ú otra

*pieza*» y «de una *máquina, aparato ó instrumento*». En fin, que no se puede dar una definición más mala.

Tanto, sí; porque tan mala es la segunda del mismo artículo, la cual, queriendo contraerse á los ejes de los carros y de los coches, dice: «Barra de madera ó hierro, que atraviesa los carruajes perpendicularmente á la línea de tracción, y remata por ambos extremos en cilindros ó conos truncados *fijos* (¡dale con lo *fijo!*), en los cuales entran los bujes de las ruedas.»

En primer lugar, lo de «*perpendicularmente á la línea de tracción*» no da idea clara de la posición del eje, porque perpendicular á la línea de tracción suele ser también la vertical, y no es esta la dirección en que el eje atraviesa el carruaje.

Lo de que los cilindros ó conos truncados en que remata por ambos extremos la *barra* sean *fijos*, es simplemente una tontería, pues si son parte de la barra, serán *fijos* cuando lo sea la barra, y cuando no, no. Pero siempre sería más sencillo y más natural decir que es *fija* la barra, que no que lo son los extremos de la barra.

¿Y qué diremos á Dios de aquello de *en los cuales* (en los cilindros ó conos truncados en que remata por ambos extremos el eje) *entran los bujes de las ruedas*? ¿No sería mejor y más exacto decir al revés, que los

cilindros ó conos truncados, esto es, los extremos del eje, entran en los bujes?

Hasta ahora, por lo menos, siempre se había creído que el sable entraba en la vaina; pero los académicos lo han dispuesto, sin duda, de otra manera, y, según ellos, es la vaina la que entra en el sable.

Por último, y para enmendar el yerro de haber puesto como condición esencial del EJE la de ser *fijo*, definen los académicos aparte el EJE GIRATORIO, diciendo que es «el que tiene fija una rueda ú otra *pieza* y la voltea», no como ellos voltean el idioma, sino «por su propio movimiento rotatorio.» Y así terminan el artículo, sin dar noticia de las frases PARTIRLE Á UNO POR EL EJE, y ESE ES EL EJE.

Del verbo EJECUTAR nos dan los académicos una de esas definiciones de sorpresa, como la del EFETÁ, que á cualquiera le dejan pegado. Véanla ustedes: «EJECUTAR. Ir á los alcances á uno con prisa y muy de cerca.....» ¿Que de dónde la han sacado?... ¡Ah! yo no lo sé: los de ahora la habrán sacado del Diccionario del otro siglo, y los de entonces de su casquis, regularmente. ¿De dónde habían de sacar, si no, eso de que EJECUTAR sea *ir á los alcances á uno*?... Y luego, lo más grave es que ha de ser *con prisa y muy de cerca*..... ¿Qué cosas se aprenden en el librote de la Academia que, según su lema, *limpia y fija!*

Pues verán ustedes otra. Llegamos á un



artículo que dice: «EJECUTOR, RA», donde después de definir este adjetivo diciendo: «que ejecuta ó hace una cosa», ponen los Académicos dos rayitas perpendiculares al renglón, más la indicación *For. (forense)*; y, como si el ejecutor forense pudiera ser también *ejecutora*, siguen: «Persona ó ministro que *pasa á hacer una ejecución.....*» ; Persona ó ministro!.... Es decir, que, ó persona es sinónimo de ministro, de modo que toda persona sea ministro, ó, por el contrario, los ministros no son personas.

Otras dos rayitas, y..... ahora va lo bueno: «DE LA JUSTICIA (suple EJECUTOR). Ministro de justicia que *ejecuta* las penas de muerte y otras corporales, como la de azotes, tormento, etc.» Ya ven ustedes lo adelantados que andan los académicos de noticias.

En el año de 1848 se publicó en España el desdichado Código penal, que con algunas modificaciones encaminadas á empeorarle, rige todavía.

En él quedaron abolidas, y ya hacía mucho tiempo que no se usaban, la pena de azotes y todas las corporales, menos la de muerte. Treinta y seis años después de publicado el Código, en 1884, publican los académicos la 12.<sup>a</sup> edición de su Diccionario, y al definir el EJECUTOR DE LA JUSTICIA, dicen que es el ministro de justicia que *ejecuta* las «penas corporales, como la de azotes»; no el que *ejecutaba*, sino el que *ejecuta*, como si el verdugo

anduviera todavía por ahí dando azotes cada lunes y cada martes, cuando hace más de medio siglo que no se aplica á nadie esa pena.

¡Ministro de justicia que *ejecuta.....* la pena de azotes!..... ¡Lástima que no sea verdad!

Porque me parece que los autores de ciertas definiciones bien la merecían.

EJEMPLO..... Allá va, como ejemplo de malas definiciones, la académica definición del ejemplo. Leánla ustedes: «EJEMPLO (del lat. *exemplum*) m. Caso ó hecho sucedido en otro tiempo, que se propone y refiere (¿el otro tiempo?), ó para que se imite y siga, siendo bueno y honesto, ó para que se huya y evite, siendo malo.»

Recordarán ustedes que una de las habilidades de que se alabaron los actuales académicos en el prólogo de su obra, fué la de haber *purgado* de palabras inútiles las definiciones. Si eso es verdad, ¿cómo estaría la transcrita definición antes de purgarla?.... *Caso ó hecho..... se propone y refiere..... se imite y siga..... bueno y honesto..... se huya y evite.....* todo por partida doble..... ¿Cómo estaría, vuelvo á repetir, cómo estaría de ripios esa definición antes de que los académicos la *purgaran*?... Como ahora; porque no la *purgaron*; porque no es verdad ni eso ni nada de lo que dicen en el prólogo, ni casi nada de lo que dicen en el libro. ®



Y allá va otra muestra de cómo *ejercitan* los académicos la facultad de definir. Definen el ejercicio militar, y dicen: «Movimientos y evoluciones militares con que los soldados se ejercitan.» ¡Pues claro! *Ejercicio militar*, los movimientos *militares* con que los soldados se *ejercitan*, y el que quiera saber más que vaya á estudiar á Salamanca.

De camino podrá aprender otra acepción de EJERCICIO, que los académicos omiten: la de los que se hacen para obtener un grado académico, un beneficio ó una prebenda.

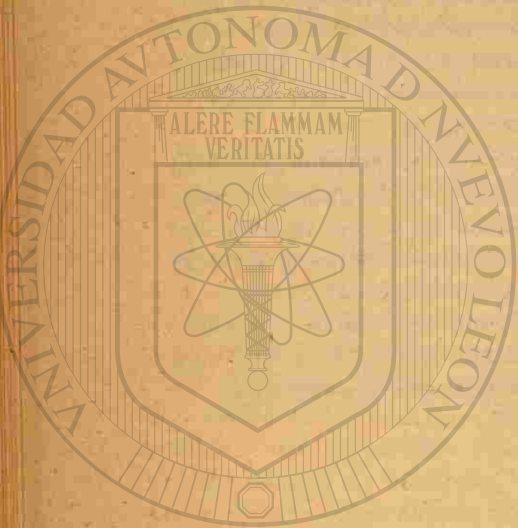
Y ¿qué dirán ustedes que es EJÉRCITO? Pues, según los académicos, ejército es «gran copia de gente de guerra.....» ¡Gran copia!.... ¿Cuántos duros habrán cobrado de dietas los académicos desde que dejó de decirse *copia* en vez de número ó abundancia?.... Y sin embargo..... habiendo tenido tiempo, mucho tiempo, para cobrar dietas, no le han tenido para modificar las definiciones redactándolas de conformidad con el actual estado del idioma.

*Elación*..... ¿Que qué es *elación*?..... Una palabra que no se usa y que no entiende nadie que no sepa latín. Pero los académicos la ponen en su Diccionario como corriente, sin nota de anticuada siquiera, y la dedican nada menos que tres definiciones distintas. *Elación* — dicen — (del lat. *elatio*), f. «Alti- vez, presunción, soberbia». Dos rayitas y.....

«Elevación, grandeza. *Dicese* ordinariamente del espíritu y del ánimo». ¿Qué se ha de decir ordinariamente, del espíritu y del ánimo?.... Diríase, si acaso, al principio del siglo anterior, cuando la Academia comenzó á formar su Diccionario; pero hoy día, ni ordinaria ni extraordinariamente, ni del ánimo ni del espíritu se dice nunca.

Y todavía añaden otra definición que dice: «Hinchazón del estilo y del lenguaje.....» Hinchazón de ineptitud es la que padecen los académicos, que no sirven siquiera para ir armonizando las definiciones con el uso.

Y sin embargo, son muy *elatos*..... lo cual, según su Diccionario, quiere decir que son muy «altivos, presuntuosos y soberbios».



ELCHE..... ¿Saben ustedes lo que es Elche?  
— Sí, por cierto — dirá cualquiera de los lectores, y aun añadirá casi ofendido: — No nos haga usted tan ignorantes en cosas de geografía..... ¡Pues, hombre!..... ¡Aunque fuéramos todos redactores de *La Correspondencia*, que es la especialidad en ignorar ó confundir esas cosas!.... Elche es un pueblo muy hermoso de la provincia de Alicante; es la antigua *Illicum*, hermana de *Lucentum*.....

— Bueno, sí; eso creería usted, ilustrado lector, y eso creía yo también; pero no es eso: para los académicos, ELCHE es «*apóstata ó renegado* de la religión cristiana». Yo no lo había oído nunca; lo confieso ingenuamente. Pero los académicos así lo ponen, porque así lo pusieron sus antepasados..... ¿Que por qué los antepasados lo pusieron?.... No se sabe.

Lo que sí se sabe es por qué los académicos del siglo anterior no hablaron de las ELECCIONES políticas: porque no las conocie-



ron, porque no las había entonces. Pero los académicos de ahora, cansados de ver elecciones políticas y de tomar parte en ellas, tampoco dicen de ellas una palabra, porque.... sus antepasados nada habían dicho, y ellos no hicieron, al llegar al artículo ELECCIÓN, más que reproducirle tal como estaba. Por eso, mientras de la ELECCIÓN CANÓNICA dan una definición larga, aunque mala, de la ELECCIÓN POLÍTICA ó de las ELECCIONES, pues en plural es como se usa con más frecuencia, nada dicen.

Nada. Definen la ELECCIÓN por la plantilla que usan para todos los verbales, diciendo que es «acción y efecto de elegir»; dicen que es además «nombramiento de una persona que regularmente se hace por votos (¿la persona?) para algún cargo, comisión, etc.»; añaden que también es «deliberación, libertad para obrar», como si la *elección* fuera la *libertad*, cuando es su resultado; y con esto y la definición larga y mala de la ELECCIÓN CANÓNICA, se quedan tan campantes, sin dar idea de las ELECCIONES POLÍTICAS, que son hoy las elecciones por antonomasia, ni decir cómo se hacen, ni distinguir entre la directa y la indirecta ó por compromisarios, ni entre la elección por circunscripciones, que los franceses llaman por lista, y la elección individual ó por distritos. ¿No sería bueno saber por el Diccionario todo esto?

Tampoco en el artículo ELECTIVO, VA, dicen más sino «que se hace ó se da por elección», sin explicar las distintas acepciones de este adjetivo, que, si unido al sustantivo MONARQUÍA significa no *hereditaria*, unido al sustantivo SENADOR, ya no dice oposición á *hereditario*, sino á *vitalicio*.

ELECTO, TA. Este artículo también está lleno de disparates, pues en cuanto han dicho que es participio pasivo de elegir, ponen las consabidas dos rayitas y una eme que quiere decir *masculino*, añadiendo: «El elegido ó nombrado para una dignidad, empleo, etc.» ¿Y por qué siendo el participio ELECTO, TA, usado como sustantivo, ha de ser sólo masculino? Si se puede llamar ELECTO á un Gobernador, ¿no se podrá llamar ELECTA á una maestra? ¿En qué cosas yerran estos hombres!

Y luego, lo más gracioso es que omiten la única acepción en que hoy se usa la palabra ELECTO, TA, que es la opuesta á efectivo, la de no haber tomado posesión del cargo ni haber empezado á ejercerle. Así, cuando se dice Obispo ELECTO, Canónigo ELECTO, Gobernador ELECTO, maestra ELECTA de tal parte, se entiende que los aludidos no ejercen todavía las funciones propias de sus cargos, no han tomado posesión de la silla, prebenda, gobierno ó escuela, pues desde que toman posesión y entran á ejercer las funciones pro-

pías del cargo, ya no se les llama electos, aunque hayan sido elegidos.

Y en cambio de dejarnos á oscuras sobre el verdadero significado actual del adjetivo ELECTO, TA, que también se usa como sustantivo, nos dan esta noticia, en extremo interesante: «En los motines de tropas españolas se llamó *antiguamente así (electo)* el nombrado por cabeza de ellos.»

Es de advertir, para mejor apreciar la impertinente majadería de esta definición, que viene así desde el siglo pasado; de suerte que si ya entonces los académicos dijeron *se llamó antiguamente*, ¿qué antigüedad no tendrá hoy eso de llamar *electo* al nombrado por cabeza de los motines de las tropas españolas? Aparte de que bien puede ser que no se haya llamado así nunca.

ELECTRO..... Atiendan ustedes bien, que el caso lo merece. «ELECTRO. Aleación de setenta partes de oro y treinta de plata.» ¡Así! Ni una más, ni una menos.....

«ELECTUARIO. Confección de polvos compuestos, pulpas ó extractos, con jarabe de azúcar.....» ¿Que cómo son los polvos compuestos?.... Fabiés tiene la Academia que..... no o sabrán responder probablemente. Ni con *arabe de azúcar*. ¡Jarabe de azúcar!.... A últimos de siglo XIX hablando la Academia de *arabe de azúcar!*

En la definición de ELEGIACO, CA, falta la

acepción de triste; el articulo *elegiano*, na, sobra, porque ese adjetivo no se usa, como tampoco se usa *elegio*, *gia*, ni aunque se usara significaría afligido ni acongojado.

La definición de ELEGIR no da idea del significado más usual de este verbo, pues solamente dice que es «escoger, preferir á una persona ó cosa para un fin», cuando en su acepción hoy más común es designar ó nombrar por votos.

*Elego*, *ga*, no significa elegiaco más que en latín; en castellano es una tontería, por más que los académicos la pongan como palabra corriente, sin nota de anticuada.

ELEMENTAL dicen los académicos que es lo mismo que FUNDAMENTAL. La cosa tiene gracia, especialmente recordando que la Academia tiene por autoridad á Balmes, que escribió una *Filosofía elemental* y una *filosofía fundamental*, dando á entender con bastante claridad que no significa el segundo adjetivo lo mismo que el primero, sino, próximamente, todo lo contrario.

*Elemosina* es otra palabra latina que, como *elego*, *ga*, está demás en el Diccionario castellano. La *elemosina* latina se llama en castellano LIMOSNA, y por eso llamamos zampalimosnas á ciertos académicos.

Ni ELENCO es índice, ni *eletó*, *ta* es adjetivo castellano, ni, aunque lo fuera, podría significar «pasmado, espantado», como los acadé-



micos dicen. ¡Ellos sí que debían estar pasmados y espantados de sí mismos ó de sus propios disparates! *Eleto* no es más que una forma vieja y zafia de ELECTO, como *efeto* de EFECTO. ¿De dónde sacan los académicos ese *eleto*, pasmado?... De algún pasaje que leyeron y no entendieron.

Al definir la ELEVACIÓN, bastante mal por cierto, dicen los académicos: «Fig. *elación*.....» etcétera. ¿No es verdad que esto también tiene gracia? Para definir una palabra muy usada, emplear otra que no se usa..... De modo que el que no supiera bien lo que es elevación, y fuera á buscarlo al Diccionario, al encontrarse con que ELEVACIÓN es *elación*, diría, de seguro: «Pues ahora lo entiendo menos.»

Para definir el verbo ELEVAR dicen los señores que es «*levantar hacia arriba una cosa.*» ¡*Levantar hacia arriba!* ¡Y esto se lee en el Diccionario de la Academia! ¿Será para los académicos cosa factible *levantar hacia abajo?*.... Naturalmente, como que así levantan ellos el idioma. ¡*Levantar hacia arriba!* En la conversación se emplean á veces parecidos pleonasmos; pero ¡emplearlos en el Diccionario definiendo!....

Verdad es que lo que hacen los académicos no se puede llamar definir casi nunca, sino que es casi siempre emborronar papel para ir cobrando dietas. Por ejemplo: llegan á la palabra ELIJAN, y dicen: «Uno de los lances del

juego del monte.» Con lo cual el que pretendiera conocer por el Diccionario el juego del monte, ó siquiera saber lo que es un ELIJAN, quedaba lucido.

Otra definición buena: ELIJAR. Cocer los *simples* en un líquido *conveniente*, para extraer su sustancia, purificar sus zumos y separar las partes más gruesas, *ó para otros fines*..... Verbigracia, para hacer zapatos, ó para ser recibido en la Academia.

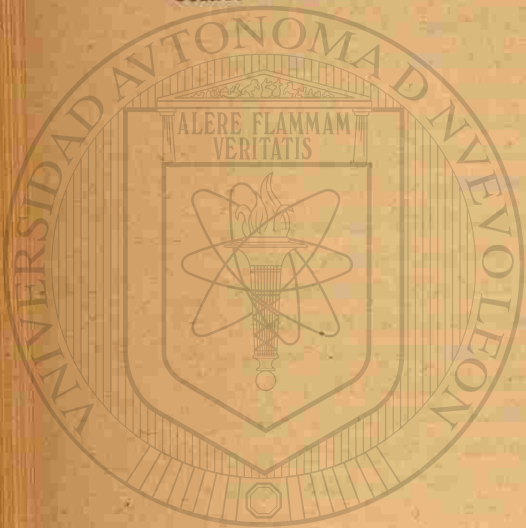
En el artículo ELLA faltan las frases SALIRSE CON ELLA, ¿QUIÉN ES ELLA? y otras varias.

En el artículo ELLO no se da noticia del uso que tiene esta palabra para compendiar un asunto al formular una pregunta ó manifestar un resultado. Verbigracia: «ELLO ¿vienes, ó te quedas? ELLO fué que Juan perdió el pleito.» Tampoco se da noticia de la frase ELLO QUE POR ELLO, que vale tanto como «á pedir de boca».

Podría pasar que llamaran los académicos al EMBALAJE «forro ó cubierta en que se envuelven las mercaderías», porque ya se sabe que no se les puede pedir perfección ni apenas acierto en decir las cosas; pero eso de añadir que EMBALAJE es también el «*coste* del mismo forro ó cubierta», ya no puede pasar, porque es una tontería patente..... Los académicos habrán visto alguna cuenta comercial que diga: «Embalaje..... cuatro pesetas»; pero ¿es esto llamar embalaje al *coste*? Tam-



bién han podido ver cuentas que digan: «Chocolate..... cien pesetas», y, sin embargo, ¿á quién se le ocurre decir que se llama chocolate el coste del chocolate?



## LXXXV

Si los académicos discurrieran como las personas, no pondrían el verbo *embalumar* como usual y corriente, omitiendo el verbo **EMBALUMBAR**, que es el que se usa. Definieron en la letra B la **BALUMBA** y el **BALUMBO**, y aunque pusieron también *baluma* y *balume*, confesaron que eran formas anticuadas. Pues bueno; si *baluma* y *balume* son formas ya completamente fuera de uso; si los sustantivos usuales son *balumba* y *balumbo*, ¿por qué ristras de ajos ha de ser *embalumar* el verbo?

El cual, tras de estar mal escrito, tampoco está bien definido diciendo que es «cargar con cosas de mucho bulto, *especialmente con desigualdad, más á un lado que á otro*». ¿De dónde sacan los académicos esto de la desigualdad y del más á un lado que á otro? Para **EMBALUMBAR** sólo se requiere mucho bulto y poco peso, sin necesidad de esas otras especialidades.

Del verbo **EMBARCAR** dicen que es en sen-

tido figurado «*incluir* á uno en una dependencia ó negocio» *Incluir*..... La expresión no puede ser más infeliz ni más impropia. INDUCIR que hubieran dicho, inducir á uno á entrar en una Sociedad ó á tomar parte en un negocio, hubieran expresado mucho mejor la idea.

En la definición del verbo EMBARRAR han omitido la significación reflexiva de ensuciarse, que es bastante usada, con aplicación á los niños especialmente, y el refrán que dice: «Nadie las calza que no las EMBARRE», para dar á entender que cualquiera, por cuidadoso que sea, cae alguna vez en falta. En cambio ponen dos acepciones que son completamente iguales, y otras dos que son completamente caprichosas.

Al verbo EMBAZAR le ponen los señores dos artículos; uno para decir que significa «teñir de color de pardo ó bazo», y otro para decir un montón de disparates, como, por ejemplo, que EMBAZAR significa, en sentido natural, *detener*, *embarazar*, y, en sentido figurado, *fastidiarse*, etc.; todo ó casi todo por culpa del etimologista, que erró completamente la etimología, diciéndoles que EMBAZAR viene de EMBARAZAR.

No hay tales carneros. EMBAZAR viene sencillamente de BAZO, y significa golpear á un animal en el bazo, dejándole sin movimiento ni respiración apenas. Por extensión y en

sentido metafórico se puede decir que está como embazado el que se queda parado, suspenso, y se dice que tiene «ojos de cabra EMBAZADA» la persona que tiene la vista fija y triste. Pero nunca el verbo EMBAZAR significa *fastidiarse*, como dicen los académicos, ni EMBAZADURA significa asombro y admiración, como afirman los mismos señores, ni puede haber más admiración en todo esto que la que produciría tan grande ignorancia á quien no estuviese curado de espantos.

Que EMBAZAR signifique también «teñir de color pardo ó bazo»..... pase; mas no necesitaba esta significación artículo aparte, y mucho menos antepuesto al otro, porque al fin el color *bazo* se llama así por ser el color de esa viscera.

Más adelante ponen los señores la palabra EMBECADURA y no ponen el verbo EMBECARSE, sin duda porque no le conocen. Después ponen *emblanqueado*, *da*, diciendo que aplícase á la moneda dada de blanco ó bañada de plata; y tras de esta sosada, parecida á aquella otra del *chanflon*, «moneda de un cuarto extendida á fuerza de golpes para que parezcan dos», ponen la *emblanquición* y el *emblanquimento*, dicen algunas simplezas al hablar de la EMBOCADURA, demostrando claramente que todavía no han podido ellos tomársela al idioma; omiten las dos principales acepciones del verbo EMOJAR, la de



levantar ampollas ó bojas y la de poner boja al molino; dicen que el ÉBOLO es «disco ó chapa», y aseguran que EMBORRICARSE es «quedarse como aturdido, sin saber ir ni atrás ni adelante» (cuando es enfadarse); no reparando en que, si se toma por buena su definición, cualquiera puede decir que los académicos están casi de continuo emborrucados.

*Emborrullarse*, por «disputar con vocería y alboroto», es un verbo que sacan los académicos de su cabeza, ó que alguno de ellos oyó á su criada, que sería una estúpida y no acertaba á decir EMBARULLARSE. Porque, eso sí, ellos no cuidarán de aprender y consignar las muchas palabras castizas que les faltan, pero en cuanto oyen una barbaridad, van al Diccionario con ella.

¿Y quién creará que en la definición del verbo EMOZAR no digan los académicos ni una palabra de la capa? Pues no la dicen. Ponen á este verbo dos artículos, indebidamente por cierto, puesto que EMOZAR, cuando significa poner bozo á las caballerías y á los perros, no es verbo distinto de cuando significa ponérsele las personas; pero en ninguno de los artículos figura la capa, siendo casi necesaria para poner en acción el verbo en la acepción más corriente.

En cambio, entre las definiciones del EMOZO ponen esta que sigue: «En algunas

provincias, modo de taparse *de medio ojo* las mujeres.» ¿Qué provincias serán esas, y cómo será ese modo de taparse *de medio ojo*?... Inútil fuera tratar de averiguarlo.

En el artículo EMBUDAR falta la acepción de beber mucho. *Emenda* por ENMIENDA no se dice, ni *ementar* por MENTAR. Ni *emérito* «*aplicase* á la persona que se ha retirado de un empleo ó cargo cualquiera y disfruta algún premio por sus buenos servicios», ni hoy sabe nadie lo que es *emérito*. Como que los mismos académicos añaden que «*dícese* especialmente del soldado cumplido de Roma antigua.....» conque ya ven ustedes si tendrá oportunidad la palabra. Poco más ó menos, como esta otra, *emiente*, que viene un poco más abajo, y de la que dicen los señores que es «mención ó recuerdo».

De la EMIGRACIÓN no dicen más que lo consabido de «acción y efecto de emigrar», sin advertir que significa también el conjunto de emigrados.

La definición del verbo EMIGRAR es igualmente defectuosa, pues se contrae á las personas, y también emigran las aves, y aun algunos mamíferos. No siendo el académico, y ese porque le va demasiado bien entre nosotros, puede decirse que no hay sér viviente que alguna vez no emigre. Pero después de dar la definición, que, sobre ser deficiente, es larga y mala y llena de ripios,

pues hay aquello de *dejar ó abandonar.... una persona, familia ó nación..... domiciliarse ó establecerse, etc.*, añadieron los académicos una coletilla que creyeron de actualidad y que también resulta anticuada, pues dice que «hoy se aplica más bien al que toma *este partido* obligado por circunstancias políticas, cuando ya casi nadie emigra hoy más que por circunstancias económicas, por huir del hambre. Verdad es que estas malas circunstancias económicas, que llevan pueblos enteros á la emigración, son consecuencia de la política desastrosa de los liberales, que empobrecen el país enriqueciéndose ellos.

¿Qué dirán ustedes que es EMISARIO?... Pues EMISARIO, según la Academia, es.... «desaguadero ó conducto para dar salida á las aguas de un estanque ó de un lago». Así, textualmente. Después se lee también que es «mensajero *que se envía.....*» etc.; pero en primer término, y como acepción principal, EMISARIO es ¡desaguadero ó conducto!!!

Y EMPADRONARSE es «apoderarse, enseñorearse de una cosa» (¡así mismo!) y empalar «espeter á uno en un palo, como se espeta un ave en el asador», y EMPALMAR «juntar por los extremos dos maderos *ó sogas* (¿dónde habrán visto ellos empalmar sogas?) *ú otras cosas*»; y EMPANADA «manjar compuesto de carne *ú otra cosa.....*»; y EMPANADO, DA, «aplicase al aposento ó pieza de la casa que, por

estar rodeada (*¿aposento rodeada?*) de otras piezas, sólo tiene *luz de luz*»; y después de tan seguido y tan fuerte disparatar, que llega hasta el extremo de llamar á la luz de segundo orden, á la luz menos clara LUZ DE LUZ, que es como llama el Símbolo de Nicea á Nuestro Señor Jesucristo, *lumen de lumine*, después de todo esto, llegan á definir el verbo EMPANAR, y omiten su acepción más común, que es la de echar pan turrado en el agua que se va á beber, para quebrantarla la friura, diciendo, en cambio, que empanar es «sofocarse los sembrados por *haberse* echado demasiada simiente», lo cual no se llama así, SINO ENLINARSE.

Del verbo EMPANDILLAR, después de decir entre paréntesis que viene de *em* y *pañilla* (no viene de *em*, sino de *en*, sólo que la ene al encontrarse con la pe, se cambia en eme), cualquiera cree que van á dar la definición verdadera, la de poner la pañilla á una casa; pero.... ¡que si quieres!.... dicen que es poner un naipe junto á otro para hacer alguna trampa..... No es mala la que ellos hacen al país y al idioma.

Verdad es que mal podrían dar la acepción verdadera de EMPANDILLAR, cuando no saben, ó á lo menos no ponen en el Diccionario, la más genuina y corriente acepción de PAÑILLA, la de tabla delgada con que se cubre el edificio para poner encima la teja.



EMPAPARSE..... ¿Quién no sabe lo que es empaparse?

— ¿Que quién no lo sabe?... Pues los académicos, que dicen que viene de *em* y *papo* (¡dale con el *em!*), y que significa «ahitarse, empacharse». Lo cual no es verdad, por supuesto; porque eso de «ahitarse ó empacharse», no se llama *empaparse*, sino EMPAPIZARSE, verbo que los académicos desconocen.

Así como EMPAPUJAR tampoco es «hacer comer demasiado á uno, que esto es EMPAPIZAR, sino encoger el cuello haciéndole parecer más grueso, y se dice principalmente de las gallinas.

## LXXXVI

Continuando los académicos en su tarea de limpiar y fijar y dar esplendor al idioma teórica y prácticamente, definen el adjetivo EMPAVESADO, DA diciendo: «armado ó provisto de pavés.» Así, con esos ripios. Y, después de las dos rayitas consabidas, añaden: «m. Soldado que llevaba *este arma*»... ¿De veras?... ¿*Este arma*?... ¿Qué gramática usan en *ese academia*!...

EMPELLEJAR dicen que es «cubrir ó aforrar con pellejos *una cosa*». ¿Y una persona por qué no? ¿Creen los académicos que un pastor, verbigracia, ó un cazador no puede empellejarse?

A la palabra *empenta*, que casi no es palabra porque ya no se usa, la ponen dos artículos nada menos, y ponen á continuación *empentar* y *empentón*, que están en el mismo caso. ®

Pero en trueque de estas impertinencias ¡nos dan unas definiciones del *empeño*!...

La primera es la consabida de «acción y

EMPAPARSE..... ¿Quién no sabe lo que es empaparse?

— ¿Que quién no lo sabe?... Pues los académicos, que dicen que viene de *em y papo* (¡dale con el *em!*), y que significa «ahitarse, empacharse». Lo cual no es verdad, por supuesto; porque eso de «ahitarse ó empacharse», no se llama *empaparse*, sino EMPAPIZARSE, verbo que los académicos desconocen.

Así como EMPAPUJAR tampoco es «hacer comer demasiado á uno, que esto es EMPAPIZAR, sino encoger el cuello haciéndole parecer más grueso, y se dice principalmente de las gallinas.

## LXXXVI

Continuando los académicos en su tarea de limpiar y fijar y dar esplendor al idioma teórica y prácticamente, definen el adjetivo EMPAVESADO, DA diciendo: «armado ó provisto de pavés.» Así, con esos ripios. Y, después de las dos rayitas consabidas, añaden: «m. Soldado que llevaba *este arma*»... ¿De veras?... ¿*Este arma*?... ¿Qué gramática usan en *ese academia*!...

EMPELLEJAR dicen que es «cubrir ó aforrar con pellejos *una cosa*». ¿Y una persona por qué no? ¿Creen los académicos que un pastor, verbigracia, ó un cazador no puede empellejarse?

A la palabra *empenta*, que casi no es palabra porque ya no se usa, la ponen dos artículos nada menos, y ponen á continuación *empentar* y *empentón*, que están en el mismo caso. ®

Pero en trueque de estas impertinencias ¡nos dan unas definiciones del *empeño*!...

La primera es la consabida de «acción y



efecto de empeñar ó empeñarse». Las cinco siguientes no tienen nada de particular, más que la oscuridad, que no es particular, sino general en el Diccionario, y los ripios, que también son generales, como «tesón y constancia...» etcétera. La de más adelante dice: «protector, padrino ó persona que se ha empeñado por alguno», donde parece que no son personas ni el protector ni el padrino.

Pero luego viene la octava, que es de rechupete. Como que se refiere al toreo, y ya se sabe que en cogiendo estos académicos los avíos de torear no hay quien los resista. ¡Se ponen más salados!... Verán ustedes: «Empeño... En el arte de torear precisión que tiene el caballero de apearse del caballo, de ir á pie á buscar al toro, y, sacando la espada, darle dos ó tres cuchilladas por delante, todas las veces que se le cae el sombrero (¿al toro?) ú otra cosa, ó que maltrata el toro al chulo que le asiste (al toro, por supuesto).

¿De dónde habrán sacado los académicos este arte de torear y esta precisión que tiene el caballero de apearse del caballo?.. ¿Que tiene!... ¡Parece que lo han estado viendo el domingo último!... Precisión que tiene el caballero de apearse del caballo, de ir á pie á buscar al toro, y sacando la espada (¿de dónde?) darle dos ó tres cuchilladas por delante todas las veces que se le cae el sombrero ú otra cosa...»

¡Ah! lo que se le cae á uno es el alma á los pies considerando que el pobre país ha tenido que pagar la construcción de un palacio lujoso, aunque feo, y tiene que seguir pagando una barbaridad de dietas, para que los académicos toreen á la gramática y al sentido común con un desagradecimiento parecido al del toro que maltrata al chulo que le asiste.

EMPEORAR... Parece que ya no se puede empeorar la manera académica de definir, después de esa definición del *empeño*; pero la palabra EMPEORAR, como que obligaba á los académicos á ponerla en acción, y, efectivamente... han empeorado. Ahí va la prueba: «EMPEORAR. Hacer que aquel ó aquello que ya era ó estaba malo, sea ó se ponga peor».

Y esto sí que ya no puede EMPEORARSE... Si pudiera, aún lo empeoraría la segunda acepción, que dice: irse *haciendo ó poniendo* peor el que ó lo que ya era ó estaba malo».

El Diccionario, verbigracia, que se ha ido *haciendo ó poniendo* peor, aunque ya era ó estaba malísimo.

¿Cómo puede una EMPERADA ser un RENEGADO?... Yo no lo sé. De las Cortes liberales se ha dicho que lo podían todo menos hacer de un hombre una mujer, ó viceversa. Pero la Academia tiene sin duda más poder que las Cortes, y ni el cambio de sexos se la resiste. Por eso pone en su Diccionario este artículo:

«EMPERRADA f. RENEGADO, última acepción»... Evacué la cita: fui á ver qué RENEGADO era ese que puede ser EMPERRADA, no emperrado, que esto no tendría nada de particular, sino precisamente EMPERRADA, y ha resultado ser un *juego del hombre* entre tres, en que se reparten nueve cartas á cada uno: el tresillo, como si dijéramos... ¡Mire Ud. que llamar al tresillo EMPERRADA!... Y además *renegado*, para poder decir que EMPERRADA es RENEGADO!...

En el artículo EMPINAR falta la frase EMPINARLAS, morirse; al verbo EMPIZCAR, azuzar, le ponen injustamente la nota de anticuado; al sustantivo EMPLAZAMIENTO no le dan más acepción que la forense, y al verbo EMPLAZAR la forense y otra de montería bastante caprichosa. A las dos palabras las falta en el Diccionario la acepción militar, porque los académicos, siempre atrasados, no saben que se EMPLAZA la artillería, que se emplazan los cañones.

Falta en el Diccionario la palabra EMPLENTE, pero no falta la tontería *empobrido*, que dicen que es participio pasivo irregular (¡y tan irregular!) de empobreecer.

¿Y qué dirán ustedes que es empolladura?... Pues *cria ó pollo*... *cria ó pollo* que *hacen las avejas*... «Así: *cria ó pollo*,» Como si dijéramos: «académico ó polli...to.»

Al verbo EMPOZAR se le ponen sin necesi-

dad dos artículos. ¿Y saben ustedes para qué es el segundo? Para, después de haber dicho en el primero que ese verbo significa «meter ó echar en un pozo», decir que significa también «poner el cáñamo á ENRIAR en pozas ó charcas para que se cueza.» Pues si es para que se cueza, será ponerlo á cocer, y no á *enriar*. ENRIAR es como se llama esa operación, y no EMPOZAR; porque generalmente el cáñamo, y también el lino, que no es el cáñamo solo, se echan á cocer en los ríos, y no en pozas. Pero si alguna vez se echan en pozas, y se dice empozar, aquello no será *enriar*... En fin, que los académicos no saben por dónde andan.

EMPRADIZAR, dicen que es «hacer prado un terreno, *echando hierbas* propias para el pasto». ¡Echando hierbas!... ¡Cualquiera sabe lo que quieren decir los académicos... echando disparates!.. Las hierbas las echará el terreno después de empradizado; pero para empradizarle habría que plantarlas; no *bastaría* echarlas... á perder, como hacen los académicos con las difniciones. Si dijeran siquiera «*echando granas de hierbas*... no estaría tan bien dicho como sembrando, pero podría pasar.

No sucede lo mismo con *empronta* y *emprantar*, que ya no pasan hace muchos siglos, y por consiguiente no debían estar ocupando sitio en el Diccionario corriente. Lo mismo



digo de *empresentar*, *emprestillaador*, *empres-  
tillar*, *emprestillon*, *na*, *emprimir*... ¡Si la mi-  
tad del librote está ocupada por vocablos  
inútiles!..

De la EMPUÑADURA dicen los académicos  
que es «*guarnición ó puño de la espada*», con  
lo cual no cometen más que tres pecados:  
1.º, llamar *guarnición* á la EMPUÑADURA;  
2.º, poner como sinónimos *guarnición* y *puño*;  
y 3.º, dejar la *empuñadura* sin definir. Pero  
tres desaciertos solos no les parecieron bas-  
tantes para un artículo, y añadieron, previas  
las dos rayitas consabidas, lo siguiente: «*fig.  
y fam. (figurado y familiar)*. Principio de un  
discurso ó cuento»... Cuento parecerá esto á  
los lectores, pero no lo es, sino realidad  
lamentable; y el que no lo crea, que pase la  
vista por la 1.ª columna de la página 419 del  
libro... ¿Que de dónde han sacado ellos eso de  
que se llame *empuñadura* al principio de un  
discurso ó cuento?... De cualquier parte. A lo  
mejor, de oírsele decir á algún tonto que  
confundiera la *empuñadura* con la *emboca-  
dura*.

EMPUÑAR dicen que es «*asir por el puño  
una cosa*», de donde se deduce que sólo pue-  
den empuñarse las cosas que tienen puño, lo  
cual no es cierto. Porque también se empu-  
ñan otras cosas que no tienen puño; es decir,  
que también es EMPUÑAR asir *con* el puño  
aunque no sea *por* el puño.

Después de darnos la noticia de que *ena-  
ciado* es «*tornadizo y elche*», y además «*súb-  
dito de los reyes cristianos españoles unido  
estrechamente por vínculos de amistad ó in-  
terés á los sarracenos*», dicennos también los  
señores que *enalbar* es «*caldear y encender el  
hierro en la fragua tanto que parezca blanco  
de puro resplandeciente*», y que está anti-  
cuado. Cierto que *enalbar* está anticuado, si  
es que estuvo alguna vez en uso; pero no  
está anticuado ALBAR, que es como se dice, y,  
sin embargo, no aparece en el Diccionario.  
Entre la palabra legítima, usual y corriente,  
y la corrompida ó desechada, los académicos  
optan siempre por la segunda: ya se sabe.

En fin, ¡con decir que hasta la definición  
de *enalbardar* está llena de ripios!... «*Echar  
ó poner la albarda*». *Rebozar ó cubrir con  
harina huevos y otras cosas lo que se ha  
de freir*...» ¿Qué otras cosas serán esas?...  
Aparte de que no se dice *enalbardar*, sino AL-  
BARDAR sencillamente.

Tampoco se dice *enalmagrado*, *da*, sino  
ALMAGRADO, *DA*; pero los académicos no han  
querido desaprovechar la ocasión de hacer  
una tontería consignando la primera palabra,  
y otra tontería mayor definiéndola, pues di-  
cen que *enalmagrado*, *da* es «*tenido por  
ruin*»... ¿De donde les habrá salido esto?...  
A continuación ponen también el verbo *enal-  
magrar* y dicen que es lo mismo que ALMA-

GRAR, teñir con almagre. Y siendo *enalmagrar* teñir con almagre, *enalmagrado* ha de ser «tenido por ruin»... Y todo esto sin nota de anticuado ni nada; de manera que, según los académicos, se puede hoy en día llamar *enalmagrado* al Diccionario de la Academia.

Lo que no se puede es llamar «mujer de mala vida» y «ramera» á toda mujer ENAMORADA; no porque los académicos no lo pongan así en su libro, sino porque al ponerlo advierten que está anticuado, como ellos. Es de creer que nunca estuvo en uso, y que los académicos lo han puesto porque, como leen sin entender lo que leen, confundirían el sentido en que empleara la palabra algún autor más ó menos clásico.

¿Y el adverbio *enamorosamente*? ¿Dónde le habrán encontrado?... Donde el verbo *enaparejar*, sin duda. En cambio no han oído nunca el verbo ENARECAR, puesto que le llaman anticuado. Pero han oído ó soñado que ENARENACIÓN es «mezcla de cal y arena»... y desatino. Y añaden que ENARENAR es «echar arena, llenar ó cubrir de ella». Así, sin decir qué. Unas veces muchos permenores, y otras veces un laconismo antigramatical como el presente: «llenar ó cubrir de ella». ¿Por qué no añadirían siquiera «las calles y otras cosas», según su ordinario estilo?

Con etimología y todo nos han puesto en seguida *enarmonar*. ¿Con qué se comerá esto?.

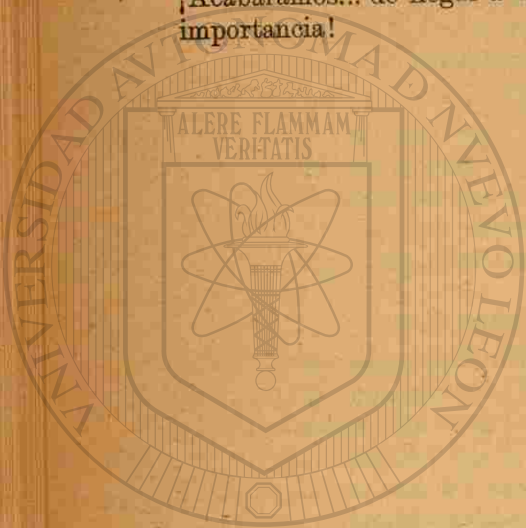
«Del latín *in*, en — dicen — y *armus*, espalda, lomo de los animales (¡qué erudición!) Levantar ó poner en pie *una cosa*». Más adelante ponen *enartamiento*... ¿Ustedes creen que va á ser algo así como hartura?... Pues no, que diz que es artificio. En seguida viene *enartar*, y, es claro, siendo *enartamiento* artificio, *enartar* será algo así como *artificiar*... Nada de eso. *Enartar* no es padre, ni madre, ni pariente siquiera de *enartamiento*; *enartar* es «estrechar, apretar», y además «engañar, encubrir con *disimulación* ó *engaño*»...

¡Engañar con *engaño*!

¿Y *enatiamente*?... La verdad es que esto ya no se parece á nada conocido, y no es fácil conjeturar ni al poco más ó menos su significado. Vamos á ver... Echen ustedes un tiento... ¿Qué será?... Pues *enatiamente* diz que es... como hacen los académicos el Diccionario, «con desaliño, con abandono, con descompostura». Y no hay que tomarlo á extraño, porque *enatieza*, que viene detrás, diz que es «desaliño, descompostura, desaseo»; y *enatio*, *tia*, que está á continuación, no tiene nada que ver con tío ni tía, sino que es «ocioso, excusado, sepefluo (claro que es sepefluo y excusado y ocioso poner en el Diccionario estas cosas) y fuera de propósito». Y *encabalgamento* es *encabalgamiento*, y *encabalgamiento* es «cureña, carro ú otra cosa»,



por ejemplo, cerezas, y *encabalgante* «que cabalga», y *encabelladura* «cabellera», y ENCA-  
BESTRAR «poner el cabestro á los animales...»  
¡Acabáramos... de llegar á una definición de  
importancia!

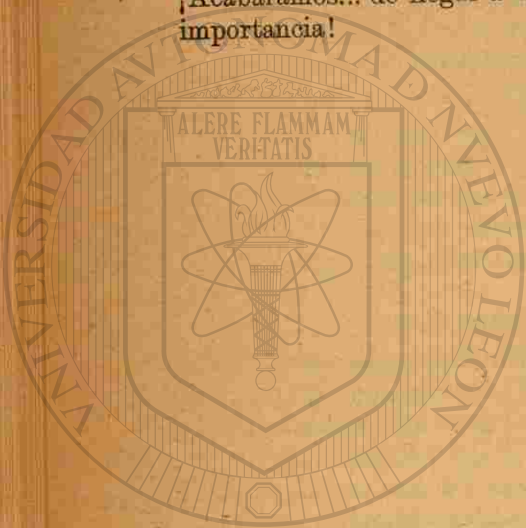


LXXXVII

Después del ENCABESTRAMIENTO que les falta á los académicos, es decir, que falta en su Diccionario, ya no vuelven á tropezar esos señores hasta ENCABRIAR, que dicen que es «colocar los maderos en la forma conveniente para formar el cubierto de un edificio». En primer lugar, se dice *la cubierta*; pero los académicos, por su afición á comer, ven *el cubierto* en todas partes. También es chabacano lo de «en la forma... para formar». Pero lo peor de todo es que ENCABRIAR no es colocar los maderos, así en general, porque maderos para formar la cubierta de un edificio son también los tirantes, y los estribos, y las tijeras, y el colocar estos maderos no es ENCABRIAR. Encabriar es «colocar los *cabrios*», ello mismo lo está diciendo. Aparte de que tampoco suele decirse ENCABRIAR, sino CABRIAR, verbo que falta en el libro.

También dicen los señores que *encachar* es ó ha sido «encajar ó empotrar». Bueno; que lo fuera.

por ejemplo, cerezas, y *encabalgante* «que cabalga», y *encabelladura* «cabellera», y ENCA-  
BESTRAR «poner el cabestro á los animales...»  
¡Acabáramos... de llegar á una definición de  
importancia!



LXXXVII

Después del ENCABESTRAMIENTO que les falta á los académicos, es decir, que falta en su Diccionario, ya no vuelven á tropezar esos señores hasta ENCABRIAR, que dicen que es «colocar los maderos en la forma conveniente para formar el cubierto de un edificio». En primer lugar, se dice *la cubierta*; pero los académicos, por su afición á comer, ven *el cubierto* en todas partes. También es chabacano lo de «en la forma... para formar». Pero lo peor de todo es que ENCABRIAR no es colocar los maderos, así en general, porque maderos para formar la cubierta de un edificio son también los tirantes, y los estribos, y las tijeras, y el colocar estos maderos no es ENCABRIAR. Encabriar es «colocar los *cabrios*», ello mismo lo está diciendo. Aparte de que tampoco suele decirse ENCABRIAR, sino CABRIAR, verbo que falta en el libro.

También dicen los señores que *encachar* es ó ha sido «encajar ó empotrar». Bueno; que lo fuera.



Pero ¿creen ustedes que *encaecer* sea ni haya sido parir?... Los académicos así lo aseguran, añadiendo que «estar *encaecida* una mujer» era lo mismo que «estar parida». Pero no se puede creer eso. Regularmente lo habrán puesto así por no haber entendido algún pasaje de algún libro, cosa en ellos común y ordinaria. ¿No recuerdan ustedes lo de *aballar*, que es lo mismo que *abajar*, ó *BAJAR*?... Porque empleó Quevedo aquella forma antigua, hoy exclusivamente gallega, diciendo:

«*Aballa tu ganado presurosa*»,

pusieron ellos en el Diccionario: «*Aballar, conducir apresuradamente*». ¿No recuerdan ustedes también lo del *letuario*?... Porque á *Tirso de Molina* en una comedia se le ocurrió llamar irónicamente *electuario* á un almuerzo de jamón, é hizo al personaje, que era un criado, pronunciar en zafio la palabra, diciendo:

«y con este *letuario*»,

fueron ellos y pusieron en su librote: «*Letuario. Especie de bocadillo que se solía tomar por la mañana antes del aguardiente*».

Una cosa así ha debido pasarles en esto del *encaecer*. Leerían en algún libro viejo que una mujer parida estaba *encaecida* (decaída), y se dirían, discurrendo como ellos

saben: pues *encaecer* es parir, y... al Diccionario con ello.

«ENCAJONAR. Meter y guardar... una cosa.» *Encalabozar. Poner ó meter á uno en calabozo*. ENCALAR. *Poner ó meter algo...* Todo así en este estilo conciso y puro. ¡Ah! Y ENCALADA, pieza de aderezo... de caballo.»

¿Comprenden ustedes que ENCALMARSE sea «sofocarse las bestias»?... Por de pronto, la sofocación es lo contrario de la calma.

Y volvemos á las definiciones de doble sistema. «ENCAMARAR. Poner y guardar en la cámara los granos...» ¿malignos?... Porque lo que es otros granos no se suelen poner y guardar en cámaras, sino en horreos ó trojes. Y sigue la vena.

«ENCAMARSE. Echarse ó meterse...» ¿Que nunca se han de decidir estos hombres por una cosa... como no sea por las dietas! «*Echarse ó meterse en la cama*.

Otra acepción: «Echarse en la cama las liebres y otras piezas de caza, rehusando... ¡ahora va lo bueno! *rehusando salir á correr*.» Así... salir á correr como si fuera en desaffo. Y luego ¿creen los académicos que no *rehusando salir* no es posible encamarse?... La liebre que se ha metido en la cama dispuesta á surtir al primer ruido que sienta, y que en efecto surte, ¿no ha estado encamada?... Para los académicos no, porque no ha rehusado salir á correr... ¡Bolonios!...

Otra acepción todavía: «Echarse los *panes* y *miejes*». Lo cual no se llama *encamarse*, sino *ACAMARSE*, verbo que no figura en el libro, aunque figura su participio *ACAMIADO*. ¡Siempre la sinrazón y el desorden! Y luego ¿para qué decir *los panes y miejes*? ¿Acaso las *miejes* no son *panes*? ¿No definen los académicos la *mies* diciendo «*Espiga, caña y grano* (así, la caña entré el grano y la espiga) de trigo, cebada y demás semillas de que se hace *pan*»?... Acaso los *panes* que se acaman son otra cosa que *miejes*?... ¿Creen los académicos que pueden acamarse también los *panes* cocidos?... No, los académicos no creen nada, ni en nada más que en el desatino, su dios y señor, después de la nómina.

*Encanamento*... ¿Qué diran ustedes que es *encanamento*?...

— Tontería...

— Bueno, eso sí; pero ¿qué diran ustedes que dicen los académicos que es *encanamento*?... ¡Cualquiera lo acierta!...

Pues dicen que es *canal*. Pero ¿qué diran ustedes que dicen que es *encanarse*?

— Eso diran que es encanecerse: *echar ó tener canas*...

— ¡Quiá! Ni por asomos. *Encanarse* diz que es «pasmarse ó quedarse envarado», no el lector ante la definición, que esto no tendría nada de particular, sino «el niño que no puede romper á llorar por el coraje que

*toma*.» Es de advertir que esta palabra no lleva ni siquiera nota de anticuada, sino que figura como usual y corriente...

*Encanados* los académicos por la fuerza del disparate que acababan de soltar, como lo están ahora *por el coraje que toman* leyendo estos artículos, no pudieron romper á definir bien, y dijeron: «Encanastar, a. Poner algo en una ó más canastas». *En una ó más*, naturalmente. Si poner algo, es decir, *morcilla*, en una canasta, es *ENCANASTAR*, también tiene que ser *ENCANASTAR* poner algo en dos canastas, y en tres y en cuatro. ¡Qué cosas creen necesario advertir!... Pero no es extraño: midiendo la inteligencia de los demás por su propio caletre...

«Engañar á uno con halagos para conseguir de él alguna cosa», dicen que es *encantusar*, y que viene de encantar. Yo creo que no. Yo creo que de donde viene es de la mollera de algún académico que oyó decir *ENGATUSAR* y no lo entendió bien.

*ENCAÑADURA* dicen que es la «caña del centeno entera...» Por muy entera que esté, ¿cómo ha de ser la caña *encañadura*? ¿Puede ser el tarugo *entarugadura*, ni el corte (filo) *cortadura*?... *ENCAÑADURA*, caña de centeno entera *sin quebrantar*, que sirve para henchir jergones y albardas... ¡Es claro! Llamando á la caña *encañadura*, tenían que venir las albardas inmediatamente.



En el artículo ENCAÑAR falta la acepción de vendar, sujetar con cañas ó con tablillas un hueso roto. Después falta el ENCAÑO. La última acepción de ENCAÑONAR dicen que es *componer ó aplachar una cosa...* etc. Componer ó aplachar, como si todo fuera uno. Y después... *aplachar*, cuando todo el mundo dice PLANCHAR, menos los palurdos y, por lo visto, los académicos.

Con lo *encapillado* dicen que es una «expresión familiar con que se da á entender que no se *tiene ó lleva* más ropa que la puesta». ¿Que no se *tiene ó lleva*?... Lo que es para dar á entender que no se *tiene*, podrá servir la frase, mas para dar á entender que no se *lleva*, no hace falta; porque nadie lleva más ropa que la puesta. A no ser que los académicos den en salir por ahí con un saco al hombro, en el que *lleven* la ropa no puesta...

Y *encara* no sería buena la definición... ¿Qué no saben ustedes lo que es *encara*?... Ni yo tampoco. Pero los académicos, envidiosos de que los franceses tengan su *encore*, y los italianos su *ancora*, han querido también que nosotros tengamos algo parecido y han puesto *encara*, diciendo que es un adverbio de modo y de tiempo que significa *aún con todo*. Y, por supuesto, sin nota de anticuado.

Falta el verbo ENCARAMELLAR, y en cambio aparece *encaramillotar*. Aparece también otro verbo raro *encarcabinar*, y éste con dos acep-

ciones, á falta de una. La primera «*meter ó poner á uno en la carcabina*»... ¿Que qué es la *carcabina*? Los académicos dicen que es la CÁRCABA; de modo que más sencillo era «*meter ó poner á uno en la cárcaba*», si es que entre cárcaba y carcabina no hay diferencia, y llamar al verbo *encarcabar*. Aunque lo más sencillo de todo era suprimirle, de no poner otros muchísimos que están en igual caso. Verbigracia, *enalcobar*, «*meter ó poner á uno en la alcoba*»; *encocinar*, «*meter ó poner á uno en la cocina*»; *enacademiarse*, «*meter ó poner á uno en la Academia*»... y así sucesivamente.

La segunda acepción de *encarcabinar* es aún más graciosa que la primera, si cabe. En lugar de *meter ó poner*, ahora es «*henchir ó llenar*». Pero ¿qué dirán ustedes que se *hinche ó llena* cuando se *encarcabina*?.. Pues la cabeza: «*henchir ó llenar la cabeza*»... — ¿De viento? — Cerca andan ustedes... «*Henchir ó llenar la cabeza de mal olor, como el que sale de las cárcabas*». ¡*Encarcabinar... henchir ó llenar de mal olor!*... y la cabeza... ¿No sería bastante *henchir ó llenar* las narices?... ¡Qué académicos estos, qué académicos!...

Del verbo ENCARGAR dicen que está anticuado en la acepción de instar, estrechar, estimular, cuando es corriente, más corriente que ellos con mucho.

En el artículo ENCARGO omiten la frase

usual DE ENCARGO, que quiere decir muy malo, pues se emplea casi siempre irónicamente. Por ejemplo: tenemos unos académicos DE ENCARGO, ó QUE NI DE ENCARGO; es decir, que ni expresamente encargados á Vilademuls resultarían peores.

En lugar de ENCORUJADO, DA y ENCORUJARSE, ponen los académicos *encarrujado* y *encarrujarse*, y al definir estas corrupciones las dan los significados de otro participio y otro verbo que también faltan en el libro, que son ENCORNISCADO, DA y ENCORNISCARSE, pues dicen: «Rizado, ensortijado ó plegado con arrugas menudas», y «retorcerse ensortijarse, como sucede con el hilo cuando está muy torcido, con el cabello... ó con las hojas de algunas plantas y árboles que naturalmente se retuercen», todo lo cual se llama ENCORNISCARSE, porque es tomar forma parecida á los cuernos.

Cinco acepciones ponen los señores al verbo ENCARTAR, y entre las cinco no ponen la verdadera, la única que está hoy en uso; para lo cual parece que se necesita un dón especialísimo, el dón de errar en todo. Primero dicen que ENCARTAR es «proscribir condenando en rebeldía á un reo después de llamarle por bandos públicos». Primera errata; porque si alguna vez encartar significó eso, hoy no significa tal cosa. Después dicen que es «llamar á juicio ó emplazar á uno por edic-

tos y pregones». Tampoco es eso, ni hay memoria de que lo haya sido. Después: «incluir á uno en una dependencia, compañía ó negociado». Tampoco. ¿Se cuentan los académicos unos á otros en sus reuniones nocturnas que á sus hijos Fulanito ó Manganito les han *encartado* en la Dirección de Instrucción pública?... Después: «Incluir ó sentar á uno ó muchos en los padrones ó matrículas para los repartimientos y cargas de gabelas, tributos y servicios». Tampoco esto se llama ENCARTAR, sino empadronar ó amillarar, según la clase de contribución de que se trate. También esta definición es falsa, además de ser literariamente tan mala, con sus *cargas de gabelas* y de despropósitos, que sus autores merecían que se les pegara un tiro á cada uno con un *encaro*, que dicen ellos que es una «escopeta corta».

En la última de las cinco definiciones llegan á hablar del «juego de los naipes», mas tampoco dan en el quid de la sencillísima definición del verbo ENCARTAR, sino que dicen: «En el juego de los naipes, en que se juega de camañeros, tener ambos las cartas de un mismo palo, de manera que no se pueden descartar de otras que les perjudican». ¿Lo entienden ustedes?...

Y no dicen ya más los académicos del verbo ENCARTAR. De modo que ni ponen su significación corriente en la brisca y el tute, la



de ganar sin triunfo, echando una carta del mismo palo y mayor que la que ha jugado el mano; ni ponen tampoco la significación metafórica, muy usada, de ENCARTARSE, que es como encestarse ó aferrarse en sostener un error.

La definición del sustantivo ENCARTE es tanto ó cuanto más disparatada que las del verbo. «ENCARTE, m. En varios juegos de naipes, orden casual en que éstos quedan al fin de cada mano, el cual suele servir de guía á los jugadores para la siguiente». ¡Buenos juegos saben los señores académicos! Porque eso apenas puede tener aplicación más que á la timba ó á otros juegos análogos; pero tampoco se llama encarte...

Después... diz que *encasamento* es «nicho», y *encasamiento* es *encasamento*, y además «reparo de las casas», y *encativar* es «cautivar», y *encauchado* es «ruana ó guardamonte...» Pero esto hay que verlo despacio.

«*Encauchado*, m. Amér. (sustantivo masculino. América). Ruana ó guardamonte, compuesto (¿ruana compuesto?) de dos telas con una capa de caucho en medio... Ruana... ó guardamonte... ¿Cómo puede ser lo mismo *guardamonte* que *ruana*, y las dos cosas lo mismo que *encauchado*? Esto último, por aquello de las dos telas, debe de ser prenda de vestir... Vamos á ver lo que es *ruana*.

RUANO, NA, tiene en el Diccionario dos ar-

tículos. El primero, sin etimología, dice: «RUANO, NA, adj. Roano ó rodado». Vamos á ver lo que es *roano*... «*Rouano, na* (del latín *rufus*) (¡parecerse quiere!) adj. Aplicase al caballo ó yegua cuyo pelo está mezclado de blanco, de gris y de bayo». Vamos á ver qué es RODADO. «RODADO, DA (de *rueda*) adj. Aplicase á los caballos y yeguas que tienen manchas, ordinariamente redondas, más oscuras que el color general de su pelo». Perfectamente. Reconstruyendo ahora la definición de *encauchado*, tenemos que es: «*ruana* ó *guardamonte*...» es decir, «caballo ó yegua cuyo pelo está mezclado ó que tienen manchas ordinariamente redondas más oscuras... ó *guardamonte*, compuesto de dos telas...» etc.

Pero ¿cómo puede ser igual caballo ó yegua cuyo pelo... etc., que *guardamonte*?... Vamos á ver lo que es para los académicos *guardamonte*... «GUARDAMONTE (de *guardar* y *monte* por el acto de montar el arma) m. En las armas de fuego pieza de metal en semicírculo clavada en la caja sobre el disparador para su reparo y defensa... Tampoco parece la prenda de vestir... ni la conexión entre *guardamonte* y *ruana*. Y quedamos en que *encauchado* es «ruana ó guardamonte», es decir, caballo ó yegua de pelo mezclado, ó pieza de metal en semicírculo!!!

¡Ruana ó guardamonte!... ¡Valientes ruanos están los académicos! Ponen en el Diccio-

nario el *encauchado* ese, con su definición enviada de América, y no cuidan de poner y definir las palabras empleadas en la definición, dando su boloniada por resultado que á un chisme compuesto de dos telas y una capa de *caucho* en medio le llamen caballo ó yegua de pelo mezclado y pieza de metal en semicírculo.

¡Ah! ¡Y los insensatos de los académicos que no quieren admitir en la Academia á Doña Emilia Pardo Bazán, que les está haciendo tanta falta! Al fin irá; por más que anden haciéndose ronceros para admitirla, no tendrán más remedio. Lo que debe suceder sucede, y Doña Emilia debe entrar en la Academia, adonde tiende con la misma naturalidad con que los cuerpos graves tienden al centro. Irá, irá. Tiene que ir á hacer pareja literaria con Balaguer, el que dotó de plumas á las gacelas, ya que ella por su parte acaba de hacer volar á las garduñas.

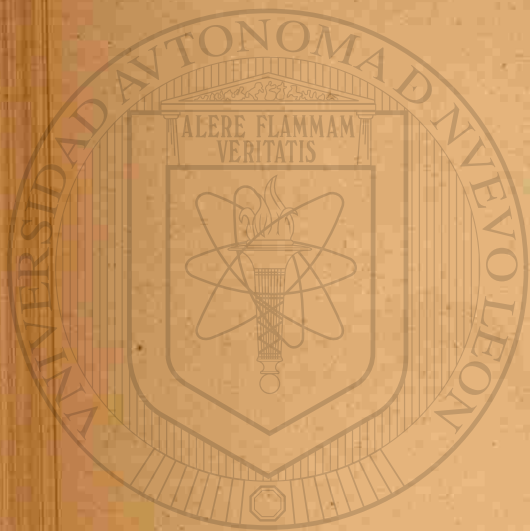
Verán ustedes cómo entre los dos naturalistas eximios arreglan en seguida eso del *encauchado*: «ruana ó guardamonte».

Y lo de *encavarse* que sigue y que es, según los académicos, «ocultarse el ave, conejo, etc., en una cueva ó agujero». ¡Así! «El ave, conejo, etc.», como si el ave y el conejo fueran muy parientes y de iguales costumbres... Tratando de bichos que se ocultan en cuevas, lo primero que se les ocurre, aun an-

tes que el conejo, es el ave... Y no un ave determinada de las pocas que anidan en agujeros, como el vencejo, sino en general el ave, como si las aves tuvieran á *ENCUEVARSE* (que así se dice y no *encavarse*) afición decidida. *Vulpes foveas habent, et volucres caeli nidos*, dijo el Divino Maestro<sup>1</sup>; «las raposas tienen cuevas y las aves del cielo nidos»; mas para los académicos, ni el Evangelio ni el sentido común tienen tanta autoridad como el susodicho don Víctor Balaguer, por ejemplo, que habla en unos versos de la *madriguera* del águila. Por eso nos ponen á las aves en general escondiéndose en las *madrigueras* como los conejos.

1 Math. viii, 20.





ENCEBADAMIENTO... El lector creerá que á lo menos en esta definición no van á errar los académicos... Pues también yerran. Como que dicen que ENCEBADAMIENTO es «enfermedad que contraen las bestias caballares por beber mucha agua...

— ¡Hombre, es particular!... Una enfermedad que se contrae por beber mucha agua, llamarse encebamiento.

— Calma, calma, lector amable; no se precipite Ud., que los señores no han concluido. Es verdad que dicen que ENCEBADAMIENTO es «enfermedad que contraen las *bestias caballares* (las mulares y asnales creen ellos que no se pueden encebadar) por beber mucha agua», pero añaden: «después de haber comido *buenos piensos*.»

— Tras de tardar, parir hija, — como dice el refrán; — porque después de haber dejado para lo último lo que habían de haber dicho lo primero, tampoco lo dicen bien, pues si los *buenos piensos* han sido de habas, ó de

maíz, ó de algarrobas, ó de trigo, no veo que pueda llamarse en buena filología ENCEBADAMIENTO á la enfermedad por ellos producida. Para que haya ENCEBADAMIENTO, creo yo que lo primero que hace falta es cebada, y que esos piensos de que hablan los académicos llamándolos con evidente regocijo *buenos piensos* es necesario que sean de cebada.

—Y cree Ud. bien, discreto lector; pero eso precisamente es lo que los académicos han tratado de evitar en la definición, el mentar la cebada, por aquello del otro refrán del ahorcado y de la sogá. Lo demás, es claro que un *encebadamiento* sin cebada viene á ser como el guisado de pollo sin pollo que sirven en algunas fondas, ó como el bollo que se manda á los niños para engañarlos, sin corteza ni meollo.

ENCEBADAR... Parecerá extraño, pero también aquí la yerran. Porque dicen: «ENCEBADAR, a. (verbo activo). Dar á las bestias tanta cebada, que las haga daño». Y aunque no las haga daño, aunque no se las dé tanta que las haga daño, el darlas la cebada necesaria para que se pongan lucidas también es ENCEBADAR.

ENCEBOLLADO... El Sr. D. Antonio Cánovas es posible que haya hecho esta definición culinaria. Pero lo mismo ha podido hacerla cualquier otro académico. Lo único que se puede asegurar es que no la ha hecho Angel

Muro; porque es ella tal, que quita las ganas de comer el guiso «rehogado todo con aceite».

Para decir que *encebra* fué antiguamente CEBRA y que *encebro* fué antiguamente en *encebra*, á la manera como fué RENEGADO la *emperrada*, gastan los académicos dos artículos.

Por lo minuciosa tiene cierta gracia la definición del ENCENCERRADO. «ENCENCERRADO, DA, adjetivo.—Que trae cencerro...» Con esto parece que era bastante, y no suelen decir más los académicos. Pero esta vez se corren y dicen: «Que trae cencerro, como *algunos* animales (como algunos, porque es verdad que no le traen todos) para que *con su* ruido se sepa dónde están». Y para que, no *con su* ruido, sino con el ruido del cencerro, lleven tras de sí á los demás de la especie... Porque de decirlo había que decirlo todo, y había que poner en seguida el verbo ENCENCERRAR, sin el cual no existiría el participio.

Falta la palabra ENCENDAJE, muy usada, especialmente en plural. En cambio, han puesto los académicos *encendajas*, con la nota restrictiva *min.* (minería), diciendo, con su particularísima gracia para definir, que son «ramas secas que se ponen en los hornos para dar fuego»; no para que den fuego las ramas, que es lo que parece indicar la definición, sino para dar fuego á los hornos, para encenderlos.—No sé yo si será verdad que en minería llamen *encendajas* á los ENCENDA-



JES, ó será que los académicos lo han entendido mal, como entienden ellos casi todas las cosas. Y no quito el casi, porque hay cosas que ni bien ni mal las entienden.

«ENCENDER, a. Hacer que una cosa *arda*». De manera que encender un brasero de cisco no es encender... ¡Buena es que no han de acertar nunca!

«ENCENDIMIENTO, m. Acto de estar ardiendo y abrasándose una cosa». Tampoco. A lo más podrá ser acto de empezar á arder, acto de encenderse. El acto de estar abrasándose sería abrasamiento.

Y ahora viene otra cosa que tiene mucha gracia. *Encentador, ra*, díz que es «el que encienta ó empieza una cosa»: *encentadura*, acción y efecto de *encentar*, y *encentamiento*, efecto de *encentar* ó *encentarse*. Bueno; salvo que no se dice *encentar*, sino ENCETAR, y, por consiguiente, les sobra la segunda ene á todos esos derivados, y salvo que está un poco anticuada toda la familia, no vamos muy mal. Pero viene la palabra *encentar*, y como acaban de decirnos que *encentador* es el «que encienta ó empieza una cosa», cualquiera cree que *encentar* es empezar, y que así lo van á decir los señores lisa y llanamente... ¿no es verdad?... Pues no, no es verdad. *Encentar* es todo menos *empezar*: este verbo no figura en la definición. Y eso que empiezan poniendo entre paréntesis la noticia etimológica que dice que

*encentar* viene «del latín *inceptare* frequent. de *incipere*, comenzar»; pero en cuanto cierran el paréntesis parece que se olvidan de la etimología y se marchan por esos trigos de Dios diciendo que *encentar* es *decentar*, y que antes era «cortar ó mutilar un miembro», y que ahora también es *decentarse*...

Lo que hay es que *decentar* y *decentarse* no son para los académicos poner y ponerse decente, como cualquiera se figura, sino que *decentar* es para ellos... ¿qué dirán ustedes?... Pues *decentar* es *empezar á cortar ó gastar de alguna cosa, como del pan, del queso, del tocino*... Sí, ó de cualquier otra cosa, no siendo del entendimiento; que de ese no han empezado los académicos á gastar todavía...

Después de saber lo que dicen los académicos que es *decentar*, ya no les asustará á ustedes oír que *decentarse* es «ulcerarse una parte del cuerpo», el *estogamo*, verigracia; porque sin duda á algún Comelerán, digo, á algún baturro de los que dicen *estogamo* por *estomago* habrán oído los académicos decir *decentar* por ENCETAR. Y, por supuesto, lo dan como corriente, sin nota de anticuado siquiera.

ENCERRADO, DA. ¿Qué dirán ustedes que es para los académicos?... Participio pasivo de encerrar?... ¿Adjetivo que signifique recogido, recluso, metido en sitio de donde no puede salir, etc?... Nada de eso. Para los académicos ENCERRADO, DA, ni es participio de ENCERRAR

ni significa nada de lo que significa este verbo: ENCERRADO, DA significa solamente... breve, sucinto. Ninguna otra significación le concede el desgraciado mamotreto de la Academia.

En el cual se lee *encertar*, que no es más que una tontería, pero que los académicos dicen que es ó ha sido acertar. Y se lee *encia*, que para los académicos es preposición y significa HACIA, aunque para el buen sentido no es más que disparate; y se lee *enciente*, lo cual dicen los académicos que es ANTES; pero en cambio no se lee que ENCESTAR se usa como reflexivo con la significación de obstinarse, empeñarse en un desierto, como cuando digo yo que la Academia se ha ENCESTADO en sostener en su librote las que llama preposiciones *inseparables*, *ab*, *in*, *per*., etc.; de las que, con llamarlas *inseparables*, ya confiesa que separadas no tienen uso, ni son palabras castellanas, ni deben figurar en el Diccionario.

Que *encintar* sea incitar, es otra baturrera como las pasadas; que *enciso* sea «terreno adonde salen á pacer las ovejas luego que paren», bien puede ser otra tontería; pero por lo menos será un provincialismo que debiera llevar su nota. Si fuera de uso general, que no lo es, también se podría por extensión llamar *enciso* al comedor del Conde de Cheste, donde entraron á apacentarse los académicos luego que parieron el Diccionario.

ENCLAVADURA no es «*muesca* ó hueco», ni tampoco se dice *muesca*, no siendo que acaso en Andalucía, sino *muezca*. Ni tampoco ENCLAVAR es «introducir un *clavo* en los *pies* y *manos* de las caballerías hasta llegar á la carne al tiempo de herrarlas»; porque, en primer lugar, no es posible, tratándose de un *clavo* solo, introducirle en los *pies* y *manos* al mismo tiempo, y menos en los *pies* y *manos* de varias *caballerías*; y además, porque eso que los académicos quieren decir, aunque no aciertan, no se llama *enclavar*, sino CLAVAR.

Tampoco ENCLAVIJAR es «trabar una cosa con otra, uniéndolas entre sí y como *enlazándolas*», sino sencillamente «poner *clavijas*»; y si se trata de unir cosas, unir las con *clavijas* precisamente.

Falta el verbo ENCLUCARSE, que quiere decir, ponerse en *cuelillas*.

Poner *encobador*, así, con *be*, diciendo que es del latín *incubator*, y que significa *encubridor*, ó por lo menos lo significaba, pues lleva nota de anticuado, es una simpleza. Pero poner *encobar*, también con *be*, diciendo que es del latín *incubare*, sin nota siquiera de anticuado, y asegurar que significa «echarse *las aves* y *animales* ovíparos sobre los huevos para empollarlos», esto es una majadería enorme. Porque eso no se llama hoy *encobar*, sino INCUBAR. ¿Dónde vivirán esos grandísimos Comeleranes que no lo han oído mil veces?



*Encobertado*, da dicen que es *encubertado*... Vamos á ver lo que significa *encubertado* y... no lo han puesto. Esto tiene gracia... Enviar á los lectores de una palabra á otra, y que esta otra no se halle en el libro.

«*Encohetar*...» ¡Vaya un verbo! «*Encohetar*, cubrir con cohetes á un animal...» ¿Cuántos animales han visto los académicos así, cubiertos con cohetes?... Y aunque añaden: «Como se hace con los toros», no mejoran por eso la definición, porque con los toros tampoco se hace eso de *cubrirlos con cohetes*; lo que se hace alguna vez es poner á un toro tres ó cuatro pares de banderillas de fuego en las agujas; pero de eso á *cubrirle con cohetes*...

¿Comprenden ustedes que siendo ENCONAR inflamar, irritar, exasperar; y siendo ENCONO mala voluntad, rencor, etc., ENCONADO, DA no sea más que «teñido ó manchado»?... Pues así aparece en el libro académico.

¿Y qué me dicen ustedes de *enconrear*?... Ya sé lo que me van ustedes á decir: que lo primero es aprender á pronunciarlo. Pero no se molesten ustedes en eso, porque no ha de servirles para nada. Porque *enconrear* no es más que una tontería que los académicos dicen que es lo mismo que *conrear*, en lo cual dicen bien, por extraño que sea en ellos, porque *conrear* es otra tontería. Esta dicen que viene de *conreo*, que es otra; con la particula-

ridad de que significando *conreo*, según ellos dicen, «beneficio ó merced», *conrear* dicen que significa BINAR, y por cierto que tampoco saben definir este último verbo.

Pero verán ustedes cómo discurren definiendo el verbo ENCONTRAR: «Hablando de las opiniones, dictámenes, etc., — dicen — opinar diferentemente, discordar unos de otros.» Está bien; pero en seguida ponen las dos rayitas y continúan: «Hablando de los afectos, las voluntades, los genios, etc., conformar, convenir, coincidir.» ¿De veras? ¿*Cur tan varie*?... ¿Por qué siendo encontrarse las opiniones *discordar*, ha de ser *concordar* encontrarse los genios?... ¿De dónde sacan los académicos que afectos encontrados sean afectos conformes?...

Ponen *encorachar*, diciendo que es «*meter y acomodar en la coracha el género que se ha de conducir en ella.*» Ya sé que me preguntarán ustedes ¿qué es la coracha?... Pues la *coracha* diz que es un «*saco de cuero que sirve para conducir tabaco, cacao y otros géneros de América.*...» ¿Y no podrá servir para conducir géneros de Europa?... Si hemos de creer á los académicos, no; pero mejor será no hacerles caso, y creer que de América será la *coracha* esa, pero los géneros lo mismo podrán ser de cualquier parte.

En cambio del solícito cuidado que han tenido de poner ese *encorachar*, que acá nadie

dice, se han olvidado de poner ENCORAMBRAR, que se usa mucho, especialmente en el participio pasivo: vino ó aceite ENCORAMBRADO.

De ENCORCHAR no saben los académicos decir sino que es «coger los enjambres de las abejas y cebarlas (¿cebarlas... á los enjambres? ¿en qué quedamos?) para que entren en las colmenas y fabriquen la miel...» Vamos, que no saben decir sino lo que no es, precisamente. Porque ENCORCHAR, con relación á las abejas, no es *cogerlas* ni *cebarlas*, sino simplemente meterlas en el corcho. Pero también es poner á las botellas tapones de corcho, y también es poner flotadores de corcho á las armadijas de pesca.

El artículo dedicado á *encornudar*, «hacer cornudo á uno», podían los señores haberle omitido, y haber ocupado el sitio que les quedaba vacante completando las acepciones de ENCORREAR, que no es solamente «*ceñir y sujetar*», como ellos dicen, una cosa con correas», sino también criar correa, robustecerse un sér débil y enfermizo, y también poner correas, aunque no ciñan ni sujeten.

¿Saben ustedes lo que es *encorvada*?... Pues la Academia dice que es «*danza descompuesta que se hace torciendo el cuerpo y los miembros*». Vamos, una cosa así como la ocupación ordinaria de los académicos. Porque... ¡danza más descompuesta que la que arman ellos al formar ó reformar el Diccionario,

descoyuntando el idioma y torciendo el sentido de las palabras!...

También dicen que «hacer *uno* la *encorvada*» es «fingir enfermedades para evadirse de una ocasión...»

Y dicen que *encosadura* es, en Andalucía, «costura con que se pega el lienzo fino con otro basto»; pero según mis noticias, no es en Andalucía donde se dice así, sino en *Asnalucía*.

Donde también se dirá *encreyente*, no para significar ingrediente, que es á lo que más se parece la palabreja, sino para significar CREYENTE. Y allí debió de ser también donde ENCRINADO, DA «aplicábase al cabello hecho trenza», como si trenza y crin fuera todo uno. Y allí debieron de aprender los académicos que *encrisnejado, da* es lo mismo que *encrinado*.

«*Encubar*... echar el vino en las cubas», ello mismo lo está diciendo. Y los académicos también lo dicen, aunque no sin añadir, por precaución, que ha de ser «para guardarlo en ellas». De manera que si se bebe el vino alguna vez, no estuvo encubado.

Pero todavía ponen del mismo verbo ENCUBAR otra definición más graciosa, que dice: «Meter á los reos de ciertos delitos, como el parricida...» El *parricida* parece que es un delito... ¡Ah! y se advierte que la acepción no lleva nota de anticuada. Sigamos: «Meter



á los reos de ciertos delitos, como el parricida, en una cuba con un gallo, una mona, un perro y una víbora, y arrojarle al agua».

¡Meter á los reos y... arrojarle! La sintáxis de siempre.

¡Y que no irían divertidos los reos con tan variada compañía!

Lo que hay es que á última hora los académicos advierten que ese castigo «se usó en otro tiempo».

Otro artículo que también tiene gracia: «Encucar, a. pr. Ast. (provincial de Asturias). Recoger y guardar los frutos llamados *cucas*». ¿Qué frutos serán esos llamados *cucas*?... Es lo primero que se les ocurre á ustedes preguntar, como se me ocurrió á mí antes.

Por eso retrocedí en el Diccionario hasta la ce buscando la palabra *cucas*, pero en balde. Porque el pedazo de... asturiano que llevó á la Academia el verbo *encucar* definido y todo, no llevó las *cucas*, y nos dejó sin saber qué frutos son los así llamados.

Están demás en el libro *encuesta*, que dicen los señores que es pesquisa, y *enculpar*, que dicen que es inculpar.

De ENCUNADO dicen que está anticuado, porque como lo están ellos hasta el punto de no saber de toros más que aquello de la «precisión que tiene el caballero de apearse del caballo», etc., no han oído decir que estuvo ENCUNADO tal ó cual diestro. Nada: para ellos

ENCUNADO «aplicábase á los parajes que, siendo cóncavos, están llenos de alguna materia», y no más.

«*Encurtido* (también esto es bueno), fruto ó legumbre que se ha *encurtido*. ¿Y esto creerán ellos que es definir?... Vamos á ver qué dicen del verbo. «*Encurtir*, hacer que ciertos frutos ó legumbres tomen el sabor del vinagre y se conserven mucho tiempo, teniéndolos en este líquido»... Ahí tienen ustedes. Ya saben ustedes lo que es *encurtir*.

Con esto, y con saber que *encha* es «enmienda ó satisfacción del daño recibido en la guerra, y que *enchilada* es «*tortilla ó pan de maíz que se usa en Méjico, aderezado con Chile ó pimiento*», cualquiera está ya en materia de castellano á la misma altura que un igerrote recién nacido.



Dicen los académicos de la ENDECHA, que es una «canción triste y lamentable». Lamentable será si es endecha de académico, porque será mala, y siempre es de lamentar que los malos versos existan. Fuera de este caso, será *lamentosa*; pero, ¿no era bastante haberla llamado triste?...

Que *endechadera* sea *plañidera*, y que *endechera* sea *endechadera*, y que *endechoso* sea *triste y lamentable*, otra vez, lo mismo que la endecha, y que *endeliñar* sea *adeliñar*, á cualquiera podía tenerle sin cuidado, si no fuera que con esas tonterías y otras ocupan los académicos lo menos la mitad de su Diccionario.

Ninguna necesidad tenían tampoco de poner *endemás*; pero de poner esta antigualla, siquiera que la definieran ó tradujeran de un modo razonable, y no diciendo como dicen que significaba *particularmente*. ¡*Endemás particularmente!*...

Lo mismo que poner ENDEMONIAR y decir



que es verbo activo, que significa «introducir los demonios en el cuerpo de una persona». Así; ¡Como si fuera cosa corriente introducir demonios en los cuerpos de las personas por medio de una jeringa ó por otro procedimiento análogo!... ¡Como si los demonios no pudieran por sí mismos introducirse!

Y aquí viene otra tanda de palabras inútiles, que nadie usa, como *endeñado*, *dañado*; *endrecera* y *derecera*, *derechera*; *enderezo*, *dirección*, etc. Pero en cambio falta el verbo ENDERECHAR, que es bien usado.

Y en cambio sobra el adjetivo *endevotado*, que es una tontería; porque el que es «dado á la devoción» se llama DEVOTO.

Tampoco es verdad que ENDIABLADO, DA signifique «muy feo y desproporcionado». Si así fuera, habría que llamar endiablado á Comelerán, verbigracia, y á otros académicos que son bastante feos, pero que en lo tocante á diabluras no pasan de ser unos pobres diablos.

Otras dos palabras ridículas, *endrecera* y *endrezar*, ponen aquí los académicos, diciendo que la primera es *endrecera* y la segunda... una porción de cosas: entre ellas *remediar* y *recompensar*... ¡Sería curioso saber de dónde han deducido ellos que *endrezar* fuera remediar!

Tan ridículas como las dos anteriores son estas otras dos palabrejas: *enechado*, que di-

cen que es expósito, y *enechar*, que es «echar en la casa de expósitos los niños».

Con motito de un refrán de corte académico que se halla en el artículo dedicado al ENEMIGO y que dice: «quien á su enemigo *popa*, á sus manos muere», he ido á ver la definición académica del verbo *popar*, y he encontrado que es maravillosa. Primero dice el etimologista que *popar* viene del latín *palpare*, acariciar, halagar. Y en vista de esto, en vista de que viene de un verbo latino que significa acariciar, halagar, dicen los académicos que *popar* significa... todo lo contrario, «despreciar ó tener en poco á uno ejecutando con él actos de *desprecio*». Pero en seguida ponen las dos rayitas y vuelven á decir que *popar* significa «acariciar ó halagar» y además «tratar con blandura y regalo, *cuidar mucho*». ¿Puede llegar á más la falta de seso?... ¡En un mismo artículo poner á un mismo verbo significaciones contrarias, como despreciar y halagar, ejecutar con uno actos de desprecio y cuidarle mucho!

¡Y todavía hay por ahí quien, echándose las de crítico, toma en serio á la Academia y discute si debe entrar en ella este escritor ó el otro!... No. Digan lo que quieran la vanidad y el interés, la Academia es una corporación imbécil y no debe entrar en ella nadie que no merezca llevar aparejo.

Sigue en el malaventurado librote la pala-

bra *eneo*, que dicen que es adjetivo poético; porque los académicos, refractarios casi todos á la belleza é incapaces de apreciarla, llaman poético á lo más feo que encuentran.

Siguen después *enertarse*, que diz que es «ponerse yerto», y *enescar*, que diz que es «poner cebo», y *enfastiar*, que diz que es «causar hastío», y *enfeminado*, y *enfermante*, y *enfermizar*, y *enfermosear*, y *enferozar*, que diz que son... cualesquiera cosas, y *enfestar*, que no es infestar, sino «levantar», y *enfiar*, y *enfiesto*, y *enfingimento*, y *enfinta*, y *enfintoso*, y *enfi-teosis*, y *enfi-teota*, y *enfi-teoto*, y *enfuzar*, y *enfogar*, y *enforcia*, y *enfurtir*, y un sinnúmero de palabras que hacen creer al que las va leyendo que el libro que tiene en la mano es el vocabulario de alguna lengua muerta ó de algún dialecto desconocido.

Aparte de que ENFARDELAR no es «hacer fardeles», sino llenarlos; y aparte de que *tomar uno enfermería* no es frase castellana, sino académica; tampoco *enfotarse* es verbo castellano que signifique «tener fe y confianza». El verbo castellano es OTEARSE, y antes ENOTEARSE, estar al OTEO de otro; porque OTEO, que falta en el Diccionario, es como descubierta (en el sentido militar, que no en el académico de «especie de pastel de hojaldre»), como inspección verificada desde lugar elevado.

No había necesidad de decir en la defini-

ción de ENFRENADOR sino que es «el que enfrena»; pero los suspicaces señores han tomado la precaución de poner «el que enfrena las bestias», á pesar de lo cual ha de haber algún enfrenador, más tarde ó más temprano, que trate de enfrenar á los académicos. Porque ellos mismos dicen que ENFRENAR también significa refrenar, y salta á la vista la necesidad de refrenarlos.

La definición de ENFRETE dice: «A la parte opuesta, *en punto que mira á otro*, ó que está delante de otro». No se puede decir más trabajosamente ni dar menos idea del vocablo.

ENFRIAMIENTO y ENFRIAR tienen, además de la significación natural, la metafórica referente á las relaciones, á las amistades, la piedad cristiana; pero los académicos están sobre este punto lo mismo que aquellos otros efesios que contestaron á San Pablo: *Sed neque si Spiritus Sanctus est audivimus*<sup>1</sup>. Ni una palabra.

Yo creo que podría pasar muy bien el Diccionario sin *engandujo*; pero si los académicos creían lo contrario, y por eso incluyeron esa voz ó lo que sea, debieron definirla. ¿Qué menos se les podía pedir?... Y nada: yo, que en conciencia, no había oído nunca eso de *engandujo* ni, por consiguiente, sabía qué era, ahora, después de haberlo visto en el Diccio-

1 Act., XIX, 2.



nario, me encuentro lo mismo. Como que no nos dan más noticias que éstas: «*Engandujo*, m. (masculino: así, sin más nota, ni de provincial, ni de anticuado). Hilo retorcido que *cuelga* de cierta franja que tiene el mismo nombre». Hilo retorcido... que *cuelga*... Si no dijeran más, ya sabíamos algo. Pero añaden que *cuelga* «de cierta franja que tiene el mismo nombre»... De manera que comienzan llamando al *engandujo* hilo retorcido que *cuelga*, para después llamarle *franja*, que no se sabe si *cuelga* también... como les *cuelga* á los académicos la tontería por todas partes... «*Engandujo*, hilo retorcido que *cuelga*... de cierta franja... que tiene el mismo nombre»... ¿Si será un fleco?... ¿Si habrán querido decir DINGUINDUJE y no habrán acertado?... ¡Averígüelo Vargas!

Ponerse una cosa encorvada ó en forma de GARABATO, no se llama *engarabatarse*, sino ENGARABITARSE, como se ENGARABITAN los dedos de frío. Porque ENGARABITARSE no es «subirse á lo alto», como dicen los académicos, ni con familiaridad ni sin ella. Porque tampoco GARABITO es «asiento en alto», sino gancho, y también se dice por contracción GABITO. Ni tampoco *engarbarse* es «encaramarse las aves á lo más alto de un árbol ó de otra cosa», sino que es adquirir garbo; ni son las aves las que más propiamente se ENCARAMAN, sino las cabras.

ENGARGANTAR dicen que es «meter una cosa por la garganta ó tragadero, como se hace con las aves cuando se ceban á mano». Pero tampoco dicen bien, porque esto no es *engargantar*, sino atragantar. El *engargantar* ha de ser por fuera y no por dentro de la garganta. No es tampoco ENGARGANTAR «meter el pie en el estribo hasta la garganta», porque si se mete y se saca libremente no hay ENGARGANTADURA. Para poder decir que el pie se ha engargantado en el estribo, es menester que haya quedado sujeto en él y no salga fácilmente.

Tampoco dejan bien definida la ENGARGANTADURA diciendo que es ENGARGANTE, porque luego del ENGARGANTE no dicen más sino que es «encaje de los dientes de una rueda ó barra dentada en los intersticios de otra»; y como ni el estribo ni el pie son ruedas, ni suelen tener dientes, resulta que, según las caprichosas definiciones académicas, no se puede llamar engargantadura á la engargantadura del estribo.

*Engarmarse* dicen que es provincial de Asturias y de Santander y que significa «meterse el ganado en una *garma*»... Pero hará muy bien cualquiera en no creerles, porque no están bien enterados. No es *engarmarse* sino ENGARAMARSE, como se dice; ENGARAMARSE, que es sencillamente ENCARAMARSE, con la pronunciación fuerte de la ce cambiada en la

suave de la ge, y significa, subirse por las escarpadas laderas.

«La cabra trepadora,  
Ya suelta se ENCARAMA  
Por el monte enriscado»...

Si Meléndez Valdés hubiera escrito estos versos en Amieba ó en Ponga, concejos de Asturias, ó en cualquiera de los límites de la montaña de León, y no en Salamanca, probablemente hubiera dicho:

«La cabra trepadora  
Ya suelta se ENGARAMA  
Por el monte enriscado»...

De manera que no han hecho bien los académicos en darnos como un descubrimiento el *engarmarse*, ni en decir que es «meterse el ganado en una *garma*»; porque tampoco *garma* es lo que el Diccionario dice.

Para recoger voces del pueblo hace falta cierta discreción, de que los académicos por lo común carecen. No porque se oiga una palabra desconocida á un tonto que no sabe, ó á un zazo que no puede pronunciar bien, se ha de ir corriendo al Diccionario con ella. Hay que examinarla, ver si tiene ó no razón de ser etimológica ó filosófica, ver si realmente es palabra nueva, ó es simple corrupción ó defectuosa pronunciación de otra usual

y corriente. En el primer caso se adopta, pero en el segundo se rechaza.

Aun el ilustre escritor D. José María de Pereda, mi excelente amigo, que no tiene á estas horas más pecado de académico que la debilidad de haberlo querido ser, ha introducido en una de sus novelas más populares la palabra *retuelle*, para nombrar á una armadilla que se llama REFUELLE (de *red-fuelle*, red en forma de fuelle), palabra castiza y racional, origen á su vez de esta otra, REFOLLADA, con que se designa la porción de peces que sale de una vez en el REFUELLE, y por extensión cualquier gran cantidad de cosas.

Tengo por seguro que en las mismas orillas de la ría donde los personajes de Pereda pescan con *retuelle* no faltará quien sepa que se dice REFUELLE; y por eso es más de extrañar que el insigne novelista admitiera sin examen el *retuelle*, que no pudo sonarle á nada. Pero así y todo, es muy de temer que en la próxima edición del Diccionario académico, donde seguirán faltando la REFOLLADA y el REFUELLE y otras muchas palabras castizas, aparezca el *retuelle* como provincial de Santander cuando no es provincial, sino *zafial* de cualquier parte.

Debieron los académicos haber puesto al verbo *engarrar* la nota de anticuado que han puesto á *engasajar*, y haber suprimido éste radicalmente.



También debieron haber suprimido el adjetivo *engatado*, *da*, que dicen que es «propenso á hurtar como el gato», y haber puesto en su lugar el sustantivo ENGATADA, que significa traición, emboscada, simulación y se usa mucho. Pero ellos, por andar siempre al revés...

Del verbo ENGAZAR dicen que es «en el *obraje* de los paños, teñirlos después de tejidos». Claro que después de tejidos había de ser, porque antes no son paños. Pero también es claro que eso no es ENGAZAR más que entre los académicos, que regularmente leerían engazar hablando de paños, y no entenderían el sentido.

¡Qué ha de ser engazar teñir! Engazar es recoger con hilo á punto por encima la orilla de una tela para que no se deshile ni se estire demasiado.

¿Y quién les ha dicho que *ingenio* significará nunca ingenuo ni libre? *Ingenio* es forma antigua de ingenio. ¡Lo mismo que decir que *engañar* es combatir con engaños ó máquinas!... Engañar es forma anticuada de ingeniar, como *ingeniero* lo es de ingeniero, y *engaño* de ingenio, y *ingenioso* de ingenioso. Por cierto que todas estas palabras están bien demás en el libro. Igual que *engeridura*, *engerimiento*, *engivacaire*, etc...

No es verdad que engolondrinarse significa que subirse á mayores. Eso, si acaso, sería

ENGOLONDRONARSE, que falta; aunque tampoco es eso precisamente.

«ENGORDADERO, m. *Sitio ó paraje* (¿qué menos que dos cosas?) en que *se tienen* los cerdos para engordarlos.» ¿Los cerdos nada más?... ¿Por qué no ha de ser ENGORDADERO el *sitio ó paraje* donde se tengan los bueyes con igual fin? Y donde se tengan los pavos, y hasta el *sitio ó paraje* próximo á la iglesia de San Jerónimo donde engordan los académicos, aunque no *se tienen* allí para engordar.

Y también es adjetivo, ENGORDADERO, RA, y significa lo que es bueno para engordar.

«*Engorra*... mejor les hubiera sido á los académicos poner ANGORRA en el lugar correspondiente, que no poner aquí esta *engorra*, que ni es gorra, ni gorro, ni engorro, ni nada más que disparate. Allá va la definición á probarlo: «*Engorra*... *vuelta ó gancho*...» Así: *vuelta ó gancho*, como si todo fuera uno... «*Vuelta ó gancho* de hierro de algunas saetas que *sirven* (¿las saetas?... ¿pero están ustedes seguros de que *sirven*...?) para que no se caigan (como se caen los académicos á cada paso) ni puedan *sacarse* (¿de dónde?) sin grande violencia y daño.»

Para daño, el que los académicos hacen al idioma... y al presupuesto.

¿Pero quién les habrá dicho á ellos que el verbo ENGORRAR está anticuado?... Pues na-

da; los mismos académicos, que ponen como usual y corriente *decentarse* por ulcerarse, *encobar* por incubar, y otras cosas así, que ya no se decían cuando nació *Asmodeo* ni cuando se casó el Conde de Cheste, dicen ahora que está anticuado *ENGORRAR* y que significa tardar, detener. Todo mentira, porque significa estorbar y está en uso, pues cualquiera dice por ahí que los académicos engorran y que la Academia es un engorro para la prosperidad del idioma.

Malo es que pongan *engraciar*, que no es más que una bobada; pero peor es que digan que *ENGRANUJARSE* significa llenarse de granos. No; lo que significa *ENGRANUJARSE* es hacerse grañuja.

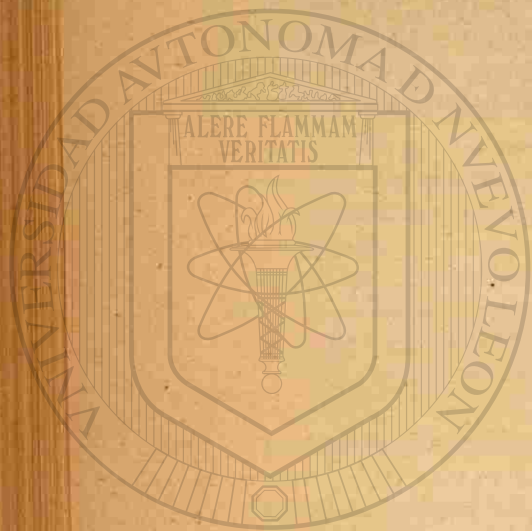
Como *ENTONTECERSE* significa hacerse académico.

Además de la significación material de «*untar ó dar con engrudo*» que ponen los académicos al verbo *ENGRUDAR*, tiene la metafórica de ocupar á uno con labor inútil ó de poco provecho, en la cual se usa también como reflexivo, significación que los académicos omiten. Así como también omiten la acepción figurada y familiar que tiene el sustantivo *ENGRUDO* de persona de poca disposición, á más de la natural de «*especie de masilla ó cola...*» que en su peculiar estilo dicen ellos.

¿Y dónde habrán oído el verbo *enguizgar* que ponen como de uso corriente con la sig-

nificación de «*incitar, estimular*»? Al verbo *EMPIZCAR*, que es el legítimo y usual en esa significación, le pusieron nota de anticuado; y ahora, por errar en todo, inventan eso de *enguizgar* para sustituirle. Es decir, como inventar, no son capaces de inventar nada; le habrán oído á algún baturro que no acertara á decir *EMPIZCAR*.





Como anticuadas ponen los académicos las palabras castizas y corrientes ENGURRIA, ENGURRIADO, DA, y ENGURRIAMIENTO, y peor lo hacen todavía con el verbo ENGURRIAR, activo y reflexivo, que le suprimen del todo. En cambio ponen como corriente la palabra que menos se usa de todas las de la familia, el *engurrio*, que dicen que es tristeza y melancolía.

El disparate siguiente es la definición de *engurruñarse*, que dicen que es enmantarse. Y los subsiguientes son *enhadar*, *enhado* y *enhadoso*, por ENFADAR, ENFADO y ENFADOSO; después vienen *enhastiar*, causar hastío», éste sin nota de anticuado siquiera, y *enhastillar*, también sin nota «poner ó colocar las saetas en el carcaj», y *enhastío*, astío, y *enhastioso*, enfadoso, y *enhenar*, cubrir de heno... y así *enhenan* casi toda una columna. ®

Sin perjuicio de soltar de vez en cuando algún disparate extraordinario, mucho más gordo que los comunes, como hacen ahora poniendo el verbo *enherbolar* como de uso

corriente y diciendo que es «inficionar, poner veneno en una cosa». ¡Enherbolar, poner veneno!... Con el ensañamiento de añadir que «dícese más comúnmente de los hierros de las lanzas ó saetas que *se untan* (¡asi! no que se untaban, sino que se untan) con el zumo de hierbas ponzoñosas»... Y henos aquí en plena época de *los Doce Pares de Francia*, por obra y gracia de los diez y ocho pares de... sabios que piensan y reblincan en la subida del Retiro.

Y siguen como corrientes estas cuatro palabras inservibles: *enhestador*, *enhestadura*, *enhestamiento* y *enhestar*, y estas otras tres, que no debieran figurar ni aun con la nota de anticuadas: *enhetradura*, *enhetramiento* y *enhetrar*. Después dicen los diez y ocho pares que *enhielar* es «mezclar una cosa con hiel», aunque si existiera semejante verbo, lo mismo podía ser echar hielo en el agua. Después ponen, aunque con nota de anticuadas, *enhorcar*, *enhotado* y *enhotar*, con la agravante de que, al definir estas dos palabras últimas, dicen que *enhotado* significaba «confiado», y que *enhotar* significaba «azuzar ó incitar» y que «se decía ordinariamente de los perros». ¡Habrás visto cosa más rara! El verbo significaba azuzar, y el participio pasivo del mismo verbo no significaba azuzado, sino confiado... Solamente á nuestros académicos es dado hacer descubrimientos semejantes.

Por decir las cosas al revés de como las dice la gente, ponen *enjalbegador*, *enjalbegadura* y *enjalbegar*, en vez de ENJABELGAR, etc. De la ENJALMA dicen que es «especie de aparejo de bestia de carga como una albardilla ligera», donde parece que la bestia de carga es como una albardilla. De ENJALMAR dicen que es «poner la enjalma á una bestia»... O á dos, ó á treinta y tantas; ¿dejará de ser enjalmar porque se ponga enjalma á más de una bestia? Por extensión se usa este verbo con el significado de vestirse la mujer sin arte ni gusto; pero de esto no dicen nada los académicos, que omiten también la palabra ENJALMO y la frase ENJALMOS DE BURRA VIEJA.

Acerca del verbo enjambrar y de sus derivados sueltan los académicos una verdadera enjambre de tonterías. Comienzan por la ENJAMBRADERA, diciendo, lo primero, que es *casquilla*; y evacuando la cita, resulta que *enjambreadera* es en primer lugar «entre colmeneros cubierta de las celdas ó nichos donde se crían las reinas (la de Inglaterra, verbigracia) y tiene la figura de una rodela *lisa por dentro como un capullo* de gusano de seda, y por fuera áspera y de color tostado». ¡Ave María purísima!...

Segunda acepción: «En algunas partes, reina ó maestra de las colmenas» (¿de todas?) Tercera acepción: «Abeja que por el ruido



que mete dentro de la colmena»... ¡De modo que los académicos creen que el ruido de una colmena le produce una abeja sola! Empecemos de nuevo: «Abeja que por el ruido que mete dentro de la colmena, y zumbido *que se oye* (es decir, que el ruido no se oía) denota estar en agitación (¿la abeja, ó la colmena?) para salir á» bailar, digo, «enjambrear *en otra parte ó vaso*». ¡En otra parte ó vaso!.. Todas esas cosas dicen los académicos que es la ENJAMBRADERA; pero no dicen lo que es realmente, la temporada de enjambrear, como es la PARIDERA la temporada de parir el ganado de lana.

El ENJAMBRADERO diz que es lo siguiente: «Sitio en que enjambran los colmeneros»... ¡Qué atrocidad!... ¡Todo el mundo creyendo por siglos y siglos que enjambraban las colmenas, y ahora resulta que son los colmeneros los que enjambran!... ¡Y qué callado se lo tenían los muy tunos!... Si los académicos no nos lo llegan á descubrir, Dios sabe el tiempo que hubiéramos continuado en la errónea creencia... Gracias á que éstos con su perspicacia lo han averiguado y nos lo han dicho: «ENJAMBRADERO, sitio en que enjambran los colmeneros *sus vasos ó colmenas*»... ¡Caramba, caramba! Otra sorpresa mayor, si cabe. Porque al decirnos la Academia lo de que enjambran los colmeneros, pudimos creer que éstos parían abejas; mas ahora del final de

la definición resulta que los colmeneros enjambran *vasos ó colmenas*; vamos, que en lugar de parir abejas, paren colmenas completas, con cepos y todo.

Y siguen los académicos enjambrando su Diccionario de desatinos al definir el verbo ENJAMBRAR, cuya primera acepción dicen que es «coger las abejas (¿por el rabo?) que andan esparcidas, ó *los* enjambres que están fuera de las colmenas para encerrarlos en ellas». Lo cual no es ENJAMBRAR, sino recoger la ENJAMBRE. Por ese camino, el día menos pensado nos van á dar los académicos la noticia de que paren los comadrones, y van á poner como primera acepción del verbo parir «lavar y empañar el comadrón al niño recién nacido».

Segunda acepción, no de parir sino de ENJAMBRAR: «Sacar de una colmena *un* enjambre ó una porción de abejas con su reina cuando está muy poblada (¿la reina?) y *en disposición de salirse de ella*». ¡Sacar de una colmena *un* enjambre ó una porción de abejas!... ¿Pero quién las saca?... Si ha de ser cuando está en disposición de salirse de ella, ¿qué necesidad hay de sacarla? ¿No es mejor dejarla que salga, como suele salir efectivamente?... Todo por cambiar lastimosamente el sujeto del verbo enjambrar, que cuando es activo, es activo de las abejas y no de los amos.

Y luego ¡qué sintáxis! «Sacar de una colmena un enjambre ó una porción de abejas con su reina cuando está muy poblada de ganado»... Parece que la muy poblada de ganado es la reina, cosa inverosímil, aunque de menos nos hizo Dios. Pero concediendo que sea la colmena, como quiera que á lo de «muy poblada de ganado» se añade «y en disposición de salirse de ella», resulta que es la colmena la que está en disposición de salirse de si misma.

Tercera acepción de ENJAMBRAR: «Criar una colmena tanto ganado que esté en disposición de separarse alguna porción de abejas con su reina y salirse de ella (¿de la reina?). La cuarta acepción es la figurada, muy usual y corriente, pero tampoco la han definido bien del todo.

Y después del «*enjambrazón*, acción y efecto, etc.», viene cerrando plaza la ENJAMBRE que dicen los académicos que es masculino, y que significa «*copia* de abejas con su maestra (¿maestra de copiar?) que juntas salen de una colmena». ¡Ah! Con que ahora ya salen... ¿No decían ustedes que había que sacarlas?... ¡Copia de abejas!...

Con lo cual ya no disparatan más los académicos acerca de la ENJAMBRE y sus derivados, pero no es muy poco lo que han disparatado ya; y si se une con lo que disparataron antes acerca de la ABEJA, v. gr., aquello

de que la abeja maestra bastaba para más de mil machos, me parece que hay para contentar al más exigente en materia de desatinos. Por cierto que no deja de parecer extraño que sea uno de los puntos en que más yerran los académicos éste de las colmenas, cuando hay quien cree que muchos de ellos han sido zánganos y no falta quien asegure que algunos lo son todavía.

ENJAULAR dicen los señores que es «*encerrar ó poner*». Siempre dos verbos, no sea que uno sólo tenga miedo... á los desatinos que han de seguirle. «ENJAULAR, a. Encerrar ó poner dentro de la jaula á una persona ó animal». ¡Así! La persona lo primero. Como si fuera cosa de todos los días encerrar á las personas en jaulas. Después ponen sus dos rayitas y añaden: fig. y fam. Meter en la cárcel á uno... Pues grandísimos... académicos, habiendo de añadir esa acepción figurada, que es la única en que se puede decir que se enjaula á las personas, ¿para qué meter la *persona* en la definición del sentido natural del verbo?

«*Enjebear*, a. Meter y empapar los paños»... etcétera; pues regularmente será mentira y es lástima gastar tiempo en acabar la definición, mala y ripiosa, como todas.

El sustantivo *enjeco*, que ponen con la nota de anticuado, y también mal definido, no diré yo que esté muy en uso; pero el adjetivo EN-



JECOSO, SA es de uso corriente, y no le ponen, ni con nota ni sin ella.

En cambio ponen *enjorguinar... Enjorguinar...* ¿De dónde será esto?... Sin nota de anticuado, ni de provincial ni de nada, *enjorguinar*: «Tizar con *jorquín* ú hollín». ¿Pero dónde se llamará *jorquín* al HOLLÍN?.. JOLLÍN sí se llama, donde quiera que se aspira la hache. Pero *jorquín*, no sé dónde ni por dónde... Y, sin embargo, nuestros sabios de las afueras, al llegar á la jota ponen su *jorquín*, le definen con toda seriedad, y del JOLLÍN... ni memoria.

La etimología que ponen á ENJUAGAR diciendo que viene del latín *ex* y *aqua*, me parece que es un disparate, ó dos, si se quiere, porque de agua sí viene, pero no de *aqua*; y el *ex*, tan extraño es á la palabra como la Academia á la hermosura del idioma. ENJUAGAR yo creo que es ENAGUAR con una aspiración eufónica (*enjaguar*), y una transposición de vocales que hace más suave el sonido.

La definición de *enjugador*, *ra* no niega la casta. Primero dicen que es el que enjuga. Esto está bien. Pero luego dicen que es una «especie de camilla redonda hecha de arcos y tablas delgadas de madera (no fuera que diciendo sólo tablas entenderíamos de cuero ó de azabache) con un enrejado de cordel (no es verdad, que es también de madera) en la parte superior que sirve (¿la parte supe-

rior?... ¡una coma, una coma!) para enjugar y calentar la ropa»; pero que se llama azufrador en toda tierra de garbanzos.

Otro error comete el etimologista en el artículo ENJUGAR, al decir que viene de *en* privativo, y *jugo*. ¿Quién le ha dicho que el EN castellano sea privativo? ¡Si es lo contrario!.. Los mismos académicos, al definir la preposición EN no dicen una palabra de que sea privativa nunca, ni en composición ni fuera de ella. ¿Acaso *encarcelado* significa sin cárcel, ó *enamorado* sin amor, ó *enlutado* sin luto?... Aquí vendría bien el *ex* malgastado antes; porque mientras para enjuagar es desatino privarse del agua, ENJUGAR podría venir de *ex* y *succus*, *xugo*, *jugo*; *ex* *sucar*, *ex-xugar* *exugar* y *enxugar*, entrando por eufonía la ene.

Pase que al ENXULLO le llamen *enjulio* como podían haberle llamado *enjunio* ó *enagosto*; pase que llamen *enjunque* al lastre, ó sea á «la carga más pesada que se pone en el fondo del navío»; pero eso de que siendo *enjurar* «traspasar ó ceder un derecho», *enjuramiento* no sea traspaso ni cesión de un derecho, sino «juramento legal», eso ya no pasa.

Ni la definición de ENJUTO tampoco. Porque, á más de no poner su acepción natural, que es la de seco, sin humedad, después de poner la de «delgado ó de pocas carnes», dicen que significa también *parco* y *escaso*, así en obras como en palabras»; de modo que, si

esto fuera verdad, no se podría llamar enjutos á los académicos, ni aun al Marqués de Valmar, porque ninguno de ellos es parco en palabras, sino que todos ponen muchas de sobra. Verbigracia, *parco y escaso*.

Y además ponen otra acepción, que dice: «tascos y palos secos, pequeños y delgados como sarmientos, que sirven de yesca para encender lumbre. Usase más comúnmente entre pastores y labradores». Lo cual no es verdad, pues no se usa más que entre académicos. Porque los pastores y labradores suelen tener sentido común, y no llaman ENJUTOS á los tascos, ni dicen que los tascos que no pueden ser más gordos que las cañas de lino, son *delgados como sarmientos*, ni dicen que sirven de yesca, por decir que sirven de encendaje...

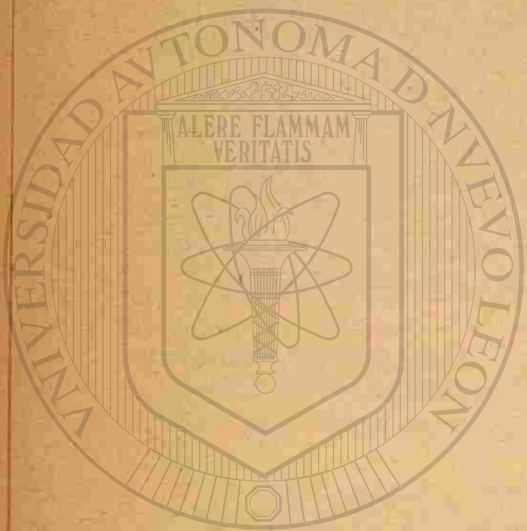
Pero todavía ponen los académicos otra acepción al plural ENJUTOS, diciendo que son «*bollitos ú otros bocados ligeros que exciten la gana de beber*»... ¡No están ellos malos bollitos!...

Al verbo ENLADRILLAR no le dan más que la significación material, teniendo otra figurada muy corriente, en la que se emplea cuando se dice, v. gr., que el Diccionario de la Academia está ENLADRILLADO de desatinos.

Peor es todavía lo que hacen con el verbo ENLANAR, que teniendo dos acepciones muy usadas, una como neutro, la natural de echar

lana, y otra como reflexivo, la figurada de reñir, no aparece en el Diccionario; le han suprimido radicalmente. Se conoce que no han oído nunca decir que en tales ó cuales dehesas, ó con este ó con el otro temporal, el ganado ENLANA más ó menos, ni han oído que dos mujeres de los barrios bajos se ENLANARON en medio de la calle. Nada, para ellos no hay verbo ENLANAR. Ponen el participio pasivo ENLANADO, DA, llamandole adjetivo y diciendo que significa «*cubierto ó lleno de lana*»; pero del verbo ni del sustantivo ENLANE, también muy usado, no hacen mención ninguna.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El dón de errar y de andar en todo al revés lleva á los académicos hasta el extremo de poner *enlechuguillado* en su librote, diciendo que es cuello de *lechuguilla*, y no poner ENLECHUGADO, que es como realmente se llama aquel cuello. Otra manifestación de la misma gracia es poner como corriente *enlentece*, diciendo que es «reblandecer ó ablandar», y otra es decir que ENMANTAR significa «estar triste y melancólico», y que «dícese más comúnmente de las aves». ¿Dónde habrán oído ellos hablar tan comúnmente de aves *enmantadas*?...

*Enmarchitable, enmarchitar, enmechar...*

Lo de siempre; palabras y más palabras inútiles, mezclando entre ellas algún desatino. Como el de decir que ENMIENDA es «recompensa ó premio». Para continuar con sus antiguallas y poner *enmiente* por memoria, *enmenzar* por comenzar, *enmocecer* por remozar, *enmochiguar*, desde donde envían al lector á *amorchiguar*, para enviarle desde allí á

*amuchiguar*, desde donde le enviarán á cualquier otro disparate, si antes no les envía el lector á ellos adonde se fué el Padre Padilla.

Y sigue la corriente con *enmoldado*, *enmondar*, *enmontar*, *enmontadura*, *enmostrar*, *enocar* y *enorfanecido*, *da* (sin nota de anticuado); este último después del artículo ENOJO, en el cual ponen la frase, académica, por supuesto, *crecido de enojo*, diciendo que es «lleno de enojo», y la frase no menos académica de «*ser en enojo con uno*», *ser eneno...*, que más que frase usual parece un trabalenguas.

Como no saben los académicos lo que es ENQUILLOTARSE, dicen á bulto que es «engreirse», y luego «enamorarse». No hay duda que las dos acepciones se parecen como el huevo y la castaña. Para no definir ese verbo algo mejor, más les valía haberle suprimido, como han hecho con el sustantivo *quillotro*, y eso que apenas hay obra de nuestros clásicos en que no figure.

ENRAYAR no tiene más que una acepción de las tres que le da el Diccionario: la de poner los rayos en la maza para hacer las ruedas. Las otras dos operaciones, que trabajosamente detallan los académicos, encaminadas á entorpecer el movimiento del carruaje al bajar las cuestas, no se llaman ENRAYAR, sino ENGALGAR, verbo que falta.

También á ENREJAR le sobra la acepción de «herir con la reja del arado los pies de los

bueyes ó caballerías»; eso se llama picar. Y también sobran del todo los artículos *enridamento*, *enridante*, *enridar* y *enridar*, que éste, como bueno, le han repetido, diciendo una vez que es IRRITAR y otra que es RIZAR, siendo la verdad que no es una cosa ni otra.

ENRIPIAR ya saben ustedes que es hacer versos los académicos; pero ellos no lo dicen así por lo claro, sino con disimulo. Para ellos, enripiar es *echar* ó *poner* ripios en un hueco. ¡*Echar* ó *poner!*... De este modo, al mismo tiempo que definen el verbo ENRIPIAR, le practican, echando ó poniendo ripios en el Diccionario, que es un hueco, perfectamente hueco de sustancia.

«ENRIQUECEDOR, RA, adj. Que enriquece á uno». ¿Y si es á dos, ya no vale?...

«*Enriqueño, ña*, adj. Perteneciente al rey D. Enrique II de Castilla»... Y lo perteneciente á D. Enrique III y á D. Enrique IV, y aun á D. Enrique Sepúlveda, ¿no será *enriqueño*? Bueno que *mercedes enriqueñas* se llamen por antonomasia las que hizo D. Enrique II para dorar su bastardía, que es lo que tienen idea de haber oído los académicos; pero de esto á que el adjetivo ENRIQUEÑO, ÑA con otros sustantivos no pueda tener aplicación más que á lo perteneciente á D. Enrique II, hay la misma diferencia que de académico á persona discreta, diferencia que es casi infinita.



Otro disparate por partida doble. Antes fué *enridar* y *enridar*; ahora es *enrizar* y *enrizar*... Y ¡vamos, que decir que *enrizar* es irritar!...

Al definir el verbo ENROCAR, demuestran que ni siquiera saben jugar al ajedrez. Por no saber nada.

«*Enrubiador, ra*, adj. Que tiene *virtud de enrubiar*». ¿Virtud precisamente?... Por lo visto, los académicos saben que hay por ahí quien puede *enrubiar* por arte mágica, y es lástima que no divulguen el secreto, para que las aficionadas á falsificarse de rubias puedan prescindir del inverosímil color de canario que usan actualmente.

ENSALADA... Esto siquiera lo definirán bien, porque es entre ellos artículo conocido. Como que se pasan la vida haciendo ensalada con el idioma... Sin embargo, dicen «Hortaliza aderezada con sal, aceite y otras cosas»... ¿Petróleo, verbigracia?... Otra acepción: «Mezcla confusa de cosas sin conexión»... Aquí es donde se conoce que han querido definir el Diccionario; pero no lo han hecho bien del todo, pues donde dicen *cosas* han debido decir dispartates, y no lo han dicho por modestia. Otra acepción: «Composición lírica... (de académico, es claro), en que se emplean *ad libitum* metros diferentes». ¡Buena será la ensalada, digo, la composición lírica! Pero ¿dónde se llama así?... Otra acepción: «ITALIANA (su-

ple ensalada). La que se compone *de* diversas hierbas, y á veces con pechugas de aves, aceitunas, etc.» ¡La que se compone de diversas hierbas!... Con estas señas, cualquiera acierta á hacer ensalada italiana... No hay más que echar mielgas, cardos, avena, alfalfa y alguna otra *diversa hierba*, y ya está la ensalada italiana para servírsela á los académicos. Porque el componerla *de* diversas hierbas y además *con* pechugas de aves, no es más que *á veces*... Otra acepción: «REPELADA (suple ensalada). La que se hace con diferentes hierbas»...

—Pero entonces *repelada é italiana* es todo uno—me interrumpe un lector impaciente.—Porque ¿qué más da decir «la que se compone de diversas hierbas», que decir «la que se hace con diferentes hierbas»?

—Bueno; pero no concluye ahí la definición. La ensalada *repelada* es «la que se hace con diferentes hierbas, como mastuerzo, pimpineta, hinojo, etc.»

—¿Mastuerzos ha dicho usted?... Pues entonces hay ahí un error de nombre. Esa no es la ensalada *repelada*; esa es la ensalada académica. ®

Y se acabó la ensalada.

Pero falta la ENSALADILLA, que saben hacer los académicos de dos maneras. A la primera la llaman «*bocados de dulce de diferentes géneros*». Con lo cual... ¡vayan ustedes á

averiguar qué cosa no será *ensaladilla*! A la segunda la llaman «Conjunto de piedras preciosas de diferentes colores...»

El primer disparate que sigue en el libro es el artículo inmediato que dice que *ensalma* es enjalma. Y como á continuación viene *ensalmadera*, cree uno que será *enjalmadera*; pero nada de eso: *ensalmadera* diz que es *ensalmadora*, y *ensalmadora* «persona que tenía por oficio componer los huesos rotos», y «persona que hacía creer á algunos (por ejemplo á los académicos) que curaba por ensalmo».

Más comodín todavía que la *ensalmadera* es el verbo ENSALMAR. Sirve para todo: para «componer los huesos dislocados y rotos», para «curar por ensalmo» y para «descalabrar». ¡Oh, maravilla! Un verbo que significa curar y descalabrar, las dos cosas contrarias. Y además ENJALMAR.

De la misma casta de la de *ensaladilla* es la definición de *ensamblaje*, que dice: «Pieza de madera de hilo, de una ú otra longitud»... ante lo cual no hay más que decir: apaga y vámonos.

Pero no podemos ir muy lejos, porque nos tropezamos en seguida con el verbo ENSANCHAR, del que dicen los académicos que significa entre otras cosas «hacerse de rogar». Perdonémosles el ENSANCHE de este verbo, ya que del de las poblaciones no dicen una pa-

labra, porque regularmente aguardarán á incluirle en el Diccionario cuando ya no se llame así.

Lo que no han olvidado es el verbo *ensandecer*, que dicen que es «volverse sandio»; y he aquí, entre paréntesis, un verbo que los académicos han puesto y definido para los demás exclusivamente, pues con ellos no reza, porque no pueden *ensandecerse*.

Sigue la vena de los disparates como *ensangostar*, que dicen los académicos que es *angostar*... ¿De dónde habrán sacado ó dónde habrán oído que por ENANGOSTAR se diga *ensangostar*?... ¡Dios lo sabe! pero regularmente lo habrán sacado de su cabeza, pues aquí ni cabe ya la sospecha de que se lo hayan oído á alguna criada. No, no es posible que haya ninguna criada tan burra que diga *ensangostar* por ENANGOSTAR. Y lo más gordo es que el tal verbo, digo, disparate, de *ensangostar* figura en el librote académico como usual y corriente, sin nota de anticuado.

Para quitar el mal gusto del disparate anterior, tomen ustedes el siguiente: *ensangostido*, da... ¿Qué dirán ustedes que es *ensangostido*?... ¿Creen ustedes que es pariente de *ensangostar*, y por ende que es enangostado?... ¡Sí, sí! ¡Váyanles ustedes con parentescos á los académicos!... *Ensangostido* dicen que es ANGUISTADO. Y también dicen que *ensangustiar* es angustiar; pero si de ese verbo,



ó más bien de ese disparate de *ensangustiar*, se derivara el adjetivo anterior, debiera ser *ensangustiado*, y no *ensangostido*.

De ENSAÑADO, DA, dicen los académicos que está anticuado, y que antes era lo mismo que valeroso; pero ahora, por lo visto, no significa nada, pues no le ponen ninguna otra acepción. ¡Miren ustedes que poner como anticuado un participio y adjetivo de los que más se usan!...

Y luego ponen como palabra corriente *ensay*, añadiendo al desacierto de ponerla el de definirla, diciendo que es «en las casas de moneda *ensaye*». Pero ¿por qué en las casas de moneda se ha de suprimir la *o* final de ENSAYO, que es como se dice?

«ENSAYALAR, a. ant. Cubrir con tapete *ú otra cosa* un mueble». Mentira... Ensayalar era y es ponerse sayal, ó cubrir con sayales; pero no «cubrir con tapete *ú otra cosa* un mueble»... ¿Creen los académicos que cubrir, por ejemplo, una mesa con tapete de hule ó con basura literaria, es decir, con diccionarios y gramáticas de la Academia, se llama ni se llamó nunca ENSAYALAR?

El verbo ENSEBAR sólo figura en el Diccionario como activo, con la significación de «untar con sebo», en la cual no es muy usado. Más se usa como neutro, con la significación de criar sebo el ganado, como cuando se dice que los carneros enseban más en las mon-

tañas que en las llanuras, ó que las cabras enseban más en la peña que en el monte, ó que las vacas, mientras están dando leche, no enseban. Pero de esta acepción no dicen los académicos una palabra.

Acaso porque quisieron ahorrar sitio para poner *ensecar*, diciendo que ha sido SECAR, y *ensellar*, diciendo que antes era... no sellar, como pudiera creerse por analogía con lo anterior, sino ENSILLAR. ¿Paráceles á ustedes poco importante eso de *ensecar* y *ensellar*?... Pues ahí en seguida tienen ustedes la *ensembra* y el *ensemble* y el *ensemejante*, que son importantísimos.

Pero definición bonita la de la ENSENADA, que por casualidad les salió á los señores en verso.

«Ensenada (de *ensenado*).

Recodo que forma *seno*,  
Entrando el mar en la tierra».

¡Ahí tienen ustedes gracia y... *limpieza!*  
Sin faltar, por supuesto, la *fijeza* y el *esplendor* correspondientes.

«Ensenada (de *ensenado*).

(¡Filólogo consumado!  
¡Qué sudor te habrá costado  
Origen tan intrincado!)

«*Recodo* que forma *seno*...»

(¡Golpe bueno, pero bueno!...

Pudo decir de igual modo

*Seno* que forma *recodo*)...

«Entrando el mar en la tierra...»

(Pero entrará por dar guerra;

Porque lo que es la ensenada,

Cuando entra, ya está formada.)

Fuera de bromas, han de saber ustedes que los académicos dicen que el adjetivo ENSEÑADO, DA, está anticuado. La cosa parece increíble, pero es cierta; y si hay quien no lo quiera creer, dice el refrán que, entre amigos, con verlo basta. (Página 434, columna primera, hacia el medio). «ENSEÑADO, DA, adj. (adjetivo), ant. (anticuado).» Y no es maravilla que así lo hayan puesto... Como la generalidad de ellos no saben palabra maldita ni bendita de ninguna cosa, creen que todos estamos así, que no hay nadie ENSEÑADO, y que eso de ser ó estar ENSEÑADO es una anti-gualla.

## XCH

*Ensolvedor, ensolver, ensoñar, ensopar, ensuyar, enta, entapecer, entelerido, entenciar, entenzón, entesado, entestado, entestecer, entirar, entomecer, entomecimiento, entorilar, entormecimiento, entortadura, entortar, entortijar, entramos, mas, entrañamente, entrañizar, entraño, entrecuesto, entregerir, entrelubrican, entremiente, entrevar, entrevesado, entricación, entricado, entricadura, entricamiento, entricar, entrico, entucajar, enturar, envarescer, envelar...*

— ¡Qué gordo es ese muchacho que te hace el amor! — decía una vez una señorita de León á una prima suya.

— Sí, sí, bien gordo es — contestó la prima aludida; — pero créete que si se le acepillara toda la parte de bruto, se quedaba como una oblea. ®

Lo mismo pasa con el Diccionario académico. Es gordo y grande hasta lo inmanejable; pero si se le quitaran todas las simple-



«*Recodo* que forma *seno*...»

(¡Golpe bueno, pero bueno!...

Pudo decir de igual modo

*Seno* que forma *recodo*)...

«Entrando el mar en la tierra...»

(Pero entrará por dar guerra;

Porque lo que es la ensenada,

Cuando entra, ya está formada.)

Fuera de bromas, han de saber ustedes que los académicos dicen que el adjetivo ENSEÑADO, DA, está anticuado. La cosa parece increíble, pero es cierta; y si hay quien no lo quiera creer, dice el refrán que, entre amigos, con verlo basta. (Página 434, columna primera, hacia el medio). «ENSEÑADO, DA, adj. (adjetivo), ant. (anticuado).» Y no es maravilla que así lo hayan puesto... Como la generalidad de ellos no saben palabra maldita ni bendita de ninguna cosa, creen que todos estamos así, que no hay nadie ENSEÑADO, y que eso de ser ó estar ENSEÑADO es una anti-gualla.

## XCH

*Ensolvedor, ensolver, ensoñar, ensopar, ensuyar, enta, entapecer, entelerido, entenciar, entenzón, entesado, entestado, entestecer, entirrar, entomecer, entomecimiento, entorilar, entormecimiento, entortadura, entortar, entortijar, entramos, mas, entrañamente, entrañizar, entraño, entrecuesto, entregerir, entrelubrican, entremiente, entrevar, entrevesado, entricación, entricado, entricadura, entricamiento, entricar, entrico, entucajar, enturar, envarescer, envelar...*

— ¡Qué gordo es ese muchacho que te hace el amor! — decía una vez una señorita de León á una prima suya.

— Sí, sí, bien gordo es — contestó la prima aludida; — pero créete que si se le acepillara toda la parte de bruto, se quedaba como una oblea. ®

Lo mismo pasa con el Diccionario académico. Es gordo y grande hasta lo inmanejable; pero si se le quitaran todas las simple-

zas, todas las majaderías y todos los disparates que contiene, se quedaba en nada, como quien dice. Vamos, reducido á un cuaderno como la lista de vinos de una fonda.

Porque apenas hay página en el desgraciado librote de la que no se pueda sacar una letania de palabras inútiles, tan larga como la que encabeza este artículo. Con lo cual, y con estar mal definidas ó definidas al revés casi todas las palabras que no son inútiles, resulta el Diccionario una delicia.

Pase el *ensiforme*, aunque es algo pariente del *capripede* y no sirve gran cosa. Pase también el *ensilvecerse*, aunque con igual derecho que este verbo, que dicen que significa «convertirse en selva un campo», pudieran figurar en el libro otros muchos, verbigracia, *ensilvestrecerse*, convertirse en silvestre ó en académico un ciudadano.

Pero viene el adjetivo ENSILLADO, DA, y los buenos de los académicos dicen que «dícese del caballo ó de la yegua que tiene el lomo hundido», con lo cual dicen un disparate. Y porque no sea solo, añaden otro en seguida, diciendo que «suele aplicarse por semejanza en estilo familiar á las personas». Y ya no dicen más; para que en ellos todo, así el decir como el callar, sea yerro. Porque ni el caballo ni la yegua que tienen el lomo hundido se llaman *ensillado* ni *ensillada*, sino SILLÓN y SILLONA, ni el adjetivo ENSILLADO,

DA, se aplica á otra cosa que á la caballería que tiene la silla puesta.

ENSOLERAR dicen los señores que es « *echar ó poner...* » ¡Ya se sabe! Por lo menos dos verbos... «*Echar ó poner soleras á las colmenas...* » Y  *echar ó poner soleras á las columnas, á las puertas y á los armazones de los edificios, ¿no será ensolerar?...*

*Ensolvedor...*  «que resuelve ó declara una cosa ó duda.» ¡Una cosa ó duda!... Bueno. Pues ahora ¿qué dirán ustedes que es *ensolver?...*  ¿Resolver ó declarar una cosa ó duda?... Eso parece que había de ser, pero ¡quién! *Ensolver*  diz que es «incluir una cosa en otra»... Nada, ni sentido común siquiera.

El adjetivo ENSORDECEDOR, RA, significa ruidoso, estruendoso; pero los académicos no se han enterado, y no dicen más que «ENSORDECEDOR, RA, adjetivo. Que ensordece.» ¡Qué descansado les quedaría el entendimiento!

Por eso definieron luego el ENSORTIJAMIENTO diciendo que es «acción de ensortijar el cabello» y «sortijas formadas con él». Con el cabello, nada más. Pero en seguida definieron el verbo ENSORTIJAR, y aquí ya desapareció la exclusiva. «ENSORTIJAR a. *torcer en redondo, erizar, encrespar el cabello, hilo, etc.*» Y á cualquiera se le ocurre la pregunta. Si se puede ensortijar el hilo y se pueden ensortijar otras cosas como indica el *etcétera*, ¿por qué el ENSORTIJAMIENTO ha de ser acción de



ensortijar el cabello exclusivamente?... Por que los académicos no saben lo que dicen.

Además, ENSORTIJAR es poner sortijas de alambre á los cerdos en la jeta, para que no hocen. Y además se usa mucho el verbo ensortijar como reflexivo: se dice que SE ENSORTIJA el hilo, el pelo, etc. Pero nada de eso sabe la Academia.

Tampoco sabe, ó si lo sabe no lo dice, que ENSOTARSE, además de la significación natural de meterse en un soto, tiene la figurada de esconderse en cualquier otra parte.

«*Ensuyar...* emprender...» ¡Cualquiera adivina de dónde han sacado esto los académicos.

¿Y lo de que *entablar* es «notar, escribir en las tablas de la iglesia una memoria ó fundación para que conste»?... Para que conste la académica tontería, que es lo único que puede hacer constar esa definición, ya no hace falta. Porque hace mucho tiempo que consta á todo el mundo. Sin embargo, esa definición de ENTABLAR que da á este verbo, como usual y corriente, sin nota de anticuada, la significación de «escribir en las tablas de la iglesia», es un nuevo dato confirmatorio de la tontería susodicha. Y otro dato es la omisión del uso que tiene el verbo como reflexivo, en equitación especialmente. Y otro la supresión del adjetivo ENTABLADO, que se aplica al caballo que no vuelve con facilidad á derecha y á izquierda.

Y siguen otros muchos datos. Verbigracia: «*Entalamadura*, f. cubierta que se pone en las galeras y carros para defenderse del sol ó del agua los que caminan en ellos». Así: «cubierta que se pone»... sin nota de anticuado. Y en seguida, *entalamar*... a. ant. (activo, anticuado). Parece que estando anticuado el *entalamar*, también debe estarlo la *entalamadura*... Pero sigan ustedes oyendo á los académicos, que después de decir que *entalamar* es «cubrir con paños ó tapices» añaden: «Hoy tiene uso en la Mancha hablando de los carros que van cubiertos con tapices»... Pues si es sólo en la Mancha donde hoy se dice *entalamar* por ENTOLDAR, allí será donde se llame *entalamadura* al TOLDO; y en ese caso, ¿por qué no haber puesto á la *entalamadura* una nota de provincialismo?.. ¡Siempre contradiciéndose!

Cubrir los carros, no con tapices, que eso no se suele hacer ni en la Mancha ni en ningún lado, sino con lonas, para resguardarse del sol y de la lluvia, se llama ENTOLDAR, en todas partes, y CARRO ENTOLDADO al carro cubierto... Digo, en todas partes menos en el Diccionario de la Academia, donde no figura el adjetivo ENTOLDADO, DA, y donde al verbo ENTOLDAR se le ponen tres acepciones, dos de ellas falsas, como la de «cubrir con tapices, sedas ó paños las paredes de los templos» (lo cual no se llama ENTOLDAR, sino tapizar, colgar ó engalanar), y la de «engreirse, desva-

necerse» (lo cual no es entoldar, sino... disparatar), y en cambio no se le pone la activa de cubrir los carros con lonas, ni la reflexiva de nublarse el cielo.

Al verbo ENTALLAR le falta la acepción de sujetar ó aprisionar, en la cual se usa frecuentemente como activo y como reflexivo. «A ese no le ENTALLAN», se dice de un bandido astuto que sabe burlar la persecución de la justicia. Y se dice que una res SE ENTALLÓ en el monte, cuando habiendo metido una pata entre las raíces descubiertas ó en la bragada de un árbol, no pudo sacarla y quedó allí sujeta.

Los académicos tuvieron que haber oído algo de esto: no podía menos. Pero no lo entendieron bien, como les sucede casi siempre, y colgaron el milagro á otro santo; es decir, á otro verbo casi de su invención y de su particular uso, al verbo *entretallar*, del que dicen que es, en acepción figurada, «coger y estrechar á una persona ó cosa, deteniéndole el curso ó estorbándole el paso». La definición claro está que no es buena; pero, mala y todo, si se la hubieran puesto al verbo ENTALLAR, que es al que corresponde, serían sus defectos más perdonables.

Inmediatamente después de ENTECADO, DA, falta el verbo ENTECARSE, del que entecado es participio pasivo, y significa ocuparse en pequeñeces.

De ENTELADO, DA, dicen los académicos que

está anticuado y que «aplicábase á los ojos cuando la vista estaba turbada.» No tal; aplicábase y aplicase á los bueyes cuando se inflan en la primavera por comer hierba verde, lo cual se llama ENTELARSE, verbo que falta.

En cambio sobra *entelerido, da*, que dicen los académicos que es «sobrecogido de frío ó de pavor»; pero mientras no digan dónde significa eso ó dónde se usa, hay que creer que es solamente en la Academia. Allí, donde *entenciar* diz que es insultar, y donde ¿qué se entiende!, así, con llamada de interrogante al principio y admiración al fin, diz que es «expresión que manifiesta el enojo que causa lo que se oye ó se ve»... Lo que causa enojo es que los académicos definan tan mal, y además sustituyan la frase castiza ¿CÓMO SE ENTIENDE?... Con esa otra de ¿qué se entiende!... que no es castellana, ni racional siquiera.

Pero no armemos *entenzón* por estas cosas; cuando los académicos están *entesados*, y acaso *entestecidos*, no vayan á *entigrecerse*, y... ¿Qué no lo entiende Ud., lector amable?... Pues mire Ud., el párrafo está escrito con rigurosa sujeción al Diccionario de la Lengua Castellana, por la Real Academia Española, edición corriente, donde se dice que *entezón* es contienda, que *entesados* es hinchados de comida, que *entestecidos* es endurecidos y que *entigrecerse* es enojarse.



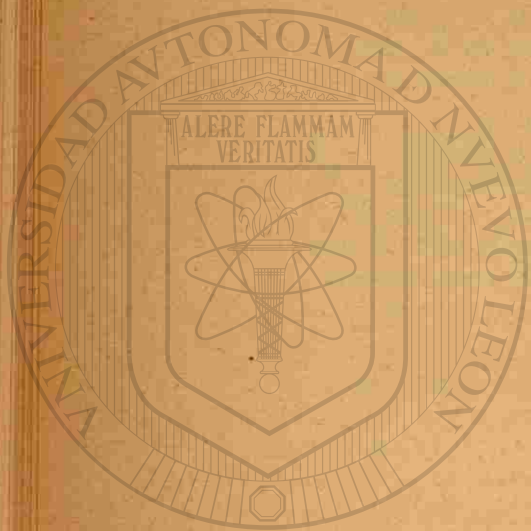
También se dice allí que ENTORCHADO es «*cuerda ó hilo de seda cubierto con otro hilo de seda...*» ¡Echen ustedes *hilos!*... Y también se dice que ENTORCHAR es «retorcer varias velas y formar de ellas antorchas», y que *entormecimiento* es entumecimiento, y que ENTORNAR es solamente «volver la puerta ó ventana hacia donde se cierra», con lo cual no tiene explicación el refrán que sigue: TANTO ENTORNÓ, QUE TRASTORNÓ, porque no se refiere á las puertas ni á las ventanas, sino á las vasijas, que se entornan cuando no se asientan en el plano horizontal y la vertical que pasa por su centro de gravedad cae fuera de la base; y también á los carros, cuyo volcar se dice más castizamente ENTORNAR, aunque en el Diccionario no haya de ello la menor noticia.

ENTRAMPAR no es «hacer que un animal caiga en la trampa», sino poner la trampa, aunque no caiga el animal en ella. Tiene además este verbo la significación de poner obstáculos, de atravesar, material ó figuradamente. Así se dice que á un perro se le ENTRAMPÓ un hueso en la garganta, y se ENTRAMPA un madero en un cauce para que trasvierta y se riegue la heredad, y se ENTRAMPA un triunfo en el juego de la brisca para evitar el encarte. De ninguna de estas acepciones del verbo ENTRAMPAR hay noticia en la Academia, como tampoco del sustantivo ENTRAMPO, que significa obstáculo, es-

torbo y se usa mucho en León y en Castilla.

¡Váyase por las frases de «*hacer las entrañas á una criatura, darle la primera leche*», y «*hacer las entrañas á uno, disponerle, sugerirle ó preocuparle en favor ó en contra de otro*», que figuran en el artículo ENTRAÑA como usuales y corrientes, aunque no las usa ni las conoce nadie!...

Si yo dijera que *entrañizo* á los académicos, diría una tontería, pero una tontería legal, porque ellos mismos han puesto ese verbo en el Diccionario diciendo que significa «querer á uno con íntimo afecto».



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

¡Artículo aprovechado el de ENTRAPAR!... Así como se dijo antiguamente del vecino pueblo de Torrelodones: «catorce vecinos y quince ladrones», así se puede decir de este artículo: tres definiciones y cuatro disparates, ó cinco. Lo primero, ENTRAPAR diz que es «echar muchos polvos en el cabello para desengrasarle y limpiar la cabeza con el peine, y también llenarle (¿el peine?) de manteca y polvos (¿más polvos todavía?) para que *abultase*». Este pretérito imperfecto de subjuntivo parece referir la polvorienta y mantecosa operación á épocas anteriores; pero no es seguro que haya sido puesto intencionalmente, pudiendo ser muy bien una simple falta de sintaxis. Lo cierto es que ni esa acepción ni las que siguen tienen nota de anticuadas.

Lo que tiene la segunda es nota de *Agr.* (agricultura) y dice: «Echar en la raíz de cada cepa tres ó cuatro libras de trapo viejo, volviéndola á cubrir con la tierra, con cuya



operación cobra fuerza y produce mucho fruto». ¡Valientes a...gricultores! Suponiendo que el medicamento no sea una brujería, para practicarle en un solo pueblo de buena cosecha sería necesario desnudar á todos los españoles, lo cual ya lleva trazas de hacerlo el gobierno conservador que sufrimos; y aun así, reuniendo todos los trapos viejos y nuevos del país, no serían bastantes para poner *cuatro ó cinco libras* en cada cepa del término de Valdepeñas, verbigracia.

La tercera definición de ENTRAPAR dice: «r. llenarse de polvo (¿otra vez?) y mugre un *pañó ó tela* (¿un tela?) de cualquiera clase, de modo que no se pueda limpiar».

¡Vamos! como el Diccionario académico, que tampoco se le puede limpiar de disparates.

En el artículo dedicado al verbo ENTRAR pone la Academia, entre otros muchos, este disparate: «fig. (figurado). *En el juego* de naipes, tomar sobre sí el empeño de ganar la puesta, disputándola según las *calidades de los juegos*». Por lo visto los académicos están en cuenta de que no hay más juegos de naipes que el tresillo y sus similares, que es donde sucede eso que ellos dicen. Pero como quiera que en la brisca, en el tute, en la mata y en otros muchos juegos de naipes no hay eso de «tomar sobre sí el empeño, etc.», no han debido decir los académicos al definir esa acepción «en el juego de naipes», así en

absoluto, sino en tal y cual juego de naipes.

La inclusión y exclusión de palabras compuestas con la preposición entre, ha sido obra de puro capricho. De otro modo, ¿por qué había de figurar en el Diccionario *entrederramar*, y no había de figurar *entrealmorzar*?... Nada: no han tenido más regla que el capricho. Por eso ponen *entrecoger*, que nadie dice, y no ponen ENTRECOCER, que es muy usado: ponen *entreggerir*, que no sirve para nada, y no ponen ENTREFREIR, que sirve para evitar el rodeo de «freir poco», expresando la misma idea: ponen *entretomar*, que nadie usa, y no ponen ENTREPACER, cuyo participio pasivo se aplica con frecuencia á los prados que están pacidos desigualmente.

Y luego ¡qué definiciones!... La de *entrecoger*, por ejemplo, dice: «Coger á una persona ó cosa de manera que no se pueda escapar ó desprender sin dificultad.» Pero «coger á una persona ó cosa de manera que no se pueda escapar ó desprender», es coger. ¿En qué se diferencia entonces entrecoger de coger? La otra definición que dan de *entrecoger* dice: «fig. (figurado). *Estrechar, apremiar* á uno con argumentos, *insidias* ó amenazas en términos de dejarle sin acción ó sin respuesta». Lo cual también es coger, sencillamente.

En vez de definir el ENTRECASCO, no hacen más que remitir al lector á *entrecorteza*; y es claro, como al llegar á la *entrecorteza* se limi-

tan á definir, mal como acostumbran, el ENTRECASCO de los árboles resulta sin definir, y aun sin mencionar el verdadero ENTRECASCO, el ENTRECASCO que produce cojeras á los bueyes y demás animales de pata hendida y también á los solípedos.

Al ENTREMÉS no le da el Diccionario la acepción de persona entremetida, que estorba. Y además le define bastante mal en la acepción de comestible. Véase la clase: «Cualquiera de los platillos que se ponen en las mesas con viandas ligeras, como *encurtidos*...» ¿En qué mesas habrán comido los autores de la definición?...

ENTREMESAR dicen que es *entremesear*, y *entremesear* primero dicen que es «hacer papel en un entremés», y después dicen que es mezclar cosas graciosas y festivas en la conversación ó discurso para *hacerlo* más divertido, como mezclan ellos las sandeces con otras sandeces para hacer más divertido el Diccionario. ¡Qué tendrá que ver ENTREMESAR con *entremesear*!... ¡Y qué tendrá que ver *entremesear*, si existe, con ENTREMEZCLAR!

ENTREMESAR es MESAR un poco atenuado, pero nada más que MESAR, y *entremesear* podrá ser cualquier cosa menos MEZCLAR ni ENTREMEZCLAR.

De ENTREPELAR, que no es estar «mezclado el pelo de un color con el de otro», sino pelar á medias, lo que más se usa es el partici-

pio pasivo, ó sea el adjetivo ENTREPelado, DA, que no figura en el Diccionario, aunque se aplica con frecuencia á la res que está mudando el pelo y tiene parte del nuevo y parte del viejo.

Tampoco figura en el librote el adjetivo ENTREPECHADO, DA, que se aplica á las caballerías que andan con dificultad por estar abiertas de los pechos, y, familiarmente, también á las personas cuando se mueven con rigidez y falta de soltura.

En cambio ponen los académicos con la indicada significación, *entrepelado, da*, con la nota de *veter.*, que quiere decir veterinaria. Yo no sé si realmente en la Veterinaria será cosa oficial esa tontería de llamar *entrepelado* al caballo ENTREPECHADO; pero si lo fuera no probaría más sino que los veterinarios que han escrito libros sobre materias de su profesión merecían todos haber sido... académicos.

Otro artículo un tanto gracioso es el de la ENTRETENIDA, que dice: «ENTRETENIDA (DAR á uno con LA)». Así; como si la entretenida fuera una cachiporra con la cual se pudiera dar á los académicos en la cabeza. Lo cual no sería malo, porque bien lo merecen. Y luego, ENTRETENIDA (DAR á uno con LA) dicen que es «entretenerle con *palabras ó excusas* para no hacer lo que solicita *que se ejecute*... Eso sería, si acaso, darle una ENTRETE-



NIDA, ó como se dice novísimamente, una *lata*; pero ¿por qué ha de ser darle *con la*, pedazos de... académicos?

La definición de ENTRIPADO es un verdadero entripado filológico. Hay que verla: «ENTRIPADO, DA, adj. Que está, toca ó molesta en las tripas.» ¡Pero, hombres de Dios, eso será *entripante*, cuando mucho!... Aparte de lo feo y de lo ridículo de la definición, el que está, toca ó molesta, es un agente á todas luces... ¿Cómo, pues, un agente ha de ser en la misma acción participio pasivo?...

El verbo académico *entronecer* cualquiera creará que significa poner en el trono. ¡Pero quíá! Los académicos dicen que *entronecer* es maltratar; y no hay que preguntarles la razón de su dicho, porque ya se sabe que nunca la tienen.

ENTRONERAR... ¡también es buena la definición de este verbo!... «Entronerar, a. Meter ó encajar una bola...» ¡Eso les manden á los académicos, meter ó encajar bolas! Lo malo es que lo hacen tan sin gracia... Otra vez: «Entronerar, a. Meter ó encajar una bola en cualquiera de las troneras de la mesa en que se juega á los trucos.» ¡Vamos! ¡Les parece á ustedes!... Los académicos jugando á los trucos todavía!...

«*Entruchada*» dicen los académicos que es «cosa hecha por confabulación de algunos con engaño ó malicia». Si no fuera por lo de

la *malicia*, porque no es seguro que sean capaces de malicia los académicos, esta definición le venía al Diccionario de la Academia como anillo al dedo. ¿Qué mejor *entruchada* que el Diccionario?

«*Entruchar* (siguen las truchas). Atraer á uno *con disimulo... y engaño, usando de artificios* (¡dale bola!) para meterle en un negocio». Lo cual, prescindiendo de los ripios de la definición, se llama ENGATUSAR, y no *entruchar*.

Después de decirnos que *entubajar* es «des-hacer engaños», ponen los académicos el artículo ENTUERTO, y ofician de médicos en esta forma: «pl. (plural). Dolores de vientre que suelen sobrevenir á las mujeres poco después de haber parido». ¿Será verdad que se llamen *entueritos* esos dolores?... Si lo fuera, habría que convenir en que en el parido literario de la Academia suceden las cosas al revés; porque aquí los entueritos no los sufren los académicos poco después de haber dado á luz el Diccionario: los sufren los lectores.

Y allá va otra definición de sorpresa, la segunda de ENTUMECER, en la que dicen los académicos que «*dícese más comúnmente del mar ó de los ríos caudalosos*». ¡Qué se ha de decir!... Ni más comúnmente, ni menos, ni nunca. ¿Cuándo han oído los Académicos decir que el mar se *entumeció*, ó que el Duero baja *entumecido*?... ¡Dícese más comúnmente!..

Lo que *dícese* ya bastante comúnmente, y *diráse* más comúnmente todavía, es que son ustedes unos espantajos.

Varios disparates seguidos. *Enturar*, diz que es dar y es mirar, todo en *germania*. ¡Como si los de la germania fueran académicos para designar con el mismo nombre dos operaciones tan distintas!

«ENTURBIAR. *Hacer ó poner... turbia una cosa*». ¡*Hacer ó poner!* Y luego, «r. fig. (reflexivo figurado). Desordenarse y *descuadernarse* lo que estaba ordenado y *bien dispuesto*». De manera que, salvo lo de haber estado ordenado y bien dispuesto, porque el Diccionario académico no lo estuvo nunca, del ejemplar que yo uso de dicho libro, y que se ha descuadernado ya casi por completo, se puede decir que se ha *enturbiado*...

Por el artículo dedicado al ENTUSIASMO, cualquiera podría creer que el Diccionario de la Academia es un incunable, traducción de un antiguo pergamino hallado en las ruinas de Pompeya. «ENTUSIASMO, m. Furor de las sibilas al dar sus oráculos...» Dos rayitas: «Inspiración divina de los profetas». ¡Estas son las dos primeras acepciones que da á la palabra ENTUSIASMO el Diccionario Oficial de la Lengua Castellana, publicado en el último cuarto del siglo XIX!

«*Envarescer*, a. ant. Pasmarse, sorprender». ¡Es claro! ¿Quién no se ha de pasmar con

esas cosas?... Y todavía añaden los académicos dos rayitas y una n., para decir que ese verbo, además de activo, es neutro, y significa «pasmarse y sorprenderse». Por cierto, que para tener esas significaciones no sería neutro, sino reflexivo; pero puestos los académicos á confundir las especies, no se paran en barras. De todos modos, el artículo dedicado á ese verbo, con sus dos definiciones, ya se ve que es interesantísimo y capaz de *envarescer* á cualquiera.

«ENVERDECER, n. Reverdecer el campo, las plantas, etc.» Pues no es eso. Al reverdecer del campo, las plantas, etc., se le llama REVERDECER, no enverdecer. ENVERDECER es teñir de verde, á lo cual los académicos, por errar en todo, llaman *enverdir*. Como llaman *envero* al «color que toman las uvas cuando empiezan á madurar». Pero, en fin, ¡qué no dirán unos hombres para quienes el ENVÉS y el REVÉS son lo mismo!

En el artículo ENVIAR ponen los señores como frase *fig. y fam.*, que dicen ellos, la de «enviar á uno á escardar». ¡Siempre les ha de faltar algo! Porque eso así sólo no es frase ni nada. La frase verdadera es «ENVIAR Á... los académicos, verbigracia, Á ESCARDAR CEBOLLINO». Pero luego, al explicar dicha frase, ya han pecado por carta de más y no por carta de menos, pues dicen que «enviar á uno á escardar» es «despedirle ásperamente, ne-



*gándole lo que pide, ó solicita*». De manera que al que no pide ni solicita nada ¿creen los académicos que no se le puede mandar á escardar cebollino?... ¡Bah! No recuerdo que me hayan pedido á mí nada los autores del Diccionario, y, sin embargo, les he mandado muchas veces á eso.

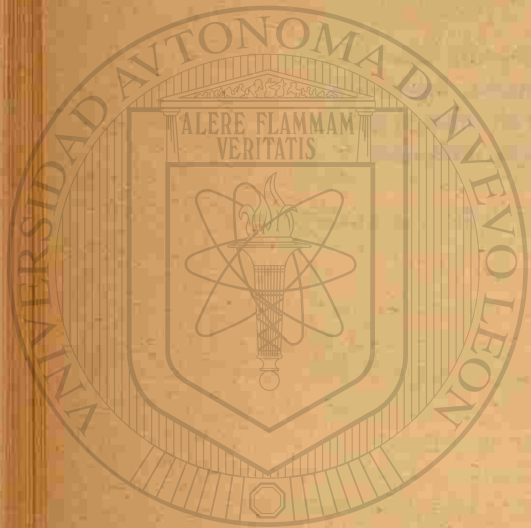
Todavía ponen otras dos frases en este artículo; y aunque ambas significan lo mismo que la pasada, tratan de definir las aparte. ENVIAR á UNO NORAMALA, dicen que es «despedirle con enfado ó disgusto». ¿Qué diferencia hay de eso á «despedirle ásperamente»?... Para el sentido común, ninguna; mas para los académicos la debe de haber, cuando en vez de referir una frase á la otra, explican la segunda de distinto modo, diciendo que es «despedirle con enfado ó *disgusto*», y añadiendo: «ó darle á entender que lo que *propone, dice ó hace* no merece crédito ó *aprobación*». La otra frase es la de «ENVIAR á UNO á PASEAR», de la cual por toda explicación envían al lector no á las pasadas, sino á otra nueva, á la de ENVIAR á UNO á PASEO, desde la cual ya no le envían á ninguna parte; pero tampoco la explican, sino que la dejan para el artículo PASEO, para tener allí materia sobre que disparatar otro rato.

En resumen: las frases ENVIAR á UNO á ESCARDAR CEBOLLINO, ENVIAR á UNO NORAMALA, ENVIAR á UNO á PASEAR, ENVIAR á UNO á PA-

SEO, con las cuales los académicos hacen un lío, ó dos ó tres, queriendo explicarlas de distinta manera, todas significan lo mismo, todas están compendiadas en aquel cantar que dice:

Para despedir á un hombre  
No es menester mala cara:  
Se le dice en buenos modos  
Que se vaya noramala.

Y ténganlo por dicho los autores del Diccionario.



Hasta en los refranes más conocidos tropiezan los académicos, y los transcriben mal y los explican peor casi siempre. «SI LA ENVIDIA FUERA TIÑA, ¡QUÉ DE TIÑOSOS HUBIERA!» ponen en el artículo ENVIDIA, y añaden: «ref. con que se nota al envidioso y disimulado». ¡Vaya una manera de explicar!... Refrán con que se nota al envidioso... Lo que *se nota* es la falta de sentido de la explicación, y, por consecuencia, la falta de cacumen de los explicadores. Con ese refrán que no transcriben fielmente los académicos, pues no se dice *hubiera*, sino *habría*,

SI LA ENVIDIA FUERA TIÑA,  
¡CUÁNTOS TIÑOSOS HABRÍA!

y así resulta en los dos versos octosílabos que le componen una condición más de popularidad, la asonancia; con ese refrán, digo, se da á entender que la envidia está mucho más extendida de lo que se cree, y que si se



hiciera visible, como la tiña, asombraría el número de envidiosos, mucho mayor que el de tiñosos; y eso que en los tiempos en que nació el refrán era la tiña bastante más común que al presente.

Poco más adelante dicen los académicos que *envinar* es «echar vino en el agua», operación académica sin duda, pero desconocida en el mundo, donde tanto se practica la contraria, la de echar agua en el vino.

ENVIRAR dicen que es «clavar ó unir con estaquillas de madera los corchos de que se forman las colmenas». No los corchos, sino las tapas de los corchos. Y también es ENVIRAR asegurar con estaquillas de madera alrededor del aro el cuero del cribo ó de la zarama, el baldés del cedazo, etc. Pero los académicos, con la poca inteligencia que Dios les dió y que ellos no cultivan, en cuanto leen un libro algo clásico y encuentran un verbo empleado con determinado sustantivo, ó un sustantivo empleado con determinado verbo, los ponen en el Diccionario con aquella significación, como si no pudieran tener otra.

A ENVISCAR le ponen dos artículos; uno para decir que significa «untar con liga», y otro para decir que significa *azuzar*. Voy perdiendo ya la cuenta de los verbos, si se me permite llamar así á los disparates, á que los académicos atribuyen esa significación de *azuzar*... *Embizar*, *enguizgar*, *enviscar*... y de nin-

guna de esas maneras se dice, sino EMPIZCAR.

Al sustantivo ENVITE, después de ponerle, no muy bien definida, la significación que tiene en el juego del mus, quieren darle otra figurada. Colocan sus dos rayitas y la cifra fig., y... cuando cree uno que va á encontrarse con la significación general de «golpe», «acometida», «tentativa», etc., se encuentra solamente con «ofrecimiento de una cosa». ¿Quién les habrá dicho á esos zampatortas que sea ENVITE el acto de ofrecerle á uno la casa?... El mismo que les haya dicho que ENVOLVIMIENTO es... «revolcadero»; es decir, nadie: su propia tontería.

ENYESAR dicen que es «tapar ó acomodar una cosa...»

— ¿Tenemos otra como la del ENCEBADAMIENTO? — preguntará cualquiera de los lectores.

— Muy parecida. Porque después ya dicen los académicos que el «tapar ó acomodar una cosa», para que se llame *enyesar*, ha de ser «con yeso». Pero lo dicen á lo último, en vez de haberlo dicho al principio, siendo como era lo más importante, porque enyesar es dar con yeso, sea *tapando*, *acomodando* ó *desacomodando*...

Del verbo ENZARZAR primero dicen que es «poner zarzas», después dicen que es «poner zarzos», después que es «enredar...» y al cabo se enredan ellos de manera que le ponen hasta

cinco acepciones, tres como activo y dos como reflexivo, sin decir una palabra de la más usada de todas, la de REÑIR.

No se les ha olvidado, sin embargo, consignar el verbo *enzurdecer*, del que dicen que es «*hacerse ó volverse zurdo*». Pero no pusieron, como podían haber puesto con igual fundamento, *enacademiquecer*, hacerse ó volverse... académico.

Para definir la EPÍSTOLA dicen que es «*carta que se escribe...*» no se sabe si por sí misma, aunque es de creer que no. Pero la definición no dice más que esto: «*Carta misiva que se escribe á los ausentes*». Después también dicen los señores que EPÍSTOLA CATÓLICA es «*cualquiera de las escritas por los Apóstoles Santiago, San Judas, y aun por San Pedro y San Juan*», donde parece que á estas últimas cartas, á las de San Pedro y á las de San Juan, se las concede el título de católicas por compasión y como de limosna.

EPISTOLARIO... ¡Verán ustedes qué precisión para definir!... EPISTOLARIO... «*libro ó cuaderno (ó asilo) en que se hallan recogidas varias cartas ó epístolas de un autor (ó de dos) á diferentes personas, sobre diferentes materias...*»

El lector, que un poco más adelante se ha encontrado con la definición de EPITELIO, cree que en seguida se va á encontrar con la de *epitelioma*; pero se lleva chasco, porque á

tanto ya no se extiende la erudición de los académicos. No muele tanto su molinillo, ni lleva tanto su costalillo. En cambio se encuentra poco después con «*epoto, ta, bebido*».

EQUIDAD... Si fuera INIQUIDAD, acaso la acertarian á definir; pero equidad... verán ustedes. «*Equidad f. igualdad de ánimo.*» ¡Así! Nada más que de ánimo... Cuando precisamente la igualdad de ánimo es la única igualdad que no se llama EQUIDAD; porque tiene su nombre propio: ECUANIMIDAD.

Equilibre... Dicen que «*dícese de lo que está equilibrado*». Pero ¿dónde dicese? Diráse donde dígase «*equino, na, lo perteneciente ó relativo al caballo*». Es de advertir que *equino, na*, dicen los académicos que es adjetivo poético... Porque, ya se sabe: en tratándose de una palabra desconocida, fea y ridícula, los académicos se la cargan á la poesía invariablemente. *Capripede*, adjetivo poético, *imbele*, «*úsase más en poesía*», *equino, na*, adjetivo poético... ¿Qué idea tendrán ellos de la poesía, para atribuirle todas las fealdades?...

«*EQUIVOCAR, tener ó tomar.*» Ya se sabe: siempre los dos verbitos. «*Tener ó tomar una cosa por otra*». Verbigracia: el rábano por las hojas, como suelen hacer con triste frecuencia los académicos.

Por eso nos dan esta graciosísima definición de la ERA: «*temporada, duración de*



cierto *tiempo*. Y luego en otro artículo, tratando de definir otra ERA, la de trillar, dicen que es «espacio de tierra limpia y firme, *por lo común* empedrada....» Será *por lo académico*, ó por lo extravagante; mas no por lo común ciertamente.

De lo inoportuna que es la lluvia durante la recolección de las mieses, ha nacido la frase popular con que se expresa enérgicamente la inoportunidad de alguna cosa, diciendo: «hace tanta falta como el agua para trillar». Pues poco más ó menos, la misma falta que el agua, hace para trillar el empedrado de las eras. Porque si estuvieran empedradas, cada vez que un trillo corriera por donde no hay paja, cosa que sucede con frecuencia, las piedras del empedrado robarian lastimosamente el corte á las del trillo, concluyendo por estropearle.

En los países de poca mies, donde no la trillan, sino que la apalean, para sacar el grano, suele hacerse esta operación en sitios empedrados y cubiertos, que no se llaman eras, por supuesto, sino portales, soverados, biestechas, portaladas, etc. Pero si llegara el Diccionario académico á Paredes de Nava, ó á Cisneros, ó á cualquiera de los pueblos de mucho trigo, ¡apenas se reirían del empedrado académico de las eras!...

Sigue el verbo *erar*, no menos académico que el susodicho empedrado, con la significa-

ción de «formar y disponer eras para poner plantas en ellas.» Y sigue *ercer*, que diz que es provincial de Santander y significa levantarse. Y sigue el artículo *ere*, donde dicen que esta palabreja es el «nombre de la letra r en su sonido suave; lo cual no es verdad, porque la letra r se llama *erre* siempre, sin que los sonidos fuerte y suave que puede tener modifiquen su nombre. Los mismos académicos vienen á confesar su error sin querer cuando dicen que ese nombre de *ere* le tiene la r *en su sonido suave*; pues si la letra se llamara *ere* cuando es sencilla y *erre* cuando es doble, ¿qué falta hacía hablar ahí de la suavidad del sonido?...

«*Erecha*, ant. Satisfacción, compensación ó enmienda (¿acabaremos?) del daño recibido en la guerra...» ¿Y quién nos satisface, compensa ó enmienda el daño recibido en el idioma?... *Erecha*... Satisfacción, compensación ó enmienda... Efectivamente debe estar muy anticuado eso, si es que se usó algún día.

En tres artículos seguidos, ERGOTISMO, ERGOTISTA y ERGOTIZAR, emplean los académicos el vocablo *despectiva*. «Denominación *despectiva*», «calificación *despectiva*», «voz *despectiva*» dicen ellos como cosa corriente; porque todavía no se han enterado de que eso es un latinismo tonto, ni de que hoy se dice DESPRECIATIVA.

¿Y lo de que *ergullir* sea «cobrar orgullo»



y «envanecerse»?... ¡Cobrar orgullo!... La afición al verbo cobrar parece que les impele á usarle á menudo, venga ó no venga á cuento... ¡Pero vamos, que *ergullir!*...

Pues ahora viene otro adjetivo de los que los académicos llaman *poéticos*, y por cierto que trae una definición notable. *Eritreo*, *a*, es el adjetivo, y la definición es la siguiente: «Aplicase al mar en nuestra lengua llamado *Rojo* y á lo perteneciente á él.» Así. En el Diccionario oficial de la lengua castellana, se dice del mar Rojo que en nuestra lengua es llamado *Rojo*, como pidiendo perdón por la impropiedad, ó como confesando que el Diccionario no es de nuestra lengua. «Aplicase al mar en nuestra lengua llamado *Rojo!*...» Y en nuestra lengua llamado *eritreo*... Porque si no, ¿para qué es ó de qué lengua es el Diccionario de la Academia?...

Después añaden los señores que *eritreo*, *a* «no se usa, por lo común, más que en poesía». Pero recientemente los italianos, sufriendo unas cuantas palizas vergonzosas y bien merecidas, por querer hacer de persona ó de nación, para lo cual no sirvieron ni servirán nunca, han vulgarizado un poco el adjetivo llamando colonia *eritrea* á su proyectada colonia de la orilla del mar Rojo, ya casi del todo abandonada, por haber comprendido los sacrílegos despojadores del Romano Pontífice que no es lo mismo conquistar pueblos que

urdir traiciones y tocar el arpa ó el organillo.

«ERIZADO, *DA*, cubierto de púas ó espinas como el *espín*». ¡Que afán de no decir bien las cosas!... ¡Como el *espín!* ¿Y por qué no como el ERIZO, de cuyo nombre es de donde el adjetivo se deriva? Aparte de que el *espín* no es nada más que una tontería académica, pues el bicho á que los académicos aluden se llama siempre puerco-espín, y no le llama *espín* nadie absolutamente.

«ERIZO... *m.* Animal cubierto de púas...» ¡Vaya una definición!.. ¿Y esa zoología de que los académicos hacen alardes inoportunos otras veces?... ¡Animal cubierto de púas!... Quien no supiera del tal bicho más que eso que nos cuenta la Academia, bien pudiera tomar por erizo á algún individuo de la casa. Porque en cuanto á ser animal, lo es cualquiera; y en cuanto á estar *cubierto de púas*... ¿no han dicho los académicos que *encohetado* es «cubierto de cohetes», señalando como ejemplo al toro cuando se le han puesto banderillas de fuego? Pues si al toro banderillado á fuego con tres ó cuatro pares se le puede llamar *cubierto de cohetes*, también se podrá llamar *cubierto de púas* á un académico á quien se le pongan unas cuantas.

Algo más añaden los académicos para definir el erizo, pero todo ello de bien poca importancia. Pues decir que el «animal cubierto de púas» es «pequeño de cuerpo», no es



decir nada mientras no consten las dimensiones que constituyen lo pequeño en la Academia, y se sepa si son tenidos allí por pequeños Comelerán y otros académicos así, que en el común sentir lo son indudablemente. Y agregar que el «animal con púas, pequeño de cuerpo» es «semejante al puerco», no sirve más que para mayor confusión; porque esa semejanza con el puerco, si ha de ser estricta, no la tiene el erizo; y si es un poco lata... ¡la tiene tanta gente!

XCV

Lo de siempre.

*Ermador, ermadura, ermamiento, ermar...* cuatro artículos seguidos que están de sobra todos cuatro. Pero la gracia de los académicos no se reduce á embalumar el Diccionario con esas formas apolladas, sino que se extiende á todo lo demás á que necesitaba extenderse para ser completa: á suprimir las formas corrientes. En efecto; si de la E saltamos á la Y griega, encontraremos el verbo YERMAR, equivalente del desechado *ermar*; pero no encontraremos el YERMADOR, ni la YERMADURA, ni el YERMAMIENTO que le corresponden. ¿No es en verdad gracioso poner en el Diccionario las formas viejas y omitir las usuales?

ERRADA... Esta palabra parece que la habían de definir bien los académicos, y que habían de acertar á darla su verdadera significación por lo mucho que la practican. Pero tampoco aciertan más que á desacertar como siempre. «Errada (de *errar*) f. En el juego de

billar, lance de no *tocar* el jugador á la bola que debe *herir*. No se puede decir peor ni *herir* más cruelmente al buen sentido. Si se hubieran limitado á decir «lance de no dar bola», podría pasar la definición; pero eso de «no tocar el jugador á la bola que debe *herir*» no pasa. Porque no se sabe si quieren decir que errada es no tocar el jugador con el taco á la bola con que juega, ó no tocar con ésta á la bola sobre que juega, ni se sabe si *la bola que debe herir* es para ellos la que el jugador debe tocar con el taco ó la que debe tocar con la otra bola. Y en el primer sentido, que parece el más obvio, no es verdad que eso sea ERRADA, porque no es errada el no dar con el taco á la bola, sino el no darla bien.

En el artículo *errar* destrozan el refrán que dice «DESPUÉS QUE TE ERRÉ, NUNCA BIEN TE AMÉ», poniendo en lugar del segundo miembro NUNCA BIEN TE QUISE, como si de propósito hubieran querido quitarle la armonía. Y tampoco le explican bien del todo.

Después, consecuentes con un error cometido antes, dicen en el artículo ERRE que esta voz es el nombre de la letra *r* en su sonido fuerte. Y en su sonido suave lo mismo: la letra *r* siempre se llama ERRE, distinguiéndose en ERRE fuerte y ERRE suave, según el sonido que tenga en el vocablo. Lo de la *ere* es una ridiculez.

O un *erro*, que según el Diccionario significa yerro.

Pero no hay que hacer caso del Diccionario, porque es muy *erumoso*... Lo cual, según el mismo Diccionario, quiere decir «trabajoso, penoso, miserable».

A la ERUPCIÓN no la ponen la acepción figurada; pero ponen *erutación, erutar, eruto, ervato, ervilla*... todo como usual, sin ninguna nota atenuante; y luego, cuando llegan al ESBARDO, palabra castiza y corriente en León y en Castilla, dicen que es provincial de Asturias, sin más razón probablemente que la de haber sido asturiano el que se la enseñó á los académicos.

Los cuales por supuesto no han aprendido todavía que ESBARDO tiene, además de la significación natural de oso pequeño, otra figurada que se aplica á la mujer basta, fea y mal vestida, sin la finura y delicadeza propias de su sexo.

Para definir la ESBELTEZ, dicen los académicos que es ESBELTEZA; y de la ESBELTEZA, que viene en seguida, dicen que es «estatura descollada»... ¿Cómo será la estatura *descollada*? — se pregunta cualquiera al leer esa definición... — Y para saberlo retrocede en el Diccionario buscando ese adjetivo... Pero en vano, porque DESCOLLADO, DA, adjetivo que los académicos emplean repetidamente en su definición, no se halla en el código de la



lengua promulgada por ellos mismos... ¿Cómo averiguar lo que es estatura descollada?... No queda más recurso que acudir al verbo DESCOLLAR; pero de este sólo dicen los académicos que es *sobresalir*; de manera que estatura descollada será estatura *sobresalida*.

Claro que no es verdad que la esbeltez sea eso, pero del Diccionario académico no se saca otra cosa. Como que todavía insisten sus autores en la misma majadería al definir el adjetivo ESBELTO, TA, diciendo que es «de gentil y *descollada* estatura».

Y á todo esto, sin que ni en el artículo DESCOLLAR, ni en DESCOLLADAMENTE, ni en DESCOLLAMIENTO, ni en DESCUELLO, que son todos los que dedican á la familia, digan una palabra de la etimología, y eso que es bien fácil.

Pero más fácil es todavía decir que ESCABECHE es «salsa ó adobo» y que *escaencia* es «obvención ó derecho superveniente»... Después de haber dicho que ESCABROSO, SA significa en acepción figurada «áspero», donde no hay tal figuración, porque eso es precisamente lo que significa sin ella; y después también de haber callado lo que significa ESCABROSO figuradamente, que es «difícil-toso».

Dos artículos ponen los académicos á la ESCALA. Uno con etimología latina (*scala*) y con la acepción natural de escalera, las acep-

ciones matemática, militar y musical, que son figuradas aunque ellos no se lo llamen, y una frase militar de autenticidad harto dudosa. Otro con etimología italiana (*scala*), que es la misma *scala* latina, aunque ellos dicen que es de una voz árabe que significa *cala*, dedicado exclusivamente á definir la ESCALA que hacen los barcos, á la que llaman «paraje ó puerto adonde tocan de ordinario las embarcaciones...» Tontería sublime la definición, porque el *paraje ó puerto* donde las embarcaciones acostumbran á tocar no se llama escala propiamente, sino punto de escala. Y tontería no menos sublime el artículo aparte, porque la escala de las embarcaciones no es más que otra acepción figurada de la ESCALA escalera, en la que son figuradamente peldaños ó escalones los puertos, como lo son en la escala musical las notas, y en la militar los oficiales.

¡Más les valía á los académicos haber consignado sencillamente otra acepción bien común de ESCALA, que significa acción de escalar, en el sentido de robar y en el de registrar, que no entretenerse en imaginarias distinciones! ¡Más les valía haber puesto su propia significación al adjetivo ESCALADO, DA, que se aplica á las casas ó á los edificios robados, y no la tontería de que «aplicase á los peces abiertos *con hierro* por la barriga»!... ¡Más les valía haber puesto al verbo ESCALAR

la acepción de robar, la de saquear y la de registrar una casa ó un pueblo por orden de la autoridad en busca de objetos robados, todas muy usadas!

Pero ¿qué más les da á ellos que se usen ó no determinadas acepciones, si viven tan divorciados del uso, que aun de la palabra ESCALO, que anda siempre rodando por los periódicos desde que los hay, no tenían noticia todavía al hacer la duodécima edición de su Diccionario, donde no figura en el lugar correspondiente? Todos los días se lee: «En la casa número tantos de tal calle se ha descubierto un *escalo*»... «Los ladrones habían practicado un ESCALO»... Y nada; los académicos, sin enterarse de que había ESCALOS, hasta que se lo advirtió un alma buena, y entonces incluyeron la palabra en el suplemento.

No se les olvida poner *escaldrido*, que diz que es astuto, ni *escaldufar*, que diz que es «sacar mucho caldo de la olla», ni cualquier otra simpleza al simil; pero no ponen ESCALIENTO, que se usa en la acepción natural de calentamiento y en las figuradas de ánimo, consuelo, amparo.

Dos artículos dedican á *escalona*, no al pueblo así llamado que está en la provincia de Toledo cabe el río Alberche, sino á... casi no se sabe á qué: á una combinación de letras idéntica al nombre del pueblo. Desde el

primer artículo *escalona* envían los señores al lector á *escaloña*, para enviarle desde allí á *ascalonia*, donde al cabo resulta que *ascalonia*, *escaloña* y *escalona* todo viene á ser «especie de cebolla». En el otro artículo dicen que *escalona* en la germanía significa «escalador de paredes».

Pasando por que ESCAMADA sea «bordado» y por que ESCAMADO sea «obra labrada en figura de escamas», no se puede pasar por la supresión del adjetivo ESCAMADO, DA, que, á más de la significación natural de mondado, despojado de escamas, tiene la de quemado del sol y la figurada de desconfiado, y es origen de otro adjetivo diminutivo, ESCAMURRIDO, que también falta.

¡Cualquiera acierta lo que significa *escamochear* en Aragón, de donde dicen los académicos que es *provincial* la palabreja!... Con su impropiedad acostumbrada, porque Aragón no es provincia. De primera intención nos dicen que *escamochear* es *pavordear* ó *jabardear*. Disponiéndonos á evacuar las citas, vamos á buscar primero *pavordear*, con la sospecha de que será hacer de pavorde... y nos encontramos con que *pavordear* no es más que *jabardear*. Vamos en busca de *jabardear*, y nos encontramos con que es «hacer las abejas *segunda* cría *después* de la principal (naturalmente, siendo *segunda*), y separarse de la *madre* en corto número con su maes-



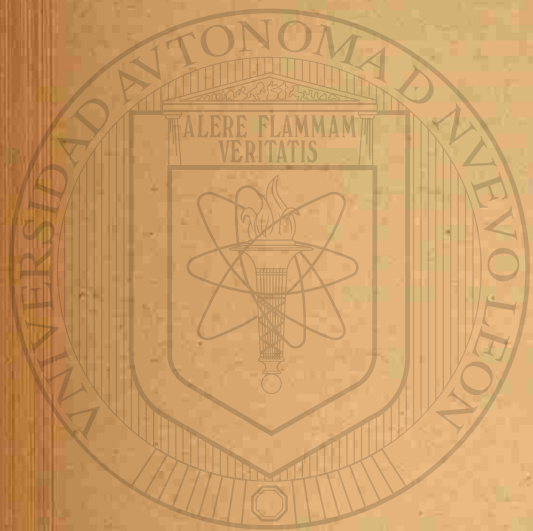
tra». Galimatías donde no se sabe si quien se separa de la madre en corto número son las abejas que hacen segunda cría, ó la segunda cría hecha, y donde aparece que entre todas las abejas no tienen más que una madre.

Desconocedores de la estructura del idioma, lo mismo que pusieron *azolar* por AZOLEAR ponen ahora *escamotar* por ESCAMOTEAR. Pero, inconsecuentes siempre, no ponen ESCAMOTADOR, sino ESCAMOTEADOR, del cual ya no dicen que es el que *escamota*, sino el que ESCAMOTEA. Y no les pidan ustedes la razón de estas contradicciones, porque no saben darla.

Saben decir que *escampamento* es «derramamiento», y que ESCAMPAR es verbo activo que significa, en primer término, despejar, *desembarazar* un sitio, y que cuando es neutro, á más de la significación de «dejar de llover» tiene la figurada de «cesar en una operación, *suspender el empeño* con que se intenta alguna cosa»; de manera que si Don Antonio Cánovas y consortes políticos cesaran en su empeño de hacer á las Compañías de ferrocarriles el inicuo regalo de la prórroga, lo que desgraciadamente no es de esperar, podríamos decir, con arreglo al Diccionario, que había *escampado* el Sr. Cánovas. Ensartar tonterías de éstas es lo que saben los académicos.

Como decir que ESCANCIADOR es el «que

*ministra* la bebida en los convites, *especialmente* los vinos y licores». Así. Que *ministra*, como si ese verbo *ministrar* fuera de uso corriente. Y luego la *especialidad* también tiene gracia; porque ¿qué otra bebida se suele *ministrar* en los convites fuera de los *vinos* y *licores*? Pero más gracia tiene decir que ESCANCIAR es «*beber vino*», pues por este sistema pueden los tales académicos llegar á decirnos que azotar significa ser azotado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

¿Y si yo les dijera á ustedes que algunos académicos que se las echan de poetas *escanden* sus versos, pero no les suele salir bien la *escansión* casi nunca?

Creerían ustedes que me había vuelto loco, ó que hablaba en broma. Y, sin embargo, cualquiera puede decir y escribir eso formalmente, con estricta sujeción al código oficial de nuestro idioma. Porque los académicos ponen en su Diccionario el verbo *escandir* como usual y corriente, diciendo que es «medir el verso», y ponen el sustantivo *escansión*, diciendo que es «medida de los versos», todo sin ninguna nota atenuante.

También ponen *escantador, ra*, diciendo que es ENCANTADOR, RA, y *escantar*, diciendo que es *encantar*, pero aquí siquiera dicen que son anticuadas esas formas; aunque no creo yo así como quiera que sean anticuadas, inclinándome á sospechar que son académicas.

Como la *escaña* que ponen poco más abajo,



diciendo que es «grano parecido al de la cebada, aunque de menos sustancia...» No será de menos sustancia que ellos, que no tienen ninguna. Por eso al poco rato de haber definido, aunque malamente, la ESCANDA, llamándola «especie de trigo cuyo grano tarda en desprenderse del escabillo», confundiéndola quizá con el trigo mocho, ponen *escaña*, que no es más que forma defectuosa de ESCANDA, y ya no la llaman «especie de trigo», sino «grano parecido al de la cebada...»; es decir, que en lugar de confundirla como antes con el trigo común, ahora la confunden con el trigo académico.

Si los periodistas consultaran el Diccionario é hicieran caso de él, los lectores de cualquier periódico podrían encontrarse con la noticia siguiente:

«Créese que la inmunidad parlamentaria, que escapó al Sr. Bosch del auto de procesamiento dictado por el juez Sr. Maroto, escapará también ahora de la acción de la justicia al Sr. Gálvez Holguín y demás concejales procesados».

No lo entenderían los lectores por lo pronto, y se quedarían asombrados, á no ser que el periódico donde leyeran semejante noticia fuera *La Correspondencia de España*, de cuyos disparates, por grandes que sean, ya nadie se asombra, porque siempre resulta que ya los ha dicho mayores... No la entenderían por lo

pronto, pero al día siguiente podrían encontrarse con esta otra:

«Un joven que ayer tarde escapaba un caballo por el paseo de la Castellana, fué despedido de la silla».

Tampoco ésta la entenderían, y, sin embargo, una y otra están escritas de conformidad con el Diccionario académico, que dice que *escapar* es verbo *activo*, que significa «libertar una cosa (y quien dice una cosa dice un concejal) de riesgo ó peligro», y que «tratándose del caballo» significa «hacerle correr con extraordinaria violencia».

Al definir los académicos la palabra ESCAPATORIA, quieren meterse á mundo poniendo un ejemplo de cómo se usa, y dicen: «*Dar á uno ESCAPATORIA*». ¿A quién habrán oído ellos esa frase?... *Hacer una ESCAPATORIA* es como se dice, que no *dar á uno escapatoria*. Y para expresar la idea que en su frase quieren expresar, se dice «dar á uno suelta». ¡Qué hombres más negados! ¡Si parece que no han oído campanas en su vida!

Del verbo ESCARABAJEAR, dicen que significa figuradamente «escribir mal». No es verdad, por supuesto. Se conoce que han oído algo parecido pero no lo han entendido bien, y desbarran como siempre. Es de advertir que, sospechando ya ellos que nadie les iba á creer, tratan de justificar la caprichosa acepción añadiendo á lo de «escribir mal» esta



otra circunstancia: «*formando escarabajos*». Pues ni por esas. El escribir mal no se llama ESCARABAJEAR, se llama ESCRIBAJEAR, verbo diminutivo y despreciativo, que falta en el Diccionario, pero que se usa mucho.

En el artículo del ESCARABAJO, queriendo los que  *fijan*  sostener el error cometido en el anterior, dicen que el plural  *escarabajos* , figurada y familiarmente, significa «letras y rasgos mal formados, torcidos y confusos, parecidos  *en algún modo*  á los pies del escarabajo». ¿Pero cómo pueden afirmar esto último los académicos, si no saben de qué forma son los pies del escarabajo, ni aún si los tiene, pues no dicen de ellos en la definición una palabra? Aparte de que, aun siendo cierto el parecido, tampoco valdría como razón para llamar á las letras mal formadas  *escarabajos* , sino para llamarlas pies de escarabajo. Y aparte igualmente de que las «letras y rasgos mal formados, torcidos y confusos», se suelen llamar ESCRIBAJOS, y también ESCRIBANCIOS, siendo probable que la primera de estas dos palabras fuera la que oyeran y no entendieran bien los académicos.

Del ESCARAMUJO, fruto, llamado también GARAMUJO, y más comúnmente GARAMITO, dicen los señores que «es medicinal y se usa en conserva». Lo de medicinal... puede pasar, porque todas las plantas lo son, hasta las

borrajas, cuya agua se cita vulgarmente como tipo de lo que para nada sirve; pero lo de que el garamito se use  *en conserva* ... como no sea en la Academia, no creo que se conserve en ninguna parte... Digo, sí, en la zarza es en donde se suele conservar, sin que nadie la aproveche más que los rapaces, y las zorras en el invierno cuando el hambre las apura mucho.

Llegan los académicos á la ESCARAPELA, y en lugar de comenzar por su acepción natural, la de divisa, ponen primero la de «riña ó quimera, como ellos dicen, principalmente  *entre mujercillas* , en que de las injurias se suele pasar á  *repelones*  y  *arañazos*  (¡qué detalles!), y entre hombres la que acaba  *en golpearse con las manos* ». ¿Pero tiene manos la escarapela con las cuales se golpea á sí misma? Y, aun prescindiendo de la mala sintáxis, ¿no será ESCARAPELA aquella que acabe en que los hombres anden á palos?...

Después definen la ESCARAPELA, divisa, bastante mal, y, por último, consignan esta otra acepción de escarapela: En el juego del tresillo tres cartas falsas, cada cual de palo distinto de aquel á que se juega». Por cierto que, aun cuando he jugado mucho al tresillo y visto jugar, no he oído hablar nunca de semejante escarapela.

Como tampoco he oído nunca ni leído el verbo  *escarapelar* , que los académicos dicen



que es «refir, trabar cuestiones ó disputas y contiendas *unos con otros*»; añadiendo á continuación de esto de *unos con otros*, «se dice principalmente de las riñas y quimeras que arman las mujeres». ¿Las mujeres *unos con otros*?... En cambio no han puesto un verbo algo parecido á su *escarapelar*, que es ESCARBPEAR, y significa disputar ligeramente.

ESCARBADERO, dicen los señores que es «sitio donde los jabalíes, lobos y otros animales escarban». Definición de donde aparece que sus autores tienen por seguro que los lobos y los jabalíes se reúnen á escarbar en un sitio determinado, con la misma regularidad con que se reúnen ellos á escarbar el idioma en la Academia. Á más de que los jabalíes no ESCABAN, HOZAN; y la señal que dejan donde han hozado no se llama escarbadero, sino HOZADURA.

El *escarbajuelo* que los académicos ponen, es ESCARABAJUELO. La acepción que dan á ESCARBAR de «avivar *la lumbre*, moviéndola con la paleta», no está bien definida del todo, porque esa acepción se refiere principalmente al brasero, y por *la lumbre*, sin más señas, se entiende la lumbre de leña que arde. Y mientras los académicos no me le enseñen y me citen alguna autoridad, no creo que exista un pez que se llame *escarcho*, con la «cabeza *desmesurada* y la *carne colorada* é insípida»; creo, por el contrario, que ese pez le han in-

ventado ellos, atribuyéndole las principales cualidades de su Diccionario, la desmesura y la insipidez.

«Labor de escardar los *panes y sembrados*» dicen los señores que es la ESCARDA, y encariñados con la frasecilla, la repiten al definir el escardador, diciendo que es «persona que escarda *los panes y sembrados*». ¿No son SEMBRADOS LOS PANES? ¿O creen los académicos que se pueden escardar los panes que salen del horno?... Y si no lo creen así, ¿por qué no dijeron solamente LOS SEMBRADOS? ¿Qué falta hacía en esas definiciones hablar de los panes, para tener que añadir sembrados por consideración á las legumbres?... ¡Ripiosos!

El ESCARDILLO es un «instrumento corvo de hierro...» etc.—Bueno. Pero ¿han oído ustedes alguna vez, lectores amables, que se llame escardillo la «luz que un cuerpo brillante, al moverse, refleja en la sombra»? ¿Han oído ustedes decir alguna vez: *lo ha dicho el escardillo*, para «apremiar á los niños á que confiesen lo que han hecho, suponiendo que ya se sabe»? Pues todo eso ponen los académicos en su Diccionario, lo primero como nombre corriente, y lo segundo como frase conocida y usada. Y en cambio no ponen la acepción figurada de ESCARDILLO, mujer de mala lengua, que hiere siempre que habla. Esto no *lo ha dicho el escardillo*; pero lo dice todo el mundo.

Del verbo ESCARMENAR dicen los académicos primeramente que es *carmenar*, porque de esta manera llaman ellos á la operación de desenmarañar la lana, que se llama ESCARMENAR. Pero luego le ponen además una acepción que llaman *figurada*... sin duda porque se les ha figurado á ellos que existe. Atendamos al golpe: «*Escarmenar*... fig., castigar á uno por travieso, quitándole el dinero ú otras cosas de que puede usar mal»... Pero ¿quién les ha dicho á los académicos que eso sea escarmenar? ¿Se lo ha dicho el escardillo?... Pues les ha engañado, ó no le han entendido bien. Porque castigar á uno quitándole el dinero ú otras cosas, no es más que *castigarle*, y si acaso ESCARMENTARLE; pero no escarmenarle: eso nunca. No porque ESCARMENAR no pueda ser castigar, sino porque, cuando lo es, no es castigar quitando el dinero, sino castigar agarrando del pelo.

*Escarnidamente, escarnidor, ra, escarnimiento y escarnir*, son cuatros vocablos que también debe de habérselos dicho á los académicos el escardillo, porque parecen de la época de cuando el escardillo dijera cosas.

¿Y el *escaro*?... No crean ustedes que es *descaro*, el *descaro*, verbigracia, con que los académicos imprimen cualquier tontería, no: el *escaro* que aquí ponen los académicos es un pez, y no un pez así como quiera, sino un pez delicado que anda de ordinario entre

escollos (!) y se halla junto á las islas de Escarpanto entre Candía y Rodas»... ¡Figúrense ustedes cómo sabrán los académicos qué peces se hallan entre Candía y Rodas!... Nada, que todo esto se lo había dicho también el escardillo... Bien seguro.

«ESCAROLA, f., especie de achicoria...» ¡Así! Los académicos las gastan así. Cuando no les dice las cosas el escardillo, dan por las paredes. Pero luego añaden otra definición que dice: «Especie de lechuga...» ¡Admirable manera de dar gusto á todo el mundo! ¿Se trata de definir la escarola? pues... *achicoria*... ¿Pero hay quien no se conforma con que se la llame achicoria?... pues... *lechuga*, «especie de lechuga con las hojas verticales (?) y con agujones...» ¡Y con agujones! No les vendrían mal unos cuantos á los académicos, no de escarola, que no los hay, sino de acero, ó cuando menos de espino, clavados donde yo dijera, á ver si espabilaban un poco.

«ESCAROLA...» otra vez... otro artículo... «Valona alechugada que se usó en otro tiempo». Y para definir esta valona alechugada que se usó en otro tiempo, ¿qué necesidad había de poner artículo nuevo, como si se tratara de palabra distinta ó de distinto origen? ¿No saben los académicos que si esa valona alechugada se llamó ESCAROLA, fué por su forma parecida á las hojas de esta planta?

*Escarramanchones...*



- Escarraman... ¿qué?...
- *Escarramanchones*, lector discreto.
- Y eso ¿qué es?...
- ¡Ah! yo no lo sé, discreto lector, ni los académicos tampoco; pero lo han incluido en el Diccionario con una A mayúscula puesta entre paréntesis, diciendo que es modo adverbial familiar y provincial de Aragón, á *escarramanchones*, y que quiere decir A HORCAJADAS.
- Pero ¿por qué quiere decir eso?
- No es que quiera, no quiere decir eso ni otra cosa; es que quiso algún baturro ilustrado enviar esa tontería á los poco más que baturros sin ilustrar que compusieron el Diccionario, y allá la metieron sin examen, sin investigación de su origen, como metieron otras muchas majaderías que les fueron enviadas de otras varias regiones, pero de Aragón y de Santander especialmente.

## XCVII

En lugar del *escarzador*, que no tiene uso, pudieron los académicos haber puesto en el Diccionario la ESCARZANA, paseo innecesario del trabajador interrumpiendo su tarea. Y ahora recuerdo que tampoco al plural ESCARCEOS le pusieron la acepción figurada de rodeos y disimulos para venir á parar á un asunto determinado.

Del verbo ESCATIMAR, después de ponerle su significación verdadera de economizar, dicen los académicos que es «viciar, adulterar y depravar el sentido de las palabras y de los escritos, torciéndolos é interpretándolos maliciosamente». ¿De dónde habrán sacado esta acepción extraña? ¡Viciar, adulterar y depravar el sentido de las palabras!... ¿Han oído ellos alguna discusión en que un orador diga á otro: «Su señoría *escatima* las palabras que yo he dicho...» «No escatime su señoría el sentido de lo que yo he dicho...» et-cétera?... A más de que si escatimar fuera viciar, adulterar y depravar el sentido de las

palabras, habría que convenir en que los académicos se pasan la vida *escatimando*.

En el artículo ESCENA dicen que la frase *estar en escena* significa *figuradamente* «estar en ella el actor tomando parte en el ensayo ó representación de la obra dramática». ¡Y eso figuradamente! ¿Dónde está la figura?... Estar en escena... estar en ella... tomando parte en la representación... Me parece que la acepción es bien real y bien natural, sin que se vea en ella otra figura más que la triste que hacen los académicos.

*Esceptro, escetar, escibar, esciencia, escientífico, escismático...* son del repertorio predilecto de la casa. Entre medias viene ESCILA, que dicen que es nombre propio, sin decir de quién, añadiendo solamente que ENTRE ESCILA Y CARIBDIS es «expresión figurada con que se explica la situación del que no puede evitar un peligro sin caer en otro». Pero ¿por qué significa eso la tal expresión figurada? ¿De dónde ha nacido? ¿En qué se funda?... Ni una palabra dicen de esto.

De la ESCLAVINA dicen los académicos por toda definición que es «especie de MUCETA...» ¿Vamos á ver lo que es la MUCETA?... Pues nos encontramos con que MUCETA dicen que es «género de vestidura á modo de ESCLAVINA». Y de aquí no salen. Igual que el baturro aquel que preguntaba por la casa de enfrente, y como le señalaran la del otro lado de la

calle, contestaba asombrado: «¡Pus si vengo de aquélla y me han dicho que es ésta!»...

No sabía yo, ni ustedes sabían tampoco regularmente, que el «esclavo que lleva más de un año de esclavitud» se llamara *esclavo ladino*; pero, en fin, siempre se aprende alguna simpleza leyendo el Diccionario.

Y algún disparate, como los que hay en el artículo ESCOBA, donde ponen los académicos casi todas las cosas al revés, según costumbre.

Comienza el etimologista diciendo que ESCOBA viene del latín *scopæ*, lo cual ya es una tontería... ¿Por qué ni cómo ha de haber salido nuestra ESCOBA del plural latino *scopæ*, habiendo otra palabra latina, *scopa*, que no se diferencia de la forma castellana más que en la p, que hemos cambiado en b, y en la e, inicial que en latín no se escribe antes de s si sigue otra consonante? ¡Es gana de errar, habiendo en latín *scopa* y *scopæ*, decir que de *scopæ* y no de *scopa* viene la ESCOBA castellana!

Entrando los académicos á definir con este pie torcido, era natural que se cayeran, y se caen efectivamente. Porque en vez de definir lo primero la ESCOBA propiamente dicha, el arbusto del género de las retamas que lleva ese nombre, la *genista scoparia* de Linneo, y después las *escobas* que sólo figuradamente y por semejanza de aplicación se lla-



man así, cogen el rastro al revés y empiezan diciendo: «f. manajo de palmitos, de algarabía...» Y, es claro, entrando así tan pronto la algarabía en el artículo, no podía menos de convertirse todo él en algarabía completa.

Sólo en segundo lugar, y después de haber dado como principal acepción de ESCOBA el «manajo de palmitos de algarabía, de cabezuela ó de otras ramas juntas y atadas que sirve para barrer y limpiar», definen la verdadera ESCOBA, aunque por supuesto muy mal, diciendo que es «mata grande á manera de retama, del mismo color, de que se hacen las escobas». ¿Del color se hacen escobas?... No; las ESCOBAS no se hacen del color, ni tampoco de la *mata grande*, como quieren decir, aunque sin acertar, los académicos. Las ESCOBAS nacen ya ESCOBAS: de ellas se hace el mejor y más antiguo instrumento para barrer, y por eso á los instrumentos que con el mismo fin se hacen de otras materias se les llama escobas por extensión ó por semejanza.

Los mismos académicos insertan en su artículo un refrán que, si tuvieran un poco de discurso, les hubiera hecho entrar en rodera. CUANDO NACE LA ESCOBA, NACE EL ASNO QUE LA ROA, dice el refrán. Los académicos ponen que la *roya* por ponerlo mal todo; pues aunque *roya* se dijo antiguamente, hoy no lo dice nadie que hable en castellano. Como

tampoco dice nadie *reyir* y *riyendo*, más que Ramoncito Necedal, cuando escribe para su particular uso y el de los cuatrocientos pies de *integrista* que hay en España. Mas volviendo al refrán, ¿no conocen los académicos que se hizo con referencia á la ESCOBA que *nace*, y no á la escoba instrumento que se hace? ¿Y no podían haber deducido de aquí que la ESCOBA que *nace* ESCOBA, la *genista scoparia*, es la ESCOBA propiamente dicha y la que debió ser definida primero y principalmente?

Verdad es, y dicho sea para consuelo de académicos, por aquello de mal de muchos... verdad es que también lo han hecho muy mal con la ESCOBA los autores de Diccionarios latinos. Aun el Marqués de Morante y Don Raimundo Miguel, que publicaron el suyo con tantas ínfulas, ponen como primera acepción de *scopa* la de «observación», sin más autoridad que la de un mal escritor bajo-latino del siglo v, y ponen en segundo lugar, con la autoridad de Plinio, la acepción de «yerba milefolio», sin que ni en latín ni en castellano definan el *millefolium* ni el *milefolio*. Y luego dicen que *scopæ, arum* viene de *scabo*, rascar, lo cual es dar por las paredes. Y por último no conceden á *scopus* otra significación que la de «blanco á donde se tira».

Los académicos, por su parte, á más de los

graves yerros ya mencionados respecto de la ESCOBA, omiten el adjetivo ESCOBADO, DA, y el sustantivo ESCOBAL, que es como se llama generalmente el sitio poblado de ESCOBAS; no ponen al verbo ESCOBAR el significado que tiene como neutro, con aplicación al lino mal cocido, cuyas cimas, si se las deja de oprimir, se separan como los gromos de la escoba, ni le ponen el significado que tiene como reflexivo, y que se aplica á los animales que enferman por comer escoba, las cabras, por ejemplo, de las cuales se dice que se ESCOBAN ó que están ESCOBADAS.

De ESCOBINA, que no es más que escoba pequeña, dicen que es «serrín que hace la barrena», que es como llaman ellos al barreno. Pero si la madera que destroza el barreno se llama *serrín*, ¿por qué se ha de llamar *escobina*?

Escobo dicen que es «matorral espeso, como retamar y otros semejantes». De manera que un matorral espeso de brezos, de acebos ó de carcojas, ¿creen los académicos que es un escobo?... Para que se le pueda llamar ESCOBO, el matorral ha de ser de escobas; y aun siéndolo, casi nadie se lo llama. En cambio se le suele llamar escobo al racimo de uvas desgranado, al que llaman *escobajo* los académicos, poniendo para eso solo artículo aparte.

Cuatro significaciones nada menos ponen

al ESCOBÓN, que, por supuesto, no es más que escoba grande; y, naturalmente, fuera de esta única acepción verdadera, las demás son disparatadas y contradictorias. Pues mientras en la segunda el escobón es «escoba que se pone en un palo largo», en la cuarta es «escoba de mango muy corto», y en la tercera que queda en medio es... lo único que le quedaba que ser después de haber sido escoba de mango largo y escoba de mango corto, es á saber: «escoba sin mango».

La definición académica de ESCOCER también es muy mala. Como que dice que es «percibir una sensación muy desagradable parecida á la quemadura. ¡Y tan parecida! Pero eso no es escocer, es *percibir* el escozor, que no es lo mismo, sino lo contrario. Si eso fuera ESCOCER, no sería este verbo neutro, como el Diccionario dice, sino activo, porque percibir es verbo activo. Cuando yo fustigo á los académicos, ellos perciben el escozor de los latigazos; pero no son ellos los que ESCOCEN, son los escocidos.

De los dos artículos que lleva el *escofón*, el uno está de sobra, y el otro... tampoco hacía falta. Más falta hacía ESCOLANTE, niño que anda á la escuela.

Al ESCOLAR, después de definirle como adjetivo diciendo que es «perteneciente al estudiante», y como sustantivo diciendo que es «estudiante que cursa y sigue las escuelas»,



frase revesada y fuera de uso, añadiendo que antiguamente era nigromante, le ponen en artículo aparte, llamándole verbo neutro y diciendo que significa lo mismo que colar. ¡Qué grandísimos... académicos!... ¿Dónde han oído ó leído *escolar* por COLAR? Por cierto, que también este verbo aparece mal definido allá en su lugar correspondiente, pues dice el Diccionario que colar «es blanquear la ropa después de lavada metiéndola en lejía caliente», lo cual es una tontería, ó dos, mejor dicho, porque COLAR no es blanquear la ropa, sino hacer pasar por ella la lejía hirviendo para que después blanquee en otra operación que se llama ESCLARAR, que los académicos no conocen ni de nombre. Tampoco es verdad que la ropa se cuele después de LAVADA, pues no está LAVADA la ropa sino cuando se han hecho con ella las tres operaciones que constituyen el lavado. La primera, que se llama ESGRUMAR, consiste en meter la ropa en agua caliente y darla luego una mano con jabón. La segunda se llama COLAR, y es hacer pasar por la ropa ya ESGRUMADA y convenientemente colocada en una cesta ó en un tino, la lejía caliente, y recibe esta operación el nombre de COLADA, porque á lo cimero de la cesta ó del tino se pone un lienzo basto, llamado COLADERO, destinado á colar la lejía, es decir, á dejar pasar el agua y detener la cernada, á fin de que no manche la ropa. La tercera operación es la

ya mencionada de ESCLARAR, que es la que, quitando á la ropa el color obscuro de la lejía, la deja blanca. Aunque algunas veces no del todo, sino que es menester tenderla al sol y regarla á menudo para que acabe de blanquear.

¿Se extraña alguno de que esté yo de esto tan enterado?... Pues no es de extrañar, porque hace ya doce años que casi no hago otra cosa más que dar coladas á los académicos y al Diccionario..., y sin poder hacerlos blanquear, que es lo más triste.

*Escolimado*... «Muy delicado y endeble» dicen los académicos que significa *escolimado*, y añaden que «dicese de las personas». ¿Dónde?... Como no sea que en la Academia llamen así al Conde de Chéste ó á D. Leopoldo Augusto...

«*Escollar*, a., ant. desollar». ¡Qué atrocidad! *Escollar*, desollar. Los académicos ponen á la acepción la nota de antigua; pero cuando reimpriman el libro la deben poner la nota de *prehistórica*... Si es que no resulta novísima é inventada en casa.

Del ESCOMBRO dicen primero que es «desecho, broza...» en fin, el Diccionario académico; pero luego repiten la palabra encabezando otro artículo en que ponen: «Escombro, m., pez menor que la sardina y parecido á ella, de carne algo encendida y muy sabrosa». ¿Será pariente del *escarcho*, ó del

escaro que se halla entre Candía y Rodas?

ESCOMERSE dicen que es irse gastando y comiendo una *cosa sólida*, como los metales, las piedras, las maderas..., etc.» Y aquí que venía bien un «dícese de las personas», no le ponen. Sin duda porque ellos no suelen ESCOMERSE demasiado y creen que á todos les pasa lo mismo.

Dicen que *escomesa* está anticuado, y será verdad; pero no está anticuado ESCOMESO, movimiento nervioso, aspaviento, parajismo, y no le han puesto. En cambio han puesto *escondridajo*, y bastante era ESCONDIDIJO sin r, y ESCONDRIJO con un *di* menos. También á *esconjuro* y *escontra* les sobra la primera sílaba para decir «conjuro» y «hacia». ¡Miren ustedes que asegurar que *escontra* es lo mismo que *contra*, y *esconjuro* lo mismo que *conjuro*!...

¿Y qué me dicen ustedes de la *escopecina*, que los académicos hacen idéntica á la *escupitina*?

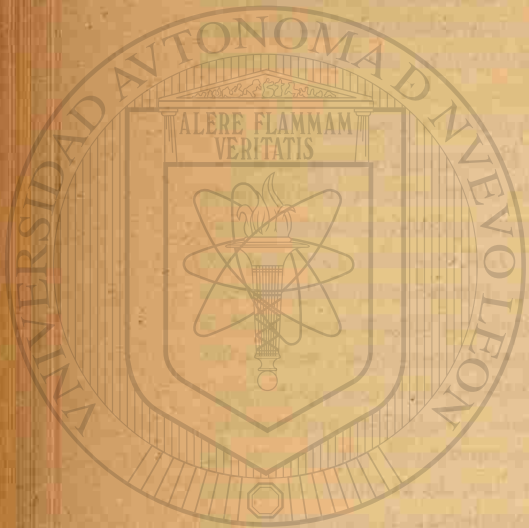
En el artículo ESCOPETA hay cosas de gusto. En primer lugar, la etimología, que dice que *escopeta* es voz imitativa. Ellos, en no sabiendo el origen de una voz luego la hacen imitativa. También dijeron que era voz imitativa ó voz onomatopéyica COTORRA. En segundo lugar, también tiene gracia la definición de la *escopeta* de pistón, que dice: «DE PISTÓN. La que se ceba con pólvora ful-

minante encerrada en un *dedal* del mismo nombre...» ¿De qué mismo nombre? ¿Del de la pólvora fulminante? Y luego... La que se ceba con pólvora, etc.... ¿Es eso definir?... Por las señas que dan los académicos, cualquiera se puede enterar de lo que es una *escopeta* de pistón?

No creo que *escopetar* venga del latín *scopare*, como dice el Diccionario, porque el verbo latino *scopare* le tenemos casi literalmente traducido en nuestro ESCOBAR, barrer. Creo, por el contrario, que *escopetar* no viene de ninguna parte más que de la majadería académica, ni va tampoco á ninguna parte. Los académicos dicen que *escopetar* se usa en minería y que significa «cavar y sacar tierra de las minas de oro». ¡Valiente operación!... Pero eso es precisamente lo que hacen los académicos, los cuales, de la mina de oro de nuestro idioma no aciertan á sacar más que tierra.

Y mala.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Sólo por la costumbre de decir las cosas al revés, tan arraigada en la Academia, ha podido decir el etimologista que nuestro *escopo*, ya sin uso, viniera del verbo latino *scopere*, habiendo en latín un *scopus*, á cuyo dativo *scopo* no hubo necesidad más que de anteponerle la e, suprimida en latín, para formar la palabra castellana.

Por la misma costumbre cometen los académicos con el adjetivo ESCORCHADO la ridiculez de no ponerle terminación femenina ni otra definición más que esta referencia: «V. LOBO ESCORCHADO.» ¡Como si no pudiera haber nada ESCORCHADO más que el lobo! Pero más ridículo es todavía lo que hacen con el verbo ESCORCHAR, al cual, después de ponerle mucha etimología diciendo que viene del bajo latín *excorticare*, de *ex*, privativo y *cortex*, *corticeis*, corteza, no le ponen más significación que una que no tiene: DESOLLAR... ¡Pero, señor!... Estos académicos, ¿no habrán visto ESCORCHAR botellas?... Sospechando que

á esta operación la llamaran DESCORCHAR, aunque ESCORCHAR es como más generalmente se dice, me he vuelto á la D, y me he encontrado con que en el artículo DESCORCHAR tampoco figura la acepción de destapar las botellas, desconocida por lo visto para los académicos. Nada: DESCORCHAR no es para ellos más que «quitar el corcho al alcornoque», «romper el corcho de la colmena para sacar la miel», y «romper, forzar un cepo, caja ú otra cosa semejante para hurtar lo que hay dentro» (lo cual no se llama hurtar, sino robar); y ESCORCHAR no es más que «desollar», y paren ustedes de contar.

Entre ESCORCHADO y ESCORCHAR pusieron los académicos *escorchapín*, acaso por creer que fuera la raíz probable del nombre de un moderno secretario que ha alcanzado cierta celebridad; pues lo que es la «embarcación de vela que servía para transportar gente de guerra y bastimentos», debe de hacer ya muchos siglos que se fué á pique.

«ESCORIA, f., sustancia vítrea, generalmente porosa, que se forma...» Bueno; pero falta una acepción muy importante, que se puede añadir en estos términos: «DE LA LENGUA CASTELLANA (suple ESCORIA) el Diccionario de la Academia». Mas ahora veo que los académicos la han puesto ya, aunque no con tanta claridad, al final del artículo, donde dicen que escoria es: «fig. Cosa vil,

desechada y materia de ninguna estimación». ¿Qué puede ser esto más que el Diccionario?...

«Escorir...» ¿Qué será *escorir*?... «pr. Sant.» ¿Provincial de Santander? ¡Dios mío!... En cuanto leo *provincial de Santander* me pongo temblando, porque casi todas las voces traídas recientemente al Diccionario por Marcelino Menéndez Pelayo con la nota de provinciales de Santander suelen ser disparates. Y esta de ahora no será menos... «Escorir. Salir acompañando á una persona para despedirse de ella». ¡Esto es enriquecer el idioma!... Por supuesto que tampoco es *provincial*; será *municipal*, cuando mucho. Yo doy fe, por de pronto, de que en la parte de la provincia de Santander donde mejor se habla el castellano que es el valle de Liébana, perteneciente al antiguo reino de León, no se dice *escorir* por despedir á las personas, ni se conoce semejante verbo.

*Escorpena* diz que es *escorpina*, y *escorpera* también diz que es *escorpina* y *escorpina*... ¡Acabáramos de llegar!... Vamos á ver qué es *escorpina*... Pues *escorpina* diz que es... «pez de mar como de un pie de largo, pardo»... ¡Naturalmente, como son todos los gatos, de noche! ¡Ya me parecía á mí que había de haber gato encerrado en esta definición!... Pero hay que completarla. «*Escorpina*, pez de mar como de un pie de largo, pardo por la parte superior de los lados, y rojizo man-



chado de negro por debajo...» Todo esto es muy interesante, como ven ustedes; pero no hemos concluído todavía. Porque además, la *escorpina* «tiene la cabeza guarnecida de una especie de agujones y casi comprimida...» ¡Hombre! ¿Casi comprimida? ¿Qué manera de casi definir!... Acabemos: «tiene la cabeza guarnecida de una especie de agujones y casi comprimida, los ojos muy próximos (¿próximo á qué?), y cerca de ellos y de las narices unas barbillas...»

¡Tate, tate! Me estaba yo acordando ya del *cefo* sin saber por qué, y ahora con esto de las barbillas... ¡Ciertos son los... *cefos*! Vamos, que la *escorpina* y el *cefo* nos han resultado muy parientes... ¿No se acuerdan ustedes del *cefo*... de aquel animal cuadrúpedo especie de mono (¡mono cuadrúpedo!) con el casco de la cabeza algo elevado, el rostro azul negruzco, la piel aceitunada, cenicienta, bigotes blancos vueltos hacia arriba, barbillas negras (¡qué capricho! las barbillas negras, los bigotes blancos), una especie de moño por encima de las orejas y los pies negros? Por cierto que á este *cefo* le llamaron también los académicos *cepo*, con objeto de poder adjudicarle el refrán de «afeita un cepo y parecerá mancebo», que no se dijo de este bicho imaginario, sino del cepo, del verdadero cepo; pues afeitar no era en los tiempos del refrán rapar las barbas ni las barbillas, sino adornar, componer, y el

sentido es que el adorno hace parecer bien aunque sea á un cepo.

Al adjetivo ESCOSO, SA, derivado probablemente de SECOSO, intensivo de SECO por inversión eufónica de las dos primeras letras, sólo le ponen los académicos la forma femenina ESCOSA, y ésta diciendo que es «provincial de Asturias» y que «aplicase á la hembra de cualquier animal doméstico que deja de dar leche». Verdad es que *aplicase* á la hembra que deja de dar leche; pero *aplicase* también á la fuente que deja de dar agua, y aun á la cuba y á la barrila que dejan de dar vino, porque ya no lo tienen, al cauce y al arroyo que dejan de correr, á la laguna que se evapora, á todo lo que ha contenido algún líquido y se ha quedado seco. Y no es sólo en Asturias donde *aplicase* á todas esas cosas, sino que *aplicase* igualmente en el antiguo reino de León y dondequiera que conserva su riqueza el habla castellana.

La misma nota de *provincial de Asturias*, y con igual injusticia, ponen los académicos al verbo ESCOSAR, llamándole neutro aunque es también activo, y no dándole otra significación que la de «cesar de dar leche una vaca, oveja, cabra ú otra hembra de animal doméstico», cuando tiene en general la de agotar, quitar el agua, diciéndose: ESCOSAR una acequia, ESCOSAR un pozo, y como reflexivo: ESCOSARSE la vaca, ESCOSARSE la fuente, ES-

cosarse el arroyo... Y se dice «coger peces en escoso», con la significación de tener ganancia sin riesgo ni trabajo.

Mas si de eso de ESCOSARSE no saben nada los académicos, no han dejado de poner *escosarse*, diciendo que es *coscarse*, es decir, otra tontería, en cuya definición dicen que es *concomerse...* y así por este estilo.

También se han equivocado en la segunda definición de ESCOTAR, pues dicen que es «pagar la parte ó cuota que toca á cada uno de todo el coste hecho de común acuerdo entre varias personas». Y no es *pagar*, sino *distribuir* entre varios la cantidad gastada ó que se ha de gastar de común acuerdo. El pago es posterior al escote; y por eso después de hecho éste se dice que fulano ha pagado ó no ha pagado el escote, cosa que, si escotar fuera pagar, no podría decirse.

Pero tras de esta definición equivocada viene otra más equivocada todavía, que dice: ESCOTAR... «Extraer agua de un río, arroyo ó laguna sangrándolos...» ¡Qué ha de ser eso ESCOTAR!.. Eso es ESCOSAR, y los académicos sin duda lo confunden por no haber leído ó no haber oído bien.

*Escoznete...* ¡Y qué raro es el vocablo!.. Como provincial de Aragón que dicen los académicos que es; porque de Aragón también han venido al Diccionario unos provincialismos como los de Santander ó peores... ¿Que

qué es *escoznete?*... Pues... lo que ustedes quieran; pero los académicos dicen que es «instrumento con que sacan los *escueznos*»... ¿Que qué son los *escueznos?*... Pues «pulpa ó carne... de la nuez, cuando está tierna y buena para comer». De modo que si no está tierna la *pulpa ó carne*, no hay *escueznos*.

Al ESCRIBA le suprimen la acepción burlesca de escribano. Después ponen *escribán* diciendo que está anticuado y que significa escribano. Mas, de poner *escribán*, debían haber puesto igualmente *escribén*, que también se ha dicho y escrito:

— «¿Dónde? — En cas del *escribén*.»

(Tirso de Molina.)

La definición de ESCRIBANO es del siglo pasado indudablemente. Y aunque al final tratan los académicos de enmendarla, no pueden ya deshacer por entero el mal efecto producido. Véase la clase: «Escribano (del bajo latín *scribanus*, del latín *scriba*) m. El que por oficio está autorizado para dar fe de las escrituras y demás actos que pasan ante él». El cual no se llama ya escribano, se llama notario. Y continúan *figando* los académicos: «los *hay* (escribanos) de diferentes clases, como escribano de cámara del rey, de provincia, del número y Ayuntamiento, etc.» ¿Conque los *hay*, eh?... ¡Conque *hay* en el



*hic et num* escribano de cámara del rey, de provincia, etc.?... ;Qué ha de haber esas cosas, grandísimos... Comeleranes!

«En el día... Aquí es donde tratan de arreglar la definición, aunque tarde. «En el día los encargados de redactar, autorizar y custodiar las escrituras son los notarios...» ¿Y por qué no comenzábais por ahí, pobres hombres, suprimiendo todo lo que precede ó poniéndolo con carácter histórico, diciendo en lugar de *está, estaba*, y en lugar de *hay, había?*...

Pero luego vuelven á claudicar los académicos, poniendo una acepción forense que dice: «*Acompañado* (suple escribano). El que nombra el juez para acompañar al que ha sido recusado». A parte de la mala sintáxis, por virtud de la cual no se sabe si quieren decir los señores que el juez nombra escribano ó el escribano nombra juez, ¿no saben los académicos que ese *escribano acompañado* ya no se usa? Si querían dar noticia de la cosa, ¿por qué no han puesto en lugar de «el que nombra», el que *nombraba?*

El *ESCRINO*, que más comúnmente se llama *ESCREÑO*, dicen que es «especie de cesta ó canasta...» Ni es canasta ni cesta, sino *ESCREÑO*, que ni por la materia ni por la forma se parece á la cesta ni á la canasta. Por la materia, porque el *escreño* se hace de paja cosida con mimbres hendidas, mientras que la

cesta es de mimbres solas y la canasta de vanillas. Por la forma, porque el *escreño* la tiene de ánfora, mientras la cesta la tiene de cilindro ó de cono truncado y la canasta más irregular, cuadrada por el hondón y circular por arriba. Los académicos añaden que el *ESCREÑO* «se usa para recoger el salvado y las *granzas de los granos*». ¡Las *granzas de los granos!*... Las *granzas* son granos precisamente que no han salido de la espiga ó del cogollo; pero no son *de los granos*; serán de las mieses.

También añaden que «los carreteros y boyeros se sirven de unos pequeños para dar de comer á los bueyes cuando van de camino»; pero también se equivocan, porque estos utensilios, aunque fabricados de la misma materia que el *ESCREÑO*, no se llaman *ESCREÑOS*, sino *COMEDERAS*, palabra que falta.

*Esripto, escriptor* y *escriptura* los ponen los académicos como anticuados, y *escripturar* y *escripturario* como corrientes, sin otra razón que la sinrazón suya perpetua. Y con la particularidad de que á *escripturario* no le ponen como equivalente *ESCRITURARIO*, sino *escrituario*. ®

Después nos dan la noticia de que *escrita* es un «pez así llamado porque tiene en el lomo unas señales á modo de letras»; poco más abajo ponen *ESCRITO, TA*, diciendo primero, que es participio pasivo irregular de

escribir, y, á continuación, que es sustantivo masculino, como si el sustantivo masculino también fuera ESCRITO, TA, con su terminación femenina.

Pero lo notable en este mismo artículo es una definición forense que dice: «DE AGRAVIOS (suple escrito, que viene de atrás); aquel en que el apelante *expresa* ante el tribunal superior los que cree haber recibido en la sentencia del inferior, y pide que ésta se revoque ó modifique». Al pie de treinta años hacía ya cuando se publicó la edición corriente del Diccionario que se había publicado la ley de Enjuiciamiento civil. Desde entonces no hay tal *escrito de agravios*. Pero los académicos no se habían enterado todavía á los treinta años (en 1884), y definen tan campantes dicho escrito diciendo: «aquel en que *expresa...*»

## XCIX

Otra gracia de las suyas hacen los académicos al definir el ESCRÚPULO: la de suprimirle la acepción principal, que es la en que significa repugnancia á comer ó beber por falta de limpieza. Esta acepción es la principal, del ESCRÚPULO, y sólo por extensión y semejanza se llama ESCRÚPULO al de conciencia, que es repugnancia para obrar sospechando que el acto no es lícito, ó como dicen los académicos, que definen esta acepción en primer lugar, «duda ó recelo que punza la conciencia sobre si una cosa es ó no cierta, si es buena ó mala, si obliga ó no obliga, lo que trae inquieto y desosegado el ánimo hasta que se depone». ¿Hasta que se depone el ánimo?...

En aquella acepción principal del escúpulo, desconocida de los académicos, está fundada la frase castiza ESCRÚPULOS DE MARI-GARGAJO, hecha para zaherir al que siendo sucio es á la vez escrupuloso. Los académicos habian oído esta frase, pero no la habían entendido. Por eso no la pusieron como tal



frase en el Diccionario, sino que consignaron el escrúpulo de Mari-gargajo como una determinada clase de escrúpulo, diciendo que es «el ridículo, infundado extravagante, y ajeno de razón»... Vamos, como ellos.

Después de darnos la noticia maravillosa de que aquel pez á quien llamaron *escrita* también se llama *escuadro*, siguiendo los académicos la rutina de los Diccionarios latinos, dicen que el adjetivo ESCUALIDO, DA, significa, en primer término, «sucio» y «asqueroso». Dudo mucho que el adjetivo *squalidus*, *da*, *um* de donde viene el nuestro, significara en latín «asqueroso y sucio»; dudo que los diccionaristas latinos hayan entendido bien los pasajes de los clásicos en que fundan semejante significación; pero sea lo que quiera del adjetivo latino, lo cierto es que el castellano ESCUALIDO, DA, no significa «sucio ni asqueroso», sino «flaco», que es la significación que en segundo lugar le da la Academia.

Falta en el Diccionario la palabra ESCUCHO, muy usada en la forma adverbial, AL ESCUCHO hablar AL ESCUCHO.

La definición de ESCUDERO debe de ser la misma de la primera edición del Diccionario, y aun para entonces era ya impropia, pues á principios del siglo pasado ya hacía tiempo que había concluido la andante caballería. Sin embargo, cerca del fin del siglo presente, definen los académicos el ESCUDERO de esta

manera: «Paje ó sirviente que *lleva* el escudo del caballero en tanto que no *usa* de él». Así: «paje que *lleva*...», como si ahora mismo anduvieran por esas calles ó por esos caminos los escuderos llevando los escudos de sus señores...

Y todavía, tras de otras definiciones en que usan los académicos el pretérito imperfecto, «el que *hacía* escudos», vuelven á poner en presente esta otra, no menos ridícula que la primera: «el que *está* emparentado con una familia ó casa ilustre y *reconocido y tratado como tal*». ¿Como tal qué?... ¿Como tal casa ilustre, como tal emparentado, ó como tal escudero? Mas dejando aparte la sintaxis... académica, ¿quién está hoy reconocido ni tratado como escudero?... Como no sea que los académicos, en clase de herederos de Sancho Panza...

En el artículo ESCUDO, la definición del escudo como moneda, que es la tercera, es académica de raza, pues deja al lector completamente á oscuras. «Especie de moneda—dice,— llamada así por estar en ella grabado el escudo de armas del Rey ó Príncipe soberano que la manda acuñar, y, *por lo común*, es de oro (no el Príncipe soberano, sino la moneda): en España valía la mitad de un doblón». Con lo cual se queda uno sin saber lo que valía, siendo inútil acudir á la definición de doblón en el mismo Diccionario,



porque allí los académicos refieren el valor del doblón al escudo. ¡Siempre como el baturro del cuento, cruzando de una acera á otra, buscando y sin encontrar la casa de enfrente.

Todavía después del dato de que el escudo valía en España la mitad de un doblón, añaden que «los hay también *de más valor*, de ocho reales de plata, comúnmente llamados pesos duros, y en América pesos y pesos fuertes». De modo que, por el Diccionario, un peso duro es de más valor que el escudo, que, por lo común, era de oro y valía la mitad de un doblón. ¡Aten ustedes cabos!... Ya que no sea posible atar académicos, porque éstos no tienen atadero.

También ponen los académicos entre las del escudo una definición que dice: «Especie de exhalación que se enciende en el aire y se ve en figura circular». Vamos, que llaman escudo al bólido.

Cerca del final del artículo ESCUELA se halla esta acepción: «pl. (plural). Sitio donde *estaban* los estudios generales». ¿De qué? No se dice. Ni se adivina la razón del *estaban*, pues todavía están los estudios generales en edificios que se llaman escuelas. Hablando del escudero, dicen que es «paje ó sirviente que *lleva* el escudo»... y hablando de escuelas... *estaban*...

El mencionado artículo dedicado á la ESCUELA termina con esto que los académicos

llaman frase: «*saber uno toda la escuela*», cuyo significado dicen ellos que es... No acertarían ustedes en toda la vida... Como que *saber uno toda la escuela* diz que es «saber todas las diferencias de un ejercicio gimnástico»... La cosa tiene gracia, y más si se recuerda que de frases de uso muy general suelen decir los académicos: «ú. (úsase) entre pastores», «ú. entre labradores, etc.», y de esta frase de ahora no se les ha ocurrido decir siquiera «ú. entre saltimbanquis.»

Del ESCUERZO dicen los académicos que es «especie de rana terrestre.» Más sencillo era decir que el escuerzo es el SAPO, aunque después al definir el SAPO dijeran como dicen «especie de rana». Así llamarían una sola vez especie de rana al sapo, como llaman especie de liebre al conejo, mientras que ahora se lo llaman dos veces.

*Escullirse* no es un verbo, sino una tontería que, según el Diccionario, es lo mismo que ESCABULLIRSE. En la Academia es posible que se diga *escullirse*, porque no hay simpleza ni desatino que allí no tenga entrada; pero fuera de la Academia, lo que más se parece en la significación á escabullirse es ESCURRIRSE. ®

*Escurana* diz que es *escuridad*, la cual *escuridad* viene á ser OSCURIDAD, y esta oscuridad es *obscuridad*, palabra oficial de ahora según el Diccionario. ¡Ya ven ustedes si cuesta ir y venir y volver á marchar para saber el



significado de *escurana*, que apuradamente á nadie le importa. Esto me recuerda aquello que se dijo en tiempo de Espartero:

¡Viva el Duque!.. A pasar lista.  
 ¡Viva el Duque!.. A la parada.  
 ¡Viva el Duque!... A la revista...  
 ¡Mire usted, parece nada,  
 y cuesta el ser progresista!

También parece nada y cuesta averiguar el significado de una palabra en el Diccionario. No el significado verdadero, que ese ni caro ni barato se puede averiguar casi nunca; pero aun el significado académico cuesta trabajo averiguar las más de las veces.

En lugar del adjetivo *ESCURRIDO*, DA, ponen los académicos *ESCURRIDA*, sin terminación masculina, diciendo que es adjetivo, y que «aplicase á la mujer que trae muy ajustadas las sayas». ¿Y por qué no ha de ser *ESCURRIDO* el hombre que trae muy ajustados el gabán ó los pantalones?

Entre las acepciones de *ESCURRIR* ponen la siguiente: «ant. salir acompañando á uno para despedirle». Y suponiendo que antiguamente se haya dicho así, ¿para qué han puesto los académicos con esa misma significación aquel *escorir* provincial de Santander? Habiendo tenido, según ellos, el verbo *ESCURRIR* esa significación, ¿no podían ver que el *esco-*

*rir* no era palabra provincial, sino corrupción estúpida?... Aparte de que ni los más zafios dirán en la provincia de Santander *escorir*, sino *escorrir*, para que resulte que los académicos ni siquiera aciertan á reproducir los disparates sin disparatar ellos nuevamente.

Cuando yo era niño habia en casa de mis padres un criado que, siempre que trataba de repetir en són de burla algún despropósito que otro habia dicho, decia él otro despropósito mayor. Así, al querer burlarse de un pobre hombre que llamaba á los muñecos que habia visto en el teatro los *muñerecos*, él decia que los habia llamado los *maitines*. Lo mismo hacen los académicos: oyen á un zafio que dice *escorrir* por *ESCURRIR*, y dicen ellos que dice *escorir*.

En el artículo de la *ESE* ponen los académicos la frase *echar á uno una ese, ó una ese y un clavo*, y la definen diciendo que es «cautivar con beneficios la voluntad de una persona». Ni yo he oído nunca esa frase, ni ustedes tampoco, ¿verdad, lectores?... Ni ustedes ni yo seríamos capaces de adivinar por qué «echar á uno una ese ó una ese y un clavo» ha de ser cautivarle con beneficios. Pero los académicos, figurándose que nadie lo habia de adivinar, tratan de explicarlo y añaden: «Dicese por alusión al jeroglífico de la ese atravesada por un clavo que significa *esclavo...*» Significará *ese-clavo*, si no se comen los



académicos la segunda e de *ese*. A no ser que se la comiera ya el autor del jeroglífico.

*Esgambete* diz que es lo mismo que *gambeta*; y consultando en la G esta palabra, no resulta ser el revolucionario francés de triste recordación, sino un «movimiento especial que se hace con las piernas *jugándolas* y *cruzándolas* con aire». Con aire académico se sobreentiende que ha de ser, para que la *gambeta* resulte más graciosa. Porque los académicos, no sólo para bailar, sino hasta para disparatar ¡tienen un aire!...

Ni mirar, ni considerar, ni atender, ni tocar, ni pertenecer es *esguardar*, por más que los académicos le pongan todas esas significaciones. En italiano, sí, *sguardare* significa mirar, atender, considerar, referirse, pertenecer, como que las miradas se llaman *esguardi*; pero en castellano, ni existe *esguardar*, ni por ende significa nada de lo que dicen, ni las miradas se llaman *esguardos*, ni *esguarde* es el acto de *esguardar*, ni los académicos saben por dónde andan.

*Eslección, esledor, esleer, esleible, esleidor, esleir, esleito, ta...* toda una familia. La madre, que debe de ser la *eslección*, dicen los académicos que es equivalente de ELECCIÓN, aunque anticuado. *Esledor* y *esleidor*, dos hijos gemelos, diz que son equivalentes de ELECTOR. Por cierto que á continuación del *esledor* nos dan los académicos la estupenda noticia

siguiente: «Hoy se usa *de* esta voz en Vitoria, donde llaman *esledor* de *esledores* al procurador general que se *elige* el día de San Miguel»... Pero si le llaman *esledor* porque se *elige*, entonces *esledor* no significará *elector*, sino *elegido*.

Después, dicho se está que á *esleer* le hacen equivalente de ELEGIR, y á *esleible* le dan la significación de digno de ser elegido, y á *esleito, ta*, la de elegido de veras, que tanto vale llamarle participio pasivo de *esleir*.

Porque debo advertir á ustedes que además de poner como equivalente de elegir á *esleer*, también ponen con la misma equivalencia á *esleir*, y en esto puede ser que vayan teniendo razón, especialmente si anteponen á su verbo una *d* para que diga *desleir*, que es lo que van haciendo los liberales con esta pobre España, valiéndose como medio de las elecciones: *desleirla*, *disolverla* para bebérsela en banquetes y meringollas.

La historia académica de la *eslección* y sus derivados es la siguiente: Los primeros académicos pusieron ya estas palabras en la primera edición de su Diccionario, la de los seis tomos, amparándolas con la autoridad de Villaz en su Crónica del Rey Don Alonso *el Sabio*, que dice: «Los *esleidores* le enviaron sus cartas mucho afinadas», y con la de la Crónica General de España, que del Arzobispo D. Bernardo dice: «*Esleyéronle* por Ar-



zobispo primado de las Españas». No sería extraño que en estas autoridades hubiera antiguo error de copia, pues se concibe que en la corrupción del latín se dijera, por *elector*, *eleidor* ó *eleidor*; pero no se explica bien la aparición de la *ese* que en latín no había. De todos modos, es lo cierto que estas formas, sin uso desde hace muchos siglos, han pasado, sin tropezar contra el buen sentido de ningún académico, desde la primera edición del Diccionario hasta la duodécima, que es la corriente.

Por lo que hace á la noticia académica de que « hoy se usa de esta voz (*esledor*) en Vitoria, donde llaman *esledor* de *esledores* al procurador general que se elige el día de San Miguel », también está en la primera edición del Diccionario, y desde allí viene sin tropezamiento. De manera que el *hoy* de los académicos es el siglo pasado.

Pero no solamente no es cierta tal noticia con respecto al año de 1884, que es cuando dicen *hoy* los actuales académicos, sino que no debía de serlo tampoco cuando la dieron los primitivos. Porque en las ediciones del siglo pasado del *Cuaderno Foral de Alava* no se halla tal nombre, ni en la lista de funcionarios de la provincia, con los sueldos que habían de cobrar, inserta en el mismo *Cuaderno Foral*, tampoco se encuentra semejante « *esledor de esledores* ».

Poco después de decir que *esmena* es *rebaja*, ofician los académicos de artilleros, diciendo que *ESMERIL* es « pieza de *artillería pequeña*, algo mayor que el *falconete* »; del cual *falconete* dicen que es « especie de culebrina »...

También dicen esos... especie de culebrones que *esmoladera* es « instrumento preparado para amolar », instrumento que se llamará *AMOLADERA*, racionalmente pensando.

Omiten el verbo *ESMOLER*, atenuación de *moler*, que significa deshacer, gastar poco á poco, y se usa mucho como reflexivo *ESMOLERSE*, teniendo, además de la significación material, la figurada de apurarse, tomar con interés las cosas.

A compensar esta falta viene inmediatamente una sobra, pues con la famosa nota de provincial de Santander, patrocinadora de tantas tonterías, insertan los académicos otra nueva: *esmuaciarse*, que dicen que es « irse de las manos ú otra parte una cosa »... ¡Iirse de las manos ú otra parte!... Por ejemplo, irse del seguro, que es de donde se irían á cada paso los académicos, si no fuera porque no están en el seguro nunca. No hay tal verbo *esmuaciarse*, no es más que corrupción de *ESVACIARSE*, intensivo de *VACIARSE*, vaciarse poco á poco, ó bien corrupción de *ESMURCIARSE*, de *MURCIADA*, porción de grano que se coge de una vez con ambas manos juntas formando cazo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

C

Con la noticia de que *ESPÁCICO*, CA significaba «aciago», y la de que *primera espada* es «entre toreros el principal en esta clase», al cual no se le llama *primera espada*, sino *PRIMER ESPADA*, se despiden los académicos de la página 455.

En la siguiente omiten el sustantivo *ESPADADERO*, sin el cual para nada sirven el adjetivo *ESPADADOR*; RA, y el verbo *ESPADAR*; porque ¿cómo van á *ESPADAR* el *ESPADADOR* ni la *ESPADADORA*, si no tienen dónde?

Poco después dan este *espadillazo* á la sintaxis, y de rechazo á los lectores: «*ESPADILLAZO*, m. En algunos juegos de naipes lance en que viene la espada con tan malas cartas, que, obligando á jugar la puesta, se pierde por fuerza»...<sup>®</sup>

Por fuerza de la mala sintaxis se pierde el tiempo consultando al Diccionario. Porque en esta definición parece que lo que obliga á jugar son las malas cartas: «con tan malas cartas, que, obligando á jugar...»; y sin embar-



bargo, en la intención de los académicos, lo que obliga á jugar es la *espaldilla*. A más de que la *espaldilla* ó la ESPADA no obliga á jugar la puesta, obliga á jugar entrada, vuelta, ó sólo cuando por convenio de los jugadores se ha establecido esta obligación. Y luego... ¡se pierde por fuerza!...

Pero ¿qué dirán ustedes que es *espahí*?...

— Cualquiera cosa — dirá algún lector de los que ya están hechos á las académicas majaderías.

— Pues *espahí* es, según los académicos, soldado de caballería turca...

— ¡Toma! Pero ¿ahora salimos con que es turco el Diccionario de la Academia?... ¿No habíamos quedado en que era de la lengua castellana?

— Ciertamente, pues la portada así lo dice.

— Y entonces, ¿por qué tiene palabras turcas?... Digo, yo supongo que ese soldado de caballería turca, en turco se llamará *espahí*; no en castellano.

— Y supone Ud. bien; pero se conoce que los académicos han querido alguna vez echársela de turcos, por aquello de que «quien con lobos anda...»

— ¿Luego andan con *turcas*?...

— Dícese de algunos, como dicen ellos...

Pero escuche Ud., lector curioso, otra definición del mismo *espahí* que, aunque parece francesa, es también turca ó hija de turca, á

juzgar por la sintáxis. *Espahí*, segunda acepción: «soldado de caballería del ejército francés en la Argelia,

que usa traje parecido al de aquellos naturales».

¿Que quiénes son aquellos naturales?... Yo no lo sé. En conciencia, no no lo sé, ni lo discuro. Bastante haré en discurrir cómo entender la definición de modo que quien use el traje parecido no sea la Argelia.

En la segunda de las definiciones de ESPALDA dicen los académicos que es «parte del vestido ó cuartos traseros de él...» Bueno que hablaran los académicos de cuartos traseros tratando de su propio vestido; pero decir eso refiriéndose al vestido de los demás, me parece que es faltar al público.

Tampoco se dice ECHAR Á LAS ESPALDAS una cosa, como ellos ponen, sino ECHAR Á LA ESPALDA. Ni tampoco se llama *hablar por las espaldas* el «decir contra uno en ausencia lo que no se diría cara á cara», sino que se llama hablar Á ESPALDAS de él. Ni tampoco existe ya, si existió alguna vez, la frase de *mosquear las espaldas*, con la significación de «dar azotes en ellas por castigo», pues hoy no existe el castigo de azotes, aunque no venía mal para los que creen que todavía se aplica.

Y para los que dicen que ESPALDILLA es «cuartos traseros... del jubón ó almilla.»

Y eso que aún me parece mayor pecado decir que ESPALMADURA es «*desperdicio* de los cascos de los animales cuadrúpedos», como si todos los animales cuadrúpedos tuvieran cascos, hasta el perro y el gato, por ejemplo, y como si aun de los que tienen cascos no hubiera muchísimos, como la oveja, la cabra, el gocho, etc., que nunca se hierran, y por consiguiente, tampoco puede darse en ellos la ESPALMADURA; la cual tampoco es lo que los académicos dicen, sino el asiento que para la herradura ó el callo se hace en el casco con el pujavante.

Del verbo ESPAÑAR, hacer explosión, estallar, derivado de PAÑO, del hecho de romperse ó saltar con estrépito los paños ó entrepaños de una caja de madera, los parches de un tambor, etc., no han tenido noticia los académicos, ni tampoco del sustantivo ESPAÑIDO.

¿Están seguros los académicos de que el *esparaván*, que definen como ave, «especie de halcón de diez ó doce pulgadas de largo, pardo por encima...» y con otras muchas señas, no le hayan confundido con el *alcara-ván*?... Lo digo porque de menos nos hizo Dios, y de mayores confusiones he tenido que sacarles.

De ESPARAVEL dicen que es «red redonda para pescar, que se arroja á fuerza de brazo en los ríos y *parajes de poco fondo*». Por ejemplo, en la Academia, que es el paraje de menos

fondo que se conoce. Mas no crean los lectores que se necesita para tirar el ESPARAVEL tanto brazo como suponen los académicos al decir á fuerza de brazo, ni crean que se arroja en los parajes de poco fondo, sino en los remansos de los ríos. Esto aparte de que los señores no hablan de los plomos, ni de las bolsas, ni de nada que dé idea clara de la armadiza. ¡Cualquiera hace un esparavel por la definición académica.

Ni *esparrancado*, *da*, ni *esparrancarse* son formas legítimas, sino corrupciones de ESPERNANCADO y ESPERNANCARSE. Pero es muy académico esto de omitir las formas legítimas y consignar las corrompidas.

*Esparteña* dicen los académicos que es «calzado hecho de esparto, más grosero que el de cordel»... ¿Y de qué forma es ese calzado?... ¿Y cómo es el calzado de cordel?... ¿Se usa en la casa? ¿Y qué entienden los académicos por CORDEL? ¿Creen que es alguna materia?... En fin, que no se puede atar un grano de sal en todo lo que dicen...

Bien podía ser mejor y más clara la definición que da el Diccionario de las ESPECIES SACRAMENTALES, ya que pertenecen á la Academia indebidamente dos sacerdotes, el ex jesuita D. Miguel Mir y el Chantre de la Catedral de Sevilla D. Cayetano Fernández, autor de unas fábulas bastante sosas. Indebidamente digo, no porque sean malos escri-



tores, que sí lo son, aunque no peores que la generalidad de sus compañeros, sino porque diz que es condición indispensable, para ser académico de número, el tener residencia fija en Madrid; y ni el Sr. Mir, jesuíta cuando fué elegido, podía, ni el Chantre de Sevilla puede tener residencia en la Corte.

Mas el caso es que el Diccionario define las ESPECIES SACRAMENTALES diciendo: «Accidentes de olor, color y sabor que quedan en el Sacramento después de convertida la substancia de pan y vino en Cuerpo y Sangre de Cristo». Definición que resulta confusa, pues induce á creer que constituye una ESPECIE SACRAMENTAL cada uno de los tres accidentes que enumera, siendo así que ESPECIE SACRAMENTAL no es cada accidente de esos por sí, sino el conjunto de ellos, y las ESPECIES SACRAMENTALES no son tres, como parece dar á entender la definición académica, sino dos solamente, *sub utraque specie*, la de pan y la de vino, que pueden definirse: La apariencia de pan y la apariencia de vino que quedan en el Santísimo Sacramento del Altar después de verificada la transustanciación ó la conversión del pan y del vino en Cuerpo y Sangre de Jesucristo, por virtud de las palabras del consagrante.

Del sustantivo ESPECIOSIDAD dicen los académicos que está anticuado y que significaba perfección. Ni está anticuado, sino muy en

uso, ni significa precisamente perfección, sino hermosura engañosa, apariencia. Es de advertir que al adjetivo ESPECIOSO, SA ya no le tratan de anticuado ni le ponen solamente la significación de «hermoso, precioso, perfecto», sino que le ponen también la de «aparente, engañoso»... ¿Que por qué, siendo lo ESPECIOSO aparente, no había de ser la ESPECIOSIDAD apariencia? Ya saben ustedes que nunca se puede preguntar el por qué de las cosas de los académicos, puesto que las hacen sin razón y á lo que salga.

El espectro solar le definen los académicos diciendo: «Efecto producido cuando por una cara de un prisma triangular se hace pasar un rayo del sol...» ¿Por una cara nada más?... Pasará por el prisma, entrando por una cara...

Que *espechar* haya sido en lo antiguo PINCHAR, será mentira regularmente: si acaso, habrá sido ESPETAR, que no es lo mismo que PINCHAR, aunque á los académicos se lo parezca.

*Espedar* dicen ellos que ha sido ESPETAR; y tampoco, aunque sea verdad, es cosa que importe hallar en el Diccionario de la lengua corriente. ®

En cambio ESPEDAZAR dicen que está anticuado, y está muy en uso.

*Expeditamiento* dicen que ha sido DESPEDIDA, y *espedo*, con perdón de ustedes, ESPETO, y desde aquí ya no tropiezan casi hasta el ESPE-

JUELO, del que no dicen que sea diminutivo de espejo, como debían decirlo antes de darle ninguna otra acepción. Para ellos el ESPEJUELO es en primer lugar «yeso cristalizado», y después «hoja de talco», y después «instrumento de madera para cazar alondras, del tamaño de un *cepillo*...»

— ¿Las alondras?...

— ¡Claro! En buena sintáxis, las alondras son las del tamaño de un *cepillo*; pero en sintáxis mala, ó académica, es el instrumento.

El cual, además de ser del tamaño de un *cepillo*, no se sabe de qué clase de cepillo, está «cubierto de paño ó bayeta colorada (¿y el paño también *colorada*?) sobre la cual tiene unos espejillos redondos»... ¿Se van ustedes enterando?... Pues todavía añaden los señores que «está dispuesto de modo que, tirando de un cordel, da vueltas alrededor (¿de qué?), y *heridos* los espejillos de los rayos del sol, acuden las alondras á los reflejos»... ¡Qué especulativa la de estos hombres!

Y todavía siguen dando al espejuelo otras acepciones tan interesantes como la de «conserva de tajadas de cidra, calabaza...»

«*Espelta*, especie de escanda», dicen, sin determinar aquí si la escanda es trigo ó cebada, aunque ya la han definido de las dos maneras. «*Espelteo*, *tea*, perteneciente á la *espelta*», y en gran manera interesante... «*Espehunca*, del latín *spelunca*...» ¡Es claro! Y

tan del latín, como que no es palabra castellana, sino latina, y... académica.

Del adjetivo ESPELUZNANTE dicen que «*úsa-se únicamente* en estilo familiar y festivo». Muchas veces se usa en broma; pero tanto como únicamente, no es cierto.

Ni tampoco debe de ser cierto que ESPERA sea «especie de cañón de artillería», aunque los académicos así lo dicen. Pero también dicen que es ó que ha sido ESFERA; «ESPERA, ant. ESFERA», lo cual no deja de ser una majadería como una esfera... terrestre.





*Esperdecir, esperecer, espergurar, esperado, espernable...* Es asombrosa la riqueza del Diccionario en palabras inútiles.

ESPERRIAR, ni está tan anticuado como á los académicos se les figura, ni significa solamente lo que ellos llaman *espurriar*; significa también hacer gestos de disgusto, ó dar ESPERRIDOS, palabra que falta.

ESPICHAR no ha sido nunca PINCHAR, sino ESPIRAR. *Espiedo* es una tontería como tantas otras. ESPIGAR, además de la significación natural de coger las espigas que quedan en el restrojo, tiene la figurada de buscar y recoger otras cosas acá y allá esparcidas, como, por ejemplo, los disparates que hay en el Diccionario. En cambio, no sé en qué «partes de Castilla la Vieja» significará «hacer una ofrenda ó dar una alhaja á la mujer que se casa, el día de los desposorios, por lo regular al tiempo del baile». Los académicos así lo

dicen; pero como no se les puede creer una palabra...

Entre la familia del ESPINO falta el ESPINAL, sitio poblado de espinos, y sobra más de la mitad de la talla de diez á doce metros, que los académicos atribuyen al jefe de la familia. Además, siendo varios los árboles y arbustos llamados con el nombre genérico de ESPINO, como el MAJUELO, el MANZANO SILVESTRE, el ANDRINO, el BARROSINAL, el GARAMITAL, debieran los académicos advertirlo así y no contraerse á definir como ESPINO un solo árbol. Por cierto que la definición que dan de él no conviene por el detalle del fruto ni al MAJUELO, ni al ANDRINO, ni al MANZANO, ni á ninguno de los espinos conocidos, como no sea el ACEROLO, que casi no es ESPINO.

En fin, de unos académicos que definen la espingarda diciendo que es «cañón de artillería algo mayor que el falconete y menor que la pieza de batir», así, sin nota de anticuado ni nada, cualquier cosa que no sea buena puede esperarse.

Del adjetivo ESPIRITADO, DA, dicen los académicos que «dícese de la persona que por lo flaca y estenuada parece no tener sino espíritu»; pero mejor les fuera decir que *dícese* de la persona apurada, conmovida, agitada, que quiere salir inmediatamente de un trance peligroso. Con un poco de discurso, con un poco de raciocinio les hubiera

bastado para poner esta segunda definición en lugar de la primera, puesto que ellos mismos, al definir el verbo ESPIRITAR como reflexivo, no dicen que sea *estenuarse* ni *enflaquecerse*, sino que es agitarse, conmoverse, irritarse; y claro es que significando esto el verbo, la misma significación ha de tener el adjetivo, que es su participio pasivo. Pero ya se sabe que los académicos no raciocinan.

La última de las definiciones que dan del verbo ESPIRITUALIZAR dice: «fig. sutilizar, adelgazar, atenuar, (¿acabaremos?) y reducir á lo que los médicos llaman *espíritus*». ¿Qué será eso á lo que los médicos llaman *espíritus*?... ¿No llamarán *espíritus* los médicos á lo que se lo llamamos los demás?... Y luego, con la adición del verbo REDUCIR, que no se construye como los otros tres, no se sabe si los académicos quieren decir que *espiritualizar* es reducir, sin decir á qué, lo que los médicos llaman *espíritus*, ó que es reducir alguna otra cosa «á lo que los médicos llaman *espíritus*...». Pero lo más gracioso es que habiéndose entretenido los académicos en pergeñar esta definición ridícula, no hayan puesto al verbo ESPIRITUALIZAR la acepción vulgarísima que tiene como reflexivo, de *enflaquecerse* y *estenuarse*.

Nunca oí que á la «persona borracha ó que bebe mucho vino» se la llamara *ESPITA*, ni creo que nadie se lo llame más que el Dic-



cionario; porque es irracional llamar ESPITA al que bebe mucho, cuando la ESPITA no bebe, sino que desbebe.

El ESPITO para los académicos no es más que un aparato que sirve para colgar y descolgar el papel que se pone á secar en las fábricas y en las imprentas; pero para la generalidad de los que hablan en castellano, el ESPITO es el tapón de la ESPITA, esto es, un palito cilíndrico rebozado de estopas y aplinado por uno de los extremos, por donde se coge con los dedos para introducirle en la ESPITA y sacarle.

Puede ser que EXPLIQUE sea el «armadijo para cazar pájaros» que dicen los académicos, «formado de una varita á cuyo extremo se coloca una hormiga para cebo (¡vaya un banquete!) y á los lados otras dos varetas con liga para que sobre ellas pare el pájaro». Nunca oí que un aparato para cazar pájaros con liga se llamara *explique*, ni encuentro relación alguna entre el aparato que los académicos describen y el nombre, ni me satisface la etimología que dan al EXPLIQUE, del latín *splicum*, aguja para la cabeza, ni he hallado esa palabra *splicum* en los diccionarios latinos, ni aunque existiera y significara lo que los académicos dicen sería cosa fácil hallar la relación entre una *aguja para la cabeza* y un instrumento para cazar pájaros... Pero de todas suertes, aun cuando realmente haya

una armadija para cazar pájaros que se llame ESPLIQUE, la significación natural del EXPLIQUE es explicación, aclaración, aunque los académicos la omitan.

Los mismos señores dicen que *espolada* es «golpe ó aguijonazo dado con la espuela á la caballería para que ande». Eso se llama ESPOLAZO; pero, en fin, si los académicos tienen el antojo de llamarlo *espolada*, dejémosles que se lo llamen. Lo que no se les puede dejar es decir que hay, además de esa, otra *espolada*, la *espolada de vino*, que es *fig. y fam.* (figurada y familiarmente) «trago de vino»; porque esto ya es una tontería notoria. Tontería que acaso habrán sacado los académicos de confundir su *espolada* con la ESPUELA, una de cuyas acepciones es el último trago de vino que se ofrece al caminante, ya en el momento de emprender la marcha.

Entre las acepciones que dan á la ESPONJA falta la figurada de bebedor, que indebidamente pusieron los académicos á la ESPITA. «Es una ESPONJA», se dice con frecuencia de la persona que bebe mucho.

Dos definiciones dan los señores del verbo ESPONTANEARSE, y ambas son ridículas, ó, si ustedes quieren, académicas. La primera dice: «Descubrir uno á las autoridades voluntariamente cualquier hecho propio, secreto ó ignorado, con el objeto, las más veces, de alcanzar perdón, como en premio de su franqueza». De



manera que no haciendo el descubrimiento á las autoridades, aunque sea voluntario, no hay ESPONTANEARSE que valga. Ni tampoco será ESPONTANEARSE el hacer voluntariamente cualquier otra cosa que no sea un descubrimiento. Por ejemplo: un capitán tiene que dar diez soldados de su compañía para formar parte de una columna de asalto. Antes de sortearlos, y por si puede evitar el sorteo, les dice que el que voluntariamente quiera ir dé un paso al frente. Los seis, ocho ó diez soldados que se adelantan para ir al asalto sin sorteo ¿no se ESPONTANEAN?... Es claro que sí, aunque el Diccionario de la Academia lo contradiga.

La otra definición académica de ESPONTANEARSE dice: «*Por extensión descubrir uno á otro voluntariamente lo intimo de sus pensamientos, opiniones ó afectos*». ¡Qué ha de ser por extensión!... Por naturaleza es eso ESPONTANEARSE, lo mismo que lo otro, lo de descubrir uno á las autoridades, etc.; lo mismo que lo de dar el paso al frente para ir al asalto, y lo mismo que todo lo que sea prestarse voluntariamente á hacer una cosa á que no se está rigurosamente obligado.

*Esporón* y *esporonada* son en el Diccionario equivalentes de espuela y espolonada; pero solamente en el Diccionario. Y *esportillero*... la definición de *esportillero* es de las del siglo pasado sin duda, porque dice: «En Madrid y

*otras partes* (y en otras partes, sería mejor), mozo que está ordinariamente en las plazas y otros parajes públicos para llevar en su espuerta *lo que se le manda*». En Madrid hay en las esquinas MOZOS DE CORDEL ó DE CUERDA, dispuestos á transportar bultos, pero ni *suelen* tener espuerta, ni nadie les llama *esportilleros*; de manera que si la definición académica ha tenido fundamento en otra época, lo que es ahora no le tiene.

«ESPORTILLO m. Capacho de esparto — dicen los académicos — que *sirve para llevar á la casa las provisiones*». Tampoco aciertan en esto, por el afán de meterse en dibujos. Las provisiones se suelen llevar hoy á las casas en el cesto de la compra, y no en el capacho de esparto que dice la Academia.

Pero mejor, es decir, peor es todavía lo que sigue: «*Esportula* (del latín *sportula*, regalo), *for. pr. Ast.* (forense, provincial de Asturias), Derechos pecuniarios que *se dan* á algunos jueces y á los *ministros de justicia*». Ni en latín *sportula* significa precisamente regalo, ni en castellano *esportula* es forense, ni en Asturias ni en ninguna parte *se dan* hoy *derechos pecuniarios* á algunos jueces, ni á los *ministros de justicia* se llama ya así, sino alguaciles... De manera que es imposible desatinar más por entero.

En el artículo ESPUELA ponen los académicos la frase ESTAR CON LAS ESPUELAS CALZADAS,



y dicen que significa *figuradamente* «estar para emprender un viaje». Para que dicha frase tenga esta significación no se necesita figura. Lo que significa la frase figuradamente es «estar para emprender el viaje al otro mundo, estar con todos los sacramentos»; pero los académicos no ponen esta significación, aunque llaman figurada á la frase, porque no saben más que confundir las cosas.

Para modelo de buen castellano, vean ustedes la definición de ESPUMA DE NITRO: «Especie de corteza que se forma de esta sal en la superficie de la tierra de donde se extrae, y también cuando se cristaliza.» Que es como si dijéramos: Está un hermoso día y también son muy majaderos los académicos.

No queda bien definida la *espumadera* con llamarla «especie de cucharón lleno de agujeros», porque la espumadera ha de ser plana ó casi plana para hacer bien su oficio, y el cucharón ha de ser muy cóncavo para hacer el suyo. De manera que á los académicos les ha faltado, para andar bien, añadir á su definición de la ESPUMADERA lo que á la suya de la media vuelta á la derecha añadía el instructor de quintos: media vuelta á la derecha — decía aquél — es lo mismo que media vuelta á la izquierda, sólo que es todo lo contrario. Así han debido decir los académicos: la ESPUMADERA es una especie de CUCARON, sólo que es todo lo contrario precisamente.

Falta la palabra ESPUMARAJE, pero sobra esta otra *espúmeo, mea*: que no sirve para nada.

Después de decir que *espurrear* equivale á *espurriar*, dicen de este último verbo los académicos que es «rociar una cosa de intento, tomando un buche de agua en la boca (¡naturalmente, siendo un buche...!) como se hace con el fin de humedecer moderadamente la ropa blanca cuando se ha de planchar.» ¡Como se hace!... ¿Y dónde se hace esa porquería?... ¿En la Academia?

ESPURRIR no es *provincial de Santander* como los académicos afirman. Se conoce y se usa ese verbo en Asturias, en Leon, en Extremadura, en todas partes... menos en la Academia, por lo visto. Por eso los académicos, cuando Menéndez Pelayo les dió noticia de la palabra, como no la habían oído nunca y el que se la enseñaba era santanderino, dijeron:... Pues... *provincial de Santander*. No discurren más.

Ni siquiera han discurrido lo necesario para definir bien el expresado verbo, del que sólo dicen que significa «extender una cosa y principalmente los pies»; principalidad que es falsa, porque más comúnmente se espurren los brazos. Tampoco ponen la frase ESPURRIR LA PATA, que significa morirse.

Las definiciones de ESQUELA dejan bastante que desear. La primera dice: «Carta breve

que antes solía cerrarse en figura casi triangular». ¿Qué falta hace saber cómo solía cerrarse antes la esquila?... Después hay otra definición que dice: «Papel en que se dan citas ó se hacen invitaciones á varias personas y que por lo común va impreso ó litografiado»; y nada más: ni una palabra de la ESQUELA MORTUORIA.

Figurando en el Diccionario el sustantivo ESQUEMA, el adverbio ESQUEMÁTICAMENTE y el adjetivo ESQUEMÁLICO, CA, debían figurar también el verbo ESQUEMATIZAR, formar esquemas, y el adjetivo ESQUEMATIZADO, DA, reducido á esquemas. De tirar de la cuerda, se tira para todos, como dijo el escribano del cuento.

Pero los académicos, caprichosos como la ignorancia, unas veces dejan de tirar sin razón y otras veces tiran demasiado. Como cuando ponen *esquero* diciendo que viene de *yesca* y que es «bolsa de cuero que *suele traerse* asida al cinto y sirve comúnmente para llevar la *yesca* y el pedernal, el dinero ú otras cosas»... Que *suele traerse*... Como, á pesar del tiempo presente en que está la definición, yo no había visto á nadie traer esa bolsa, que siendo para la YEZCA tampoco se llamaría *esquero*, sino YEZQUERO, reparé bien anoche (7 de Julio de 1896) en los jardines del Buen Retiro al académico Mariano Catalina, á ver si la traía, suponiendo que fuera chisme peculiar de los definidores, quienes por olvido

no habrían puesto al final de la definición: *ú. entre académicos*. Pero tampoco Mariano Catalina traía semejante bolsa *asida* al cinto... Claro que *asida* no podía ser de ningún modo, aunque la definición académica lo diga, porque las bolsas de cuero no suelen tener manos con que asirse, ni actividad para hacerlo; pero ni atada, ni cosida, ni clavada al cinto le vi semejante bolsa. No siendo que la traiga escondida hacia la espalda, que es donde él y otros académicos suelen traer la sintáxis, puede asegurarse que no la usa... De manera que los académicos dicen que *suele traerse*, y ni siquiera ellos la traen... ¡Para que les creamos!...

*Esquero*, aunque es parecido á *esquero*, ya no dicen que sea bolsa, sino que es «izquierdo». Puede que sea verdad que eso signifique; pero me parece que eso no es castellano, sino vascuence. Para los académicos es lo mismo. Como son tan políglotones...





DIRECCIÓN GENERAL DE

Pero ¿por qué ha de ser la *ESQUILA especie de cencerro?*... ¿Por qué?... Vamos á ver... Siendo la *ESQUILA* de forma cónica irregular, y el *CENCERRO* de forma cilíndrica; siendo la *ESQUILA* de bronce fundido, y el *cencerro* de hierro batido de una hoja delgada de hierro ligeramente bañada de cobre ó alambrada, ¿por qué ha de ser especie de cencerro la *esquila?*... Porque les da la gana á los académicos de decirlo así. «*ESQUILA* f., especie de cencerro fundido».

Y después: «Campana pequeña para convocar á los actos de comunidad en los conventos y otras casas»... Campana pequeña que no se llama *esquila*, sino *esquilón* en algunas partes y en otras sencillamente campana. Pero campana pequeña es la verdadera *esquila*, y no especie de cencerro, puesto que de forma de campana es, y de la misma materia, mientras que con el cencerro no tiene de común ni la materia ni la forma. Tan campana pequeña es, que á las *ESQUILAS* usa-

das en las casas para llamar, antes de la aparición de los timbres eléctricos, se las ha llamado siempre CAMPANILLAS. Pero los académicos, de quienes ya se sabe que no han oído campanas, no han oído campanillas tampoco.

Además llaman los académicos ESQUILA al ESQUILEO, y al CAMARÓN y á un insecto del tamaño de una mosca, con cuatro alas y otros atributos, que describen muy prolijamente, y que es posible que no exista. ¡Ah!... Y además llaman también ESQUILA á la CEBOLLA ALBARRANA... ¿Qué habrá que no sea esquila?

ESQUILAR dicen que es «cortar con la tijera (se dice con las tijeras) el pelo vellón ó lana de los ganados, perros y otros animales». El pelo vellón ó lana... ¡Está bien! Con haber dicho de los ganados y de los *perdidos*... al pelo.

En seguida ponen los académicos las dos rayitas que indican otra acepción, y *pr. Sant.*, provincial de Santander, es decir, disparate casi seguro. Esta vez no falta; porque dicen que esquilar es «trepar á los árboles.» Lo cual se llama *ESQUILAR* en todas partes, aunque los académicos no hayan puesto este verbo, que viene de *ESGUILO*, nombre vulgar de la *ARDILLA*, á la que en Santander, donde por lo visto suelen decir todas las cosas mal, cuentan los académicos que la llaman *esquilo*.

En el artículo *ESQUINA* mencionan los señores el popular y elegante juego de LAS CUATRO

ESQUINAS, y en vez de definirle le ponen esta zafia equivalencia: *Arrepásate acá, compadre*, sustituyendo así el verdadero nombre del juego con una tontería *provincial ó municipal*, Dios sabe de dónde. Y no crean ustedes que luego es cosa fácil dar con la definición de LAS CUATRO ESQUINAS; porque en el artículo *arrepasar*, verbo anticuado, aunque no lleva nota de tal, tampoco la ponen, y hay que ir de allí á buscarla al artículo *COMPADRE*, donde al cabo se encuentra una explicación, aunque mala. ¡Cualquiera sospecha, así de buenas á primeras, que en el artículo *COMPADRE* es donde hay que buscar la definición del juego de LAS CUATRO ESQUINAS!...

Así como tampoco sospecha nadie que *esquinela* sea «pieza de la armadura antigua que defendía la caña de la pierna». Y menos habiendo leído en el mismo Diccionario, poco más atrás, que esa misma pieza de la armadura antigua que cubría y defendía la espinilla, ó sea la caña de la pierna, se llamaba *ESPINILLERA*. ¿Cómo había de llamarse una misma pieza *ESPINILLERA* y *esquinela*? Se llamaría, si acaso, *ESPINELA*, y no *esquinela*. Pero á los académicos lo mismo les da *espi* que *esqui*, ó que cualquier cosa.

También dicen que *esquipar* era «coronar y prevenir de remos y remeros las embarcaciones». ¡Pero, hombres... sería *EQUIPAR*!... Así como el *esquipazón* sería *equipación* ó no se-



ria nada. Lo mismo que *esquisar*, *estabilir*, etcétera.

Meter las reses en el establo no se llama *establear*, sino ESTABLAR. Ni tampoco ESTABLECERSE es solamente «avecindarse uno, ó fijar su residencia en alguna parte», sino que también se ESTABLECE el que abre comercio, tienda, fábrica, bufete, aun cuando no se avecinde ni fije su residencia por tenerla ya fija de antes.

En el artículo ESTACA también se estacan los académicos. Después de definir medianamente la ESTACA, en su acepción principal, dicen que es también «rama ó palo verde sin raíces, que se planta para que se haga árbol». Se conoce que los académicos han oído, como suele decirse, cantar un gallo en un muradal y no saben en cuál. Han oído que entre las diferentes maneras que hay de poner árboles, una de ellas es ponerlos Á ESTACA, y sin más luces ni más investigación, han convertido la planta en ESTACA atolondradamente. La ESTACA no es la planta, ni desempeña otro papel en la operación de plantar Á ESTACA que la de abrir el agujero, del cual se saca para meter la planta, la rama de un árbol sin raíz, de un árbol de los pocos que se dan Á ESTACA.

Tampoco es verdad que se llame ESTACA el «clavo de hierro de más de un pie de largo, que sirve para clavar vigas y maderos»: ese clavo se llama CLAVIJA Ó CAVIJA.

Es igualmente inexacto que la frase Á ESTACA se use para significar «con sujeción»: se usa, como he dicho, para significar la referida manera de poner árboles, y para significar que ciertos árboles arraigan plantados de esa manera, es decir, que SE DAN Á ESTACA. Y también se dice cazar Á ESTACA, sistema que consiste en amarrar á una estaca un trozo de carne, después de haberle traído arrastrando por encima de la nieve desde larga distancia, y quedarse en acecho á una ventana, desde donde la estaca se vea, para disparar sobre el lobo ó la zorra que, siguiendo el rastro, venga á comer la carne. Mas para significar con sujeción, lo que se dice es: atado ó amarrado COMO BURRO Á ESTACA.

Tampoco estar uno Á LA ESTACA es frase que signifique «estar reducido á escasas facultades». Si así fuera y eso de las escasas facultades se refiriera á las mentales, siempre estarían Á LA ESTACA los académicos.

ESTACARSE dicen los señores que está anticuado y que es quedarse yerto y tieso á manera de ESTACA. Ni está anticuado ni significa eso. Está en uso y significa hundirse en terreno pantanoso ó entre la nieve de modo que no se pueda salir; y figuradamente, no poder salir bien de una empresa.

Al definir el ESTADAL vuelven á barbarizar los académicos, por el estilo como lo hicieron al definir el *codó cúbico de ribera*. No tenían

necesidad ninguna de meterse con el sistema decimal, que no entienden; bastábales decir que ESTADAL es medida de superficie que tiene diez y seis varas cuadradas, ó que equivale á un cuadrado de cuatro varas de lado... Pero quisieron meterse á mundo... decimal y añadieron: «y equivale á algo más de 111 *miliáreas*». Disparate gordo, como que se refieren á una medida superficial que no existe, pues en efecto la *miliárea* no existe. Porque en las medidas de superficie ó agrarias los múltiplos y los divisores no son diez veces mayores y diez veces menores que la unidad ó que el múltiplo ó divisor inmediato, como en las lineales, sino cien veces mayores y cien veces menores.

Es la unidad el ÁREA, cuadrado de diez metros de lado, y no hay *decárea*, porque el cuadrado de lado diez veces mayor que el del *área* no da diez áreas, sino ciento, y se llama HECTÁREA, y no hay *kiliárea*, porque el cuadrado de lado diez veces mayor que el de la hectárea no da mil áreas, sino diez mil. Lo mismo sucede con los divisores. El divisor inmediato del área, ó sea el cuadrado de lado diez veces menor que el del área, no es la décima parte del área, sino la centésima, y se llama CENTIÁREA, que es el metro cuadrado; y el inmediato divisor, ó sea el cuadrado de lado diez veces menor que el metro, no es la décima parte de la centiárea ó metro cuadrado, sino

la centésima; no es, por consiguiente, la milésima parte del área, sino la diezmilésima, que no se puede llamar *miliárea*. Quedamos, pues, en que no existe la *miliárea* entre las medidas decimales de superficie, cosa que suelen saber los niños que han aprobado la Aritmética, pero que los académicos ignoran.

ESTADO... artículo muy largo y muy lleno de desatinos. La primera palabra de la primera definición ya constituye un despropósito. Solamente á nuestros académicos podía ocurrírseles comenzar á definir el ESTADO diciendo: «*Modificación...*» Vamos, lo contrario de ESTADO.

Un poco más abajo ponen al ESTADO la extravagante acepción siguiente: «Manutención que acostumbraba dar el rey en ciertos lugares y ocasiones á su comitiva». ¡Y gracias que en lugar de *acostumbra*, como decía antes, se les advirtió poner *acostumbraba*. Pero les duró muy poco la advertencia, pues á continuación, después de dos rayitas, se lee: «Sitio en que se la *sirve*». Es decir, sitio en que el rey *sirve hoy* á su comitiva, la manutención que *acostumbraba*... ¡Aten ustedes cabos!

También conspiran los académicos contra la forma de Gobierno existente; pues siendo ésta la monárquica en el año de 1884, al publicar ellos su libro, decían definiendo el ESTADO NOBLE: «Orden ó clase de los nobles en la República». Así. No en la Monarquía ni



en la Nación, sino en la República precisamente, que es donde no hay ESTADO NOBLE.

¿Y por qué habiendo definido, aunque mal, el ESTADO NOBLE, el ESTADO LLANO, el ESTADO HONESTO y otros muchos estados, no han de haber dicho una palabra del ESTADO SALVAJE?... Se me ocurre un motivo, pero no me atrevo á decirle.

Y sin más que advertir á los académicos que la frase usual que tratan de definir cerca de lo último no es *mudar estado*, sino MUDAR DE ESTADO, y no significa «pasar de un estado á otro, como de secular á eclesiástico,» etc., sino exclusivamente casarse, pasemos á otro artículo.

Al inmediato siguiente, que dice: «*Estadojo*, pr. Ast. (provincial de Asturias), *estadonio*. Y en seguida: *Estadonio*, pr. Ast. Cada una de las estacas como de un metro de alto que de trecho en trecho se fijan un poco inclinadas hacia fuera, á los lados del carro, y sirven para sostener los *lladrales*». Y por bajo: *Estadoño*, pr. Ast. *estadonio*.—Pues ni *estadoño*, ni *estadoño*, ni *estadojo*, sino ESTADONJO, que no es provincial de Asturias, por supuesto, sino que se usa por lo menos en todo el reino de León, si bien en Asturias, como en el bable, no suena la jota fuerte, se dice ESTADONXIO ó ESTADONYO, de donde sacarían su *estadonio* los académicos. Tampoco sirve el ESTADONJO solamente para sostener los *lla-*

*drales*, que los académicos dicen que son *ladrales*, y estos *adrales*, y estos «tejidos de varillas que se ponen á los lados del carro para que no se caiga lo que va en él» (*tejidos* que en castellano se llaman COSTANAS y SARDOS), sino que sirve para sostener la ARMADURA del carro, de cualquier clase que ella sea.

Poco más adelante, para que pueda decirse con verdad que en el Diccionario de la Academia cada paso es un tropiezo, nos tropezamos con la ESTAFETA, y leemos que es en primer lugar: «Correo ordinario que va á caballo de un lugar á otro.» ¡Cuánto hace ya que no se llama ESTAFETA al correo que va de un lugar á otro!... Pero los académicos todavía no han tenido tiempo de enterarse de que eso no es ESTAFETA, ni de lo que es ESTAFETA realmente, y ponen como primera acepción de la palabra esa majadería.

«*Estafisagria*... si, *esta...fis...agria*...» No es muy dulce, que digamos, á la pronunciación; pero, eso sí, es cosa interesante. Verán ustedes: «*Estafisagria*, f. Hierba medicinal muy parecida en la forma de su flor y aspecto (¿en la forma de su aspecto?) á la espuela de caballero, como que es especie de su género...» ¿Y por qué no comenzarían diciendo «especie de espuela de caballero?» Sin duda porque eso de *especie de* lo guardan para cuando se trata de cosas que no tienen parentesco ninguno.

Sigamos con la *estafisagria*: «Como que es especie de su género, con las hojas de abajo grandes, anchas, palmeadas y semejantes á las de la *higuera infernal*». Bueno; adelante: «Las flores son azules y las semillas gordas, triangulares, rugosas, amargas y cáusticas». ¡Gracias á Dios! Creí que no acababan nunca los académicos de saber las cosas que son las semillas de la *estafisagria*. Y todavía no han acabado de definir la hierba, sino que siguen: «Los polvos de ellas...» ¡Ahora va lo mejor! «Los polvos de ellas—de las semillas—aplicados al cutis entre la ropa interior ó metidos en una bolsita de lienzo claro (¿precisamente *claro*?... ralo querrán decir, digo yo...) matan y ahuyentan los piojos». No, y la definición también es capaz de matar y ahuyentar á todos los bichos.

Que *ESTAJO* equivale á *DESTAJO*, es verdad. Más veces se oye decir á *ESTAJO* que á *DESTAJO*. Pero que *ESTAJO* sea lo mismo que *ATAJO*, es una mentira como una loma. Mentira que puede tener este origen:

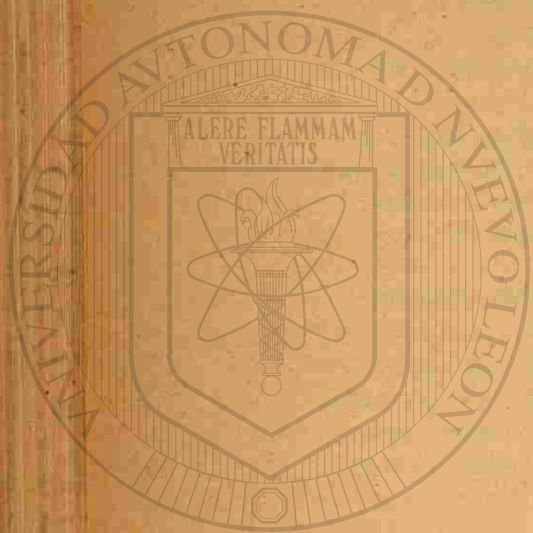
Un académico se fué á veranear adonde no va nadie, á una aldea muy ruin de la provincia de Cuenca, servido por una criada muy burra, porque ya se sabe que todas las cosas se suelen parecer á sus dueños. A los pocos días de estar allí el académico mandó á la criada buscar un rapaz indígena para que fuera por el correo á la capital del mu-

nicipio. El rapaz tardó mucho en volver. Unos días después le enviaron nuevamente, y el rapaz volvió primero. A la criada la llamó la atención lo rápido del viaje, y le dijo: — Parece que hoy has venido más pronto. — Es que hoy vine por un *ATAJO*, contestó el rapaz. — Al entregar la criada la correspondencia á su amo la hizo éste la misma observación: — Parece que hoy ha venido primero. — Sí, señor — contestó la burra de la criada, — porque hoy dice que ha venido por un *estajo*.

El académico apuntó en seguida: «*ESTAJO*, lo mismo que *ATAJO*», y en la primera edición del Diccionario coló el disparate.

Imagínese el lector otra historia parecida, y se explicará por qué dice también el Diccionario que *estala* es lo mismo que *ESCALA*.





«*Estalación* (de *estalo*) f. Clase que distingue y diferencia unos de otros á los individuos de una comunidad ó cuerpo»... ¿Están seguros los académicos de haber oído bien?... ¡Bah! Ni bien ni mal, ellos no lo han oído.

Una señora hecha de prisa, que no sabía leer, hacía como que leía mirando fijamente á un libro lujosamente encuadernado que en la mano tenía abierto.

Uno que estaba á su lado, al observar que el libro estaba cabeza abajo, la dijo respetuosamente:

— Señora, no sé cómo puede Ud. leer así, porque tiene Ud. el libro al revés.

— ¡Ay! pues nó crea Ud. que es culpa mía — repuso aturdida la pobre mujer; — así me le puso la criada. ®

Lo mismo pueden decir en el caso presente los académicos acerca de la *estalación*: así se la pusieron los académicos primitivos á mitad del siglo pasado...

Y añadieron: «Úsase de esta voz con espe-

cialidad en las iglesias catedrales, cuyas comunidades se componen de dignidades, canónigos y racioneros, y cada clase de éstas se llama *estalación*. Y los actuales académicos lo han reproducido todo como estaba, diciendo que los CABILDOS se componen de racioneros, cerca de medio siglo después de haber éstos desaparecido, y cuando no quedan en la Península más racioneros que los académicos, cuya ración de tontos es indiscutible é inmejorable.

Si escribo yo aquí la palabra ESTANQUERO, todo lector se acuerda del ESTANCO, sin que á nadie se le ocurra pensar en el ESTANQUE. Pues los académicos ponen dos artículos encabezados con la palabra ESTANQUERO, y no se acuerdan del ESTANCO sino en el segundo: el primero se le dedican al «que tiene por oficio cuidar de los estanques de agua». Por andar al revés en todo.

A la ESTAQUILLA la llaman ESPIGA, sin que se pueda saber por qué han ido á parar á la espiga para definir la ESTAQUILLA, que no es más que estaca pequeña. Pero para los académicos es «espiga de madera ó caña con que se aseguran y fortalecen los tacones de los zapatos». Hay otras muchas cosas que se aseguran con ESTAQUILLAS, no con espigas, como los cribos, los cedazos, etc.; pero los académicos, á los zapatos se atienen, lo mismo en esta definición que en la de ESTAQUILLADOR y en la

de ESTAQUILLAR. Para ellos no hay más estaquillas que las *espigas de madera ó caña* con que se aseguran y fortalecen los tacones.

Digo, si hay más; porque también dicen que es estaquilla el «clavo de hierro de más de un pie de largo, que se llama CAVIJA».

Y ahora una pregunta á mis especiales amigos, los lectores aficionados á la caza:

¿Alguno de ustedes ha cazado *estarnas*?... Es verdad que lo primero es saber lo que son *estarnas*... Pues *estarnas*, les diré á ustedes... según los académicos, son perdices pardillas... ¿Que dónde se llaman así?... Pues en la Academia...

Allí donde ESTATUARIO es... ¿qué dirán ustedes?... ¿El que hace estatuas?... Naturalmente; pero también es otra cosa. En la Academia ESTATUARIO es lo perteneciente á un ESTATUTO... ¿Que eso será *estatutario*?.. Bueno; pero... entiéndanse ustedes con los académicos.

Los cuales nos dicen también que *estatuder* es «jefe ó magistrado supremo de la antigua República de los Países Bajos»; y *estatuderato* «cargo y dignidad del *estatuder*»... ¿Que para qué nos dicen esas cosas?... De cierto no lo sé; pero me figuro que por su excesiva afición á lo flamenco...

Al final del artículo encabezado con las palabras ESTE, ESTA, ESTO, ESTOS, ESTAS, se lee: «POR ESTAS, expresión ant. de amenaza de que usaban los hombres *tomándose la barba*». ¿La



barba, ó el pelo?... Porque lo que es hoy, el pelo es lo que solemos tomarles á los académicos, POR ESTAS... y otras tonterías suyas. Porque se necesita discurrir poco, ó mejor dicho, no discurrir nada, para consignar cosas tan abiertamente fuera de razón como que se dijera POR ESTAS tomándole á uno la barba. De decirse algo, sería *por ésta*, pues la barba no es más que una.

Se dijo POR ESTAS y todavía se dice, no «tomándole á uno la barba», sino mostrándole dos cruces formadas con los dedos pulgar é índice de ambas manos y besándolas ó sin besarlas: POR ESTAS CRUCES, *por estas* que SON CRUCES, ó simplemente POR ESTAS. Esto es lo que se dice para dar fuerza á una amenaza ó para afirmar enérgicamente un dicho cualquiera; pero los académicos se han confundido, como se confunden siempre.

Allá va otra definición académica de pura raza, la segunda de *estelión*, que, según el Diccionario, en primer lugar equivale á SALAMANQUESA, pero además es «piedra que dicen se halla en la cabeza de los sapos viejos, y que tiene virtud contra el veneno». Habrá quien no crea fácilmente que esto se diga en la edición duodécima del Diccionario publicada en 1884; pero así está impreso en la página 467, columna del medio, hacia el segundo tercio. ¡Piedra que dicen se halla en la cabeza de los sapos viejos!... ¿Qué se hallará

en la cabeza de los académicos, viejos ó jóvenes?... Alguna piedra también, como la susodicha, en lugar de masa encefálica...

«Cargado de esteras» dicen los académicos que es locución figurada y familiar que significa «harto, cansado de aguantar y sufrir», locución que usarán ellos allá en su desventurado laboratorio de dislates, pues fuera de él á nadie se le oye decir «estoy cargado de esteras», y eso que todo el mundo está harto y cansado de aguantar y sufrir á los académicos y á los gobiernos conservadores.

Del latín dicen los académicos que viene *esterquilinio*; pero no es verdad que venga, ni nos hace falta. En castellano se llama al *sterquilinium* latino MURADAL, MULADAR, BASUBERO, etc.

Definiendo la ESTEVA dicen: «Pieza corva del arado, sobre la cual lleva *la mano izquierda* el que ara, para apretar la reja contra la tierra». ¿Por fuerza *la mano izquierda*?... ¡Ni arar saben los académicos! y eso que, fuera de los tres ó cuatro hombres ilustres que han entrado en la Academia por equivocación, á cualquiera de ellos, como dijo el otro, ®

Para orador, le faltan más de cien;  
Para arador, le sobran más de mil.

En la esteva se lleva una vez la mano izquierda y otra la derecha, según lo pide



la arada, pues yendo el arador constantemente por lo arado cuando ara en cuesta y cuando ara en llano á surco recto, y constantemente por lo sin arar cuando ara á cornijal, claro es que si á la ida lleva la esteva con la mano izquierda, á la vuelta la llevará con la derecha. Esto aparte de que decir «pieza corva del arado» no es decir nada, ni puede nadie por la académica definición formarse idea de lo que es la ESTEVA, si no la ha visto.

Dicen que ESTIBA ES ATACADOR y «lugar donde se aprieta la lana», y que ESTIBADOR es «el que en los esquileo aprieta la lana en las sacas», y que ESTIBAR es «apretar, recalcar»... Pero siendo así todo esto, ¿para qué pusieron más atrás una *esteba* con be, diciendo que es «pértiga gruesa con que se aprietan las sacas», es decir, ATACADOR, y un *estebar* con be, diciendo que es apretar?... Porque no saben por dónde andan, ni si ese atacador es esteba ó ESTIBA.

La segunda definición de ESTILAR es de lo más caprichoso que se ha visto, pues dice que ESTILAR es «ordenar, extender, formar y arreglar una escritura, despacho, establecimiento y otras cosas (¡es claro! lo mismo que esas) al estilo y formulario que corresponde». ¿De dónde habrán sacado los académicos que esto sea estilar?... De su casquis; de donde suelen sacar todos los despropósitos.

Es de advertir que la tal definición no lleva nota de anticuada.

En el artículo ESTILO, ya cerca de lo último, hay una definición marcada con la nota de *forense* que se parece mucho á todas las demás definiciones forenses del Diccionario. Según esta definición, se llama estilo la «fórmula de proceder jurídicamente» y el «orden y método de actuar». Tampoco lleva esta acepción nota de anticuada.

No sería yo quien acusara de pecado de omisión á los académicos, aunque no nos hubieran dicho que *estineo* es una «especie de lagarto que se cría en Egipto y Arabia, y tiene todo el cuerpo cubierto de escamas, los dedos con bordes membranosos y la cola rolliza y comprimida hacia la punta», como todos los lagartos, ó como todos menos el *estineo*, que no existirá regularmente.

Tampoco les acusaría aunque hubieran omitido el *estocafis*, con su etimología inglesa y su equivalencia de *pezpalo*, que dicen que es *pejipalo*, que á su vez diz que es «especie de bacalao inferior al común, por ser más duro y seco», aunque no será más duro, ni más seco, ni más inferior que las académicas definiciones.

El artículo ESTÓMAGO es un verdadero almacén de chistes. Después de decir que el estómago en general es «cavidad del cuerpo en que se reciben los alimentos y se hace la pri-



mera digestión», ponen los académicos un estómago especial, desconocido hasta ahora, el ESTÓMAGO AVENTURERO, diciendo que es persona... ¡Vamos, que un estómago elevado á persona!... No se dirá que los académicos no dan importancia al estómago. «ESTÓMAGO AVENTURERO. Persona que come ordinariamente en mesa ajena». Como chiste no está mal, ¿verdad? Locución corriente no lo es, pero puede llegar á serlo con el tiempo. Y más si los *limpiafijadores esplendorosos* del idioma se deciden á añadir en la edición próxima una aclaración de las suyas, verbigracia: Díjose por algunos académicos que vivían á costa de algunos pobres hombres y marqueses á quienes adulaban.

Después viene la frase siguiente, que no es frase, pero que así, la llaman los académicos solemnemente: *Abrazar el estómago*...

— Abrazo nuevo y... académico puro, pues nadie, fuera de los académicos, es capaz de abrazar el estómago, porque nadie está tan encariñado con él hasta el punto...

— Perdona usted, lector discreto, y tenga usted un poco de espera: el estómago, en esa frase académica, no debe de ser el abrazado, sino el que abraza, pues la frase académica dice: *Abrazar el estómago alguna cosa*.

— ¡Ah!

— Bueno, sí: puede usted decir ¡ah!, con extrañeza y todo, porque la cosa, es decir, el

abrazo, lo merece, tanto ó más ahora que antes... ¡Vamos, que el estómago abrazando cosas!.. solamente puede explicarse la ocurrencia por la decidida inclinación de los académicos á abrazar... el desatino.

Para explicar su frase dicen que «abrazar el estómago una cosa» es «recibirla y conservarla bien». Otro disparate, no ya filológico, como el anterior, sino fisiológico. Porque *conservar* bien una cosa el estómago es no digerirla, es indigestársele, es lo contrario de lo que quieren decir los señores.

Mas ¿de dónde habrán sacado ellos que para dar á entender que el estómago recibe ó no recibe, tolera ó no tolera un alimento se diga que le abraza ó no le abraza? ¿Tantas veces han oído decir, por ejemplo: «mi estómago abraza la carne», ó «no puede tomar frutas porque no me las abraza el estómago»?...

Otra frase: DE ESTÓMAGO. Los académicos dicen que «dícese de la persona constante...» Y después de poner dos rayitas, añaden que «dícese de la persona poco delicada». Esto último es verdad, lo primero es... gracia académica.

Otra frase más: *Ladran el estómago*. El estómago de los académicos puede que ladre alguna vez, porque todas las cosas se parecen á sus dueños: el de los demás mortales no ladra, aunque tenga hambre, que es lo

que dicen los académicos que quiere decir *ladrar el estómago*.

Tampoco se dice *llevar el estómago alguna cosa* para dar á entender que sienta bien. ¿Cuándo han oído decir los académicos: mi estómago lleva huevos pero no lleva chorizos?... Lo que sí se dice es que los académicos TIENEN BUEN ESTÓMAGO; pues aunque les llamen perros judíos, siguen cobrando tan campantes.

## CIV

Cansados ya los académicos de poner en el Diccionario frases que no existen, se les olvida poner las que se usan, como la de HACER FALTA ó CORTAR ESTOPAS y PEZ, con que se indica lo difícil que es hacer alguna cosa ó impedir que suceda, frase que debiera figurar en el artículo ESTOPA, y que no figura en él ni en ningún otro.

Tampoco al adjetivo ESTOPOSO, se le han puesto la significación figurada de dificultoso, poco claro. De la lección, por ejemplo, que da un niño con dificultad y tropezando, por no haberla aprendido bien, se dice que está algo ESTOPOSO, y también se llama estoposa á la pronunciación confusa.

Que *estorcer* sea «libertar á uno de un peligro de aprieto», que *estorcijón* sea RETORTIJÓN, que *estorcimiento* sea EVASIÓN, y que *estordecido, da* sea «aturdido, fuera de sí», todo lo dicen los académicos á capricho, sin fundamento alguno. *Estorcer* no se usa; pero si se usara, significaría torcer, causar en-



que dicen los académicos que quiere decir *ladrar el estómago*.

Tampoco se dice *llevar el estómago alguna cosa* para dar á entender que sienta bien. ¿Cuándo han oído decir los académicos: mi estómago lleva huevos pero no lleva chorizos?... Lo que sí se dice es que los académicos TIENEN BUEN ESTÓMAGO; pues aunque les llamen perros judíos, siguen cobrando tan campantes.

## CIV

Cansados ya los académicos de poner en el Diccionario frases que no existen, se les olvida poner las que se usan, como la de HACER FALTA ó CORTAR ESTOPAS y PEZ, con que se indica lo difícil que es hacer alguna cosa ó impedir que suceda, frase que debiera figurar en el artículo ESTOPA, y que no figura en él ni en ningún otro.

Tampoco al adjetivo ESTOPOSO, se le han puesto la significación figurada de dificultoso, poco claro. De la lección, por ejemplo, que da un niño con dificultad y tropezando, por no haberla aprendido bien, se dice que está algo ESTOPOSO, y también se llama estoposa á la pronunciación confusa.

Que *estorcer* sea «libertar á uno de un peligro de aprieto», que *estorcijón* sea RETORTIJÓN, que *estorcimiento* sea EVASIÓN, y que *estordecido, da* sea «aturdido, fuera de sí», todo lo dicen los académicos á capricho, sin fundamento alguno. *Estorcer* no se usa; pero si se usara, significaría torcer, causar en-

tuerto, lo contrario de «libertar» que los académicos dicen. Como que de *estorcer* viene ESTORSIÓN ó *extorsión*, como ellos escriben, que significa entuerto, daño, perjuicio; no precisamente «acción de arrebatarse por fuerza una cosa», como dicen ellos.

*Estovar* por REHOGAR será otro capricho académico. Y desde luego lo es poner *estrada* por CAMINO; pero este no es un capricho original, sino traducido del italiano.

¿Y qué dirán ustedes que es á la *estradiota*?

— ¿Algo así como á la académica... ó á la extraviada, que viene á ser lo mismo?

— No va usted del todo descaminado, lector; porque los académicos, que jamás entran en camino, dicen que á la *estradiota* es «manera de montar á caballo con estribos largos, tendidas las piernas, las sillas con borrenes, donde encajan los muslos y los frenos de los caballos (¡no, que serán de los jinetes!) con las *camas* muy largas». Todo lo cual demuestra que en la equitación están los académicos á la misma altura que en el toreo, en el baile y en otros ramos.

¿Que de dónde han sacado ellos esa manera de montar á la *estradiota*?... Pues de *estradiote*, que viene en seguida, y que no es menos que «soldado mercenario de á caballo procedente de la Albania», tras del cual y tras del *espahi*, soldado de caballería turca

que vino antes, no será extraño que vayan viniendo en el Diccionario el soldado austriaco y el noruego y el sueco, y todos los soldados del mundo.

Que definan los académicos el ESTRADO diciendo que es *lugar ó sala*, ya no puede sorprender á nadie, por la frecuencia con que emplean ellos esas disyuntivas disparatadas. Lo que todavía sorprende un poco, á pesar de lo bien probada que tiene la Academia su ignorancia jurídica, es que pongan como frase forense *citar á uno para estrados*, diciendo que «más comúnmente se usa en las rebeldías», cuando lo que se usa en las rebeldías es CITAR EN ESTRADOS. Y también sorprende algo encontrar á continuación esta otra frase forense: *hacer estrados*, con el significado de «dar audiencia, oír á los litigantes los jueces en los tribunales», frase completamente desusada desde antes del diluvio... progresista del año 54.

«ESTRAFALARIAMENTE, adv. m. De manera académica». Esto está bien, pero es porque lo he puesto yo; los académicos no definen nunca tan exactamente.

Al verbo estragar le falta la acepción muy usada de mellar las herramientas de corte.

Faltan radicalmente las palabras ESTRAPAJEAR, ESTRAPAJO, ESTRAPAJOSAMENTE y ESTRAPAJOSO, SA, en compensación de las cuales ponen más adelante los académicos *estropa-*



gear, estropajo, estropajosamente, etc., con una etimología griega muy rara y muy falsa y una definición para el *estropajo* tan falsa como la etimología, pues dicen que es «porción de esparto machacado, que sirve principalmente para fregar», cuando el ESTROPAJO, ó mejor, el ESTRAPAJO, es TRAPAJO, trapo viejo, y sólo por extensión se puede llamar estropajo al fregón de esparto.

Pero ¿querrán ustedes creer que los académicos no mencionan el papel de estraza?... ¡Dios mío!... ¡Y cansados de hacerle!... Pues nada; no hacen mención de él. «ESTRAZA, dicen, trapo, pedazo ó desecho de ropa basta». Y ni una palabra del papel famoso... Tan fuerte me parecía la omisión, que salté á la P á ver si por casualidad en el artículo dedicado al PAPEL encontraba alguna noticia; y al cabo allí, aunque de prisa y como por incidencia, entre otros papeles, casi todos mojados, definen los académicos el de ESTRAZA, diciendo: «DE ESTRAZA (suple papel), el basto de color obscuro, y en que no se puede escribir». Así, sin decir de qué se hace ni por qué se llama de ESTRAZA. Como ven ustedes, se cumple aquí aquello de tarde y mal, porque la definición también es de ESTRAZA.

En el artículo ESTRECHAR hay una definición que dice: «Cercenar uno el gasto, la familia, la habitación». ¿Cómo es eso de cercenar la familia? ¿Úsase entre académicos

partir la familia por el medio y enviar la mitad al Hospicio, ó asfixiarla con tufo, como hace la señora Pardo Bazán en uno de sus cuentos *moralizadores*?... ¡Y qué formales dicen *cercenar la familia*!... Como la mayor parte de ellos no la tienen...

Tampoco es verdad que *estrecharse uno* con otro sea una frase corriente que signifique «hablarle con amistad y empeño y persuadirle á que haga lo que le pide»...

La definición primera de ESTRECHEZ es ingeniosa... académicamente hablando, es decir, hablando al revés ó para que al revés se entienda. «ESTRECHEZ. f. *Corta anchura*...» ¡Con decir que lo corto no se contrapone nunca á lo ancho, sino á lo largo!... Otra definición dice: «Unión y enlace *estrecho*...» ¡Es claro! ESTRECHEZ... *estrecho*. ¿No saben los académicos que no debe entrar en la definición el definido?

Entre las definiciones de ESTRELLA hay una que dice: «ESTRELLA, especie de lienzo». ¿Qué ESTRELLA será esta?... ¿Será la mala estrella de los académicos para hacer definiciones?...

*Estrelladera* debe de ser sitio donde se estrellan los académicos; porque efectivamente se estrellan al definirla diciendo: «Especie de cuchara de hierro, plana y agujereada...», que se llama ESPUMADERA en todas partes.

*Estrenuidad* y *estrenuo*, *nua*, no son pa-



labras castellanas, sino latinas, aunque en latín se escriben sin la primera e. Los académicos sin embargo las ponen en su libro como usuales y corrientes, lo cual no deja de ser una *estrenuidad* extraordinaria.

En el artículo ESTRÉPITO veo una nota de *for.* (forense) y digo para mí: barbaridad segura. En efecto, la tal nota de *forense* afecta á una cosa que los académicos llaman locución, y que es como sigue: *Sin estrépito y figura de juicio*, la cual dicen que significa: «sin observar las solemnidades de derecho, sino de plano, breve y sumariamente». Sí, de plano, como ellos disparatan... ¿En qué *foro* habrán aprendido ellos eso de *sin estrépito y figura* (¡ni sintáxis!) de juicio?

De la ESTRIBERA dicen que es ESTRIBO, por haber ellos perdido los suyos hace tiempo. De otro modo sabrían que la ESTRIBERA no es el ESTRIBO, sino la acción, la correa de que el estribo pende.

*Estriga* dicen que es en Galicia «copo ó porción (*copo* ó *por...* ¡qué dulzura!) de lino que se pone de cada vez en la rueda para hilarlo», lo cual en Castilla se llama CERRO, si realmente es de lino, y si es de estopa ó de estopilla ROCADA, palabra desconocida de los académicos.

Los cuales, ahora resulta que creen en agüeros, contra la prohibición del primer mandamiento de la ley de Dios, pues defi-

niendo un pájaro que llaman *estrixe*, dicen muy formales: «Ave nocturna, infausta y de mal agüero...» ¡Á estas alturas hablando de aves de mal agüero toda una Academia!... Después añaden que del *estrixe* «creía el vulgo que se cebaba con la sangre de las *criaturas* ó niños de pecho»; mas por lo visto lo creen ellos también, ó poco les falta.

Para modelo de construcción académica, léase lo que del ESTRUJÓN dice el Diccionario: «ESTRUJÓN, m. Vuelta que se da con la briaga ó sogá de esparto al pie de la uva ya exprimida y reducida á orujo, echándole porción de agua y apretándolo bien, *del cual se saca el aguapié*. ¿Cuál será este *del cual se saca*?... Así escriben el castellano los que, según su lema, *limpian, fijan y dan esplendor* al idioma!

ESTUDIANTÓN no es «estudiante aplicado», como los académicos dicen, sino rigurosamente estudiante grande, de estatura y edad desproporcionadas á la clase de estudios en que se ocupa. Pero si se ha de hacer referencia á la aplicación, más bien que estudiante aplicado es estudiante desaplicado, estudiante perdulario, estudiante que no estudia. ¿No dicen los mismos académicos en su jerga que ESTUDIANTÓN es nombre *despectivo*? ¿Pues por qué se ha de aplicar un nombre despreciativo á un estudiante aplicado, aunque sea «de pocas luces»?



También es muy académica la definición de ESTUDIO, pues que dice: «Aplicación á saber y comprender una ciencia ó arte.» Aplicación ¿de qué?...

*Estufador* dicen que es «olla ó vasija donde se *estofa* la carne»... Eso será ESTOFADOR. ¡Qué afición á confundir las palabras!

ESTUPOR. «*Diminución...* (así: *diminución*) de la actividad de las funciones intelectuales...» etc. Se dice *disminución*, pobres hombres.

ESTURAR no es provincial de Andalucía y de Extremadura, como los académicos afirman. Se dice en todo el reino de León y dondequiera que se habla bien. En algunas partes dicen ASTURAR. Pero no significa precisamente «secar una cosa á fuerza de fuego ó calor», sino secarla hasta empezar á quemarla; ni tampoco es cierto que se diga «con más propiedad de las viandas y guisados cuando se les consume el jugo», sino que se dice con más propiedad de las ropas, cuando por secarlas al fuego comienzan á quemarse, y se usa mucho como reflexivo.

ETAPA no es «ración de menestra ú otras cosas que se da á la tropa en campaña ó marcha». Eso se llama RACIÓN DE ETAPA, pero no ETAPA, que es estación hecha en el camino, parada, punto de jornada, etc. Y llamar ración de menestra ú otras cosas á la etapa, solamente ha podido ocurrírseles á los

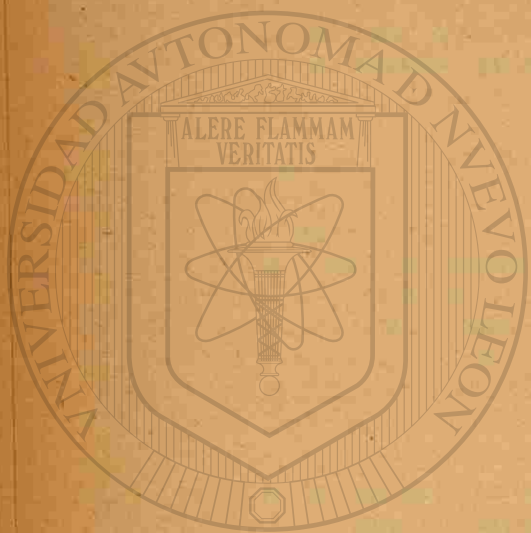
académicos, en su costumbre de tomar el rábano por las hojas.

*Etneo*, *a*, dicen los señores que es perteneciente al ETNA, y de milagro no han dicho que adjetivo poético, como suelen decir de todas las palabras extravagantes.

Pero vamos á cuentas: si se llama *etneo* lo perteneciente al *Etna*, ¿por qué lo perteneciente á Cheste no se ha de llamar *chesteo*, lo perteneciente á Catalina *catalineo*, y lo perteneciente á Comelerán *comeleraneo*?

«*Etolo*, *la*, natural de Etolia, país de Grecia antigua». ¡País de Grecia, y antigua por añadidura! ¡Y para llamar á sus naturales hemos de tener una palabra en el Diccionario castellano! ¿No sería mejor tener VALLEQUÉS, SA, natural de Vallecás; VICALVAREÑO, ÑA, natural de Vicálvaro, PARLANO, natural de Parla, etc...? ¿No necesitamos llamar á estos vecinos muchas más veces que á los naturales de *Etolia*...?

Pero los académicos no discursen así, ni de otro modo, y siguen poniendo «*Eubeo*, *a*, natural de Eubea, isla de Grecia antigua», y «*euboico*, *ca*, perteneciente á la isla de *Eubea*». Y nada de CARABANCHELERO ni de GALAPAGARINO. ¡Quiá! Ni siquiera CACEREÑO, ni BADAJOCÉS, ni ORENSANO... Pero ¿qué importancia puede tener el apelativo de los naturales de Orense, de Badajoz, de Cáceres, al lado del de los naturales de Eubea ó de Etolia?...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CV

En su ignorancia completa y absoluta de todo lo que debieran saber, ponen los académicos antes del adjetivo ÉUSCARO, RA, un sustantivo, *éuscara*, que dicen que es «composición poética en vascuence en la forma y metro de nuestro romance».

Esto es lo que se llama disparatar en redondo.

No solamente no hay en vascuence ninguna composición poética determinada que se llame así, *éuscara*, con exclusión de las demás, sino que tampoco hay composición «de la forma y metro de nuestro romance,» pues ni siquiera se usa allá el verso octosílabo. El metro más usado en vascuence es el romance heptasílabo agudo, en estrofas de ocho versos, que modernamente ha popularizado Iparraguirre con su *Guernicaco Arbola* y su famoso *Adiós á su madre*, de donde es la tiernísima siguiente:



Lur maitea emen uztea,  
Da negar garriá:  
Emen guelditzen dira  
Ama eta erriá.

Urez nua icustera  
Bai mundu berriá...  
¡Orainche bai naicela  
Erruqui garriá!

Puede asimismo servir de ejemplo la muy graciosa en que el mismo bardo canta su prendimiento por los civiles y su encierro en la cárcel de Tolosa:

Zibillac esan diote  
Iparragnireri:  
Tolosan biar dala  
Gausac erabaqui.  
Guill zapian sartu nauden,  
Polliqui polliqui...  
¡Negar eguingo leuque  
Nere ama palequi!

En este mismo metro está aquel madrigal tan conocido que dice:

Biotz baten orduan  
Milla vanituqué,  
Guztiac zuretzaco  
Izango dituqué.

Baña millen orduan,  
Bat besteric es det...  
Artu zazu, maitea,  
Bat au milla vider.<sup>1</sup>

Usan también en vascuence el verso de nueve sílabas, como:

Iru damacho Donostiaco,  
Errenterien dendarí...

y también el de doce, formado por un hemistiquio de siete y otro de cinco, á la manera de nuestra seguidilla, como:

Maite bat maitatzen det—maitagarria  
Begui ederrac dute—gutziz arguia...

Todo menos «la forma y metro de nuestro romance».

<sup>1</sup> «Si en lugar de tener uno solo, tuviera yo mil corazones, todos serían para ti. Mas ya que en vez de tener mil no tengo más que uno, toma, querida, este uno, mil veces.»

González Pedroso tradujo casi literalmente este madrigal en los siguientes versos:

«¡Oh, quién pudiera darte  
Mil corazones!  
¿Los apeteces?  
Toma el mío, señora,  
Mil y mil veces.»



Por supuesto, que tampoco el adjetivo ÉUSCARO, RA significa lo «perteneiente al lenguaje vascuence», como los académicos dicen, sino todo lo vascongado; pues no se dice solamente lengua ÉUSCARA, sino también tierra ÉUSCARA, gente ÉUSCARA, etc.

*Evad, evas, evat...* ¿Creen ustedes que esto también es vascuence?... Pues no: esto no es vascuence ni es nada; pero los académicos quieren que sea castellano, y lo ponen en el Diccionario como *verbo defectivo* anticuado «que sólo se halla usado en estas personas del presente y del imperativo, y significa *veís aquí, ved, mira, mirad, y también sabed ó entended*»... ó cualquier cosa. Porque puestos á decir los académicos, lo mismo les daría decir que significa rábanos fritos. ¿Sería curioso saber dónde han hallado ellos usado ese verbo defectivo, para ver cómo habían entendido los textos!... ¡Evas... mira!... ¡Evat, mirad, sabed, entended!... ¡Sí, sí!... ¡Cualquiera lo entiende!

EVASIÓN dicen que es «efugio ó medio para salir de un aprieto ó dificultad»; pero lo dicen por decir al revés las cosas, pues que eso no es EVASIÓN, sino EVASIVA, que no es lo mismo. EVASIÓN es la acción de evadirse.

*Eversión* por «destrucción, ruina, desolación», no es castellano. En latín hay *eversio, nis*, pero no lo hemos traducido.

Tampoco hay *evidencia moral*, aunque lo digan los académicos: hay *certidumbre moral*; pero la EVIDENCIA no es más que EVIDENCIA.

*Eviterno* dicen los académicos que es lo «que habiendo comenzado en el tiempo no tendrá fin, como los ángeles, las almas racionales, *el cielo empíreo*»... Bueno, pero ¿quién dice eso de *eviterno* en castellano?... ¿En dónde se dice?... ¿Es *provincial* de la calle de Valverde?... Y si se dijo alguna vez y ya no se usa, ¿para cuándo son esas notas de anticuado? Para ENSEÑADO, DA, y para otras palabras tan corrientes.

*Evo* dicen los académicos que es poético, lo mismo que *capripede* y otras extravagancias, y que significa «duración de tiempo *sin término*», y también dicen que en teología significa «duración de las cosas eternas»; pero ni es castellano, ni en latín significa precisamente lo que los académicos dicen, sino tiempo, edad, largo período. En castellano se usa el adjetivo MEDIOEVAL, lo pertenece á la Edad Media, pero este adjetivo no ha llegado todavía al Diccionario.

En cambio figura en el librote *evohé*, que diz que es «interjección de las bacantes para aclamar ó invocar á Baco». ¿Qué necesidad tendremos los españoles de conocer las interjecciones para invocar á Baco!... Pero, ya se ve, como en la Academia tiene ese Dios algunos adoradores, según se dice, los académi-



cos dan á sus invocaciones principal importancia.

*Exardecer* tampoco es castellano: en latín se dice *exardescere*, que acá traducimos ENARDECER. Lo mismo digo de *exaudir* y *exaudible*.

Tiene gracia lo que hacen los señores con la EXCARCELACIÓN; gracia académica, por supuesto. Ponen la palabra, y en vez de definirla hacen referencia á *excárceración*, y ésta es la que luego definen diciendo que es *forense* y que significa «extracción de un preso de la cárcel por mandamiento del juez». De manera que para los académicos la palabra corriente y oficial hoy en día no es EXCARCELACIÓN, sino *excárceración*, que hace un siglo que no se usa.

Las definiciones del verbo EXCAVAR también son... académicas de remate. La primera está en verso involuntario y dice:

«Quitar de una cosa sólida  
Parte de su masa ó grueso...»  
Verbigracia: abrir un libro,  
Partir leña, comer queso...  
Todo eso...

y cualquiera otra cosa, es EXCAVAR, según la primera definición académica. Pues aunque añaden los señores á los dos versos arriba copiados estos otros:

«Haciendo hoyo ó cavidad  
En ella»,  
Aun con esta cualidad,  
Será EXCAVAR de verdad  
Tomar paella.

La definición agrícola, que es la última, dice: «Descubrir ó quitar la tierra de alrededor de las plantas para beneficiarlas». Pues ni descubrir ni quitar. Lo primero, porque descubrir tierra... es lo que hizo Colón; y lo segundo, porque la operación de EXCAVAR no suele consistir en quitar la tierra de alrededor de las plantas, sino por el contrario, en aproximársela; de todos modos, si los académicos, en lugar de «descubrir y quitar» hubieran dicho «remover», habrían acertado; pero esto de acertar á decir las cosas está muy por encima de las académicas facultades.

De la EXCENTRICIDAD no dan más que dos definiciones, una astronómica y otra geométrica. La acepción figurada, hoy tan en uso para calificar, verbigracia, las cosas de algunos académicos, no ha llegado á oídos de los señores, ó si la han oído alguna vez no han tenido por conveniente incluirla en el Diccionario. Una EXCENTRICIDAD como otra cualquiera.

Como la de poner *excidió*, que no es palabra castellana, ni significa «destrucción,



ruina y asolamiento» más que en latín, *excidium*.

La palabra *excrecencia* no se usa: hoy se dice EXCRESCENCIA. Sin embargo, los académicos definen la *excrecencia* como palabra corriente, y refieren la EXCRESCENCIA, que es la usual, á la *excrecencia*. Verdad es que ellos nunca van con el uso. Por eso dicen todavía *excerceración*, y *diminución*, y *despectivo*...

¿Dónde llamarán *excusali* al delantal pequeño? Puesto caso que en alguna parte se lo llamen y no sea alguna majadería académica como el *gredetur*, ¿por qué no le han puesto una nota de provincialismo?... ¿Será el *excusali* alguna prenda de uniforme del *español*, soldado de caballería turca?...

Para poner *exicial*, diciendo que es mortal, ¿por qué no haber puesto también *exicio*, muerte, si tan latín es lo uno como lo otro?... Lo mismo que *exilio*... ¿Quién les ha dicho que exilio es palabra castellana? ¿Quién les ha dicho que lo sean igualmente *exir*, por salir; *existimación*, por juicio; *existimar*, por juzgar; *exordir*, por dar principio, y otras al símil?... Sin contar á *exinanido*, que por feo debiera ser excluido del Diccionario, aun cuando no estuviera, como está, completamente en desuso.

¿Y el *expancimiento*, «acción y efecto de *expancirse*», y el *expancirse*, «esponjarse»? ¿Y el *expavecer*, «atemorizar»?

La EXPEDICIÓN, para los académicos, no es viaje, ni excursión, ni nada parecido; es «empresa de guerra hecha ordinariamente por mar y á paraje distante del propio país»; y por extensión «empresa que no es de guerra», pero empresa siempre. De manera que no habiendo EMPRESA, no hay expedición. Y EXPEDICIONARIO, «dícese de la fuerza militar destinada á una expedición», y de nadie más absolutamente. De modo que si media docena de amigos no militares nos concertamos para hacer una expedición á Toledo ó á Segovia, ni hacemos EXPEDICIÓN, ni somos EXPEDICIONARIOS ni cosa que lo valga.

En el artículo EXPENDEDOR dicen los académicos, con la nota *fam.*, que es tal «el que secreta y cautelosamente va distribuyendo ó introduciendo en el comercio moneda falsa». Pero ese será EXPENDEDOR DE MONEDA FALSA, y no EXPENDEDOR á secas... También los académicos son EXPENDEDORES... de desatinos, aunque no los expenden secreta y cautelosamente.

No es verdad que en estilo familiar, ni en ningún estilo, se use la palabra EXTRA en vez de ADEMÁS, ni que se diga nunca: «EXTRA del sueldo tiene muchos gajes». Se diría quizás en el siglo pasado, cuando los primeros académicos hicieron el primer Diccionario, ó no se diría ya entonces tampoco, pues para todo hay lugar; pero lo que es ahora no se dice, y



los actuales académicos han debido suprimir esa acepción del EXTRA. En cambio podían haber puesto la moderna de excelente, superior, fuera de toda clasificación: *cerillas EXTRA, coñac EXTRA*. Y cuenta que solamente con esta acepción podía figurar la palabra EXTRA en el Diccionario; pues como preposición *inseparable*, si realmente lo fuera y no tuviera otro uso que el que tiene en EXTRAMUROS, EXTRAJUDICIAL, etc., sería disparate el incluirla.

En el artículo EXTRACTOR falta la definición del aparato que en las modernas armas de fuego sirve para sacar la cápsula vacía. ¡Tardan tanto en llegarles las noticias á los académicos!... Y á lo mejor definirán el EXTRACTOR cuando ya no se use.

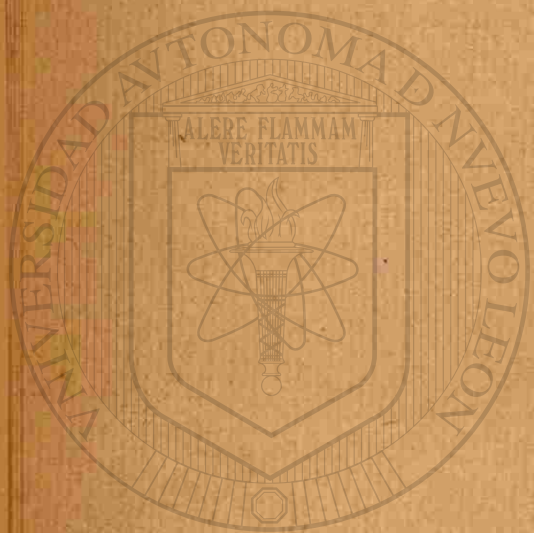
¿Pero dónde es familiar decir *extranjía* por EXTRANJERÍA? ¡Se toman unas familiaridades con el idioma estos académicos!... Lo que se dice es DE EXTRANJIS; pero no *extranjía*.

Es gracioso que poniendo los académicos tantas notas de *forense*, al EXTRAÑAMIENTO no se la ponen, ni definen el EXTRAÑAMIENTO como pena. ¡Claro! Como no hace más que unos cuarenta y ocho años que se publicó el Código penal, no han tenido tiempo. Para ellos el foro y la legislación están en el mismo estado en que estaban cuando el Rey Don Felipe V fundó la Academia.

También deben tener fecha la acepción de EXTREMO en el sentido de «invernadero de

los ganados trashumantes», y la frase IR Á EXTREMO, por «pasar los ganados de las dehesas de invierno á las de verano»... ¡Si á los académicos les dieran tantos coscorrónes como años hace que eso no se usa, yo aseguro que les habian de ablandar las cabezas! Aunque las tienen bien duras...

Y sin otra cosa, *exturbo* por ahora el Diccionario... lo que, según el mismo, quiere decir que le arrojo con violencia, y me despido con *exultación*, de los académicos hasta otro rato.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

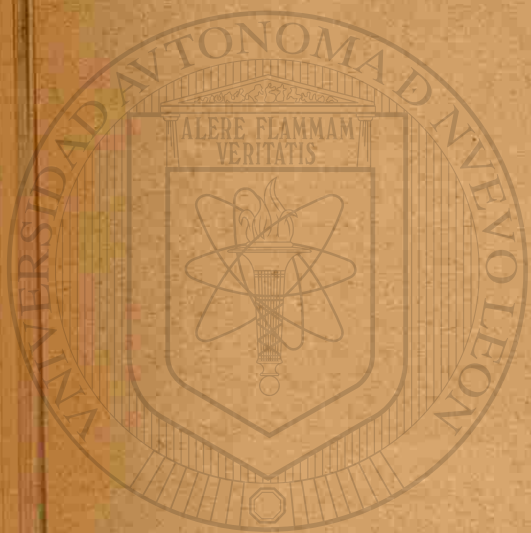
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE

	Páginas.
LXXXI.....	5
LXXXII.....	11
LXXXIII.....	19
LXXXIV.....	27
LXXXV.....	35
LXXXVI.....	43
LXXXVII.....	53
LXXXVIII.....	67
LXXXIX.....	81
XC.....	95
XCI.....	107
XCII.....	117
XCIII.....	127
XCIV.....	139
XCV.....	149
XCVI.....	159
XCVII.....	169
XCVIII.....	181
XCIX.....	191
C.....	203
CI.....	213
CII.....	225
CIII.....	237
CIV.....	247
CV.....	257







## PROTESTA

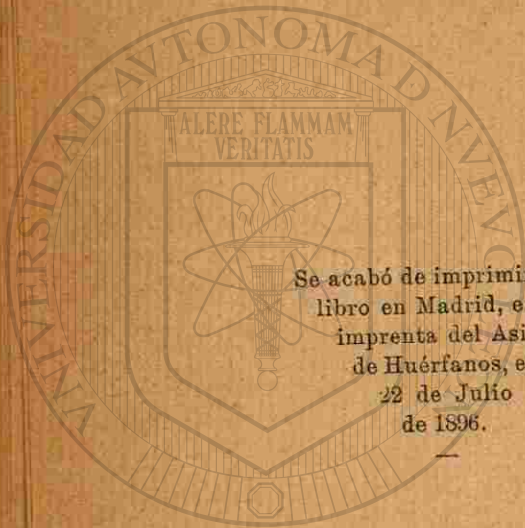
---

Si alguna cosa apareciera en este libro contraria á la fe católica ó á las buenas costumbres, téngase por no escrita.

EL AUTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Se acabó de imprimir este  
libro en Madrid, en la  
imprenta del Asilo  
de Huérfanos, el  
22 de Julio  
de 1896.

## OBRAS DE VENTA

EN LA

LIBRERÍA DE D. VICTORIANO SUAREZ

Preciados, 48, Madrid.

**Actualidades.**—Comprende: política, artes, literatura, monumentos, bibliografía, retratos y biografía, música, espectáculos, notas de sociedad, crítica, modas, todo lo más notable ocurrido en el año de 1894; un tomo en 4.º mayor, 5 pesetas.

**Actualidades del año 1893.**—Se publicó en dos volúmenes; hoy sólo forma un tomo; precio, 5 pesetas.

**Arpa y López (D. Salvador).**—Principios de literatura general (literatura filosófica); un tomo en 8.º, cartóné, 6,50 pesetas.

—Historia compendiada de la literatura española (literatura histórica); un tomo en 8.º, tela, 7 pesetas. ®

—Compendio de Retórica y Poética (literatura preceptiva).—Quinta edición; un tomo en 4.º, en cartóné, 6 pesetas.

—Ejercicios prácticos de literatura preceptiva.—Tercera edición.—Primera parte: Ejercicios de elocución y estilo, con análisis gramatical y lite-



- rario de las palabras, oraciones y cláusulas. — Segunda parte: Colección selecta de obras castellanas en prosa y verso, con ejercicios de análisis y de composición literaria; un tomo en 4.º, cartoné, 7,50 pesetas.
- Manual de estética y teoría del arte — Segunda edición. — Madrid 1895; un tomo en 8.º, una peseta.
- Alarcón** (D. Pedro). — Diario de un festigo de la guerra de África. — Tercera edición; dos tomos en 8.º, 9 pesetas.
- De Madrid á Nápoles; dos tomos en 8.º, 8 pesetas.
- Poesías; un tomo en 8.º, 4 pesetas.
- El Sombrero de tres picos; un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- El Escándalo; un tomo en 8.º, 4 pesetas.
- El Niño de la Bola; un tomo en 8.º, 4 pesetas.
- El Final de Norma; un tomo en 8.º, 4 pesetas.
- El Capitán Veneno; un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- La Pródiga; un tomo en 8.º, 4 pesetas.
- Novelas cortas; tres tomos en 8.º, 12 pesetas.
- Cosas que fueron; un tomo en 8.º, 4 pesetas.
- Juicios literarios; un tomo en 8.º, 4 pesetas.
- La Alpujarra; un tomo en 8.º, 5 pesetas.
- Viaje por España; un tomo en 8.º, 4 pesetas.
- Últimos escritos; un tomo en 8.º, 4 pesetas.
- Alexandre**. — Nociones elementales de fonética castellana, por el Licenciado en Filosofía y Letras, etc., etc., D. Eustaquio Alexandre Fernández. — Madrid, 1894; 1,50 pesetas.
- Amicis**. — Los amigos; tres tomos en 8.º, 9 pesetas.
- Amor y Gimnástica. — La cuestión social. — Garibaldi y otros trabajos; un tomo, 4 pesetas.
- Combates y aventuras; segunda parte de Infortunios de amor; un tomo, 4 pesetas.

- Constantinopla; dos tomos, 5 pesetas.
- Cuore (corazón), diario de un niño; un tomo ilustrado, 4 pesetas.
- Dos dramas de escuela; un tomo en 8.º, 4 pesetas.
- En el Océano; un tomo, 4 pesetas.
- España; un tomo, 3,50 pesetas.
- Holanda; un tomo, 4 pesetas.
- Ideas sobre el rostro y lenguaje; un tomo, 3 pesetas.
- Impresiones de América; un tomo, 3 pesetas.
- Infortunios y amor (Memorias de un maestro); un tomo, 4 pesetas.
- Italia; dos tomos, 6 pesetas.
- Marruecos; un tomo, 3,50 pesetas.
- Novelas; un tomo, 3 pesetas.
- Páginas sueltas; un tomo, 3 pesetas.
- Poesías; un tomo, 3,50 pesetas.
- Recuerdos 1870-71; un tomo, 3 pesetas.
- Recuerdos de París y Londres; un tomo, 2,50 pesetas.
- Retratos literarios; un tomo, 3 pesetas.
- Vida militar; dos tomos, 6 pesetas.
- El vino, sus efectos psicológicos; un tomo, una peseta.
- Amunátegui**. — Borriones gramaticales, por D. Miguel Luis Amunátegui Reyes. — Santiago de Chile, 1894; un tomo en 8.º mayor, 6 pesetas.
- Al través del Diccionario y la Gramática. — Santiago de Chile, 1895; un tomo en 8.º mayor, 6 pesetas.
- Acentuaciones viciosas de las palabras castellanas ó españolas. Memoria presentada á la Universidad de Chile por su autor. — Santiago de Chile, 1887; un tomo en 4.º, 11 pesetas.



**Angaitia** (D. Francisco). — Estudios de la Arquitectura cristiana anterior al siglo XVI; 0,50 pesetas.

**Antología de poetas hispano-americanos**, publicada por la Real Academia Española, dirigida por el Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

— Tomo I: Méjico y América Central, en 4.º; 10 pesetas.

— Tomo II: Cuba. — Santo Domingo — Puerto Rico y Venezuela; 10 pesetas.

— Tomo III: Colombia. — Ecuador. — Perú. — Bolivia; 10 pesetas.

— Tomo IV: Chile. — República Argentina. — Uruguay; 10 pesetas.

**Antología de poetas líricos castellanos**, desde la formación del idioma hasta nuestros días, ordenada por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, con extensos estudios críticos del mismo; seis tomos publicados, 18 pesetas.

**Aparisi y Guijarro**. — Obras. — Contienen: tomo I, biografía, pensamientos y poesías. — Tomo II, discursos. — Tomo III, artículos. — Tomo IV, opúsculos. — Tomo V y último, escritos y discursos forenses; 25 pesetas.

**Aranjo**. — Estudios de Fónética kastelana, por Fernando Aranjó. Doktor en letras, lizenziado en Dereco. Edizion ispano-amerikana en Ortografía reformada, kosteada por barios ilustrados neógrafos de Cile, 1894; un tomo en 8.º, tela, 4 pesetas.

**Barall**. — Diccionario de galicismos, ó sea de las voces, locuciones y frases de la lengua francesa que se han introducido en el habla castellana, con el juicio crítico y prólogo de D. Juan E. Hartzbusch. — Madrid, 1890; un tomo en 4.º, 9 pesetas.

**Barrera**. — Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español, desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII, por D. Cayetano Alberto de la Barrera y Leyrado. — Madrid, 1860; un tomo en 4.º, 10 pesetas.

**Bello**. — Gramática de la lengua castellana, destinada á uso de los americanos, por D. Andrés Bello. — Décimacuarta edición; un tomo en 8.º, 4 pesetas.

— Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana. — Un tomo en 8.º, 1,50 pesetas.

— Opúsculos gramaticales. — Ontología, Arte métrico, Análisis, Ideología, Compendio de Gramática castellana, Opúsculos gramaticales. — Madrid, 1890-91; dos tomos en 8.º, 8 pesetas.

**Benejan**. — El lenguaje en acción. — Diccionario que comprende la mayor parte de los vocablos que tienen dos ó más significaciones, con su correspondiente aplicación, incluyendo un gran número de sinónimos de nuestra lengua, etc., etc. — Ciudadela, 1888; un tomo en 4.º, 4 pesetas.

**Besot**. — Arquitectura de las lenguas. — Tres tomos en 4.º, pasta, 39 pesetas.

— Prosodia castellana y versificación. — Tres tomos en 4.º, pasta, 30,25 pesetas.

**Biografía Colombina**. — Enumeración de libros y documentos concernientes á Cristóbal Colón y sus viajes. Obra que publica la Real Academia de la Historia. — Madrid, 1892; un tomo en 4.º, 12,50 pesetas.

**Blair** (H.). — Lecciones sobre la Retórica y las bellas letras, traducidas por Joseph Luis Munáriz. — Madrid, 1798 á 1801; cuatro tomos en 8.º mayor, pasta, 20 pesetas.



- Continente Americano.** — (El); su descubrimiento, conquista y civilización. — *Cuarenta y nueve* conferencias, dadas en el Ateneo científico, literario y artístico de Madrid, por nuestros prohombres, con motivo de la celebración del Cuarto Centenario del descubrimiento de América; tres magníficos tomos en 4.º, de 700 y más páginas cada uno, 30 pesetas en Madrid y 33 en provincias.
- Díaz Rubio y Carmena** (El Misántropo). — Primera Gramática española razonada. — Segunda edición, corregida y aumentada. — Madrid, 1887; dos tomos en 4.º, 15 pesetas.
- Complemento al estudio de la Gramática española. — Madrid, 1892; un tomo en 4.º, 8 pesetas.
- Dozy.** — Investigaciones acerca de la historia y literatura española durante la Edad Media, traducidas de la segunda edición, y anotadas por D. Antonio Machado y Álvarez. — 1878; dos tomos en 8.º, 9 pesetas.
- Edo** (Carlos). — Y va de cuentos, con ilustraciones de E. Sala, M. Benlliure, A. Lhardy, y C. Plá, I. E. P. de Valluerca y prólogo de Antonio de Valbuena. — Madrid, 1896; un tomo en 8.º, 3 pesetas.
- Eguilaz y Yanguas** (D. Leopoldo de). — Glosario etimológico de las palabras españolas (castellanas, catalanas, gallegas, mallorquinas, portuguesas, valencianas y vascongadas) de origen oriental (árabe, hebreo, malayo, persa y turco). — Granada, 1886; un tomo en 4.º, de xxiv-591 páginas, 25 pesetas.
- Foronda.** — De Llanes á Covadonga, excursión Geográfica-pintoresca por D. M. de Foronda, de la Sociedad Geográfica de Madrid, con un prólogo

- del Excmo. Sr. D. José Gómez de Arce y dos mapas con los viajes de Carlos V, por el Ilmo. Señor D. Martín Ferreiro. — Madrid, 1893; un tomo en 8.º con grabados, 3 pesetas.
- Frontaura.** — Galería de matrimonio; dos tomos con 258 grabados, 7 pesetas.
- Sermones de Doña Paquita, 3 pesetas.
- Tipos madrileños, cuadros de costumbres, 3 pesetas.
- La doncella del piso segundo; recuerdos de un estudiante, 3 pesetas.
- Mano de Ángel (novela de un joven rico). — El caballo blanco (memorias de un empresario). Las dos forman un tomo; 3 pesetas.
- Gallardo.** — Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos, formado con los apuntamientos de D. Bartolomé José Gallardo, coordinados y aumentados por D. M. R. Zarco del Valle y D. J. Sánchez Rayón. — Madrid, 1863-89; cuatro tomos en 4.º mayor, 50 pesetas.
- Garcés.** — Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana, expuesto en el propio vario uso de sus partículas, por el presbítero D. Gregorio Garcés, con adiciones de D. F. Pérez Villamil, y algunas notas y un prólogo de D. Antonio María Fabié. — Madrid, 1836; un tomo en 4.º, 10 pesetas.
- Grassi.** — La gota de agua. Obra premiada por aclamación en el concurso Rodríguez Cao; una peseta.
- El copo de nieve. Novela de costumbres; 2 pesetas.
- Marina. Narración histórica; 2 pesetas.
- El bálsamo de las penas. Novela de costumbres; 2 pesetas.



**Groizard.** — Cuento y leyendas, 1,50 pesetas.

**Gutiérrez de Alba.** — Del cielo á la tierra. Viaje curioso. — Sevilla 1896; un tomo en 8.º, 1,50 pesetas.

**Legouvé.** — El arte de la lectura, traducido al castellano de la novena edición francesa, por D. José Anchorena, con un prólogo de D. Francisco Asís Pacheco. — Madrid, 1878; un tomo en 8.º, 2 pesetas.

**Letelier.** — La lucha por la cultura. — Miscelánea de artículos políticos y estudios pedagógicos, por D. Valentín Letelier, ex-profesor de literatura y Filosofía en el Liceo de Copiapó, profesor de Derecho Administrativo en la Universidad Nacional de Chile, 1895; un tomo en 8.º, 5,50 pesetas.

**Lista y Aragón** (D. Alberto). — Ensayos literarios y críticos, con un prólogo de D. José Joaquín de Mora. — Sevilla, 1884; dos tomos en un volumen, en 4.º, 6 pesetas.

**Macías y García.** — Poetas religiosos inéditos del siglo XVI, con noticias y aclaraciones. — Coruña, 1890; un tomo en 8.º, 3 pesetas.

**Maestre y Atonso.** — De la Mendicidad y la Beneficencia. — Contiene: La limosna. — Su división. — Caridad. — Filantropía. — Beneficencia. — Su independencia aparente, etc. — Pauperismo y mendicidad. — La miseria. — Su historia. — La Beneficencia en España. — La mujer y la caridad. — Educación de aquella en ésta, en sus diferentes edades. — Lugar preferente de la mujer, etc., etc. — Un tomo en 8.º, una peseta.

**Manteli.** — Aránzazu, leyenda escrita sobre tradiciones vascongadas, un tomo en 4.º, 3 pesetas.

**Mary.** — Un casamiento á viva fuerza; un tomo, 2 pesetas.

— ¡Yo te amo! un tomo, 2 pesetas.

— Los amores en París; un tomo, 2 pesetas.

— El beso; un tomo, 2 pesetas.

— Un casamiento extraño; un tomo, 2 pesetas.

— La charca de las Corzas; un tomo, 2 pesetas.

— La prórroga; un tomo, 2 pesetas.

— Honor por honor; un tomo, 2 pesetas.

— Roger Laroque; un tomo, 2 pesetas.

— Madre culpable; un tomo, 2 pesetas.

— ¡Á pesar de todo! un tomo, 2 pesetas.

— El secreto de Rouquín; un tomo, 2 pesetas.

— El pasado; un tomo, 2 pesetas.

— El crimen de una madre; un tomo, 2 pesetas.

— Premio y castigo; un tomo, 2 pesetas.

**Martínez y García.** — Curiosidades gramaticales, Gramática aplicada del idioma español y sus dialectos de la Península ibérica. Tercera edición, muy corregida y aumentada con una tercera parte. Ojeada histórica filosófica. — Madrid, 1896; un tomo en 4.º, 5 pesetas.

**Mata.** — Nuevo arte de auxiliar la memoria. — Un tomo en 8.º; 2,50 pesetas.

**Mayans y Siscar.** — Orígenes de la lengua española, compuestos por varios autores, recogidos por Don Gregorio Mayans y Siscar, bibliotecario del Rey, publicados por primera vez en 1737 y reimpresos en 1873, con un prólogo de D. Juan Eugenio Hartzenbuscht y notas al diálogo de las lenguas y á los orígenes de la lengua de Mayans, por Don Eduardo Mier. — Madrid, 1873; un tomo en 4.º, 8 pesetas.

**Múgica.** — Maraña del idioma. — Crítica lexicográfica y gramatical, por Pedro de Múgica. — Oviedo, 1894; un tomo en 8.º, 2,50 pesetas.



**Muñoz Hermosilla.** — La enseñanza de la lengua maternal. — Metodología del lenguaje, por Don José M. Muñoz Hermosilla, subsecretario de la Escuela normal de Maestros, etc., etc. — Santiago de Chile, 1895; un tomo en 4.º, 7 pesetas.

**Picatoste y Rodríguez** (D. Felipe). — Apuntes para una Biblioteca científica española del siglo XVI; estudios biográficos y bibliográficos de ciencias exactas, físicas y naturales, y sus inmediatas aplicaciones en dicho siglo. Obra premiada por la Biblioteca Nacional en el Concurso público de 1888. — Madrid, 1891; un tomo en 4.º mayor, 10 pesetas.

**Rato de Argüelles.** — Vocabulario de las palabras y frases Bables que se hablaron antiguamente y de las que hoy se hablan en el Principado de Asturias, seguido de un compendio gramatical. — Madrid, 1891; un tomo en 4.º, holandesa, 5 pesetas.

**Roda** (D. Arcadio). — Los oradores griegos. Lecciones explicadas en el Ateneo de Madrid, 1872 y 73; un tomo en 8.º, 2,50 pesetas.

— Los oradores romanos. Lecciones explicadas en el Ateneo de Madrid, 1873 y 74; un tomo en 8.º, 2,50 pesetas.

**San Martín.** — Glorias de la Marina española. — Episodios históricos. — Madrid, 1883; un tomo en 4.º, 3 pesetas.

**Sbarbi** (D. José María). — Monografía sobre los refranes, adagios y proverbios castellanos, y las obras ó fragmentos que expresamente tratan de ellos en nuestra lengua. Obra premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso público de 1871. — Madrid, 1891; un tomo en 4.º mayor, 10 pesetas.

**Sckack.** — Historia de la literatura y del arte dramático en España, por Adolfo Federico, Conde de Sckack, traducida del alemán al castellano por Eduardo Mier. — Madrid, 1885-87; cinco tomos en 8.º, 25 pesetas.

**Selgas** (José). — La Primavera y el Estío, con el retrato del autor; 4 pesetas.

— Flores y Espinas, versos póstumos; 3 pesetas.

— Estudios sociales, tomo I: Hojas sueltas. — Más hojas sueltas; 4 pesetas.

— Estudios sociales, tomo II: Nuevas hojas sueltas; 4 pesetas.

— Estudios sociales, tomo III: Luces y sombras. — Libro de memorias; 4 pesetas.

— Estudios sociales, tomo IV. Delicias del nuevo Paraíso. — Cosas del día, continuación de las Delicias del nuevo Paraíso; 450 pesetas.

— Estudios sociales, tomo V: Fisonomías contemporáneas. — Hechos y dichos, continuación de las Cosas del día; 4 pesetas.

— Nona, novela póstuma; 4 pesetas.

— Novelas, tomo II: Mundo, demonio y carne. — Rayo de sol. — Dos muertos vivos. — Mal de ojo; 4 pesetas.

— Novelas, tomo III: La mariposa blanca. — El número 13. — Día aciago. — El Salvador. — El corazón y la cabeza; 4 pesetas.

— Novelas, tomo IV: Un rostro y un alma. — Dos para dos. — El pacto secreto; 4 pesetas.

**Simonet** (D. Francisco Javier). — Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes, precedido de un estudio sobre el dialecto hispano-mozárabe. — Madrid, 1889; un tomo en 4.º mayor, de CCXXVI-678 págs., 21 pesetas.



- Sobron.** — Los idiomas de la América latina, estudios biográfico-bibliográficos. — Madrid, 1878; un tomo en 8.º, 2 pesetas.
- Suárez.** — Estudios gramaticales: introducción á las obras filosóficas de D. Andrés Bello, por Don Marco Fidel Suárez; con una noticia biográfica, por D. Miguel A. Caro. — Madrid, 1885; un tomo en 8.º, 5 pesetas.
- Sinués** (Obras de la Sra. Doña María del Pilar). —
- Abuela (La). — Narración; un tomo, 4 pesetas.
  - Á la luz de una lámpara. — Colección de cuentos morales (obra de texto); una peseta. — Contiene: El vestido de baile. — Las dos amigas. — El carpintero. — Los premios. — La presumida. — Los dos rosales.
  - Alma enferma (El). — Tercera edición; dos tomos, 7 pesetas.
  - Ángel del Hogar (El). — (Séptima edición); dos tomos, 7 pesetas.
  - Ángeles de la Tierra (Los). — Un tomo, 4 pesetas. — Contiene: Á la sombra de un tilo. — Sofia.
  - Combates de la vida. — Un tomo, 4 pesetas. — Contiene: Una hija del siglo. — Mecerse en las nubes.
  - Cómo aman las mujeres. — Un tomo, 3,50 pesetas. — Contiene: La virgen de las Lilas. — El Ángel de los tristes.
  - Dama elegante (La). — Manual práctico y completísimo del buen tono y del buen orden doméstico; quinta edición, corregida cuidadosamente por la autora, 3 pesetas.
  - Damas galantes. — Historias de amor, 3 pesetas.
  - Dos madres para una hija. (Antes se tituló *El lazo roto*). — (Arreglo del francés); un tomo, 2,50 pts.

- Dramas de familia. — Dos tomos, 7,50 pesetas. — Contiene: Primera serie: Una vida sin mancha. — El último amor. — Amor de madre, 4 pesetas.
- Segunda serie: Celeste. — El almohadón de Rosas, 3,50 pesetas.
- El Sol de invierno. — (Segunda edición), corregida cuidadosamente por la autora, 4 pesetas.
- Hija, Esposa y Madre. — Cartas dedicadas á la mujer, acerca de sus deberes para con la familia y la sociedad. Cuarta edición, con un apéndice titulado *Hermana*, que antes se titulaba *El camino de la dicha*; dos tomos, 8 pesetas.
- Isabel. — Estudio del natural. (Antes se tituló *Á río revuelto*); un tomo, 3,50 pesetas.
- Ley de Dios (La). — Colección de leyendas basadas en los preceptos del Decálogo. Séptima edición, corregida por la autora é ilustrada con láminas, 1,50 pesetas (obra de texto).
- Locuras humanas. — (Arreglo del francés), un tomo, 4 pesetas.
- Luz y Sombras. — Leyendas originales; dos tomos, 8 pesetas.
- Morir sola. — Un tomo con el retrato de la autora, 6 pesetas.
- Mujer en nuestros días (La). — Obra dedicada á las madres y á las hijas de familia; un tomo, 2 pesetas.
- Mujeres ilustres. — Narraciones histórico-biográficas; tres tomos, 6 pesetas. — Contienen: Tomo I. María Estuardo. — Santa Teresa de Jesús. — Tomo II. Catalina Gabrielli. — Agripina, Princesa Romana. — Blanca Capelo, Reina de Chipre y gran Duquesa de Toscana. — Tomo III. María Josefa Tascher de la Pagerie. — Juana de Arco. —



- Luisa Maximiliana de Stolberg, Princesa Estuardo y Condesa de Albany.
- Narraciones del hogar. — Dos tomos, 7 pesetas. — Contienen: Primera serie: El lazo de flores. — La rama de sándalo, 4 pesetas.
  - Segunda serie: La copa del Obispo. — El amor de los amores. — Cruz de paja y cruz de plomo. — Martirio sin gloria. — El cáncer del siglo. (Antes *Cuentos de color de cielo*).
  - Novelas cortas. — Un tomo, 3 pesetas. — Contiene: El tesoro de la casa. — Filipina. — La corona nupcial. — Modestia y vanidad. — La maestra de escuela.
  - Páginas del corazón. — Un tomo, 4 pesetas. — Contiene: Mariana. — No hay deuda que no se pague. — La sortija.
  - Plácida y un drama de familia. — Un tomo, 3 pesetas.
  - Senda de la gloria (La). — Novela. Segunda edición aumentada; un tomo, 4 pesetas.
  - Una herencia trágica. — (Narración); un tomo, 4 pesetas.
  - Un libro para las jóvenes, seguido del diario de una joven pobre. — (Estudio social); un tomo, 4 pesetas.
  - Un libro para las damas. — Estudios acerca de la educación de la mujer. — Cuarta edición, 3 pesetas.
  - Un libro para las madres. — Segunda edición, 3,50 pesetas.
  - Un nido de palomas. — Un tomo, 3 pesetas.
  - Verdades dulces y amargas. — Páginas para la mujer. — Segunda edición; un tomo, 3,50.
  - Vida íntima (La). — Correspondencia de las

- familias del gran mundo. — En la culpa va el castigo. — Tercera edición; un tomo, 4 pesetas.
- Vida real (La). — Alegrías y tristezas de una familia, (estudio social), antes *Cartas á un solterón*; un tomo, 4 pesetas.
  - Agotadas*: Album de mis recuerdos. — Amor y llanto, dos tomos. — Dos venganzas, dos tomos.
  - Valbuena**. — Ripios aristocráticos (sexta edición); un tomo en 8.º, 3 pesetas.
  - Ripios académicos (tercera edición); un tomo en 8.º, 3 pesetas.
  - Ripios vulgares (tercera edición); un tomo en 8.º, 3 pesetas.
  - Ripios ultramarinos, primero, segundo y tercer montón; tres tomos en 8.º, 9 pesetas (se venden separados á 3 pesetas).
  - Fe de erratas del Diccionario de la Academia (tercera edición); cuatro tomos en 8.º, 12 pesetas (se venden separados á 3 pesetas).
  - Capullos de novela; un tomo en 8.º, 3 pesetas.
  - Novelas menores; un tomo en 8.º, 3 pesetas.
  - Agridulces (políticos y literarios), primera y segunda toma: dos tomos en 8.º, 6 pesetas.
  - Historia del corazón, idilio (tercera edición de gran lujo con ilustraciones), 3,50 pesetas.
  - Pedro Blot, versión de Paul Feval (segunda edición); un tomo en 8.º, 3 pesetas.
  - Velarde**. — Obras poéticas; dos tomos en 8.º, 8 pesetas. ®
  - Vélez de Aragón**. — Diccionario general de la lengua castellana, con la nueva ortografía adoptada oficialmente por la Real Academia Española: comprende, además de todas las voces sancionadas por la Academia de la Lengua, los términos

más importantes de Historia, Biografía española y extranjera, Mitología, Geografía universal, Artes y oficios, etc., etc.: el Diccionario de Geografía española, con todos los pueblos, con el número de habitantes, provincia y partido judicial á que pertenecen, etc., y el Diccionario completo de Historia natural.—Madrid 1891; un tomo 4.º con 2.270 páginas á dos columnas, 11 pesetas.

**Vera y González.**—Diccionario enciclopédico de la lengua castellana, con la nueva ortografía de la Real Academia Española: comprende, además de todas las voces sancionadas por la Academia de la Lengua, los términos más importantes de Historia, Biografía española y extranjera, Mitología, Geografía universal, Artes y oficios, etc., etc. Diccionario de Geografía española con todos los pueblos, su número de habitantes, provincia y partido á que pertenecen, etc., y el Diccionario completo de Historia natural.—Madrid 1890; un tomo folio, de 1.100 páginas á tres columnas, pasta española, 21 pesetas.

Esta casa servirá cuantos pedidos se le hagan de libros, aunque no consten en sus **Catálogos**, siempre que vengan acompañados de su importe en letras sobre España, Francia ó Inglaterra. Los pedidos dirijanse á **Victoriano Suárez**, calle de Preciados, 48, librería, Madrid.

Las remesas serán de cuenta y riesgo del que las pida.

No se mandan libros sin certificar.

Los precios marcados son para Madrid y en rúbrica. En América los fijarán los Sres. Corresponsales con arreglo á los cambios.

Se remitirán Catálogos al que los pida.



## OBRAS DE D. ANTONIO DE VALBUENA

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

**Ripios aristocráticos** (sexta edición): un tomo en 8.º, 3 pesetas.

**Ripios académicos** (tercera edición): un tomo en 8.º, 3 pesetas.

**Ripios vulgares** (tercera edición): un tomo en 8.º, 3 pesetas.

**Ripios ultramarinos**, primero, segundo y tercer montón: tres tomos en 8.º, 9 pesetas (se venden separados á 3 pesetas).

**Fe de erratas del Diccionario de la Academia** (tercera edición): cuatro tomos en 8.º, 12 pesetas (se venden separados á 3 pesetas).

**Capullos de novela**: un tomo en 8.º, 3 pesetas.

**Novelas menores**: un tomo en 8.º, 3 pesetas.

**Agridulces** (políticos y literarios), primera y segunda toma: dos tomos en 8.º, 6 pesetas.

**Historia del corazón**, idilio (tercera edición de gran lujo con ilustraciones), 3,50 pesetas.

**Pedro Blot**, versión de Paul Feval (segunda edición): un tomo en 8.º, 3 pesetas.

(Los pedidos á D. Victoriano Suárez, Preciados, 48, Madrid).

EN PRENSA

**Agua turbia**, novela.

**Vida del beato Juan de Prado**.

EN PREPARACIÓN

**Los cazadores de dotes**, novela.

**Ratoncito Nosemás**, novela.

**Diccionario de la lengua castellana**.

ANTONIO DE VALBUENA.

(MIGUEL DE ESCALADA.)

# Ripios

# Ultramarinos.

MONTÓN 2.º

MEXICO: 1894.

GUILLERMO HERRERO Y COMPAÑÍA,

San José el Real, 3, Librería.

## OBRAS DE D. ANTONIO DE VALBUENA

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

**Ripios aristocráticos** (sexta edición): un tomo en 8.º, 3 pesetas.

**Ripios académicos** (tercera edición): un tomo en 8.º, 3 pesetas.

**Ripios vulgares** (tercera edición): un tomo en 8.º, 3 pesetas.

**Ripios ultramarinos**, primero, segundo y tercer montón: tres tomos en 8.º, 9 pesetas (se venden separados á 3 pesetas).

**Fe de erratas del Diccionario de la Academia** (tercera edición): cuatro tomos en 8.º, 12 pesetas (se venden separados á 3 pesetas).

**Capullos de novela**: un tomo en 8.º, 3 pesetas.

**Novelas menores**: un tomo en 8.º, 3 pesetas.

**Agridulces** (políticos y literarios), primera y segunda toma: dos tomos en 8.º, 6 pesetas.

**Historia del corazón**, idilio (tercera edición de gran lujo con ilustraciones), 3,50 pesetas.

**Pedro Blot**, versión de Paul Feval (segunda edición): un tomo en 8.º, 3 pesetas.

(Los pedidos á D. Victoriano Suárez, Preciados, 48, Madrid).

EN PRENSA

**Agua turbia**, novela.

**Vida del beato Juan de Prado**.

EN PREPARACIÓN

**Los cazadores de dotes**, novela.

**Ratoncito Nosemás**, novela.

**Diccionario de la lengua castellana**.

ANTONIO DE VALBUENA.

(MIGUEL DE ESCALADA.)

# Ripios

# Ultramarinos.

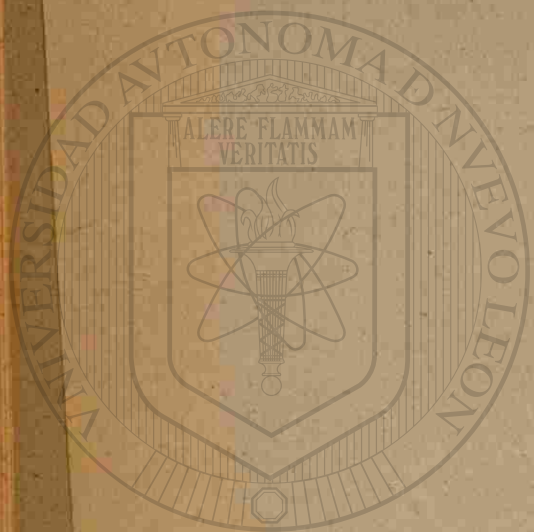
MONTÓN 2.º

MEXICO: 1894.

GUILLERMO HERRERO Y COMPAÑÍA,  
*San José el Real, 3, Librería.*



1.5



RIPIOS ULTRAMARINOS.

UANL

II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OBRAS DE D. ANTONIO DE VALBUENA  
DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

	Ptas. Cs.
RIPIOS ARISTOCRÁTICOS (sexta edición) un tomo en 8.º.....	3 »
RIPIOS ACADÉMICOS (segunda edición) un tomo en 8.º.....	3 »
RIPIOS VULGARES (segunda edición) un tomo en 8.º.....	3 »
RIPIOS ULTRAMARINOS, primer montón, un tomo en 8.º.....	3 »
RIPIOS ULTRAMARINOS (2.º montón) un tomo en 8.º.....	3 »
FE DE ERRATAS DEL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA (tercera edición) tres ts. en 8.º	9 »
CAPULLOS DE NOVELA, un tomo en 8.º.....	3 »
AGRIDULCES, (POLÍTICOS Y LITERARIOS) dos tomos en 8.º.....	6 »
HISTORIA DEL CORAZÓN, idilio (tercera edición, de gran lujo con ilustraciones).....	3 50
PEDRO BLOT, versión de Paul Feval (segunda edición) un tomo en 8.º.....	3 »

(Los pedidos á D. Victoriano Suárez, Preciados, 48, Madrid.)

EN PRENSA.

AGUA TURBIA, novela.

EN PREPARACIÓN.

VIDA DEL BEATO JUAN DE PRADO.  
LOS CAZADORES DE DOTES, novela,  
RATONCITO NOSEMÁS, novela.  
DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA.

RIPIOS  
ULTRAMARINOS,

POR

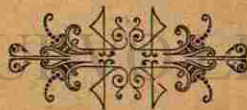
D. ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA.)

*...carmina fædo splendida facta  
linunt.*

HORACIO.

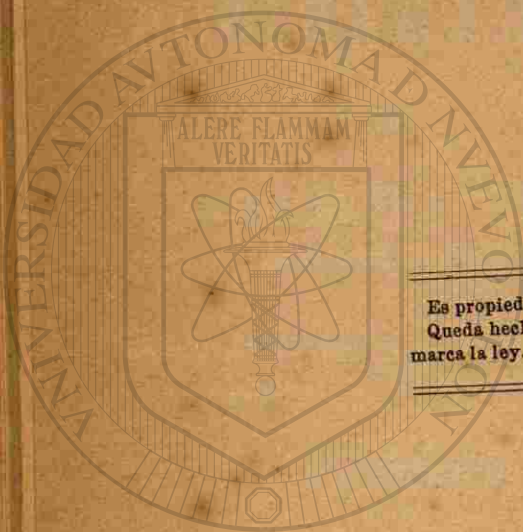
(MONTÓN 2.º)



MÉXICO: 1894.

GUILLERMO HERRERO Y COMPAÑÍA,  
San José el Real, 3. Librería.





Es propiedad.  
Queda hecho el depósito que  
marca la ley.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp. Suc. de J. Cruzado á cargo de Felipe Marqués,  
Blasco de Garay, 9.—Teléfono 3.445.

## RIPIOS ULTRAMARINOS

MONTÓN SEGUNDO

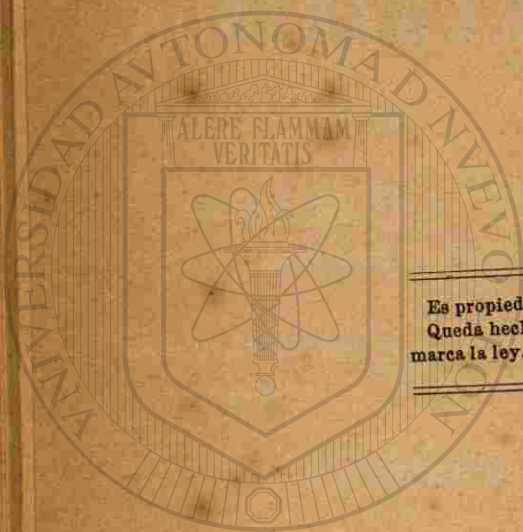
I.

Acabé hace un año el primer montón de estos RIPIOS ULTRAMARINOS pidiendo á Dios la conservación de su santa Iglesia, ante el peligro de que llegara á ser obispo un cura que echaba flores á las señoras desde el púlpito; y comienzo ahora el segundo montón con la misma súplica, ante la realidad de un obispo que gasta el tiempo escribiendo simplezas en versos detestables.

Este obispo es *Ipandro Acaico*.

O sea el ilustrísimo señor Montes de Oca y Obregón, bautizado en la Religión cristiana con el hermoso nombre de Ignacio, y rebautizado con aquellos ridículos apodos en la mogiganga de los *Arcades*.

Bien sabe Dios que siento tener que cen-



Es propiedad.  
Queda hecho el depósito que  
marca la ley.

Imp. Suc. de J. Cruzado á cargo de Felipe Marqués,  
Blasco de Garay, 9.—Teléfono 3.445.

## RIPIOS ULTRAMARINOS

MONTÓN SEGUNDO

I.

Acabé hace un año el primer montón de estos RIPIOS ULTRAMARINOS pidiendo á Dios la conservación de su santa Iglesia, ante el peligro de que llegara á ser obispo un cura que echaba flores á las señoras desde el púlpito; y comienzo ahora el segundo montón con la misma súplica, ante la realidad de un obispo que gasta el tiempo escribiendo simplezas en versos detestables.

Este obispo es *Ipandro Acaico*.

O sea el ilustrísimo señor Montes de Oca y Obregón, bautizado en la Religión cristiana con el hermoso nombre de Ignacio, y rebautizado con aquellos ridículos apodos en la mogiganga de los *Arcades*.

Bien sabe Dios que siento tener que cen-



surar los versos de un obispo; pero no puedo dejarlos correr, no sea que vayan á servir de ejemplo y cualquier día se repita el caso.

Es decir, no sea que algún otro obispo salga cualquier día escribiendo versos malos como los del señor Montes de Oca.

Que son malos de veras, en la forma y en el fondo.

Porque en la forma están llenos de rípios, de prosaísmos y de disonancias.

Y en el fondo son medio paganos y están impregnados de mitología con todas sus impurezas y asquerosidades.

Lo cual, si en los versos de un simple fiel cristiano ya no sería de aplaudir, tratándose de los de un prelado católico, apenas hay manera de afearlo bastante.

¡Como si nuestra Religión Cristiana no fuera hermosa, sublimemente hermosa! ¡Como si no encerrara en cada dogma y en cada misterio una fuente inagotable de belleza!

Y tiene tan arraigada el señor Montes de Oca la manía clásico-pagana, que áun los asuntos religiosos que trata alguna vez en sus versos, los estropea y los corrompe con alusiones mitológicas.

Una vez quiso cantar á Santo Tomás de Aquino, y la mejor alabanza que se le ocurrió hacer del doctor Angélico, fué compararle con Apolo rodeado de las musas...

¡Santo Tomás entre mujeres!...

Lo primero que yo leí del señor Montes de Oca fué una composición á Marcelino, otro paganizante, pues como dice el refrán, Dios los cría y ellos se juntan.

Se publicó, es claro, en la *Ilustración Española y Americana*, y llevaba este título que denuncia la clase:

*«Al señor don Marcelino Menéndez Pelayo, enviándole, en cambio de sus magníficas poesías (1), mis traducciones, ocios poéticos y ensayos en prosa.»*

Ya se sabe lo que se suele hallar debajo de estos títulos tan largos.

Pero á veces la realidad sobrepuja á todas las presunciones.

Y esta vez fué una de esas, porque la composición resultó mucho peor de lo que yo presumía al leer el título.

El efecto que me produjo la lectura de la tal composición fué desastroso.

Bajo la influencia de este mal efecto, se la leí luego á un sacerdote que había sido mi maestro de teología, el cual la escuchó en silencio, sin desplegar los labios.

Y al terminar, cuando yo iba ya creyendo que no le disgustaba tanto como á mí, exclamó secamente, refiriéndose al autor:

—Yo le suspendía...

(1) Quien haya leído los *Rípios Académicos* ya conoce lo magníficas que son las poesías de Marcelino.



La composición comenzaba:

«Hijo querido de la griega musa,  
Gloria naciente del hispano suelo!  
Agradecido te saluda Ipanδρο,  
¡Inclito púber!»

¡Inclito púber! ¡Vaya un elogio!...  
Me acuerdo que á Ramoncito Necedal, que por adulación al autor y al dedicatario de la composición se creyó obligado á reproducirla en *El Siglo Futuro*, le sentó tan mal eso de *inclito púber*, que lo reformó, poniendo *inclito vate*.

Y además puso por nota al episcopal es-  
perpento esta atenuación pilatina.

«Tenemos mucho gusto (no era verdad, pe-  
ro Ramoncito es así) en reproducir esta com-  
posición del ilustrísimo Sr. D. Ignacio Mon-  
tes de Oca, obispo de Tamaulipas (Méjico),  
no sólo por su *mérito literario*, sino por *ser de  
quien es y dirigirse á quien se dirige*. Pero  
queremos añadir que nosotros no tenemos  
tanto entusiasmo como el docto prelado ni  
como nuestro querido amigo el señor Menén-  
dez Pelayo, por los rigores del clasicismo, ni  
deseamos tan vivamente el renacimiento de  
las formas griegas.»

Lavadas sus manos así, como el goberna-  
dor de Judea, Ramoncito reprodujo, sin más  
enmienda que la sustitución del *púber* con el

*vate*, toda la pagana lucubración, que conti-  
nuaba de este modo:

«¿Cómo pagarte la *preciosa lira*  
que me mandaste de tu amor en prenda?  
Aunque me pides mi zampoña en cambio,  
*Dártela temo.....*»

Darte-la-te-mo... Te-la-te... ¡Qué suavidad y  
qué dulzura y qué combinación tan elegante!  
¡Y luego, todo un señor obispo andar ahí  
con la monada de la zampoña para significar  
sus malos versos!.....

Tercera estrofa.

«¿Pueden *mis cañas.....*»

¿Qué cañas serán?... Si dijera *mi caña*, po-  
día entenderse que era el báculo; pero ¿quién  
se acuerda ahora de eso?... Por lo menos el  
autor de los versos no parece acordarse.

«¿Pueden *mis cañas* á las cuerdas de oro  
Ser comparadas, y al *ebúrneo plectro*  
Con que los himnos de Catulo y Safo  
*Blando repites?.....*»

¡Y tan blando!... Como que los repite con  
todas sus obscenidades asquerosas.

Que por lo demás, los versos de Marcelino  
Menéndez son tan duros y tan malos como  
los de su amigo.

Los cuales, según se ve, además de la in-



sulsez del fondo, tienen asonantados los hemistiquios:

«Cómo pagarte.....  
Que me mandaste.....  
Pueden mis cañas.....  
Ser comparadas.....»

Y tienen asonantados los versos de una estrofa con los de la siguiente:

«Dártela temo.....  
Ebúrneo plectro.....»

Todo lo cual, en estos versos libres de la sujeción del consonante y privados de ese elemento de armonía, es defecto insufrible.

¡Ah! Pero... ¡pluguiera á Dios que los del señor obispo no tuvieran más que ese!

Continuación:

«Pero lo quieres; y negar no puedo  
Pago tan fácil al que Horacio mismo  
(¡Al pago?)  
No desdenara contestar su bella  
Carta sublime.»

Prosa, sí, prosa... Mas para quien la entienda.  
Porque á pesar de ser prosa pura, esa estrofa no se sabe lo quiere decir.

Lo cual es doble gracia.

Vamos andando:

«Crucen los mares y á tu mano lleguen  
Los sicilianos-pastoriles cantos.....»  
(¡Asonantitos otra vez tenemos?  
¡Tumba que tamba!)

Repetición:

«Crucen los mares y á tu mano lleguen  
Los sicilianos-pastoriles cantos  
Que á nuestra lengua del nativo ritmo  
Dórico vierto.»

Nativo ritmo no está bien. Pero ¿quién es el dórico?....

Adelante:

«Vayan con ellos á obsequiarte humildes  
Los que modulo *férvidos* cantares.....»  
(¡Hombre! Este verso le ha salido un poco  
Mal acentuado.)

Otra vez:

«Vayan con ellos á obsequiarte humildes  
Los que modulo *férvidos* cantares,  
De *tiernos* años ó *forzados ocios*  
*Métrico fruto*.....»

¿Qué forzados ocios?... No, señor. Un obispo no puede tener *ocios*. Si no le da bastante que hacer el gobierno de su diócesis, ó se ve por fuerza mayor privado de gobernarla, que se ocupe en escribir; pero no *métricos frutos* ó versos insustanciales y paganos, sino apologías de la Religión Cristiana.

¡Pues apenas hay necesidad en estos tiempos malaventurados de defender la Religión!

Como que parece que sigue cumpliéndose

en ella la profecía de David, ya cumplida en nuestro Redentor Divino: *Circunderunt me vituli multi...* (1)

Y cuando tantísimos becerros mugen por todas partes, en ateneos, academias y periódicos, contra la Religión de Cristo, uno de sus guardadores se entretiene en hacer chucherías feas y hablar de la zampoña y rebautizarse de *árcade* romano... ¡Por Dios, señor obispo!

Después de llamarse á sí mismo *zagalejo*, y de decir que envía su retrato á Marcelino, todo en versos tan insípidos como los demás, pasa á decirnos en qué se ejercita:

«En el desierto y en la ardiente playa,  
Sobre los riscos de escarpada sierra,  
Y entre los bosques á las caras musas  
*Nómade* invoca.»

Pues hace muy mal.

A quien debe invocar un obispo es al Espíritu Santo, y á los ángeles custodios suyo y de la diócesis que le está encomendada, y á la Virgen María, divina pastora de las almas, Madre de Dios y Reina del cielo.

¡Mire usted que un señor obispo invocando á las musas por esos cerros de Dios... ó por aquellos!

También dice que

(1) Psalm. XXI, 13.

«Del Evangelio la doctrina santa  
Entre las selvas *sin cesar* predica,  
Y á sus ovejas *letras paternas*  
*Tierno* dirige.»

En lo cual hace bien; por más que haga mal en contarlo en versos tan infelices como ese de las *ovejas-letras*.

Mas para predicar la doctrina del Evangelio y dirigir pastorales á los fieles, ¿qué falta le hacía invocar *nómade* á las musas *caras*, ni á las *baratas*?...

Poco después vuelve *Ipandro* á su tema, y pregunta con ansiedad digna de mejor causa:

«¿Cuándo podremos al cantor de Ceas  
Cubrir *entrambos* con moderna *veste*?...  
¿Cuándo á mi lira prestará su numen  
*Pindaro sacro*?...»

Nunca. ¿Lo quiere usted más claro? Nunca. Porque ni usted tiene lira, ni ese es el camino.

Ni este otro:

«Tú que de Febo los favores gozas,  
Tú á quien *Atene plácida* acaricia...»  
(¡Hombre! ¿Qué Febo ni qué Atene? ¡Basta  
De disparates!)

«Por tí la noble juventud hispana  
A amar aprenda la belleza griega...»  
(¡Tres asonantes en un verso solo!  
*Repetas qæso.*)



«Por ti la noble juventud hispana  
A amar aprenda la belleza griega,  
Por ti renazca la severa y pura  
Clásica forma.»

¿Pero ha de renacer así con todas esas aes seguidas, hispana á amar aprenda?...

Porque me parece que esa forma no es bella, ni pura, ni severa, ni clásica, ni nada...

Todo eso no es más que pedantear y decir desatinos.

¿No ha oído el señor obispo aquello de las castañuelas?

Pues es una verdad que se puede aplicar también á los versos.

Dice el aforismo:

No hay obligación de tocar las castañuelas; pero, de tocarlas, hay que tocarlas bien; y de no tocarlas bien, no se tocan.

Tampoco tiene nadie obligación de hacer versos; pero el que los haga tiene obligación de hacerlos bien, y de no hacerlos bien, no se hacen.

Otro golpe:

«No te avergüence de Neptuno y Ceres  
En tus cantares invocar los nombres;  
Cubra tan sólo sus *divinas formas* (!)  
*Púdico manto.*»

Bueno: los quiere vestir á la moderna... ¿Y saben ustedes que estarían bien Neptuno vestido de sietemesino, y Ceres y Venus de coristas de *Mam'zelle-Nitouche*?

¡Qué cosas discurren estos clásicos académicos!

Todo esto aparte de aquella tontería—por caridad no lo llamo más que tontería—de las *divinas formas*.

Y aparte de que eso es confundir la forma con el fondo; porque se puede imitar la forma griega sin invocar á Ceres ni á Neptuno, pues la mitología no es *forma griega*, sino fondo de la poesía griega.

Signe el señor Montes de Oca dando consejos á Marcelino:

«Del monte Sina los preceptos guarda.....»

¡Sí! ¡Buen modo de guardar esos preceptos es andar traduciendo obscenidades!.....

«Del monte Sina los preceptos guarda,  
Al Vaticano la cabeza *inclina*  
(*Consonante de Sina*)

Leyes tu Musa del parnaso griego.....»  
(¡Dale que dale!)

Eso es una chifladura, señor obispo; pero una chifladura peligrosa.

Por ahí se perdió aquel desgraciado fraile Merino, que atentó contra la vida de doña Isabel de Borbón el año de 1852, aquí en Madrid.

La frecuente lectura de los clásicos paganos era lo que le había exaltado las pasiones y le había pervertido, pues se le encontró un

ejemplar lleno de notas marginales de su puño y letra, entre las cuales había esta blasfemia puesta por comentario á un verso de Virgilio: ¡Magnífico! ¡Vale más que toda la Biblia!....

Ahí se va á parar por esos caminos.

Otro poco:

«Del frío norte las heladas hojas  
Arroje al fuego la piadosa España;  
A Víctor Hugo la cristiana puerta  
Cierre Pirene.»

Bueno, que se la cierre. Pero ¿qué adelanta con cerrar la puerta á Víctor Hugo, si se la abre á Teócrito y á todos los cantores de la materia y de los placeres sensuales?

Y por otro lado, ¿cree el señor obispo que nos va á convencer de la necesidad ni aún de la utilidad de manosear los clásicos paganos, con estrofas tan prosaicas y tan ripiosas como esa del norte *frío* y las hojas *heladas* y los muchos epítetos y los asonantes de *cierre* y *Pirene*?

¡Ya, ya!

El ejemplo es para convencer á cualquiera... de lo contrario.

Y concluye:

«Renacimiento clama de Cantabria  
Allá en los montes ¡inspirado vate!  
Renacimiento clame en las aztecas  
Playas Ipandro.»

Bueno, clamen usted y él todo lo que quieran, porque nadie les ha de hacer caso.

Pero es muy triste, crea usted que es muy triste, oír á un obispo clamar desgañitándose: ¡renacimiento! ¡renacimiento! á estas horas, cuando todos los hombres de sana inteligencia y recto corazón están convencidos de que el renacimiento es la vuelta á la barbarie.

Y de que el renacimiento del siglo XVI fue el que paró aquel generoso impulso, el que atajó aquella gran corriente de ideas elevadas y nobles que venía de la Edad Media y que no se sabe á qué altura de prosperidad espiritual hubiera llevado á las naciones cristianas.





## II

No puedo dejar todavía de la mano al señor obispo de Linares.

Sería demasiado poco un artículo para tantos yerros literarios como los del señor Montes de Oca, y hay que segundar.

Aunque no tengo á la vista el libro de los *Ocios poéticos* de *Ipandro Acaico*, publicado en Méjico en 1878, conozco algunos de ellos, reproducidos, naturalmente, en la *Ilustración Española y Americana*.

Por ejemplo:

### «AL PAPAGAYO DE CORINA.»

Es una elegía en tercetos prosaicos y cursis, cuyo sólo título tira de espaldas. ®

¡Un señor obispo cantando *al papagayo de Corina!*...

Después de la dedicatoria á D. Juan Valera—tal para cual,—comienza á lloriquear el señor obispo en esta mala forma:

«El loro que á las Indias Orientales  
Debió Corina, ha muerto. ¡Aves dolientes,  
Venid á celebrar sus funerales!...»

¡Qué bonito! Hablar en broma de los fune-  
rales, aplicándolos á un pajarraco...

Y si es en serio, peor todavía.

Continúa el poeta dirigiéndose á las aves  
dolientes y las dice:

«Las plumas arrancad de vuestras frentes,  
De cabellos en vez, y las mejillas  
Desgarren vuestras uñas inclementes.»

De cabellos en vez... Y luego las mejillas...  
de las aves...

Y á esto lo llamará buenamente el señor  
obispo *belleza griega*...

A cualquier cosa... etc.

Sigue:

«Del imario tirano ¿qué te inquieta  
¡Oh Filomena! el crimen?...

¿Que quién es el imario tirano?... ¡Cual-  
quiera lo sabe!...

«Del imario tirano ¿qué te inquieta  
¡Oh Filomena! el crimen? De tu llanto  
Há tiempo la medida está repleta.»

Querrá usted decir que está llena, y tam-  
bién á los lectores y á mí se nos van llenan-  
do ya las nuestras respectivas.

Digo que habrá querido usted decir *llena*,  
porque es un disparate decir que una medida  
está *repleta*, pues repleto es lo que está á más  
de lleno apretado, y ni los líquidos, ni los ári-  
dos se aprietan en la medida.

La Academia en su Diccionario pone como  
ejemplo de lo que está repleto «el cuerpo  
humano muy lleno de humores ó de comi-  
da», y claro es que las medidas que son de pa-  
redes rígidas no pueden estar *repletas* así.

Vamos adelante:

«A pájaro sin par el triste canto  
Hoy consagra no más...»

Donde ya no se sabe si quiere decir á la Fi-  
lomena que no consagre al pájaro *sin par* más  
que el triste canto, ó que no se le consagre  
más que hoy, ó que no consagre el triste can-  
to más que al pájaro.

«A pájaro sin par el triste canto  
Hoy consagra no más. De Itis la muerte  
Motivo es ya muy viejo á tu quebranto...»

Y así continúa el señor obispo tan cam-  
pante, haciendo tercetos que nadie ha de en-  
tender, ni leer apenas.

Pues tiene un soneto á un cupido de cera,  
que es lo que hay que ver, ó mejor dicho, lo  
que hay que no ver, no siendo por necesidad  
ineludible.

Está dedicado á Menéndez Pelayo, de quien



digo lo mismo que de D. Juan Valera, tal para cual, y es como sigue:

## EL CUPIDO DE CERA

—¡Qué bello amor de *transparente cera!*

¿Cuánto quieres, pastor, por tu Cupido?

—Tómalo desde luego...»

¡Hombre! Esto se parece á lo del tío Cantimplora, cuando llevó la mujer á vender á una feria.

—¡Aquí, aquí!—gritaba el tío Cantimplora.—¡Aquí, al barato!

—¿Qué vende usted, buen hombre—le preguntó uno, extrañando no ver á su lado ninguna mercancía.—¿Qué vende usted?

—La mujer, buen amigo—le contestó el tío Cantimplora.

—¿Cuánto quiere usted por ella?

—¡Buen provecho le haga!

Así hace el vendedor del Cupido de *Ipandro*:

—«¡Qué bello amor de *transparente cera!*

¿Cuánto quieres, pastor, por tu Cupido?

—Tómalo desde luego. Sólo pido, Señor, lo que tu mano darne quiera.

Decirte debo la verdad entera:

Ni artista soy ni su escultor he sido;

Mas mi *revuelto* hogar del Dios del Gnido

La *ingrata* sociedad ya no tolera.....»

A todo lo cual llaman los académicos ame-

ricanos poesía, lo mismo que los académicos peninsulares.

Continúa el soneto:

«Ten esta dracma y al gentil infante  
Pon en mis brazos. Aunque artero y ciego,  
Compañero lo haré fiel y constante.»

¿Fiel y constante?... ¡Ah, ya! El señor obispo quiere hacer decir al comprador que será fiel y constante compañero del Cupido; pero se lo hace decir al revés, que es como los académicos suelen decir las cosas.

Bomba final:

«Ven ¡oh Cupido! abrázame en tu fuego  
O á las voraces llamas al instante  
Tu débil forma á derretirse entrego.»

Bueno. ¿Y la sustancia del soneto, cuál es? Ninguna, no la tiene; pudiendo decirse que en él no sale el pensamiento, como no salió el argumento en aquella obra dramática que decía el baturro.

Y luego la forma... ¡Ah! es un encanto. Griega enteramente.

Pero donde hay que estudiar al señor Montes de Oca es en la traducción de los idilios de Teócrito, Bión y Mosco, que ha publicado con el título de *Poetas bucólicos griegos*.

De esta obra tengo á la vista un ejemplar de la segunda edición, impresa en Madrid en 1880, con tres prólogos; el primero



de Marcelino, el segundo de un señor don Miguel A. Caro, y del autor el tercero, en forma de carta á nuestro conocido y flagelado académico correspondiente D. José María Roa Bárcena.

De entre las muchas bobadas que dice Marcelino en su prólogo, merece citarse la de llamar *prosaicos, desaliñados é insufribles versos sueltos* á los... no crean ustedes que á los de *Ipandro* ni á los suyos, no: á los de don José Antonio Conde.

¡Anda, hijo, que buen callar te pierdes!

Porque los versos de Conde sí son malos; ¡pero los tuyos!.....

Al concluir dice Marcelino que *Ipandro es verdadero poeta*.....

No, hombre, no. ¡Qué ha de ser verdadero poeta! Ni verdadero ni falso; porque no es poeta de ningún modo.

Falso poeta sería el que pudiera confundirse á primera vista con un poeta verdadero. Pero á este *Ipandro* no se le puede confundir ni un instante con ningún poeta.

Con quien únicamente se le puede confundir es con Marcelino, que no es poeta tampoco.

Quedamos en que *Ipandro* no es ni siquiera falso poeta. No. Los *diamantes americanos*, aunque son falsos, brillan un poco. La llamada poesía de *Ipandro* no parece poesía ni á primera vista.

Por eso hace tan triste papel, aunque Mar-

celino diga que *sale airoso de todas las dificultades*.

En el segundo prólogo, á vuelta de otros muchos disparates de varios tamaños, se encuentra uno con esto, que tiene gracia:

«Quien sepa que hay en Méjico un obispo que cultiva la poesía clásica y pulsa la lira castellana, se acordará inmediatamente de Valbuena.....»

No crean ustedes que el Valbuena cuyo recuerdo cree el prologuista que ha de suscitar *Ipandro*, sea este á quien tienen ustedes la amabilidad de leer. No: eso no tendría nada de extraño. Porque es natural que, quien lea los versos de *Ipandro Acaico*, los encuentre dignos de ser solfeados y se acuerde de quien ha puesto tantos en solfa.

La gracia está en que el prologuista se refiere á don Bernardo de Valbuena, cuyo recuerdo no puede suscitársele á nadie *Ipandro Acaico*.

A no ser por el contraste.

Pues no puede haber otra relación entre la sequedad prosaica y ripiosa del obispo de Linares y la lujosa fecundidad poética del obispo de Puerto Rico. ®

Pero vamos al grano.

Hace *Ipandro* hablar á Tirsis en el primer idilio de Teócrito, diciendo:

«¡Cuán dulce es el susurro de este pino...»



El verso no puede ser más pobre; y sin embargo, el autor hace una llamada y en la nota correspondiente dice:

«Hay en el original una hermosa onomatopeya... He procurado trasladarla al castellano, y lo he conseguido...»

¡Caramba! ¡Dios le conserve á usted la... modestia!...

Porque, lo que es mal poeta lo es usted, pero vanidoso también.

«¡Cuán dulce es el susurro de este pino  
Que junto al claro manantial resuena!  
Cuán dulce de tu *avena*  
Es, oh Cabrero, el...»

No crean ustedes que va á decir el sabor, ni que al decir *avena* habla de la gramínea de este nombre. No; habla de un instrumento que se llamaba *avena* en latín, y él le llama también *avena* en castellano.

«¡Cuán dulce de tu *avena*  
Es, oh Cabrero, el *modulado trino!*...  
Después de *Pan divino!*»

¡Señor Montes de Oca!...

*Pan Divino* llamamos los católicos á Jesús sacramentado.

Y teniendo entre nosotros esas dos palabras, así juntas, uso tan frecuente con aplicación tan sublime, el emplearlas, como usted

lo hace, refiriéndolas de un falso Dios, me parece una grandísima irreverencia.

¿Se convence usted de que era mejor no traducir esas cosas?

Siga usted:

«Después de *Pan divino*  
Tendrás el mayor premio. Si un *carnero*  
(¡Qué asonante más fiero!)  
Acepta vuestro Dios, será tu prenda  
Una *fecunda* cabra; y si en ofrenda  
Él recibe una cabra, entonces quiero  
Donarte una cabrita:  
(¡Ay, cuánta *simplecitas!*)  
Que su carne, *primero*  
Que la hayan ordeñado, es *esquisita.*»

¡Ah! ¿Usted cree que se ordeña la carne?... A lo menos la sintaxis quiere que usted lo crea.

Habla el *cabrero*, es decir, *Ipandro* en nombre del *cabrero*:

«Si las *perias* ninfas  
En regalo una *obeja* recibieren,  
Te ofreceré *sencillo*  
*Nevado* corderillo  
(¡Bien, hombre! ¡Qué monillo!)  
Que el *seno* de la madre aún no deja.»

Es decir, que todavía no ha nacido... Tras de ser duro el verso, contener ese solemne disparate.

Continúan los *dimes* y *diretes*; *Tirsis* pide al *cabrero* que cante; el *cabrero* se excusa di-

ciendo que no puede hacerlo á mediodía porque está Pan echando la siesta, y añade:

«Su cólera tememos, que es terrible  
Cuándo la ira lo embarga  
Y tiene en la nariz bilis amarga...»

¡Hombre! ¿Bilis en la nariz?... ¿Y amarga precisamente? Eso me parece un descubrimiento.

¿Pero será verdad que el dios Pan tiene la bilis en las narices?...

Habrá que preguntárselo á los conservadores liberales, que, como es su Dios, le deben de conocer mucho.

Adelante:

«Mas tú (que el fin sensible  
¡Oh Tirsis! y el amor infortunado  
De Dafnis bien conoces, y has llegado  
De los metros bucólicos al colmo...)

Usted sí que llega al colmo... de los proisismos y de las confusiones.

«Y si tan suavemente modulares  
Como aquella ocasión...»

¡Ah! ¿Una ocasión modulaba?...

No. Quiso decir que el pastor había modulado en otra ocasión, en aquella... Pero en no le cupo en el verso, y... resulta la ocasión en nominativo, modulando...

«Y si tan suavemente modulares  
Como aquella ocasión...  
Tres veces ordeñar podrá tu mano  
Una cabra que tengo, con dos hijas,  
Y que aunque dos cabritas amamanta...»

(No, señor; la cabra no amamanta: deja mamar.)

*Le sobra leche tanta  
Que llena cada día dos vasijas.»*

¿De qué cabida? Porque según sean las vasijas, puede esa *leche tanta* ser mucha ó ser poca.

Habla luego de un vaso de cera con esculturas, y dice:

«A diestra y á siniestra  
Hay dos *elegantísimos* varones  
Disputando con *ásperas razones...*»

Pero, ¿se conoce la aspereza de las razones en la escultura?

¡Bah! Siendo *elegantísimos* los varones para llenar el verso, también la disputa ha de ser con *ásperas razones* para servir de consonante.

Y luego:

«Indiferencia muestra  
(Será alguna maestra.)  
Ella, y ya al uno sonriendo mira,  
Ya vuelta al otro plácida suspira.»



«Ella, y ya al uno...» ¿Es esta la forma griega?...

Será esta otra:

«...y dile en recompensa  
A más de un bello queso (enorme disco,  
De blanca leche densa...)

¡Un bello queso!... ¡Qué bellezas encuentran estos clásicos!

Y continúa:

«El rico vaso aún no tocó mi labio  
Intacto lo conservo  
(¡Qué verso ese de arriba más protervo!)  
Sin el menor resabio...»

¿Y quién había de tener el resabio? ¿El vaso, ó el pastor?

Esto, señor Montes de Oca, se parece á lo de Pepe Carulla, el terco profanador de la Santa Biblia, que, para decir que Jacob llegó verbigracia á la Mesopotamia, dice que llegó *sin infamia*.

Usted habla de un vaso que aún no tocó al labio, ó que aún no ha sido tocado por el labio (pues con la sintaxis especial del académico pueden ser las dos cosas), y para aconsonantar, dice: *sin el menor resabio*.

Empieza Tirsis la canción, y traduce Ipan-dro el tema de este modo:

«A Tirsis el del Etna veis delante,  
Y esta de Tirsis es la voz sonante.....»

Pero si no fuera sonante, ¿sería voz?  
¡Señor Montes de Oca!... Mire usted que eso es muy ridículo.

Más adelante se encuentra este verso:

«Tu pecho férvido arde.»

¿Le parece á usted que eso puede ser un verso heptasílabo?...

No, señor; ni éste que sigue es endecasílabo:

«De triunfar del flechador Cupido.»

¿Y por qué traduce usted así este estribillo:

«Musas del alma mía,  
Ya *terminad* la agreste melodía?»

¿No estaría mejor *terminad ya?*  
Una estrofa empieza:

«De las espinas nardos  
(Nas-nar... ¡qué oído tienen ciertos bardos!)  
De las zarzas violas.....  
Peras produzca el pino.....»

El pino, si no produce peras, produce piñones. Por eso hubiera sido mejor decir el olmo, que no produce fruta ninguna y que es del que se dice que no da peras, ó que lo mismo es pedírselas que pedir poesías á quien yo sé y usted no ignora.

Y dice el cabrero:

«Ojalá que tu boca *regalada*  
Bañar en miel pudiera *refinada*.»

¡Es claro! A *regalada*... *refinada*.  
Al comenzar el *idilio* segundo dice *Ipandro*:

«Tráelos aquí, *Testilis*; de cordero  
Con *purpurina* lana...»

¿Pero hay corderos encarnados?  
Más adelante, para concertar con *sepulcros*,  
llama *pulcros*... ¿á qué dirán ustedes?... ¿No  
dan en ello?... Pues á unos mastines menores  
de edad.

Véase la forma:

«...y á *hécate* pavorosa,  
Que so la tierra habita,  
Y cuando entre la sangre y los *sepulcros*  
Gira, terror excita  
En los mastines y cachorros *pulcros*.

El estribillo de la canción de una mujer  
desdeñada que quiere recobrar por medio de  
filtros y hechizos el amor de su marido, le tra-  
duce *Ipandro*:

«Haz retornar al *pérfido*, *pezpita*,  
Que mis amores y mi casa evita.»

*Pezpita* diz que es un pajarucho.

Y sigue diciendo la desdeñada:

«Hay en *Arcadia* venenosa planta;  
*Hipómanes* la llaman los donceles,  
Y tiene fuerza tanta  
Que hace bajar del monte á los corceles.  
¡Ah! La virtud oculta de su tallo  
Haga que la *palestra* *resbalosa*  
Abandone mi *indómito* caballo  
Y torne *Delfis* á su amante esposa...»

¡Mire usted que eso de llamar una mujer  
á su marido su caballo es una imagen... de  
caballería! ¡Qué delicadeza, señor obispo! ¡Y  
qué finura! ¡Y qué castidad!...

Adelante:

«Y tú, *Texlilis*, hija  
Toma *por el momento*  
Los venenos *letales* que he mezclado  
Y ve á ungrir el umbral de su aposento,  
Ese umbral á que tengo todavía  
Mi corazón atado...»

¿Con ronza!?  
Porque estar atado al umbral de una puer-  
ta, mejor que á un corazón me parece que le  
cuadra á un burro.

Otro verso dice:

«Y me invitó con *replicado* ruego»

¿Replicado?... Ni siquiera se ha enterado el



señor obispo de Linares de lo que es *replicar*.

«Uno y otro tornaba...»

¡Qué sintaxis!

«El corazón turbarme *fué todo uno...*»

¡Qué endecasílabo! Como no se diga *todo uno...*

Otras varias perlas ipandrianas:

«A *marañas caía...*

Y que la nieve más *helada y tiesa...*

Inmóvil mi *simpática* figura...

(*Basta que tú lo digas criatura.*)

Esta noche *mismísima* en tributo...

(¡Ay qué superlativo tan... *bonuto!*)

Trayéndote en la falda

De mi *flotante* veste

Manzanas mil de *Baco* hermoso fruto...

(*Que es un ripio más malo que la peste*

*Y más viejo que Cheste,*

*Diez años anterior al escorbuto.*)

Otra pitada:

«Hace á la virgen el hogar paterno

Abandonar *furiosa*,

Hace Amor á la esposa

Huir del lado de su esposo *tierno.*»

Será al revés, señor obispo; ó si no, ¡valiente amor será!

Bien que para hacer á la doncella abandonar *furiosa* el hogar paterno, claro es que ese Amor con A grande que usted canta, es un amor desenfrenado como el de las bestias.

¿No estaría mejor este señor obispo predicando, ó rezando, ó aunque fuera durmiendo?...

« En fin, ¡oh luna amiga!

¿A qué cansarte ya con mis amores?

Permite que mi canto no prosiga...»

—¡Qué felicidad!—me figuro que dirán ustedes, porque lo mismo dije yo.

Pero tuve que arrepentirme en seguida, porque *Ipandro* también se volvió atrás, y después de haber prometido no proseguir, prosigue de este modo:

«Satisfecho de entrambos el deseo,

Nos unieron los lazos de himeneo.»

¿Verdad que le era mucho mejor no haber proseguido, y así no hubiera puesto ahí esa... *verdura?*

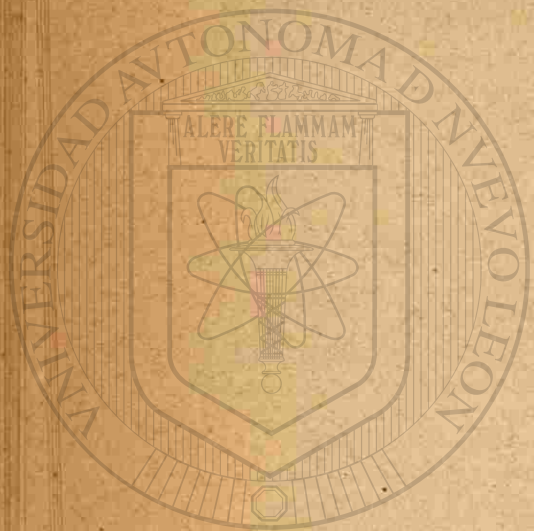
Resolución final:

¿O de cariño falto

Me ha olvidado el cruel? Bien: yo lo *asalto*

Con amatorios filtros *por ahora.*»

Así, con llaneza.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III

Tampoco es posible dejar con dos artículos á *Ipandro*.

Voy á hacerle otro, que regularmente será el último, por aquello de que á las tres va la vencida.

Al concluir de exponer el argumento del idilio III de Teócrito, dice el señor obispo de Linares:

«La primera parte de la Égloga octava de Virgilio está calcada sobre esta hermosa *pastoral*»

De modo, que si el señor obispo de Linares deja de hacer versos y dirige una carta doctrinal á sus diocesanos, diremos que les ha dirigido una *pastoril*.

Lo que es para volver las cosas al revés, no hay como un académico. ®

En todo este idilio menudean los ripios como en los demás.

Verbigracia:

«Y mira no te acerques al carnero  
Que de Africa me vino, porque *cuerna*.»



¡Cuerno con el verbo! ¿Con que *cuerna*, eh?  
Después hay algunos otros versos malos  
como los que siguen:

«Del monte se *crió* entre los helechos...»  
«Desnudo *saltaré* á la mar vecina...»

Tiene gracia el comienzo del idilio IV.

Pero es una gracia como la que hacían los  
famosos hijos de María-Ignacia, de puro  
feos.

Empieza así:

—«Díme, buen Coridón, *por vida tuya*,  
¿De quién son estas vacas? ¿De Filondas?  
—No, que el dueño es Egón, y de orden *suya*  
Las apaciento.—*La verdad no escondas*,  
¿Secretamente á todas las ordeñas  
De la alta noche en las tinieblas *hondas*?  
—A fe que no, *si en preguntar te empeñas.*»

¡Ah! Y si no se empeña en preguntar, ¿las  
ordeña?...

*Por vida tuya... la verdad no escondas, si en  
preguntar te empeñas... Todo ripios.*

Más adelante dice también un pastor á  
otro:

«A mí también llamábame mi *madre*  
Más robusto que Polux. Son *consejas*  
Que al vulgo no creeré *por más que ladre.*»

¡Claro! Para aconsonantar con *madre...*  
hacer que el vulgo *ladre...*

Más ladran algunos *poetas académicos...*  
Algo más.

Después dice:

«.....al irse á Pisa  
Me regaló su músico instrumento,  
Y sé pulsarlo, *de cantor á guisa.*»

¡De cantor á guisa!...

Vaya otro verso:

«Y él de la selva *lo traía riendo...*»

Y otro:

«Tuviera mi bastón de *sólida haya.*»

¿*Solidaya?*

Y otro:

«Que por correr tras ella el pie me he herido.»

¿El pie *merido?*

Y otro:

«Un cerdo *desafió á Minerva el canto.*»

Todos estos renglones y otros así, cree el  
señor Montes de Oca que son versos endeca-  
sílabos, pues los da como tales.

Y también dice:

«A su *cabrero arroja mil manzanas*  
En el monte la hermosa *Clearista*  
Y *partiendo veloz, silba con ganas.....*»

¿*Con ganas*, eh? Pues cualquiera de los lec-



tores las tiene de silbarle á usted, y crea usted que si no lo hacen, es por ser usted obispo...

Cuando dice usted verbigracia que

«Oliendo á queso le abrigaba el pecho»,

si no fuera usted obispo ¡buena se armaría!  
O cuando dice que la calandria

«Lejos chillaba allá entre las espinas.....»

¡Lejos chillaballántre!.....»

En el idilio VIII dice Menalca á

«Dafnis, custodio de la grey mugiente»

que no quiere apostar un cordero, y se lo dice así:

«... ¡Oh, no! Mi suerte  
Un corderillo de apostar me guarde  
Que duro padre, advierte,  
Y madre, tengo, de carácter fuerte,  
Y las ovejas cuentan cada tarde.»

Es imposible decir peor, ni más prosaica, ni más oscuramente las cosas.....

«Que duro padre, advierte, y madre, tengo.....»

Eso no es castellano; será académico á lo sumo.

—«Pues algo en poner piensas»

replica el otro pastor, y en efecto, apostaron, y llamaron para juez á un cabrero.

«Le hablaron los donceles y al llamado  
El cabrero acudió de ser contento  
Juez en la dulce lid. Suertes tirando  
Ser primero tocó á Menalca blandó.....»

Pero, señor Carulla, digo, señor Montes de Oca, que le había confundido á usted con Carulla, por la semejanza de los versos... ¿le parece á usted que gastar el tiempo en desacreditar de esa manera el habla castellana, no le ha de costar á usted por lo menos muchísimos años de purgatorio?

Pues ¿y esto?

«¡Oh, de las cabras candidas marido!.....»

¡Señor obispo de Linares!

¿Le parece á usted, que es decente, ni medio decente, llamar al macho cabrío *marido de las cabras*?

Pues no señor, no. Eso es una porquería muy grande y una irreverencia contra la liturgia católica, que consagra la palabra *marido* para designar al hombre casado.

¿Cree usted que el marido no tiene más digna misión que el macho cabrío?

¡Pobre humanidad! ¡Cómo la honran y la glorifican estos malos poetas!.....

¡Oh, de las cabras candidas marido!.....



¡Y es un obispo el que esto dice!.....  
Verdad es que lo dice para empezar una  
estrofa llena de disparates.....

«¡Oh, de las cabras cándidas *marido!*  
¡Oh selva colosal!  
¡Romos cabritos! *Filis* ha venido,  
Llegad al manantial.  
¡Carnero *descornado!* Di á mi ninfa  
Que aunque divino ser  
Tiene Proteo, en la marina ninfa  
Las focas va á *pacer*.....»

También algunos poetas creo que han de  
dar en *pacer*, si no focas, hierbas, por entre-  
garse á todas las extravagancias.  
Y continúa en el idilio IX.

«Une á halcón con halcón amor ardiente.....»

Aleón con halcón, con... con... con.....

«Une á halcón con halcón *amor ardiente*,  
La hormiga laboriosa *ama* á la hormiga  
Y la cigarra á la cigarra *abrasa*.....»

Y siempre con el mismo tema... Siempre  
cantando el amor de los brutos... Que si es  
marido de las cabras el macho... que si la ci-  
garra *abrasa* á la cigarra.....

Todo como para decir á los hombres: esa  
es la vida, lo demás es cuento.

¡Excelente tarea para un obispo!  
*Nec nominetur in vobis*, decía el apóstol

San Pablo á los fieles de Éfeso; *fornicatio...  
et omnis immunditia, nec nominetur in vobis,  
sicut decet sanctos* (1).

Y el señor Montes de Oca, sucesor de los  
apóstoles, proporciona á los fieles de Méjico  
y á los de todo el mundo, lecturas que les re-  
cuerden y les hagan amables esas mismas  
inmundicias de que San Pablo no quería ni  
que se hablara entre ellos.

Y es de advertir, que además de *cantar* las  
delicias sensuales en la traducción de los idi-  
lios, les pone notas, intercalando en ellas á  
menudo árboles genealógicos, para enterar á  
sus fieles minuciosamente de los criminales  
enlaces de los dioses y de los héroes mitoló-  
gicos.....

¡Y todo, por la vanidad de publicar versos,  
tan rematadamente malos como éstos con-  
que empieza el idilio X!

«¡Vigoroso arador! ¿Qué te sucede  
Que ni un *sulco* derecho ¡*infortunado!*  
*Como antes*, abrir hoy tu mano puede?  
No siegas bien de tu vecino *al lado*,  
*Si no que*, cual la grey sigue tardía  
Oreja, á *quien* las zarzas han punzado  
*La planta*, atrás te quedas. Todavía  
*Ni aun una calle* entre la mies abriste  
*¿Qué á la tarde será? ¿Qué al medio día?.....»*

No sé qué á la tarde será, ni qué al medio

(1) Ephes. v. 3.



día, pero regularmente será que continuará usted ensartando *¡infortunado! como antes*, versos de esos en que no hay ni asomos de oído, ni aun una pizca de buen gusto.

Crea usted, por Dios, señor Montes de Oca, que todo eso es malísimo, y crea usted que quien le diga que eso es bueno, ó que es pasadero siquiera, no sabe lo que dice ó le engaña á usted miserablemente.

Crea usted que no sólo no es usted poeta, sino que ni siquiera sabe usted hacer versos.

Más adelante, en el mismo idilio X, dice:

«¿Connigo armoniosas  
Cantad á mí doncella *descarnada?*»

¡Le parece á usted!.....  
Y luego:

«... no consigo  
Murmure el pasajero:  
¡Eh! no valéis un higo.....»

Precisamente. Eso murmurará el pasajero *consigo* como usted dice: eso murmura de los versos de usted.

Porque en realidad no valen un higo.  
Ni una higa.

«Los que trilláis el grano.....»

No, señor: el grano no se trilla: se trilla la paja.

«¡Avaro despensero!  
Mejor será *que guises de contino*  
*Lentejas al brasero.*  
No te hieras *sin tino*  
La mano cuando partas el comino.....»

¡Mejor sería que el señor obispo *guisara de contino* (como él dice con frase infeliz) pastorales cristianas ó exhortaciones á sus fieles, y no hiciera á los pastores *guisar lentejas al brasero* como si le tuvieran!.....

En el idilio undécimo dice de un pastor:

«Nada cuidaba ya: del monte al hato  
La grey tornaba sin pastor ni guía;  
A su bella cantando el insensato  
Desde el alba en la playa *se escocía.*»

¡Así, ni más ni menos!  
Y luego:

«Cual uva que *inmatura verdeguea.*»

Dos disparates, porque ni *inmatura* es castellano, sino latín, ni se dice *verdeguea*, sino *verdiguea*, por más que en el Diccionario ponga la Academia *verdeguear*, porque no sabe lo que pone.

Como usted cuando dice:

«Hnye al mirar *el espumante lobo.*»

¿Me quiere usted decir por qué llama usted al lobo *espumante?*



Y después:

«¡Oh, Galatea, sal!

Esto se parece á lo que cantan los rapaces  
para hacer chiflas de salguera, en Mayo,  
cuando los árboles sudan.

«Sal, Mariquita, sal  
Si quieres bailar  
Con un chiquito rojo  
De mi lugar.»

Pero no se parece más que en el principio,  
porque después lo del señor obispo no se en-  
tiende:

«¡Oh Galatea, sal! y una vez fuera  
Tornar olvida á tu espumosa casa  
Como sentado aquí, á mí mismo pasa.»

¿Qué tal?

«...Dulce fuente  
Halla *inmediatamente*  
Al fin de una llanura,  
Que brota cristalina cabe un antro...»

¿Una llanura brota cristalina?

Ya sé yo que el señor obispo querrá que  
brote la fuente, pero la sintaxis se opone á  
su deseo.

Idilio XIV.

Diálogo curiosísimo:

—«¿Un siglo? ¿Pues qué te pasa?...  
—¡Ay Tiónico querido!  
Des que te vi han sucedido  
Grandes cosas en mi casa.  
—¡Bah! Por qué tienes comprendo  
El rostro tan demacrado  
El cabello enmarañado  
Y un bigotazo tremendo...»

¿De modo que cuando pasan *grandes cosas*  
en casa de uno se le hace *grande* el bigotazo?...  
Es un descubrimiento...

Allá va otro:

«Y descubrí *sin premura*  
Que causaban sus dolores  
Desesperados amores  
Con la harina y levadura.»

Amores con la harina y levadura y descu-  
biertos *sin premura*... ¡Cualquiera lo en-  
tiende!...

Lo que es si el señor obispo no hubiera te-  
nido la amabilidad de aclararlo en una nota,  
ustedes y yo nos quedábamos en ayunas.

Gracias á la susodichá amabilidad del se-  
ñor obispo, sé yo y puedo contar á ustedes  
que eso de los *amores desesperados con la ha-  
rina y levadura descubiertos sin premura*, quie-  
re decir que el sujeto tenía hambre.

Vamos, que estaba enamorado del pan,  
como cualquier liberal de nuestros tiempos.



Sigue el diálogo:

—«Te burlas de mí, buen hombre,  
Mas no hay lugar para trisca...»

¿Para qué?... ¡Ah! vamos. Había que preparar un consonante á *Cinisca* y...

«Que mi única hija *Cinisca*  
Ha mancillado mi nombre,  
¡Ay! para perder el juicio  
Ya sólo me falta un pelo...»

No. Yo creo que no le falta á usted ni un pelo siquiera.

«Y dulce licor biblino  
Que salido del lagar  
Creyeras, aunque á *ajustar*  
Iba cuatro años el vino.»

Esto tampoco lo entiende ningún lector si no se le advierte que *ajustar* está puesto en lugar de *cumplir*, porque *cumplir* no concertaba con *lagar*.

También tiene gracia la nota que pone el traductor al nombre del vino.

«¿Era este licor—dice—importado de la ciudad de Biblo en Tracia, ó bien el vino dulce hecho en Sicilia que se llamaba Polio ó Biblino? Adopte el lector la opinión que más le pluguiere.»

O ninguna. A mí lo que más me place es

no adoptar ninguna; mas para eso no era menester que usted se hubiera molestado.

En fin, el caso es que la chica

«Se puso más roja que *ostro*  
Y encendida de manera  
Que una pajuela pudiera  
prenderse sobre su *rostro*.»

¡Claro! ¿Había que concertar con *rostro*?... Pues más roja que *ostro*, y el que no lo quiera así, que se fastidie...

Y continúa:

«Entonces (tú me conoces)...»

Sí; ya le voy conociendo á usted.

«Entonces (tú me conoces)  
Le asesté una bofetada  
Y otra y otra...»

¡Qué valiente!...—dirán los lectores.—Pero no tienen razón para decirlo, y se volverán atrás de lo dicho cuando sepan que esas bofetadas se han dado á una mujer, á *Cinisca*, y que si el señor obispo ha dicho *le asesté*, ha sido para darnos la castaña, y por cumplir un precepto necio de la Academia.

Y eso que no está claro del todo si las bofetadas fueron *asestadas* á *Cinisca* ó á un can-



tor llamado *Lariseo*; mas por el contexto parece que la beneficiada fué Cinisca.

«Entonces (tú me conoces)  
Le asesté una bofetada  
Y otra y otra, á la cuitada  
En tanto diciendo á voces.  
Pues que te amarga la sopa  
Que padre y madre te dan,  
¡Infame! de tu galán  
Vete á beber en la copa.  
Y vierte en hogar extraño  
Esas lágrimas insanas  
Semejantes á manzanas  
En el peso y el tamaño.»

¡Hombre! Me parece que exagera usted un poco, señor obispo...

¡Lágrimas *insanas*, semejantes á manzanas...  
Y no contento con esto, remacha el clavo todavía diciendo: *en el peso y el tamaño*.

¡Señor obispo, señor obispo!

Eso me recuerda aquello de Mariano Catalina, otro académico, en una comedia estrepitosamente silbada.

Hablaba de los harenes, y decía:

«Jaulas al placer abiertas  
Y al amor libre de enojos,  
Donde hay moras con los ojos  
Tan grandes como las puertas...»

Algo menos serán—dijo el público entre sonoras carcajadas.

Pero también

«Esas lágrimas *insanas*  
Semejantes á manzanas  
En el peso y el tamaño»

serán un poco menos.

Ahora verán ustedes lo que, después de recibir las bofetadas, hizo la chica:

«Y como la golondrina  
Emprende *súbita* el vuelo  
Y alimento á su polluelo  
Busca en región *peregrina*...»

La comparación no puede ser menos adecuada, porque Cinisca no va á buscar el alimento para sus hijos, que no tiene, sino la satisfacción de sus pasiones.

«Así del blando sillón  
Ella levantóse *rauda*,  
Recogiéndose *la cauda*  
De la *túnica* y *mantón*...»

Eso es inverosímil, señor obispo.

Una muchacha á quien su padre acaba de dar para peras, y que, decidida á tomar las de Villadiego, se levanta *rauda*, no se entretiene en recoger *la cauda*, como usted dice, sea del mantón, sea de la túnica.

Que en esto de la indumentaria no anda usted tampoco muy fuerte, según se deduce de esta nota que pone usted al idilio XV.



«Discuten mucho los críticos sobre si Praxinoe fué á la fiesta con sombrero ó con la cabeza descubierta (¡vaya una cuestión interesante!) y resguardada sólo por el quitasol, pues ambos significa (¡vaya una sintaxis!) la palabra θόλις y ambos usaban los griegos. Yo me inclino á lo primero (ó á lo segundo, como usted quiera)... Viene luego el vestido sin mangas sujetado por un hermoso broche, llamado primero (no crean ustedes que es el broche, es el vestido) περονηρικ, y más abajo εμπερωνήμα, y que yo traduje una vez mantón y otra jubón, deseoso de acertar una siquiera...»

La pretensión ciertamente no era exagerada.

Pero, mire usted, es posible que ni eso haya usted conseguido; porque se dan casos.

Una vez un moscajón asturiano, de Margolles, que trabajaba de aprendiz de cantero en Pedrosa, fué de ojeador á una cacería.

Después de andar un rato por el monte vió correr un bicho, para él desconocido, y empezó á vocear al cazador que estaba en el collado más cercano.

—¡Xuaquiiin! ¡Xuaquiiin! ¡Arriba va una llebre!...

No estando muy seguro de que fuera liebre, y no queriendo engañar al cazador, añadió en seguida:

—¡O un llobul!... Yo ñon sé si é llebre si é llobul!...

¿Y creerá usted que era alguna de las dos cosas?

Pues, no señor.

El pobre moscajo, advertido por un pastor que estaba allí cerca, tuvo que vocear otra vez todavía diciendo:

—¡El rapazón del vaqueru dice que é corzu!...

Lo mismo le puede pasar á usted con esa prenda griega.

Ha dicho usted primero que era un mantón. Después ha dicho usted que era un jubón, añadiendo que no sabía usted si era liebre ó lobo, es decir, mantón ó jubón, que allá vienen á ser de parecidos como el lobo y la liebre. Y todavía no está usted exento de tener que rectificar diciendo que era una basquiña.

Siga usted:

«Y pasaron veinte días,  
Y luego ocho y diez y nueve.»

¡Hombre! Primero pasarían los nueve que los diez, me figuro.

Verdad es que comienza usted diciendo que pasaron veinte, pero ese plazo de los veinte sería otro plazo.

O confundiría usted al traducir el veinte con siete.

Mas puesto ya en el segundo plazo, si es que es segundo, lo natural es que primero pasarán ocho días y después nueve y después diez, y no ocho y después diez y después nueve.



Porque no vale decir que éstos sean otros tantos plazos distintos, de ocho, de diez y de nueve días, no. Este es un solo plazo de once días, como se deduce del verso siguiente, que dice:

«Y once con hoy.....»

Expliquemos el misterio de que diez días pasen en la cuenta de usted primero que nueve.

«Y pasaron veinte (?) días,  
Y luego ocho y diez y nueve,  
Y once con hoy, y la aleve.....»

¡Ahí está!

Teniendo que preparar consonante á la aleve, ¿qué remedio había más que dejar el nueve para después del diez y rematar con él el segundo verso?

«Y once con hoy, y la aleve  
Aún está en sus correrías.»

¡Y para esto tuvo usted que alterar el orden de los números!  
La traducción del idilio XV, *Las siracusanas*, también tiene golpes muy buenos.  
Dice una á otra:

«Larga es la calle y vives muy abajo.»

Y contesta la otra á la una:

«¿Qué quieres? Condenóme á estas alturas.....»

Hombre, no. Será á estas bajuras.  
Una siracusana llama á su criada y la dice:

«Trae la jarra y el lebrillo;  
Llévalo á la mitad.....»

¡Diantre! ¿Llenarle á la mitad?

Esto se parece á lo del general suizo... un general que andaba de mirón en el Norte, en la última guerra civil, y temiendo que su yegua coceara á un oficial que iba á darle un recado, le decía:

—Acérquese usted un poquito más *lecos*, que este caballo es yegua y tira *colpes de pie*.....

Acérquese usted un poquito más *lejos*... Llévalo á la mitad.....

Viene á ser lo mismo.

«Llévalo á la mitad... ¡Oh cuán molesta!.....  
Déjalo ahí otra vez... *El lecho blando*  
*Agrada hasta á las gatas*... Ea, apresta...»

«¿Que qué tienen que hacer aquí las gatas?  
No lo sé.

Ni el señor obispo tampoco.

Y eso que pone ahí una nota; pero no dice



en ella sino que esa *question* ha dado mucho que hacer á los intérpretes.....

La verdad es que la cosa merece que los intérpretes se calienten los cascos.....

Otra nota curiosa pone el señor obispo á otro pasaje oscuro:

«Expresarlo — dice — palabra por palabra no podía, á no ser que me resignara á no ser entendido.»

¡Ah! ¿No estaba usted ya resignado? Pues ¡á buen tiempo! Si eso de no ser usted entendido es el pan de usted de cada día.

O el pan de sus lectores.

Van las siracusanas por la calle sufriendo empujones de la muchedumbre y expuestas á que las atropelle un caballo, y dice una:

«¡Qué furioso corcel! ¡Cuál acomete,  
Cuál se levanta! Tengo inmenso gusto  
De haber dejado al niño en mi retrete.....»

¡Pobre criatura!

POSDATA. No quiero pasar á otro asunto sin hacer algunas súplicas al señor Montes de Oca, que, según acabo de saber, ya no es obispo de Linares, sino de San Luis de Potosí, á pesar de lo cual siguen distando mucho de valer un potosí sus versos.

Lo primero que le suplico es que no diga: «*todo saben las viejas*», ni «*todo visita minucioso Augias*», ni «*sé todo y diré todo con franqueza*»; porque, con franqueza sea dicho, eso de *saber todo, visitar todo y decir todo*, es un galicismo muy feo.

Lo segundo es que no vuelva á llamar á Júpiter *Padre Santo*, porque no se llama así más que al de Roma.

Item le suplico que no llame á Minerva *la diosa del ojo azul*, no vaya á creerse por ahí que no tiene esa diosa más que un ojo; pero lo mejor es que no la llame ni así ni de ninguna otra manera.

Item más le suplico que no hable de la rueda, porque no sabe lo que es, y evidentemente la confunde con el huso cuando dice:

«Y al verte en su blanca mano  
Girar con vuelo ligero.»

Y por último le suplico, pero muy encarecidamente, que no vuelva á escribir versos en su vida y queme todos los que ha escrito hasta ahora.

Sí, señor obispo del Potosí; por el amor de Dios, eche usted á la lumbre el libro de los *Bucólicos griegos* y el otro de los *Ocios*; bien persuadido de que, sin perder nada en ello la literatura, ganará mucho la Religión, y no lo desmerecerá su propia conciencia. ®



Comprendo que le sea á usted doloroso, pero Dios bien merece ese sacrificio.

Y si Abram tuvo el brazo levantado para sacrificar á Isaac, que era un hijo tan bueno y digno de ser amado, ¿por qué no ha de tener usted el mismo valor tratándose de unos hijos tan feos y tan ruines?

Ea, señor obispo, un poco de ánimo, y... á la lumbre con todos esos papeles!

Bien sabe usted que de los que se hacen violencia es el reino de los cielos.

*Violenti rapiunt illud.* (1)

(1) Math., XI, 12.

## IV.

¡Mondadientes de níquel para la dentadura, con cuatro usos, diez céntimos!

Así pregonan todos estos días en la acera del Ministerio de la Gobernación un galapán, que todavía, según van las cosas, si le ayuda un poco la suerte, podrá llegar á ser el jefe de la casa, ó cuando menos á pasearse en coche con coronas de marqués por la curva grande del Retiro.

¡Mondadientes de níquel para la dentadura, con cuatro usos, diez céntimos!

Hay que convenir en que la mercancía no es cara.

Porque realmente el vendedor, mediante el pago de los diez céntimos, da un chisme que por un extremo es un mondadientes *para la dentadura*, como él tiene cuidado de advertir, por el otro una cucharilla para limpiar la cera de los oídos, ésta misma cucharilla con otra pieza que va articulada forma unas pinzas para sacar breznas, y todavía lleva en el me-

Comprendo que le sea á usted doloroso, pero Dios bien merece ese sacrificio.

Y si Abram tuvo el brazo levantado para sacrificar á Isaac, que era un hijo tan bueno y digno de ser amado, ¿por qué no ha de tener usted el mismo valor tratándose de unos hijos tan feos y tan ruines?

Ea, señor obispo, un poco de ánimo, y... á la lumbre con todos esos papeles!

Bien sabe usted que de los que se hacen violencia es el reino de los cielos.

*Violenti rapiunt illud.* (1)

(1) Math., XI, 12.

## IV.

¡Mondadientes de níquel para la dentadura, con cuatro usos, diez céntimos!

Así pregonan todos estos días en la acera del Ministerio de la Gobernación un galapán, que todavía, según van las cosas, si le ayuda un poco la suerte, podrá llegar á ser el jefe de la casa, ó cuando menos á pasearse en coche con coronas de marqués por la curva grande del Retiro.

¡Mondadientes de níquel para la dentadura, con cuatro usos, diez céntimos!

Hay que convenir en que la mercancía no es cara.

Porque realmente el vendedor, mediante el pago de los diez céntimos, da un chisme que por un extremo es un mondadientes *para la dentadura*, como él tiene cuidado de advertir, por el otro una cucharilla para limpiar la cera de los oídos, ésta misma cucharilla con otra pieza que va articulada forma unas pinzas para sacar breznas, y todavía lleva en el me-



dio del bástago un poco de escofina para gastar las uñas.

¿Qué más se puede pedir por un perro grande?

Lo que hay es que luego el chisme no es de níquel, sino de hojalata, y se oxida y se desarticula y ni el mondadientes monda, ni la cucharilla limpia, ni las pinzas extraen, ni la escofina gasta, y todo es inútil...

También habrán ustedes visto vender navajitas con sacacorchos, y habrán notado que, á lo mejor, ni la navaja corta, ni el sacacorchos presta otro servicio que el de romper los bolsillos del chaleco.

Así mismo suele venderse en la Puerta del Sol un lapicero que, siendo por uno de los extremos lo que su nombre indica, por el otro es un portaplumas *con su pluma metálica*, y tampoco suelen servir, ni la pluma, ni el lápiz.....

Me hace recordar estas cosas un libro de versos y manchones, titulado *Colombinas con ilustraciones del autor*, lujosamente impreso hace poco en San José de Costa-Rica.

Porque el autor, don Juan Fernández Ferraz, versifica y dibuja, según del título del libro se deduce, mas no hace bien ninguna de las dos cosas.

Que es lo que les suele pasar á todos los estuches; servir para muchas cosas y no servir bien para ninguna.

Desconfíen ustedes de los estuches humanos, lo mismo que de los de limpieza.

Cada cosa para lo que es, y cada cual á su oficio, y gracias que sirva.

No compren ustedes nunca estuches de viaje.

Y por lo demás, en cuanto oigan ustedes decir: «Ese hombre es un estuche», tengan ustedes por seguro que no se le puede encomendar nada.

No lo digo, aunque lo podría decir, por don Segismundo Moret, que, además de ser catedrático y consejero de ferrocarriles y académico (!), ha sido ministro á la vez de Fomento y de Estado, y sucesivamente lo ha sido de Ultramar, de la Gobernación, de Fomento, de Estado, y no recuerdo bien si de Hacienda.

Lo que recuerdo perfectamente, es que lo ha hecho bastante mal en todos los ramos.

Volviendo al libro de *Colombinas con ilustraciones del autor*, diré á ustedes que éste reconoce con modestia laudable que ni las *colombinas*, ni las *ilustraciones* son buenas, pues dice en una advertencia á quien leyere, que los «dibujos, en falta de mérito artístico deben de correr parejas con las poesías.»

Así es verdad.

Y es lástima.

Porque un hombre como el señor Fernández Ferraz que, además de ser modesto, es



bastante recto en sus juicios y tiene amor á España, circunstancia no demasiado frecuente en los escritores americanos, era digno de hacer mejores versos y mejores dibujos, ó de no hacerlos ni buenos ni malos.

Conste que me es simpático el señor Fernández Ferraz, y, sintiendo que haya hecho versos malos, voy á decirle por qué lo son, á ver si en adelante se abstiene de hacerlos, ó los hace mejores.

Los dibujos los dejó á un lado. No quiero meterme en dibujos, siguiendo el consejo de Urganda la desconocida:

«No te metas en dibujo  
Ni en saber vidas aje-.....»

Respecto de los versos... mire usted, señor Fernández Ferraz: en la primera *colombina* titulada *Huelva* y en su primera estrofa, ya llama usted *lóbrego* al convento de la Rábida.

¿Lóbrego? ¿Por qué?.....

¡Si es todo lo contrario!.....

La segunda estancia empieza así:

En tus bosques, oh Huelva, creció el pino  
*Primero que surcó el ancho océano,*  
Y que al antiguo le enseñó el camino  
Para el mundo ideal que el *hondo arcano*  
De Castilla y León puso á los pies.

Y hoy en *todas* las lenguas te saludan  
Los pueblos *todos* de la tierra *entera*.....»

El segundo verso es bastante duro. Lo del *hondo arcano* apenas se entiende, y después de entendido se ve que no está bien, porque no fue el *hondo arcano*, sino Colón, quien puso el Nuevo Mundo á los pies de León y Castilla; y, por último, en aquello de en *todas* las lenguas los pueblos *todos* de la tierra *entera*, sobra por lo menos este último adjetivo.

En la segunda mitad de la tercera estancia se lee:

«..... á quien asilo  
Diste tan sólo tú, y por ti la historia.....»

¡Por Dios, don Juan! ¿Cree usted que ese último renglón es un verso endecasílabo?..... Pues nadie más ha de creerlo, aunque usted lo jure.

«¡Diste tan solo tui!.....»

Tui es una ciudad gallega que no pudo dar asilo á Colón, porque no fué á pedirsele.

Y no hay remedio: la *y* hay que pronunciarla con el *tú*, prescindiendo de la coma; porque si se espera á pronunciarla en el segundo hemistiquio, no hay verso endecasílabo posible, sino un heptasílabo agudo,

«Diste tan sólo tú»

y otro de seis sílabas llano,

«Y por ti la historia.....»



La colombina siguiente, titulada *Isabel*, es todavía peor que la primera.

Está escrita en quintillas, y empieza así:

«Cuando al último rey moro  
Rendido miró en Granada,  
De Colón la empresa, de oro  
Inagotable tesoro  
Dió á Isabel.....»

Y antes de pasar adelante, ¿quién miró rendido en Granada al último rey moro?... ¿De Colón la empresa?... ¡Bah! Las empresas no miran.

¿Isabel?... Isabel figura ahí como término del verbo dar, es decir, que es un dativo, y no parece que pueda ser al mismo tiempo nominativo ó sujeto del verbo mirar.....

En fin, que no está claro.

Y si de las sublimes y altas musas dijo Iriarte que, sin la claridad, las faltaba todo, ¿qué diremos de la musa de usted, señor Ferraz, que es oscura sin ser sublime ni alta?

Concluyamos la quintilla:

«Cuando al último rey moro  
Rendido miró en Granada,  
De Colón la empresa, de oro  
Inagotable tesoro  
Dió á Isabel. Gente ignorada»

Estas dos palabras van con cargo á la quintilla siguiente.

Que dice:

«(Gente ignorada)  
Del apartado Occidente  
Sacó el genio del misterio:»

Y tampoco se sabe si la gente ignorada sacó el genio, ó el genio sacó la gente ignorada; ni se sabe quién es *del* misterio, si el genio ó la gente, ni para qué está ahí el misterio, como no sea para concertar con un hemisferio que hay más abajo.

Y cuidado que los otros tres versos de la quintilla tampoco dan más luz sobre el asunto. Veámosla toda:

«...(Gente ignorada)  
Del apartado Occidente  
Sacó el genio del misterio:  
Que para agrandar su imperio  
Puso á sus pies reverente  
Colón todo un hemisferio.»

¿De quién es el *imperio* del tercer verso? Hay que suponer que sea de Isabel, pero no consta.

La tercera quintilla dice:

Bien valía la grandeza  
De su hermoso corazón,  
Que diadema á su cabeza  
Joya de tanta belleza  
Se pusiera, y con razón.»

Así es, con razón, aunque sin poesía.



Hay que advertir que el *y con razón* no se refiere á lo de ponerse *diadema á la cabeza ó joya de tanta belleza* (que no se sabe qué joya es), sino á lo que sigue:

«Aclamamos la memoria  
De tal reina que, *á mi ver*,  
El claro sol de su gloria  
De España alumbró la historia  
Por lo reina y lo mujer.»

Es verdad, sí señor, es verdad; pero no es poesía.

Digo, *á mi ver*, no es poesía.

Vamos adelante:

«Reina, su imperio agrandó  
Conquistando un Nuevo Mundo,  
Después que al moro arrancó  
Con empeño *sin segundo*  
(*Pero no sin ripio, no*)  
La patria que en yugo *inmundo*  
Bajo aquel poder gemía;  
Mujer, con la fe por guía,  
y ciega á toda razón  
*¡Hombre! ¿eso es adulación?*)  
Vió ese mundo que veía  
La locura de Colón!»

Adelante:

«Reina, abatió el poderío  
Odiado del extranjero.....»

¿Odiado del extranjero...? ¿O es el poderío

del extranjero odiado del español...? Merecía saberse.

«Reina, abatió el poderío  
Odiado del extranjero;  
Mujer, contra el juicio *huero*

(¡Atiza!)

De los sabios y *el desvío*  
De los magnates, *dió entero*»

¿Qué dió?

¡Ah! Bueno; ya sé que usted, según su costumbre, ha puesto ahí el *dió entero* para llenar la medida del verso, pero sin que el sentido pertenezca ahí, sino á la quintilla que sigue:

«.....(dió entero)  
Crédito al genio fecundo  
Que se cansó de ofrecer  
Por todas partes su mundo:  
Para hombre tal *sin segundo*  
Reina *tal y tal* mujer.»

Y tal y tal.

Por supuesto, sin que se olvide el consabido *sin segundo*, siempre que ande por ahí cerca el mundo.

En la tercera *colombina*, que se titula *El guardián de la Rábida*, se halla este verso:



«De los trajines y las agonías»,

que por supuesto, no es verso.

Y estos dos:

«Que por los claustros van  
Los ecos con afán»,

que, por supuesto, no son verdad; porque los  
ecos no tienen afán, ni pueden tenerle.

*E-cos-con-afán.*

Y estos otros:

«Es un extraño, un pobre aventurero,  
Por magnates y sabios rechazado;  
Es Cristóbal Colón, que el derrotero  
Del Occidente oscuro é ignorado,  
Explica al buen guardián,  
Y á medida que van  
Hablando, más y más interesado...»

ééé...???

Vamos á otra estrofa:

«Escucha el fraile...»

¡Ah!.....

Escucha el fraile... y ya pasó la cena....»

Sí pasaría; pero á mí no me pasa el susto  
que usted me ha dado con ese corte de la es-  
trofa en lo más interesante.

Otro poco:

«Y del convento el tétrico recinto.....»

¡Vuelta la burra al trigo!

*Lóbrego... tétrico.....*

No señor, no. ¡Si los conventos no tienen  
nada de tétricos, ni de lóbregos! ¡Usted los  
ha visto con los ojos de Cánovas!

«Y del convento el tétrico recinto  
Fue cátedra de ciencia.....»

Como siempre. Lo extraño ahí es que us-  
ted lo extrañe.

¿Pues dónde cree usted que se conservó y  
cultivó la ciencia, sino en los conventos?

«Y del convento el tétrico recinto  
Fue cátedra de ciencia: allí Marchena  
(Asonancia no buena)  
Por entender mejor el laberinto,  
A Garci-Hernández trajo, y norabuena  
Por la comunidad  
Con gran solemnidad  
Fue acogida su voz. Aquella escena.....»

Y vamos á ver qué nos dice de aquella es-  
cena del laberinto y de la norabuena la estro-  
fa siguiente.

Quedamos en

«Aquella escena  
De espanto y regocijo, de mohines  
Y signos persuasivos, de contrarios  
Pareceres y textos, medios, fines,  
Y resultados de sucesos varios,



Era cosa de ver  
*(¡Hombre, si que sería!)*  
 En Palos de Moguer:  
*(¡Pues no había de ser?)*

¡Oh, casos de la vida extraordinarios!»

Así es.  
 Casi tan extraordinarios como la poesía en  
 el libro de usted.

«¡Oh casos de la vida extraordinarios!»

Y prosáicos.  
 La *colombina* siguiente, titulada *Colón-Pin-  
 zón* (así, con guión) empieza de este modo.

«Oh Huelva,  
 Lástima que yo no vuelva.....»

¿A escribir versos?.....  
 No, no es lástima, sino al contrario: más  
 vale que no vuelva usted.

Después viene otra *colombina* titulada *Las  
 joyas de Isabel*, que también tiene bastantes  
 prosaismos; y luego un romance titulado *A  
 la vela*, que no parece hermano de las ante-  
 riores.

Señor don Juan: si los romances los hace  
 usted así tan pasaderos y las otras cosas tan  
 malas, ¿por qué no ha escrito usted sólo ro-  
 mances?

En la *colombina* titulada *Rebelión*, que está  
 escrita en tercetos, ya se rebela usted de

nuevo contra la poesía y contra el buen gos-  
 to, ensartando prosaismos y sembrando epí-  
 tetos á troche moche.

Verbigracia:

«Mas la ignorancia torpe é insolente  
 Loco le apellidó... Si tal hicieron  
 Doctores y magnates igualmente...»

.....  
 Del tormentoso mar en la insegura  
*Mezquina* construcción endeble y leve  
 De sus astrosas naves con pavura.  
 Y desencanto ruin é insidia aleve.....»

No, señor, eso no es poesía.

En la Academia podría pasar, porque así  
 escribía Cañete, y así, poco más ó menos, es-  
 criben Cheste y Marcelino, académicos todos.

Pero fuera de la Academia nadie llama ya  
 poesía á esas desdichadas combinaciones de  
 palabras sin uso.

¡Tierra!

—¡Gracias á Dios!—exclamé al leer este  
 título de la *colombina* siguiente; mas luego  
 he visto que aunque ha dado usted, señor  
 don Juan, el grito de ¡Tierra! todavía no lle-  
 gamos á la orilla.

Todavía, después de esta composición, en  
 la que quiere ser verso endecasílabo esto que  
 copio:

«Surgió á tu voz la tierra ahora mismo»,



hay otra que se titula *Cantata épica...* y que es por lo menos tan mala como las peores.

Empieza:

«Tened ¡oh musas! sujetad mi vuelo;  
Pues me he elevado tanto que no alcanza  
El ojo deslumbrado á ver el suelo.....»

Es claro. Y se va usted á caer, y va á ser terrible la caída.

Todo por empeñarse en subir á donde no puede usted sostenerse.

Ha dedicado usted la cantata épica á la *Unión Ibero-americana*; pero ¿qué unión ha de haber con *cantatas* así?.....

No señor: con esos versos se logra hacer la Unión de ustedes á la Academia ó de la Academia á ustedes, que tanto vale; pero la Unión á España, lejos de hacerse con tales versos, se dificulta.

Usted mismo casi lo reconoce cuando escribe:

«Allá se oyen ecos espirantes  
(Se joyen, ó no hay sílabas bastantes)  
Que simulan dolores y agonías.....  
Y ¡ay! el alma de España laceraron.»

¡Naturalmente! ¿No habían de lacerar semejantes versos?

El alma y el oído.

Lo mismo que decir á América:

«¿Qué inmensos y peregrinos  
Son los floridos caminos  
Por do tu genio camina!

Los *caminos*, esos *caminos* de los malos versos por donde *camina*, serán todo lo floridos, todo lo peregrinos y todo lo *inmensos* que usted quiera, pero conducen al ridículo en derechura.

Y no á otra parte.

«Del fondo del hondo arcano.....»

Así: del fondo del hondo.....  
¡Qué dulzura y qué... en fin.....

«..... el quechua blando  
Cede al embate y bajo el golpe espira  
La incásica nación..... Grito nefando...»

Otro golpe, ú otro *golpespira*:

«..... los indios gimen  
«Pero el yanque los caza como á perros,  
Y vosotros jamás hicisteis tanto.

(¡Qué poesía!)

La fe os guió y el genio, y vuestros yerros  
Están cubiertos por el velo santo  
De religión y ley..... Los altos cerros.....»

Hombre, eso es marcharse por los de Úbeda.

Vaya usted con Dios.



V.

En una revista centro-americana titulada *Cuartillas*, he encontrado un soneto con esta firma al pie: *Justo A. Facio*, y con estos dos rótulos á la cabeza: *Tu musa, A Julián del Casal*.

Es de advertir que Julián del Casal era un mal poeta cubano, muy celebrado allá, en la sociedad de elogios mutuos, cuyos órganos son *El Hogar, La Habana Elegante, El País* y otras publicaciones más ó menos antiespañolas en política, pero igualmente noñas en literatura.

Comienza así el soneto del señor Facio:

«La frente *pura* y *celestial*.....»

¡Lo de siempre!—dirán ustedes:—epítetos á pares. ®

Pues, sí, lo de siempre.

«La frente *pura* y *celestial ornada*  
Con el ciprés que *túmulos decora*.....»  
(*Ornada con ciprés una señora?*.....  
*Parecerá del todo una monada.*)



Porque habremos de convenir en que el ciprés, aunque sea el *que túmulos decora*, como dice el señor Facio para rellenar el verso y hacer consonante, ornando la frente *pura* y *celestial* de una mujer, ha de resultar un ornamento bastante raro.

Y vamos adelante.

Dice después el señor Facio que la de la frente *pura* y *celestial* ornada con el ciprés que *túmulos decora* (no se olvide que es con el que *túmulos decora*),

«Lleva con fe de mártir *salvadora*.....»

Donde ya no se sabe si la *salvadora* es la fe ó es la mártir; es decir: no se sabe si el señor Facio quiere decir que la musa lleva con *salvadora* fe de mártir, ó quiere decir que lleva con fe de *salvadora mártir*.

Inclínome á creer que el señor Facio habrá querido decir lo primero, vamos, que en la intención del señor Facio la *salvadora* será la fe; pero la *sintaxis* no está enteramente de acuerdo con esa intención, y parece reclamar que sea la mártir la *salvadora*.

Sea de esto lo que quiera, vamos á ver qué es lo que lleva la señora de la frente ornada con el ciprés que *túmulos decora*:

«Lleva con fe de mártir *salvadora*  
En la mano tu lira *levantada*.....»

¿Verdad que estará de ver la señora con el ciprés en la frente y la lira en la mano?

¡Ah! y la lira... *levantada*; porque ha de ir precisamente *levantada*: si no, no vale... ni *concierta*.

Sigamos leyendo:

«No te ama....»

¡Horror! ¡Vaya una noticia para el difunto! Vale Dios que no tiene de malo más que el principio, porque luego viene á decir lo contrario.

Hay escritores tan faltos de misericordia y de... *sintaxis*, que hasta para dar buenas noticias empiezan asustando á la gente.

«No te ama... y sirve con amor oculto.....»

—¡Ah!

Sí; respiren ustedes: lo mismo hice yo la primera vez que lo leí, al comprender que el poeta quería decir lo contrario de lo que dice.

«No te ama y sirve con amor oculto,  
Pues es por noble y seductor ejemplo.....»

¡Cuidado que es malillo el verso éste, con su *pueses* y sus dos epítetos *noble* y *seductor*!

«No te ama y sirve con amor oculto,  
Pues es por noble y seductor ejemplo  
Divina pregonera de tu gloria:



Vestal enamorada de su culto,  
*(¡Vestal y viuda! ¡Peregrina historia!)*  
 En el del Arte incommovible templo  
*(Trasposición se llama este... tumulto)*  
 Alimenta una llama—tu memoria!»

Bueno. Pero conste que el adjetivo *incommovible*, que no debe de haber tenido para entrar en ese verso más recomendación que la de ser largo y llenar casi la mitad, lo mismo puede referirse al templo que al arte.

Y ahora, ya que he llamado mal poeta á Julián del Casal, voy á demostrar, así como de paso, que lo es; para lo cual, bastará copiar como muestra un soneto suyo que se lee en la misma revista.

Titúlase el tal soneto *Preocupaciones*, y es como sigue:

«*Cual labrador que con pujante brío.....*»

Este primer verso ya es malo, porque es duro el comienzo *cual labrador*, donde la ele final de la primera palabra y la ele inicial de la siguiente rabian de hallarse juntas, ó hacen rabiarse al que va á pronunciarlas.

A más de que el adjetivo *pujante* es un ripio muy... ripio, porque luego no hay tal pujanza.

«*Cual labrador que con pujante brío,  
 Del sol naciente á los fulgores rojos.....*»

Aparte de lo mal aplicados que están los

adjetivos *naciente* y *rojos*, pues no es el sol *naciente* el que sofoca y quema al labrador, sino el sol meridiano, ni los fulgores del sol naciente suelen ser rojos, sino pálidos; aparte de estas impropiedades, todo este segundo verso es un puro ripio, ya que no hace otro oficio que llenar un hueco en el soneto, retardando la acción y desmintiendo la pujanza prometida.

«*Cual labrador que con pujante brío  
 Del sol naciente á los fulgores rojos  
 Devastando del campo los abrojos.....*»

Otro disparate.

Porque el verbo *devastar* sólo se usa, como suelen decir los académicos, en mala parte, es decir, en el sentido criminal de destruir lo bueno, lo que no debe destruirse. El verbo *devastar* significa arruinar, destruir campos, sembrados ó poblaciones, pero no arrancar ó descepar malas yerbas como el abrojo, planta dañosa á la agricultura.

Vamos otra vez:

«*Cual labrador que con pujante brío  
 Del sol naciente á los fulgores rojos  
 Devastando del campo los abrojos,  
 Granos siembra en el surco á su albedrío.....*»

¿*A su albedrío y en el surco...?* Me parece que las dos cosas no se compaginan bien,



porque si siembra á su albedrío no sembrará sólo en el surco. O tiene que ser el albedrío del labrador un albedrío muy limitado.

¿O es al albedrío de los granos lo que ha querido decir...? Los granos no tienen albedrío. Pero aunque poéticamente se le concedamos, tampoco resulta bien la frase; pues si los granos caen á su albedrío, no caerán todos en el surco.

Lo que hay es que el *albedrío* hacía falta para concertar con *brío*; para lo mismo que luego hará *frío*, probablemente.

A no ser para eso, no había que decir que el labrador siembra á su *albedrío*; porque entendiendo esta frase en el sentido de sembrar sin coacción, libremente, claro es que el labrador, como hombre, como ser libre, ha de hacer las cosas según su albedrío; mas si se entiende en el sentido vulgar de sembrar á capricho y sin reglas, entonces la expresión resulta falsa, porque el labrador no siembra así.

De todos modos, la expresión del señor Casal no puede ser más desgraciada.

Porque hay dos maneras de sembrar, contrapuestas la una á la otra: sembrar á puño, y sembrar á surco. Sembrando á puño, el labrador esparce los granos por la tierra sin mirar donde caen; sembrando á surco, va detrás del arado y los deja caer en el surco solamente.

Suponiendo que el señor Casal cuando dice que el labrador *siembra á su albedrío* ha querido decir que siembra á puño, ó á granel, huelga lo del surco; y por el contrario, habiendo dicho que el labrador siembra *en el surco*, huelga lo *del albedrío*.

A más de que tampoco es cierto que el labrador *devaste*, como dice Casal, ó *descepe*, como debía decir, los abrojos sembrando granos, ó siembre granos descependo abrojos. Porque son dos operaciones distintas, y no queda hecha la una al hacer la otra, como se da á entender en el soneto.

Adelante:

«Cual labrador... etc.

Y en la noche, al oír el viento frío.....»

¡Buen oído se necesita para conocer por él si el viento es frío ó caliente...! ¡Buen oído!

¡Al oír el viento frío...!

¡Cosa más rara...! El señor Casal, que no tiene oído para conocer la armonía y la desarmonía de los versos, le tiene para distinguir el viento frío del viento templado, ó por lo menos atribuye esa poderosa facultad al labrador de su soneto.

«Y en la noche, al oír el viento frío,  
Se le llenan de lágrimas los ojos,  
Porque teme encontrar solo rastros  
Donde soñó la mies en el estío.»



¿Tampoco sabe el señor Casal lo que son rastrosos?.....

Encontrar sólo rastrosos donde soñó la mies.....

¡Pero hombre! ¡si el rastrojo es posterior á la mies y consecuencia de ella, y sin que haya habido mies y se haya segado, no puede haber rastrojo!

¡Si no es posible encontrar sólo rastrosos, ó rastrosos sin mies, pues no hay rastrojo sino allí de donde se ha levantado la mies!

¡Qué atrasados de noticias andan estos americanos!

Unos creen que las golondrinas hacen nidos en la emigración invernal.

Otros creen que los rastrosos son campos donde no ha nacido el trigo.

Pues también hay poeta tropical que cree que las yeguas rumían.

Y lo dice así, tan sereno, en una descripción campestre:

«..... el ríjoso caballo relinchaba  
Al olor de la hembra  
Que indiferente, la cabeza baja,  
Entre rastrosos secos de la siembra  
Rumiaba lenta la verdosa paja.»

¡Qué había de rumiar!..... No señor... las yeguas no rumían.

Se dirá que se puede ser poeta sin saber zoología ni agricultura.....

Yo creo que no; pero aunque se pudiera, siempre sería conveniente no hablar del arquiteve.

También se dirá que habiendo académicos en la metrópoli que no saben, por ejemplo, de la culebra otra cosa sino que es un *animal sin pies que anda á la rastra* (1), nada tiene de extraño que haya poetas coloniales que confundan á la yegua con la vaca y no distingan el rastrojo del yermo.

Y aquí sí que apenas hay contestación posible.

Por aquello de que cuando el cura anda á peces ¿qué harán los feligreses?

Verdad es que la Academia no es cura del idioma, sino enfermedad incurable.

Volviendo al soneto agrícola de Casal, hay que señalar la anfibología del último verso citado, en el cual no se sabe si quien soñó fué el labrador ó fué la mies; y aun pensando piadosamente que fuera el labrador, porque la mies no suele soñar, no se sabe si el labrador soñó en el estío, ó soñó antes del estío que habría mies en el estío.

Y siguen los tercetos:

«Así yo que en *mie verdes primaveras*.....»

De modo que los ocho primeros versos del

(1) Textual.— *Diccionario de la lengua castellana* compuesto por la Real Academia Española, duodécima edición, 1884.



soneto se emplearon en el primer término de una comparación, y podrían reducirse á estas pocas palabras: «Como labrador que siembra y teme no coger».....

Todo lo demás son ampliificaciones.

Me parece, pues, que el soneto es bastante ripioso.

Y le he comentado, por excepción, siendo de autor que ya no vive, por ser de autor, como he dicho, muy celebrado de los periódicos cubanos referidos.

Los cuales ahora mismo vienen poniendo por las nubes una colección de malos versos del mismo Julián del Casal recién publicada en la Habana con el título de *Bustos y rimas*.

Y sin embargo... no hay más que abrir la colección por cualquier parte para ver la poca inteligencia con que aquellos periódicos juzgan de materias literarias, para ver la poca justicia con que tributan los más grandes elogios, para ver, en fin, el convencionalismo inocente con que se alaban unos á otros los cubanos, y la candidez con que, como dice el catalán del *Certamen nacional*, se engañan en familia.

## VI.

El señor don Francisco A. de Icaza, secretario actualmente de la legación de Méjico en Madrid, es un escritor discreto y erudito, de corte académico, pero menos árido y más corriente que la generalidad de los académicos de aquende y de allende el Atlántico.

Su erudición es verdaderamente pasmosa.

Al imprimir un estudio sobre la crítica en la literatura contemporánea, leído antes en el Ateneo, ha puesto al final un «registro alfabético de obras y autores citados» en donde figuran cerca de trescientos autores, y de algunos tres ó cuatro libros, siendo de creer que los haya leído todos.

Y aún es casi seguro que habrá leído algunos otros que no cita.

Como crítico puede señalársele desde luego un defecto: la demasiada propensión al encomio; pues, aún prescindiendo de la excesiva benevolencia con que suele tratar á sus paisanos, benevolencia que ya nos dejó explica-



soneto se emplearon en el primer término de una comparación, y podrían reducirse á estas pocas palabras: «Como labrador que siembra y teme no coger».....

Todo lo demás son ampliificaciones.

Me parece, pues, que el soneto es bastante ripioso.

Y le he comentado, por excepción, siendo de autor que ya no vive, por ser de autor, como he dicho, muy celebrado de los periódicos cubanos referidos.

Los cuales ahora mismo vienen poniendo por las nubes una colección de malos versos del mismo Julián del Casal recién publicada en la Habana con el título de *Bustos y rimas*.

Y sin embargo... no hay más que abrir la colección por cualquier parte para ver la poca inteligencia con que aquellos periódicos juzgan de materias literarias, para ver la poca justicia con que tributan los más grandes elogios, para ver, en fin, el convencionalismo inocente con que se alaban unos á otros los cubanos, y la candidez con que, como dice el catalán del *Certamen nacional*, se engañan en familia.

## VI.

El señor don Francisco A. de Icaza, secretario actualmente de la legación de Méjico en Madrid, es un escritor discreto y erudito, de corte académico, pero menos árido y más corriente que la generalidad de los académicos de aquende y de allende el Atlántico.

Su erudición es verdaderamente pasmosa.

Al imprimir un estudio sobre la crítica en la literatura contemporánea, leído antes en el Ateneo, ha puesto al final un «registro alfabético de obras y autores citados» en donde figuran cerca de trescientos autores, y de algunos tres ó cuatro libros, siendo de creer que los haya leído todos.

Y aún es casi seguro que habrá leído algunos otros que no cita.

Como crítico puede señalársele desde luego un defecto: la demasiada propensión al encomio; pues, aún prescindiendo de la excesiva benevolencia con que suele tratar á sus paisanos, benevolencia que ya nos dejó explica-



da en una de sus fábulas Iriarte, también de algunos escritores de por acá suele hacer elogios inmerecidos, como, por ejemplo, cuando llama *justo y equilibrado* á Picón, que es un sectario furibundo.

Rebajando un poco las alabanzas, sus juicios resultan casi siempre admisibles, y su prosa no es desagradable.

Tiene, además, el mérito de haber descubierto los medios, es decir, los plagios, á favor de los cuales la señora doña Emilia Pardo Bazán iba ya pasando por omnisciente.....

¡Ella que sabe tan poquito!

Por cierto que doña Emilia parece que lo ha tomado á mal y se ha enojado.

Sin razón ni motivo, pues como enseña un refrán, casi siempre cierto, el que dice la verdad no peca.

Y aunque alguna vez por excepción sea pecado decir la verdad, lo que es en materia de plagios, el pecado no es precisamente descubrirlos; es hacerlos.

A más de que no la viene mal á doña Emilia algún contratiempo de esa clase para que se ejercite en la hermosa virtud de la humildad; porque lo cierto es que se iba ensoberbeciendo demasiado, quería hablar de todo, y se la figuraba que, tanto como necesita del calor del sol para la vida material, necesitaba el mundo para la vida moral oír su parecer (que luego ha resultado no ser suyo) sobre el

reo que iban á ahorcar, sobre el tratado de comercio que iban á hacer, sobre las academias militares, sobre la ley de Aguas ó sobre cualquiera *cuestión palpitante*. Vamos, que nos iba saliendo un Cánovas hembra.

Y luego no quería aprender nada de nadie.

Recuerdo que una vez hablando conmigo de una boda y pagando su tributo á la ignorancia de los revisteros de salones, llamó *epístola de San Pablo* á la exhortación que por el ritual romano se lee á los que van á casarse. La dije, por su bien, para que el mejor día no lanzara aquel error en algún libro, que no había tal epístola de San Pablo y la expliqué lo que era. Mas, ó por no haberme creído del todo, ó por no dar del todo su brazo á torcer, la primera vez que, después de aquella conversación, la ocurrió describir una boda, dijo:

—«Oí leer la que *todo el mundo* llama epístola de San Pablo, aunque no lo sea.»

—Pues no, señora; no lo es, aunque todo el mundo se lo llame—dije yo para mí al leerlo en su novela *Una cristiana*.

Ahora ya es otra cosa. Después de los descubrimientos del señor Icaza se ha hecho más dócil doña Emilia.

Ejemplo:

El 30 de Noviembre de 1891, que fué lunes, publicó doña Emilia en *El Imparcial* un cuentecito (bastante soso, esto es aparte,) titulado *La Nochebuena en el Infierno*, y, cam-



biando lastimosamente la pena de daño y la pena de sentido, decía:

«No es que el infierno se alegre del nacimiento de Cristo, porque en el infierno no cabe la alegría; la pena *de sentido*, que es la tristeza, no se nos perdona jamás; pero esta noche se interrumpe la *de daño*: los suplicios cesan.....»

Un año después, en Enero de 1893, reprodujo el cuento en su *Nuevo Teatro Crítico*, periódico que todavía publicaba entonces poco más que para su particular uso, y que ya no publica por haberse convencido á su costa de que podemos pasar sin él, y dijo textualmente lo mismo:

«No es que el infierno se alegre del nacimiento de Cristo, porque en el infierno no cabe la alegría; la pena *de sentido*, que es la tristeza, no se nos perdona jamás; pero esta noche se interrumpe la *de daño*: los suplicios cesan...»

Pero, hace un año, en el primer montón de RIPIOS ULTRAMARINOS, dije yo incidentalmente, corrigiendo á Manolito Gutiérrez, el de Méjico, que doña Emilia llamaba pena de daño á la pena de sentido y viceversa, y ya no fué necesario más. A poco de publicado mi libro imprimió de nuevo su cuentecito doña Emilia, incluyéndole en un tomo titulado *Cuentos nuevos*, y descambió las penas, poniendo el párrafo en esta forma:

«No es que el infierno se alegre del nacimiento de Cristo, porque en el infierno no cabe la alegría; la pena *de daño*, que es la tristeza, no se nos perdona jamás: pero esta noche se interrumpe la *de sentido*: los suplicios cesan.....»

Así, así se hace, doña Emilia, así se hace: se aprende con docilidad, sin que sea obstáculo la modestia del maestro.

Volviendo al señor Icaza, y él me perdone la digresión, es indudable que, con el descubrimiento de los plagios de doña Emilia, ha hecho un buen servicio á las letras.

Pero en cambio las ha hecho también algunos otros de los que se llaman flacos servicios.

Escribiendo versos medianos.

De estos dicen sus mismos amigos, los autores de una antología mejicana, que «no llaman tanto la atención por la grandiosidad de los pensamientos, sino por su *correcta y acabada forma*».

Lo cual para estos tiempos es bien poco.

Pero si luego resulta que la forma no es tan correcta ni tan acabada como se supone, ya es menos.

Veamos:

«OTOÑAL

Han callado las cigarras;  
No fingen un mar los trigos



Cuando el céfiro en la siesta  
Mece los campos dormidos...»

Sí, señor, sí fingen. Cuando el céfiro en la siesta mece los campos dormidos, ó despiertos, los trigos siempre fingen un mar. Lo que hay es que en el otoño no hay trigos, y que el señor Icaza no ha sabido expresar bien su pensamiento.

El señor Icaza habrá querido decir que en el otoño «no fingen un mar los trigos como le fingían allá en el verano cuando el céfiro mecía los campos dormidos»; pero no lo ha dicho bien.

Y presumo que habrá querido decir eso, y que el *mece* ha debido ser *mecía* y se refiere al verano, porque cuando los trigos ya no fingen un mar, porque no existen, tampoco mece los campos el céfiro, pues ni las pajas cortas, duras y gruesas de los rastros, ni la cepa del heno recién segado se mecen, por más que el céfiro sople.

Adelante:

«El viento llega impregnado  
Del acre olor de los pinos.»

Psch... Lo mismo que en el verano, ó un poco menos; porque los pinos huelen más cuanto más calor hace.

Me parece.

Y continuó la lectura:

«Circulan por el ramaje  
*Misteriosos calosfríos.*»

Esto de veras no lo entiendo. No sé cómo puede ser que circulen por el ramaje esos *calosfríos misteriosos*.

A bien que en eso consistirá el misterio.  
A ver qué más:

«Con el rostro entre las manos,  
*Silencioso y pensativo*  
(*El primer verso no es bueno...*  
*Rostro-entre..... Vamos... durillo...*  
*Pensativo y hablador*  
*Es cosa que no se ha visto*)  
Desde la abierta ventana  
El campo brumoso miro»  
(*Que esté la ventana abierta*  
*Para mirar es preciso.*)

Otra muestra.

Se titula *El placer de los dioses*, y dice:

«¿Qué quieres?... soy así. Estoy dispuesto á dar vida y hacienda por el amigo; pero con mi enemigo, una vez lanzado á la contienda, he de ser implacable. ®

Abrigo en el alma odios y amores; que me comprenda el que fue burlado; ya arranqué la venda de mis ojos, y odios y amores conmigo morirán.

Tu consejo, aunque es cristiano, es injusto; que la razón no alcanza á comprender que se ame al enemigo como á hermano.

Yo castigo sin tardanza el ultraje. ¿Qué quieres?...



así soy; pagano nací, y la venganza es placer de los dioses.»

—¿Pero eso es una poesía?—dirá cualquiera de los lectores.

No, señor; no lo es.

Pero con estas mismas palabras, ni una más ni una menos, ha hecho el señor Icaza un soneto que, es claro, no deja de ser prosa porque le haya escrito en catorce renglones de once sílabas cada uno.

Ahí va esa misma prosa en la forma de soneto en que la ha escrito el señor Icaza, y verán ustedes cómo tampoco es poesía.

Porque no hay poesía sin imágenes.

«¿Qué quieres?... soy así. Por el amigo  
Dispuesto estoy á dar vida y hacienda...»

¿No es verdad que sigue siendo prosa pura?

«Pero una vez lanzado á la contienda,  
Implacable he de ser con mi enemigo...  
Odios y amores en el alma abrigo;  
El que burlado fue que me comprenda...»

Pues no dejará de costarle trabajo, porque no se comprendé muy bien lo que quiere decir ese verso, ni el papel que desempeñan ahí ese y el primero de los dos que siguen:

«Ya de mis ojos arranqué la venda,»  
Y odios y amores morirán conmigo.»

Sobre no haber en este cuarteto ni chispa

de poesía, hay dos versos, el segundo y el tercero, que no tienen otro fin que el de rellenarle.

Porque el sentido queda completo, saltando desde el primero al cuarto.

«Odios y amores en el alma abrigo,  
Y odios y amores morirán conmigo.»

Para decir esto, que es lo que el señor Icaza dice, ¿qué necesidad había de intercalar los versos segundo y tercero?

Ninguna.

Para que mueran con uno los odios y los amores que abriga en el alma, ¿es de necesidad ó siquiera de conveniencia, que se haya arrancando la venda de los ojos?

No, señor; sino todo lo contrario.

El arrancarse la venda es curarse del odio y del amor, porque tanto el amor como el odio son ciegos, y por tales se les ha tenido siempre.

De modo, que después de haber dicho:

«Odios y amores en el alma abrigo,»

el añadir:

«Ya de mis ojos arranqué la venda,»

viene á ser como decir: ya no tengo en el al-



ma odios ni amores: lo contrario de lo que se proponía decir el señor Icaza.

Adelante:

«Tu consejo es injusto, aunque es cristiano,  
Que la razón á comprender no alcanza  
Que se ame al enemigo como á hermano.»

Ni de Cañete, ni de Carulla, ni de Marcelino, ni del marqués de Heredia, ni de nadie, conozco versos más prosáicos.

Ultimo terceto:

«Yo castigo el ultraje sin tardanza,  
¿Qué quieres...? Así soy; nací pagano  
Y es placer de los dioses la venganza.»

Pero no puede ser placer de nadie leer estos versos tan prosáicos, y por consiguiente no han debido ser escritos.

Yo comprendo que el señor Icaza no los haga mejores, porque no es poeta de veras, sino poeta de afición, poeta de esos, así como Balart, que á fuerza de tiempo y de trabajo logran, una vez, á costa de oscuridades del pensamiento, hacer una combinación graciosa de palabras, y otra vez, á costa de imperfecciones de la forma, expresar un pensamiento agudo, y otra vez ni lo uno ni lo otro.

Lo que no comprendo es que el señor Icaza, siendo como es un escritor de talento y de gusto crítico, haya publicado esos versos, que tan mal se ajustan á la fórmula dada por

Maupassant y por él de lo que hay derecho á pedir á un autor, de lo que le piden «los espíritus elegidos.»

«Haz algo hermoso—dice—en la forma que convenga mejor á tu temperamento.»

Pues bien, ese soneto no es hermoso, ni esa forma muerta puede convenir á ningún temperamento literario.

Otra muestra:

Otro soneto, rotulado con el oscuro adverbio latino *Gladiatorie* y subtrotulado *A un suicida*:

«En el combate de la vida humana  
Vencido fué por la contraria suerte.....»

Si el señor Icaza se hubiera propuesto expresar en prosa el mismo pensamiento, ¿cómo hubiera dicho?

Lo mismo; de la misma manera.

Porque no hay más que deshacer algún ligero hipérbaton, poner verbigracia, «fué vencido,» en lugar de *vencido fué*, para que todo quede en correcta prosa.

«En el combate de la vida humana  
Vencido fué por la contraria suerte,  
Y ya la sangre que su pecho vierte  
Corre en la arena que se tñe en grana.  
Le insulta aún la turba que villana.....»

Este verso me parece bastante malo, porque hay que pronunciar en él dos aes segui-



das: la final de insulta y la inicial de aún, lo cual es difícil y desagradable.

L' in-sul-ta aún.....

Esto, aparte del prosaísmo común con los demás, y del *villana*, que no hacía falta sino para lo mismo que la arena *se tiñe en grana*.

«Le insulta aún la turba que *villana*  
En las gradas del circo se divierte  
Comentando detalles de su muerte  
Como lo hiciera la *crueidad* romana.....»

También el verso este resulta un poquito cruel; porque es algo de crueldad prosódica reducir á dos sílabas esa palabra *crue-dad* que tiene tres, y obligar al lector á decir *crue-dad*.

Pues aunque la *u* y la *e* suelen formar dip-tongo como en *rue-da*, *pue-de*, que sólo tienen dos sílabas, no sucede eso cuando están precedidas de dos consonantes y seguidas de otras dos como en el caso presente.

Los tercetos:

«Y al olor de la sangre, enardecida  
Espera ver el espoliario abierto,  
Arrastrar el cadáver del *suicida*,  
Y execrar su torpeza y *desacuerdo*,  
Cantando las dulzuras de la vida  
Frente á la triste rigidez del muerto.....»

No resulta la obra artística, créalo el señor Icaza. No hay ahí creación de belleza.

Aparte de que el pensamiento es falso, está expresado de la manera más trivial y menos poética posible.

Otra muestra:

#### «ÚLTIMO AMOR

Como se adhieren los musgos  
A la *inaccesible* peña.....»

¿Qué falta hace que la peña sea *inaccesible* para que se adhieran á ella los musgos? Basta que esté fija, que no sea *movediza*, porque, como dice el refrán, «*pedra movediza no cría moho*», que es cosa parecida al musgo.

Más abajo:

«Prende sus flores azules  
En festones *mil* la hiedra.....»

Esto es hacerlo mal sin necesidad.

Porque con haber dicho:

«En mil festones la hiedra»

resultaba un verso agradable. Mientras que diciendo, como ha dicho el señor Icaza, resulta un *mil... la* que cualquiera lo pronuncia

Otra muestra:

#### «ESPÍRITU Y FORMA

No conocéis el último combate  
Que el pensamiento con la forma libra,



Cuando busca la fuerza que equilibra  
El módulo y la viscera que late.

Un lazo oculto que las sombras ate  
Con la luz y el color, la interna fibra  
En la palabra que armoniosa vibra  
Y que á la vez suspenda y arrebate.  
¡Oh! cuán ardua y penosa es la tarea  
Del que tiene el aliento que transforma  
A la materia inerte en Galatea,  
Y el más alto ideal busca por norma;  
Que enamorado siempre de la idea  
Persigue en vano la rebelde forma.»

Parece enteramente de Marcelino Menéndez Pelayo.

Con lo cual ya está dicho que no puede parecer poesía.

Ni serlo.

El señor Icaza ha traducido también ó parafraseado composiciones de poetas extranjeros, y ha tenido el mal gusto de elegir algunas obscenas.

Pero también entre las suyas originales las hay de un verde bastante pronunciado, como la titulada *Fantasmas*.

Por cierto que hay en ella una estrofa, cuyo sentido no he podido entender, la que dice:

«De cómo pude yo, falaz y artera,  
Jurar que nunca de tu amor los lazos  
El alma, que era suya, hallar pudiera,  
Si me entregaba en tus amantes brazos.....»

¿Qué quiere decir? Yo no lo sé.

Habla una mujer con un hombre, le dice que tiene miedo de que otro hombre, ya difunto, á quien amó antes, venga á pedirla cuenta de su perjurio, y luego le dice esa estrofa.....

Si algún lector la entiende, le agradeceré que tenga la bondad de explicármela.

Todavía ha escrito cosas peores el señor Icaza.

Por ejemplo, una estrofa de una composición titulada *Los dos sueños*, donde, en prosáicos versos, parece increpar á Dios, llamándole *implacable*, y acusándole de injusto, al decirle que no le pide clemencia, sino justicia.

¡Como si no estuviera escrito en el libro de la eterna verdad: *non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens* (1).

Y otra composición titulada *Confianza en Dios*, donde, en versos no mejores que los demás, cuenta el señor Icaza, que un quinto, al marchar de su pueblo, puso su confianza en Dios, y sin embargo, le olvidó la novia y le hirieron en la guerra.

¿Parécenle al señor Icaza digno empleo de su cultivado ingenio estas blasfemias y estas impiedades insulsas?

¡Dios le perdone!

(1) Psalm. CXLII, 2.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## VII.

Desde Enero del corriente año se publica en Barranquilla (Colombia), una revista mensual que se titula *Revista Azul*.

Pero más propiamente se titularía *Revista Verde*; porque de azul no tiene más que los forros, mientras que de *verde* suele tener mucho allá por dentro.

Tengo delante el número 3.º, abierto por donde hay una composición titulada *Orquestal*, que lleva al pie la firma de Antonio G. Rodríguez, muy señor mío y tocayo de nombre como Cánovas, y debajo de esta firma, entre paréntesis, el adjetivo *colombiano*.

Bueno. Vamos á ver cómo es la *Orquestal*. El título promete... cualquier extravagancia.

Y la composición empieza á cumplir la promesa del título en esta forma:

«Es noche de sonrisas voluptuosas...

¡Ya pareció la voluptuosidad!



Nada... que estos americanitos creen buenamente que la voluptuosidad es la poesía, y *voluptuosean* que es un portento.

Y luego, como quiera que hasta los maestros, vamos, los que entre ellos pasan por maestros, verbigracia, don Calixto Oyuela, ponderan la voluptuosidad de tales ó cuales versos como mérito sobresaliente, y hablan de ella como requisito casi esencial de la poesía... ¡vayan ustedes á sacarles de la cabeza á aquellos pobres muchachos la idea de que los versos serán tanto mejores cuanto más voluptuosos!...

Sigamos la *Orquestal*:

«Es noche de sonrisas *voluptuosas*,  
De alegrías, delirios y sorpresas...»

*Juerguecita* tenemos ¿eh?...

Y con sorpresas y todo...

«En los cabellos encendidas rosas  
Y en los labios suspiros y *promesas*...»

Es claro: ya decía yo que el título prometía.

Adelante:

«Las diosas-ninfas...»

¡Hombre! ¿Y quiénes son las diosas-ninfas?... En fin, allá lo veremos.

«Las diosas-ninfas, las sultanas *bellas*

(Mucha gente va usted reuniendo.)

Iluminan sus *clásicos* semblantes...»

¿Clásicos precisamente?... Bueno: la verdad es que para llenar el verso habían de ser alguna cosa; y no pudiendo ser *románticos*, porque esta palabra llenaba demasiado, resultaron clásicos.

Para el caso es lo mismo.

«Las diosas-ninfas, las sultanas *bellas*  
Iluminan sus *clásicos* semblantes  
Con destellos de lámparas *radiantes*...»

¡Naturalmente, hombre! Las lámparas tenían que ser radiantes, lo uno porque no podían menos de serlo, á no ser que estuvieran apagadas, como aquella luz que vió don Víctor Balaguer; y lo otro porque le hacía á usted falta que lo fueran para aconsonantar con los *semblantes*.

Clásicos ó románticos, que esto lo mismo daba.

Quedamos en que las lámparas eran radiantes, y vamos á seguir.

«Con destellos de lámparas radiantes  
Que brillan...»

Sí, hombre, sí. Siendo lámparas... y, por su-



puesto, radiantes... ¿qué remedio tienen más que brillar?... Eso por sabido se calla.

Sólo que si fuera usted á callar en sus versos todo lo sabido, le quedaría á usted muy poco que decir: muy poco.

Bueno. «Las diosas-ninfas, las sultanas bellas, iluminan sus clásicos semblantes con destellos de lámparas radiantes que brillan.....»

A ver qué más:

«Con destellos de lámparas radiantes  
Que brillan como brillan las estrellas.....»

Es claro. Un poco menos, pero, en sustancia, lo mismo; como brillan todos los cuerpos luminosos.

Por lo cual tampoco eso hacía falta decirlo.

Y sigue:

«Y sigue y sigue.....»

Bueno, siga usted y siga:

«Y sigue y sigue la voluble danza.....»

¡Ah! ¿Con que lo que *y sigue y sigue* es la danza *voluble*?.....

¡Pero, hombre, si no había empezado!

A lo menos usted no nos había dicho que hubiera empezado la danza.

No nos había usted dicho sino que era no-

che de sonrisas... *voluptuosas*, por supuesto, noche de sorpresas y... demás; que había en los cabellos rosas encendidas; que las diosas-ninfas iluminaban sus semblantes, *clásicos* por añadidura, con destellos de lámparas *radiantes*, que brillaban, etc; pero del baile no nos había usted dicho una palabra.

Se conoce que ha querido usted cumplirnos el anuncio de que habría sorpresas.

Por eso sin duda no nos ha anunciado usted el comienzo de la danza, hasta que en un momento dado nos dice que *y sigue y sigue.....*

Pues que siga:

«Y sigue y sigue la *voluble* danza  
Con vértigos de amor.....»

¡Malo! Eso ya va malo; porque una danza con vértigos de esos, aunque no fuera *voluble*, sería peligrosa, cuanto más siendo, como usted dice que es, *voluble.....*

«Y sigue y sigue la *voluble* danza  
con vértigos de amor... Venus sonrío.....»

¡Valiente bribona! Sí lo creo que sonreirá. Como que se está burlando de ustedes los *poetas* ultra-eróticos. ®

«Y sigue y sigue la *voluble* danza  
Con vértigos de amor... Venus sonrío  
*Repleta* de pasión y de esperanza.....»

Repleta... Repleta.....



¡Ya, ya! ¡Para que no se sonría Venus! ¡Y se reirá y todo á carcajadas de esos adjetivos de figón barato!.....

Si hubiera usted dicho siquiera *hinchida*, no estaría tan mal. ¡Pero *repleta!*....

Adelante:

«Hienden el aire *crystalinas* notas  
Que van cayendo como *ardientes* gotas.....  
(*¿De plomo derretido?*.....  
*Tanto no, pero es algo parecido*)  
De elixir de pasión *sobre los senos*.....»

¡Gotas de elixir de pasión!..... ¡Y sobre los senos!

Los senos... ¡Cualquiera sabe si son *trigonométricos* ó... *centenométricos*....!

A ver algo más:

«El viento, trovador de los pinares.....»

¿Y qué tiene que hacer en una orgía dentro de poblado ese trovador?.....

«El viento, trovador de los pinares,  
Va derramando aromas y cantares  
En los espacios *limpios y serenos*.....»

¿Y qué espacios son esos, si se puede saber? No serán los espacios en donde se desarrolla la orgía, porque éstos ni son serenos ni son limpios. Y si son otros, por ejemplo,

los espacios imaginarios, ¿qué tenían que hacer aquí?

Lo mismo que el *viento trovador* (*to-tro*) de los pinares; ayudar á llenar tres versos.

Otro golpe:

«Como un torrente de *divina* sangre,  
El vino corre por las amplias mesas.....»

¿Por qué compara usted con un torrente de *divina* sangre el vino asqueroso de la *juerga*?

¿Es por blasfemar de la Divina Sangre de nuestro Redentor Jesucristo, en la cual se convierte el vino en el augusto sacrificio de la Misa?

¿O es que se le ocurrió á usted comparar el vino sencillamente con sangre, y á ésta la puso usted el adjetivo *divina* por ponerla alguno?.....

La caridad me inclina á creer que no haya habido en usted intención de blasfemia, por más que la blasfemia material resulte.

Esas son, estimado tocayo, las consecuencias de ponerse á escribir versos *orquestales*, allá al *vultum tuum*, ó á salga lo que saliere.®

Siga usted:

«Y los *rubios* cantores, cuál se embriagan.....»

Y ¿por qué habían de ser precisamente rubios?.....



Adelante, adelante:

«Ya languidece la opulenta orgía.....»

¡Vamos! ¡Gracias á Dios! Ya va usted á concluir, en gracia de lo cual le perdono á usted que haya llamado á la orgía opulenta.

«Ya languidece la opulenta orgía,  
Ya se cubren los senos con los chales;  
Como un viejo sultán llégase el día  
Derramando zafiros y corales...  
(¡Jesús! ¡Qué despilfarro en pedrería!)

¿Y por qué compara usted al día con un viejo sultán?... Porque quiere usted, me parece á mí.

Pero si es por eso, lo mismo podía usted compararle con López Domínguez ó con Segismundo, no el de *La vida es sueño*, sino el de «la vida es presupuesto»; es decir, Moret y Prendergast.

¡Ea! Acabe usted. Llega el día y...

«Todo queda en silencio.....»

Al revés. Cuando llega el día es cuando nada queda en silencio y todo se vuelve ruido. Bostezan los serenos con el deseo de echar la parva, se ríen los arroyos con la brisa del amanecer, cantan la alborada los pajarillos, tocan la diana los soldados, y suenan por las calles las esquilas de las burras de leche.....

¿No hay burras de leche en Colombia?

Creeré que sí, mientras no me conste lo contrario.

Porque esa lubricidad vocinglera, esa exuberancia de voluptuosidad, esa desmedida inclinación á lo verde que se observa en la mayor parte de los poetas americanos, apenas puede provenir de otra causa, en opinión de un médico amigo mío, que del abuso de la leche de burra.

Hoy es cosa puesta fuera de discusión, que el ser lactante trasmite sus cualidades al ser lactado, y que, al comunicarle el desarrollo físico, le comunica sus aficiones, su temperamento.

Por eso todas las madres que aman á sus hijos así, una cosa regular, no tanto como se necesita para hacer el sacrificio de criarlos á sus pechos, pero siquiera lo suficiente para no echarlos al torno de la In-lusa, todas procuran buscarles una nodriza de buenas costumbres.

Y bien se explica, pues dicen que se han dado en esta materia casos maravillosos.

El médico aludido anteriormente me ha contado que, cuando él estudiaba latín, tenía un condiscípulo que, si le acosaban los otros en sus juegos de rapaces, en lugar de defenderse con las manos ó dándoles cachetes, se defendía de ellos con la cabeza, dándoles mochadas.



Averiguados los antecedentes del chico, resultó que era hijo de un pastor de ganado trashumante, y se había criado bebiendo cuernas de suero.

En otra ocasión, siendo ya médico, fué llamado á casa de un coronel de la reserva para curar á éste unos arañazos terribles que le había dado su mujer en la cara.

Se informó de los antecedentes, y resultaba que la coronela había mamado á la nieta de un escribano.

Pues otra vez en una tertulia de un villorrio oyó rebuznar al juez de primera instancia con una perfección admirable, y ya no creyó necesario entrar en averiguaciones.

Siga el señor Rodríguez:

«Todo queda en silencio, que ha pasado.  
La noche de sonrisas voluptuosas,  
De alegrías, delirios y sorpresas,  
La noche de las *dalias* y las rosas.....»

Como notará el lector, estamos haciendo el retornado; pero se ha introducido en él un elemento nuevo, las *dalias*.

Las cuales han apagado el incendio de las rosas, ó lo que viene á ser lo mismo, han quitado á éstas últimas de ser encendidas como antes.

Y además, han desaparecido los cabellos donde estaban las rosas encendidas.

Porque, naturalmente, como solía decir *La Correspondencia*, entrando la noche en el verso, y además las *dalias*, ya no había sitio para los cabellos ni espacio para encender las rosas.

Quedábamos en que era

«La noche de las *dalias* y las rosas.....»

Y hay que añadir que era también la noche

De los besos, suspiros y promesas.....»

Otro elemento nuevo, los besos.

¡Ya me espantaba yo de que no hubiera besos en una composición *poética* de los trópicos!

¡Cómo habían de faltar!

Versos americanos sin besos casi no se usan.

Tratándose de manjares insípidos y de estómagos anémicos, no puede prescindirse de la mostaza.



## VIII.

Una docena justa de sonetos, pues sin duda en América se expenden los sonetos por docenas lo mismo que los huevos acá, una docena justa de sonetos con su numeración seguida, exhibe don Roberto Brenes en *Cuartillas*, en la consabida revista costarricense.

¡Y qué sonetos!

El primero comienza así:

«De *tupidas* clemátides *coquetas*  
Con jazmines en *plácido* connubio  
Como de copos blancos un *diluvio*  
Cobija el verde zarzo de *mosquetas*...»

De donde se deduce que el autor no sabe á punto fijo lo que es *zarzo*, ni lo que es *cobijar*, ni lo que es *diluvio*...

¡Mire usted que *cobijar* un diluvio!... ¡Y *cobijarle* un zarzo precisamente!...

Lo que sí sabe el autor es poner un mote á cada cosa; y á algunas dos, como á las cle-



mátides, que las llama coquetas—¡pobres cle-  
mátides!—y tupidas.

Y sigue:

«En su redor las *cándidas* violetas...»

¡Hombre! ¿Las violetas *cándidas*?...

No es imposible que lo sean, porque el cul-  
tivo puede cambiar el color á las flores...

Pero lo ordinario es que las violetas no  
sean blancas, sino del color á que han dado  
su nombre; del color que se llama *violeta*.

¿Será que tampoco sepa el autor lo que es  
*cándido*?

«En su redor las *cándidas* violetas  
Vertiendo están su virginal efluvio,  
Y entre *chiritas*...»

¿Y qué son *chiritas*?

Aquí ya no es el sonetero por docenas  
quien no sabe lo que son las cosas; soy yo,  
francamente, que no sé con qué se come eso,  
ni si es carne ó pescado.

«Y entre *chiritas* de penacho rubio  
Las orquídeas adornan las glorietas.»

Bueno. Aunque con trabajo y quedándonos  
con la curiosidad de saber lo que son *chiritas*,  
hemos salido de los cuartetos del primer so-  
neto docenil del señor de Brenes.

Los tercetos son de esta facha:

«Allí está el aire de perfumes *lleno*  
Y saturado de *inmortal* frescura...»

Al revés me la vestí;  
Por eso la traigo así...

Quiere decir este refrán, que el señor Bre-  
nes usa al revés los adjetivos *lleno* y *saturado*,  
empleando el primero donde podía haber em-  
pleado el segundo, y empleando el segundo  
donde podía, menos impropriamente, haber  
empleado el primero, por ser más general, y  
por ser más extensa la escala de sus acep-  
ciones.

Podría pasar que se dijera que el aire está  
*lleno* de frescura, en el sentido de que es  
fresco todo el aire.

Mas en cuanto al *saturado* ya no es lo mis-  
mo, porque este adjetivo tiene significación  
más determinada.

Se puede decir que el aire está *saturado* de  
perfumes, pero no que está *saturado* de fres-  
cura. Porque la frescura, aunque sea *inmor-  
tal*, como quiere el señor Brenes, no es más  
que la disminución del calor, y como esta dis-  
minución no tiene límite conocido, no hay  
saturación posible.

Vaya usted á saber hasta dónde puede lle-  
gar la *frescura* de los hombres políticos, por  
ejemplo.



O la de los malos poetas.

«Allí está el aire de perfumes lleno  
Y saturado de inmortal frescura,  
Todo es allí letífico y sereno.  
(¡Letífico y sereno? ¡Bueno, bueno!)  
¡Si alcanzase, abrazado á una hermosa,  
(Impureza se llama esta figura)  
Hollar del zarzo el aromoso seno,  
Sería mi santuario de ternura.»

Pero, ¿quién sería ese santuario de ternura? ¿El zarzo? ¿Y qué zarzo es ese que tiene un aromoso... seno? ¿Tiene también co-seno?...

A-ro-mo-so-se-no... soseno.....

¡Qué afán de amontonar sosadas!

En el segundo soneto de la docena el poeta, llamémosle así, me parece que habla con la luna.

Mas como no lo dice al principio, ni después tampoco, se tarda en saber, y hay que leer el soneto dos ó tres veces sin entenderle, antes de llegar á vislumbrarlo.

Figúrense ustedes que se encuentran una docena de huevos en la cesta, digo, una docena de sonetos *En la floresta*, y debajo de este título, una dedicatoria *Al distinguido poeta D. Justo A. Facio*, que ni siquiera como mal poeta es muy distinguido, pues apenas se distingue del autor de estos sonetos adocenados.....

Figúrense ustedes que leen el primero de

los sonetos, que habla de las elemátides *tupidas* y *coquetas* en connubio *plácido* con los jazmines, diluvio de copos *blancos* cobijado por el zarzo *verde* de mosquetas y rodeado de violetas *cándidas*, entre *chiritas*; cuyo zarzo, como diría cualquier académico, tiene un *seno aromoso*, que el autor desea hollar con intenciones pecaminosas.....

Figúrense ustedes, que debajo de este soneto primero, y sin más título que el general de la nidada, se encuentran con este número romano II, y enseguida empiezan á leer:

«¡Cuán bella asomas en la azul colina  
Presta á tender los argentados trajes....»

No niego que pueda ser la luna; pero lo mismo puede ser la doncella de servicio de una casa de campo, que sale al balcón á sacudir el polvo á los trajes de la señora.

Y aunque luego hay otro verso que dice:

«Rodando como perla majestuosa»,

tampoco esto es bastante para deshacer la confusión; porque si la doncella no rueda, á no ser en sentido figurado, cuando va recorriendo muchas casas, tampoco vemos rodar á la luna.

Ni casi á las perlas... *majestuosas*. Porque como valen dinero, no se las suele echar á rodar á menudo.



Bueno: el caso es que en este segundo soneto es azul la colina, *argentados* los trajes, *magníficos* los paisajes, *melancólica* la luz que los ilumina, la cabellera *diamantina*, *espléndidos* los encajes, *pálidos* los follajes, y la lluvia... *crystalina*, todo porque al autor le da la gana de hacerlo así, mas no porque Dios así lo haya criado.

Porque lo que es la *cabellera diamantina*, me parece que no la ha criado Dios, sino el señor Brenes.

«Como tu cabellera *diamantina*  
Cual formada de *espléndidos* encajes....»

¿En qué quedamos?—dirán ustedes—¿en el real, ó en los ocho cuartos?

O como si dijéramos: ¿Es de diamante, ó ó es de encaje la cabellera?....

Los tercetos salen así:

«Rodando como perla *majestuosa*  
Hacia el *fondo* turquí del *hondo* espacio....»

¡Anda, salero! Hacia el *fondo* del *hondo*. Lo mismo que el autor de las *Colombinas con ilustraciones*... Los *genios* se copian sin saberlo. Vamos, coinciden en decir las cosas mal.

«Rodando como perla *majestuosa*  
Hacia el *fondo* turquí del *hondo* espacio,  
Semejas una lágrima amorosa  
(*Lágrima, si es la luna, prodigiosa*)

¡Ay! si á la luz de tu reflejo laicío  
*Errase* en este bosque con mi hermosa....»

¡Ya pareció aquello!....

¿Cómo había de faltar la hermosa?....

Y ahí tienen ustedes á un hombre que desea *errar*... y lo consigue.

¡Vaya si lo consigue!

Si no en el bosque, por lo menos en los sonetos.

El tercero es de ondas... *esplendentes*... y *opalinas*, pues no estaba bien que las ondas se quedaran con un solo epíteto.

Porque también el sol, que viene en seguida, es *puro* y *radiante*.

Véase:

«De ondas *esplendentes* y *opalinas*  
(*Si no dices de jondas, desafinas*)  
El *puro* sol como *radiante* gema....  
(*¡Gema?... Bien... Cada loco con su tema*)  
Cual cascada de *risas argentinas*  
(*¡Cáscaras! ¡Qué cascada!... ¡Cascarinas!....*)  
*Rompió* del bosque la *quietud suprema*  
(*¡Quién la rompió?... ¡Bah! Digalo y no tema*)  
Y vi vestidas de *amarillo crema*  
(*Mal gusto: es el color de la postema*)  
Dos jóvenes *hermosas* y *divinas*.»

¡Caracoles! ¿Dos? ¡A que nos va á resultar mormón este hombre!...

¿Y luego hermosas... y además de *hermosas*, *divinas*?...

Podía haber comenzado por llamarlas divi-



nas, y ya no necesitaba decir que eran hermosas, porque baza mayor quita menor, como suele decirse.

Mas era el caso que sin los dos adjetivos no había verso...

Y continúa el hombre:

«A verlas abrazadas y tan solas  
Despacio andar por el sendero estrecho...»

¡Hombre, no! Si cabían las dos abrazadas, no era tan *estrecho* el sendero.

¿Qué más anchura quiere usted en un sendero que la necesaria para que pasen á la vez dos personas? Lo ordinario es que no pueda pasar más que una; y lo que es si cupieran más de dos á un tiempo, ya no sería sendero, sería camino.

Verdad es que el primer verso del terceto segundo acaba en *pecho*, y por eso el sendero tuvo que ser estrecho, porque si no no había consonante.

Soneto IV:

«Ostentaba en los bosques el rocío  
Trocatintes cambiantes y diversos...»

«Trocatintes... cambiantes... dos sustantivos... «y diversos»... unidos con un adjetivo...

¡Combinación más rara!

«Bulliciosos los pájaros, sus versos  
Modulaban...»

¡Pobres pájaros! ¡Levantarles el falso testimonio de que modulan versos!...

Y apuradamente aunque los modularan, no los modularían peores que los de autos.

«Bulliciosos los pájaros, sus versos  
Modulaban en tierno murmurio.»

¡Hombre!... ¿Murmurio?... Verdad es que para servir de consonante á *rocío*, por fuerza tenía el murmurio que ser *murmurio*.

Aunque lo mismo podía el autor haber cometido algún *perjurio*; lo cual hubiera sido tan mal *augurio*, como tener un hijo *espurio*...

Vaya, que dicen estos poetas cada disparate que tiembla el *misterio*...

«Amaneció y hacia aquel zarzo umbrío...  
¿Otra vez aquel zarzo? ¿Hay otro lío?)  
Marchaba por entre árboles dispersos  
¿Dispersos?... Sí, por concertar con versos.)  
La joven de ojos vívidos y tersos...»

Sí; á la joven la estaba yo viendo venir. Sólo que no creía que se viera usted obligado á ponerla los ojos *tersos*.

¿Sabe usted que estará graciosa?... Con los ojos *tersos*... y luego vestida de amarillo, pues dice que

«Era su traje de color de gualda...»



## Soneto V:

«Sí, son tan rubios sus cabellos finos  
como las hebras del *clote* en cierna  
Y *ocultos* hay en su mirada *tierna*  
Reflejos y fulgores *diamantinos*.

Y si están ocultos, ¿cómo los ha visto  
usted?...

Bueno; adelante:

«*Sarta* es su voz de *melodiosos* trinos,  
Con el *banano* su esbeltez alterna  
Y hay en su firme y escultórea *pierna*...»

¡Jesús! ¡Qué porquería!...

¡Pero D. Roberto! ¿Le parece á usted que  
está bien ni medio bien desnudar así á una  
muchacha delante de la gente?

No le sigo á usted, porque Dios sabe á  
dónde irá usted á parar, y salto al soneto nú-  
mero 6, que dice:

«La luna llena cual *dorado* globo...»

Lo cual prueba que, si no es poeta, es do-  
rador el señor Brenes, porque hace un mo-  
mento la luna era plateada ó *argentada*, y aho-  
ra ya la ha dorado.

«La luna llena cual *dorado* globo  
Iba ascendiendo en el azul *tranquilo*,  
El céfiro con *lánguido* rehilo...  
(¡*Rehí*... qué?... ¡*Brillante* estilo!)

Mecía en el jardín el alto *pobo*.  
(¡*Vamos*, me quedo *bobo*!)  
Tendido en las retamas de un escobo  
(*Parecería un lobo*)  
Pocos momentos la esperé intranquilo  
(*Yo sí que estoy en vilo*)  
Y al mirarla llegar *mi refocilo*  
(*Corren aquí las... gracias hilo á hilo*)  
Tornóse al punto en *indecible* arrobo.»

Todos los arrosos son indecibles, porque si  
no lo fueran, no serían arrosos.

Siga usted:

«Me dió la mano temblorosa y fría...»

Bien: eso puede pasar. Pero cuidado no  
meta usted la pata, ó mejor dicho, no saque  
usted la pierna, como antes....

«Me dió la mano temblorosa y fría  
Por la emoción de su *sin par* cariño...»

¿*Sin par*, de veras? ¿No tiene par su cari-  
ño en el de usted? ¡Ingratón! ¿Por qué no la  
quiere usted otro tanto?

«Me dió la mano temblorosa y fría  
Por la emoción de su *sin par* cariño.  
Yo la besé inundado de alegría...  
Y de mi alma, como de un *escriño*...»

¡Hombre! Me gusta la comparación....



Por supuesto, que si la hubiera hecho otro, si otro hubiera llamado al señor Brenes alma de *escriño*, ó de *escreño*, que es como más comúnmente se dice, se hubiera enfadado. Pero como es él quien compara su alma con un *escreño*, no habrá de quejarse!

¡Qué ocurrencia más peregrina y más original!

«Y de mi alma, como de un *escriño*,  
Sólo brotó el joyel que contenía.....  
(¡Ay, Dios! ¡Qué brotaría!.....  
Alguna tontería.....)  
Un «te amo» en una lágrima de niño.»

El sétimo... no hurtar.

La *barbacoa* de *colgantes* flores.....»

Bueno: yo no sé lo que es la *barbacoa*, pero es lo mismo. Basta saber que tiene flores *colgantes* y que está

«Inundada de *mágicos* aromas.»

Van el poeta del *escreño* y su amiga

«Juntos los dos gustando los olores  
De las vecinas.....»

No crean ustedes que se trata de las veci-

nas de la casa; pues en este caso no sería muy de envidiar el gusto. Se trata

«De las vecinas *perfumadas* pomas,»

que naturalmente habían de ser *perfumadas* para que el poeta y su amiga gustasen sus olores.

Ahora verán ustedes lo que hacían *juntos* los dos:

«Mirábamos *cual* gotas *policromas*  
Puro rocío *destilar* fulgores.....»

¡Destilar fulgores!... Y luego, dos amantes que son *cual* gotas *policromas*.....

Porque el *cual* viene inmediatamente después de *mirábamos*, y á los amantes tiene que referirse, á pesar de que las *gotas policromas* no miran.....

«Mirábamos *cual* gotas *policromas*  
Puro rocío *destilar* fulgores.....»

¡Vamos!... que no lo entiendo.

«Luego, en el cáliz de un *clavel fragante*,  
Fuí recogiendo las *rodantes* perlas,  
Ya transformadas en licor *temblante*.....»

No hay cosa más fácil que versificar así.



Lo que rueda *rodante*, lo que tiembla *temblante*, lo que cansa *cansante*....

Y aún así no sabe hacerlo bien el señor Brenes, porque el último renglón de este soneto,

«Que, pudorosa, me sonrió al beberlas»,

no es verso ni cosa que lo valga.

Porque *son-ri-ó* tiene por sí solo tres sílabas, y no se puede hacer que tenga solamente dos, como era necesario para que eso fuera verso endecasílabo.

Y menos uniéndose el artículo *al* por sinalefa.

Vamos, si no, á ver quién pronuncia en dos sílabas todo esto: *sonrió al*. Dos consonantes y tres vocales en una sola sílaba.

Todos los demás sonetos de la docena son así; como suelen ser la mayor parte de los versos americanos.

Defectuosos y pobres en la forma, cubiertos de epítetos extravagantes, á manera de falsa pedrería.

Eróticos en el fondo hasta el fastidio, verdes, de un verde subido, subido hasta los lindes de la asquerosidad.

Yo creo que á estos *poetas* intertropicales se les figura que no hay para el alma otra delicia mayor que el manoseo de la carne desnuda, ni para la poesía más digno asunto

que la descripción minuciosa y enlodada de esas miserias de la vida.

A esa tarea vil se dedican con empalagosa constancia, en ella gastan sus nobles facultades alardeando y mostrándose orgullosos de poder desempeñarla de ciencia propia, sin advertir ¡infelices! que esa ciencia está al alcance de todas las fortunas, pues hasta los pobres soldados hallan esas gangas si las buscan, y aún sin buscarlas á veces las encuentran.

Peró, ¿qué digo los soldados, que al fin son hombres, aunque á veces por el trato que reciben no lo parezcan?...

Hasta los bichos más ruines de la creación disfrutaban de esos *refocilos*, que diría el señor Brenes, el de la *pierna*.

Lo cual debiera bastar para que los hombres, lejos de entretenerse en cantar y ensalzar esas bajezas, escucharan avergonzados el versículo del Profeta-Rey: *Nolite fieri sicut equus et mulus, quibus non est intellectus* (1), y recordaran el hermoso terceto de Rioja:

«Esta nuestra porción alta y divina  
A mayores acciones es llamada  
Y en más nobles objetos se termina.»

(1) Psaml. XXXI, 9.





IX

«*Verbos y gerundios* no es un catecismo de gramática para la escuela, sino un precioso tomito de poesías del simpático escritor peruano Ricardo Palma.»

Con esta advertencia, que no puede ser más oportuna, empieza un prologuín de veinte renglones, que al libro de versos aludido en ella puso un amigo del autor, Carlos Augusto Salaverry.

Oportuna he llamado á la advertencia que encabeza el prólogo, y aún temo no haberla hecho justicia por no haberla llamado necesaria, puesto que sin ella nadie creería encontrar detrás del título de *Verbos y gerundios* una colección de poesías.

—¿Poesías?—me parece oír que pregunta algún lector de los más escamados.

—Bueno, hombre; hay que ser tolerantes con el modo de hablar usual y corriente.

Y luego... no se vaya á creer que el señor



Palma es tan mal poeta como el señor Montes de Oca. Eso no.

No es bueno, pero tampoco es tan malo, tan malo, que se le pueda equiparar al famoso traductor de Teócrito.

En todo hay clases....

El señor Palma tiene de mal poeta todo lo que se necesita para pertenecer á la Academia Española en clase de Correspondiente; pero no es como el otro, que tiene méritos él solo para doce ó catorce.

¡Ah! Y también es el señor Palma bastante mal poeta para que le alabe Marcelino en esos prologotes que anda poniendo á la *Antología de poetas hispano-americanos*.

Donde, aún á poetas tan ripiosos como Pesado (que lo es de verdad) Caro, Bello, Olmedo, Ortiz, Lozano y otros así, les da cada golpe de bombo que aturde.

Sólo con esa manga tan ancha se explica que forme tomos y más tomos de versos *escogidos*....

Cuando entre todos los tomos hasta ahora publicados apenas hay más que un poeta de verdad: Heredia.

Volviendo al señor Palma... ¿que por qué ha puesto á su libro el extravagante título de *Verbos y gerundios*?

¡Ah! yo no lo sé. Y el señor Salaverry, en su *participio* de prólogo, tampoco lo dijo, sino que se limitó á advertir que el libro no era un

«catecismo de gramática para la escuela», dejándonos de paso entender que no sabía lo que es catecismo, y á disculpar el que algunos asuntos no sean del todo originales.

Lo que yo sé es que el señor Palma, que pasó su juventud sembrando versos por el mundo, pues imprimió un tomo en París titulado *Armonías*, en 1864, y otro en el Havre titulado *Pasionarias*, en 1870, había entrado después en el camino del arrepentimiento, y le hubiera seguido, cumpliendo el propósito formado de no publicar más tomos de versos en la vida, si su mujer (¡siempre las mujeres!) no se hubiera empeñado en que le quebrantara.

Así lo cuenta el mismo autor en esta dedicatoria de *Verbos y gerundios*:

«Á CRISTINA

En 1870 formé el propósito de no publicar más tomos de versos. Te has empeñado en hacérmelo quebrantar, y á fin de que compartas con tu esposo la expiación de tan gordo pecado, te dedico el libro.»

¡Bien hecho! ¡Justo castigo á su empeño antiliterario!

Y eso que el pecado de la publicación de este tomo de *Verbos y gerundios* no es tan gordo, valgan verdades, como el señor Palma dice.

Algo más gordos los ha cometido el señor



Palma en otro libro titulado *Anales de la Inquisición en Lima*, donde se ha cansado de amontonar cargos injustos contra el Santo Oficio.

De lo cual, ya está bien castigado el señor Palma con el juicio adverso de todas las personas instruidas y formales.

Por lo demás, la recaída poética del señor Palma ha sido tan grave y su des arrepentimiento tan radical, que, aún después de haber publicado en 1877 los *Verbos y gerundios*, ha seguido versificando con mediana fortuna, y desde la publicación de las *Humoradas* de Campoamor ha dado en imitarlas, por lo menos en la dimensión, escribiendo otras composiciones cortas á las que llama él *Filigranas*, modestamente.

Analicemos ahora alguna composición de *Verbos y gerundios* que es el libro del señor Palma que tengo más á mano.

La última copita se llama, por andar al revés, la primera composición del tomo, y dice:

«Ayer entre dos luces  
Casi me di de bruces  
Con un pobre borracho  
Que...

Será verdad lo que cuenta el señor Palma, no diré que no.

Será verdad, pero poesía no es.

Adelante.

«Con un pobre borracho  
Que, sin norte ni rumbo,  
Daba por esas calles *tumbo y tumbo...*»

Se dice «daba tumbos», señor Palma, pero no se dice daba *tumbo y tumbo*, á no ser para llenar el verso y hacer consonante al rumbo.

Así como se dice, y está bien dicho, que usted hace versos (aunque no sean del todo buenos), pero no se dice que usted hace *verso y verso*.

Continuemos:

«Ayer entre dos luces  
Casi me di de bruces  
Con un pobre borracho  
Que, sin norte ni rumbo,  
Daba por esas calles *tumbo y tumbo*  
*Enriada ya la dignidad á un cacho.*»

No me pregunten ustedes lo que quiere decir este último verso, porque no lo sé, ni lo he podido averiguar de ningún modo.

Enriar es echar el lino á cocer en el río... Pero la dignidad no se enría...

No siendo la de los hombres políticos; que ésta sí, los pocos que la tienen, la suelen echar á remojo, para que se ablande y se haga más flexible.

¿Será errata de imprenta el *enriada* y querrá decir *enviada*?... Ya me he acordado de



esto también; pero tampoco en este supuesto queda la cuestión del todo resuelta, porque enviar *la dignidad á un cacho*, tampoco sé lo que significa.

¿Quiere decir á gran distancia?...

Aunque quiera, no puede.

En fin... ¿para qué dar vueltas á la cosa?

Como el señor Palma sepa lo que ha querido decir, á los demás no nos importa tanto, que no podamos quedarnos sin saberlo.

Volvamos al pobre borracho

Que, sin norte ni rumbo,  
Daba por esas calles *tumbo y tumbo*  
Enriada ya la dignidad á un cacho  
Y hecho de la moral un *higo chumbo*.

Bastante malito ¿eh?... Bastante malito...  
Discúlpase el borracho de este modo.

«Perdone usted, me dijo, caballero,  
¿La plazuela de Otero?  
Es, señor, ese pícaro italiano.»

¿La plazuela de Otero es ese pícaro italiano?...

Si á lo menos hubiera puesto el señor Palma en *Otero* puntos suspensivos.....

«Es, señor, ese pícaro italiano  
Dueño de la *chingana* de la esquina.»

¿Que qué es *chingana*?... No lo sé. Supongamos que sea taberna, y... adelante.

«Vende un aguardientito tan *liviano*  
Que es cosa más que *rica* y que *divina*.»

Asonantitos menos que *ricos*, mucho menos.  
Pero nada *livianos*.

Y dice el borracho un poco después:

«Treinta copas bebí, *no es patarata*.»

No; pero será consonante.  
Y allá viene á salir la cuenta.  
Siga usted:

«Treinta copas bebí, *no es patarata*,  
Y tan fresco quedé como una *horchata*.»

Es claro; habiendo de quedar tan fresco como una *horchata*, no podía menos de no ser *patarata*.

«Treinta copas bebí, *no es patarata*,  
Y tan fresco quedé como una *horchata*.  
*Prueba de que no es mala mi cabeza*,  
Mas de *yapa* al salir, por mi desdicha,  
Obsequíome el *bochicha*  
Un traguito y.....»

Señor Palma; aunque no sé lo que es *yapa* ni *bochicha*, sé que el verbo obsequiar no se construye así. No se dice: Obsequíome un traguito; se dice obsequíome con un traguito.

«Obsequíome *el bochicha*  
Un traguito, y... vea usted lo que me pasa.»



¡Caracoles, qué versol... No se acaba de recitar en un año.....

Vea usted que *vea* tiene dos sílabas, señor Palma.

Moraleja.

«¡Tal es la humanidad! Un desatino  
Con otros anteriores se eslabona...  
(¡Así es! en ésta y en aquella zona).  
¡Trueno gordo! Un gran mal nos sobrevino  
Que á otros males le sirve de corona.....»

Les, don Ricardo, les. ¿No ve usted que *otros males* es plural? ¿Cree usted que *de sirve á otros males* es buena concordancia?... Pues no, señor, no lo es.

Con la agravante de que el artículo no hacía falta ¿entiende usted? no hacía falta ninguna, y podía usted no haberle puesto. Pero de ponerle, se pone concertado con el nombre en género y número.

No es usted solo, en honor de la verdad, el que hace esa mala concordancia; porque aquí tenemos á doña Emilia Pardo Bazán, que también suele hacerla.

Por ejemplo, cuando termina un cuentecito, llamado *El Talismán*, con estas palabras: «¿No quiere usted concederle nada á las casualidades?»

Pero esto de no concederle nada á las casualidades, lo dice doña Emilia por haberles concedido muy poco á los estudios.

Y... vamos, que aunque lo diga doña Emilia, eso es una mala concordancia.

Tanto menos disculpable, cuanto que era innecesario el artículo.

De modo que es un disparate de lujo.

En otra composición titulada *Baúl cerrado*, dice el señor Palma, dirigiéndose á una mujer:

«¡Vaya una tonta de flor y rama!»

Los que no sabemos cómo son las tontas de flor y rama, nos quedamos discurriendo lo que quiere decir, hasta que, un poco más abajo, nos encontramos con este otro verso:

«Conquistarías más alta fama.»

Bueno. Ahora ya sabemos lo que es una tonta de flor y rama; un consonante.

Pero esa libertad tan ancha de buscarlos, pertenecía hasta ahora á Carulla, casi exclusivamente.

Más adelante, después de hablarnos de la *barriga* de una mujer, con un desenfado digno del señor Brenes, el de la *escultórea pier-na*, le hace falta al señor Palma un consonante para Dios, y dice:

«Baúl con llave soy para los  
secretos...»

¡Para los!...



De esto ya teníamos acá un ejemplo en cierto sainete lírico, donde se canta:

«Dispensa,  
Manolo,  
Que no-lo  
Sabía.»

Pero la literatura de los sainetes líricos al uso, ya se sabe que es una literatura especial... Vamos, que no es literatura.

Sino simple sarta de desatinos, como aquellos de *Las Campanadas*:

«En Agosto  
De las uvas se hace el mosto...»,

y

«Basta, muchachos,  
De comer uvas  
Que estáis borrachos  
Como unas cubas...»

Donde se adelanta un par de meses la época de pisar la uva, que no es sino el mes de Octubre, ó el fin del de Setiembre cuando más pronto, y se da por seguro que comiendo muchas uvas se emborracha la gente.

Para todo lo cual se necesita estar bien atrasado de noticias.

O escribir para el público habitual del teatro de Apolo.

Además, señor Palma, esto que pone us-

ted en otra composición como verso de diez sílabas,

«Y su alma al miedo prestando asilo.»

no es verso, ni es nada más que un trabalenguas.

Y *su alma al miedo... su al-mal-mied... al-al.*

Así como tampoco se dice *Garcilazo*, ni aunque haya de consonar con *bagazo*.

Ni se llama *taquito* al tacón pequeño; sino *taconcito*.

Ni se dice *¡agua con él!* sino *¡agua en él!* para mandar que se eche agua en el fuego.

Otra composición comienza así:

«Perdona si estás molesta...»

y aparte de lo prosaico del adjetivo, tampoco está bien aplicado, porque *molesta* no quiere decir *molestada*, sino *molestadora*.

El mismo Diccionario de la Academia dice, y con razón, por muy raro caso: «MOLESTO, TA, que causa molestia.»

De modo que decir:

«Perdona si estás molesta»,

por si estás molestada, es decir las cosas al revés.



Otra composición, traducida de Víctor Hugo, empieza:

«Es grande Lucifer en su caída,  
Algo de apoteosis hay en ella...»

Sí habrá algo.

Pero no hay nada de poesía en esos versos,  
Ni en estos:

«—¿Es eucalipto, es fresno, es *atrapea* (?)  
(Bien: sea lo que sea)  
Ese árbol *primoroso*  
Que en su jardín se eleva *tan frondoso!*  
¡Naturalmente! siendo *primoroso*,  
Para hacer *consonante... tan frondoso*.  
Si llega á ser *chinesco*,  
Para hacer *consonante... pues tan fresco*.  
Sube por un peñasco... etc.)  
¡Qué sombra! ¡Qué frescor! ¿Quién no desea  
Un árbol tal?—Decíale á un *ricacho*  
Ayer cierto mancebo *vivaracho*,  
Y el dueño del jardín lanzó un suspiro  
Contestando:—¡Ay mi amigo! *según miro*,  
Ignora usted la historia  
De ese árbol en que cree cifro mi gloria...»

—¡Señor Palma!

Después de hacer *tan frondoso* el árbol por haberle antes hecho *primoroso*, después de hacer al mancebo *vivaracho* por haber antes hecho al rico *ricacho*, después del *según miro* y de todos los demás ripios y del prosaismo

del árbol tal, y... tal... ¡se descuelga usted con un verso como éste!

«De ese árbol en que cree cifro mi gloria.»

¿Cree usted que eso es un verso endecasílabo?....

Y luego, para quitar á los lectores la mala impresión de ese verso, pone usted estos otros:

Por si me *enrolo* un día  
De San Marcos en la *Archicofradía*,  
Merecer de usted quiero un gran servicio  
Que me ha de redundar en beneficio.....»

¡Clarol Si no redundara en beneficio... y en consonante, ¡valiente servicio sería!

Como el que usted hace á la forma poética con versos como ese:

«De San Marcos en la *Archicofradía*.»

O como el que hace á la pureza del lenguaje con verbos como *enrolo*.

Eso es francés, señor Palma.

Y esto otro, que escribe usted en un *álbum*, aunque sea castellano, es duro y pedestre:

«Mejor que las románticas *canciones*  
(¿Románti-cascan-ciones?)  
De un vate cuyo numen no es gran cosa.»  
(Es verdad... y hasta prosa).



Principio de un soneto á una coqueta:

«Hija mía, con guiños y monadas  
De otros á hacer aspira la conquista.»

¿No hay más aes?  
A hacer aspira la.....  
Y luego, no se dice *Masías*, ni *Valdez*: se  
dice *Valdés* y *Macías*.  
Final de otro soneto sobre gustos:

*Pero nada hay que tanto á mí me incite  
Como el mirar golpeando una panquita  
A una muchacha de gentil palmito.  
Y atrévome á decir: si usted permite  
Que la pida limosna, señorita,  
Cuando acabe regáleme el puchito.*

Quedamos enterados.

Como no sabemos lo que es *panquita*, ni lo  
que es *puchito*, quedamos enterados, á lo me-  
nos de que el primer verso es muy rípioso.

Como éste:

«Dejémonos de curvas y de rectas.....»

¡Cualquiera acierta, así de primera inten-  
ción, para qué quiere usted, señor Palma, que  
nos dejemos de curvas y de rectas!

Hay que leer todo el cuarteto para com-  
prender por qué se acordó usted de las *rectas*  
y de las *curvas*.....

«Dejémonos de curvas y de rectas,  
Que el hombre es fuego y la mujer estopa.  
¿Qué hicieras tú, lector, si á quemar-ropa  
Te echasen *indirectas* tan *directas*.....?»

¡Ecolo-qua!

Usted quería concluir la composición con  
un cuarteto y ese cuarteto con este verso:

«Te echasen *indirectas* tan *directas*.....»

¿Cómo preparar el terreno para este fin?  
¿Cómo comenzar el cuarteto?  
Pues sencillamente:

«Dejémonos de curvas y de rectas.....»

Y de versos.

*Semejanzas* se llama la comparación que si-  
gue, y empieza con una serie de comparacio-  
nes, de las cuales la cuarta es esta:

«Como la niebla, que alarde  
De coronar hace el monte.....»

¿Con que *hace el monte*.....  
¡Cosa más rara!

Y dice el término de la comparación:

«Así de mejor edad  
Las ilusiones *huyeron*  
Y á nuestras almas *trajeron*  
Fatídica realidad.....»

¡Hombre! ¿*Huyeron*, y, al huir, *trajeron*?...  
Eso no puede ser. Si acaso, llevarían; pero  
traer al sitio de donde *huyeron*, no es posi-  
ble.....

Si dijera usted que dejaron..... Pero enton-  
ces no había consonante.

Ahora quiere usted imitar á Campoamor;  
veamos lo que sale:

Era Mariquitña  
Lo que se llama una hechicera niña;  
Fresca, bonita, dócil, hacendosa,  
Una muchacha, *en fin*, *jacarandosa*.....»

¡Clavado! El mismo don Ramón no lo dis-  
tingue... porque no lo lee, de seguro.

Pero vamos; ¿cree usted que una mucha-  
cha fresca, bonita, hacendosa y dócil ha de  
ser *jacarandosa* por lo mismo?

No señor: todo lo contrario.

Otro botoncito:

«La patria espera mucho de malo  
No se *salva ella con palo y palo*.»

Ni con ripio y ripio.

Armonía... imitativa:

«El gabilán asoma  
Y *atrapa á la paloma*.....»

A-tra-pa-la-pa.....

A-tra-pa-la-pa-lo.....

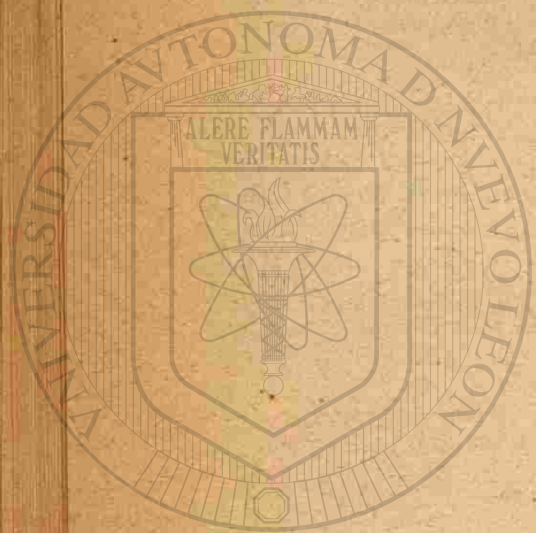
¡Qué oído, señor Palma, qué oído!

¿Y cree usted que el autor de estos *verbos*  
y de estos *gerundios* tan inarmónicos y tan ri-  
piosos puede ponerse á hacer *filigranas*?....

Conténtese usted con hacer mampostería  
sencilla.

Y gracias que esté bien hecha.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

X.

No se han acabado las buenas almas.

Otro amigo desconocido, como aquellos tres de Minatitlán, me ha enviado de Méjico un libro recién salido de la imprenta.

Mal papel, mala impresión, malos versos... Claro es que el libro ni material ni moralmente vale tres ochavos; mas para mí, en las presentes circunstancias, es pieza de Rey, como suele decirse.

Titúlase *«Libro nacional de lectura, arreglado por Adalberto A. Esteba y Adolfo Dublán, obra aprobada por el Consejo superior de Instrucción pública para servir de texto en las escuelas municipales y nacionales...»* donde seguramente aprenderán buenas cosas los pobres alumnos.

Verdad es que en todas partes cuecen habas.

Porque también acá, donde no hay textos obligatorios y donde los catedráticos aficiona-

dos á lo ajeno pueden libremente ejercer su industria y apoderarse del dinero de los padres de los estudiantes por medio del timo de los perdigones... digo, de los libros inútiles, hay, sin embargo, una excepción, y es texto obligatorio en las escuelas el *Epítome de la Gramática de la Academia*, que es el peor de todos los epítomes que se han escrito.

Como que la *Gramática de la Academia*, de donde está sacado, tiene disparates de este calibre:

«Es singularidad, no sólo de nuestra lengua, sino de otras, dar á ciertos animales para ambos sexos un sólo nombre...» (1)

¡Singularidad, no sólo de nuestra lengua, sino de otras!... ¡Qué singularidad!...

Y si ésta es la *Gramática* fundamental de la Academia, ¡qué tal será el *Epítome*, declarado texto obligatorio para los niños!...

En fin, esto ha sido obra del señor Moret, á cambio de la cual, la Academia le recibe en su seno, y pata.

Aunque sea de gallo.

Pero volviendo al *Libro nacional de lectura*, es de saber, además de lo dicho, que está dedicado al presidente de la República y al ministro de Justicia é Instrucción, que la mitad es prosa y la mitad verso, y que de esta se-

(1) Textual. *Gramática de la lengua castellana por la Real Academia Española*. Edición de 1890, página 9, al fin.

gunda mitad ocupan la primera parte los poetas muertos, y la segunda los poetas vivos.

«Dejemos á los muertos en reposo»,

como dijo Zorrilla, y vamos á ir poniendo en solfa los versos de los vivos, comenzando por los del más afamado de todos, Guillermo Prieto.

Tiene á éste viejo progresita en gran veneración la patriotería mejicana, que le enloquece llamándole *maestro* á boca llena y coronándole en vida.

Los arregladores del *Libro nacional de lectura* también le dan muchísimo incienso, calificándole de *poeta el más popular del país* y hasta de *Homero* (¡¡¡ !!!) de la *Iliada* de la reforma.

Y sin embargo... ¡ya verán ustedes qué Homero!

A la medida de la *Iliada*.

Comienza el viejo revolucionario llamando *romance* á una composición que luego resulta escrita en octavas reales..... ó federales, pero octavas al cabo.

Y la llama *romance de don Nicolás Brabo*, en lugar de decir á don Nicolás Brabo; porque de quien es el *romance* es del señor Prieto.



Y dice así:

«Sobre la playa de la mar Oriente.....»

¡Hombre! Al primer tapón... ¿la mar Oriente?.....

Será la mar de Oriente ó la mar Oriental...

¿Ha oído el señor Prieto decir alguna vez la tierra Poniente ó la tierra Mediodía?

A bien que lo habrá puesto así para gozarse en la armonía que forman juntas las dos palabras... *maroriente*.

Vamos á ver cómo sigue:

«Sobre la playa de la mar Oriente  
Se ostenta Medellín; *extenso* río  
Retrata *manso* su *apacible* frente.....»

*Extenso... manso... apacible*. En verso y medio tres epítetos.

Pero hay que volver á empezar:

«Sobre la playa de la mar Oriente  
Se ostenta Medellín, *extenso* río  
Retrata *manso* su *apacible* frente  
De la arboleda entre el ramaje umbrío:  
*Un tiempo vive*, y al placer *ardiente*  
La juventud entrega su albedrío;  
Pero pasa el placer y queda *muerto*  
El pueblo en *medio* al arenal *desierto*.»

Tres asonantes en este verso último, y el *muerto*, que queda al fin del anterior, cuatro.

¿Y qué querrá decir con aquello de *un tiempo vive*?

Para quedar muerto, claro es que tenía que haber vivido un tiempo.

Otra *octava* del *romance* de don Guillermo Prieto, ó de don Nicolás Brabo, como él dice:

«Brabo á quien el Palmar *vió victorioso*,  
Con la frente ceñida de laureles,  
Del pueblo *amante* y de su honor *celoso*.....»

¿Del honor de quién? ¿Del pueblo, ó del mismo Brabo?

Porque era bueno saberlo.....

Ya que el Palmar *vió victorioso*, siquiera que supiéramos de quién son las cosas.....

«Brabo á quien el Palmar *vió victorioso*,  
Con la frente ceñida de laureles  
Del pueblo *amante* y de su honor *celoso*  
Custodia *al* puerto con sus tropas fieles  
Tal Morelos lo ordena *cauteloso*  
Para escarmiento de realistas *crueles*.....»

¡Usted sí que es cruel!..... O á lo menos *crel*, como usted dice, ó hace que se diga.

¿Le parece á usted poca crueldad prensar de ese modo ese pobre adjetivo para reducirle á dos sílabas?.....

Y luego, ¿por qué manda usted al pobre don Nicolás custodiar *al* puerto?.....



Se disculpará usted diciendo que «*tal Morelos lo ordena cauteloso*»; pero eso no es disculpa, porque Morelos ordenaría custodiar el puerto y no *al* puerto.

A no ser que supiera tan poca gramática como usted; y entonces ¿de qué le servía ser *cauteloso*?

«Tal Morelos lo ordena *cauteloso*  
Para escarmiento de realistas *creles*,  
Y Brabo espera en *aparente* calma,  
De *nuevas glorias* obtener la palma.»

Bueno, pues que espere en *aparente* calma...  
Otra octava:

«¿Mas por qué *silencioso*?

¡Toma! Pues porque espera en *aparente* calma. ¿No acaba usted de decirlo?

Si esperara gritando, ya no esperaba en calma, ni aún *aparente*.

«¿Mas por qué *silencioso*, por qué *inerte*  
El *adalid* se mira y *confundido*?

¡Ah! ¿*Confundido* además? Creíamos que ya no le iba usted á llamar más que *silencioso* é *inerte*.....

Y sigue usted preguntando:

«¿Es este el *Brabo espanto* de la muerte?  
¿Es este Brabo el *guerreador* temido,  
Que hizo su *esclava á la voluble suerte*?.....»

Eso, usted lo sabrá, si es ese. ¿A quién se lo pregunta usted?.....

Yo lo que sé es que ese último verso es bastante malo, porque eso de *su esclava á la voluble, es-cla-va-la-vo-lu-ble*..... es bastante feo y bastante difícil de decir.

Y continúa usted:

«Luto es su frente, su mirada llanto.....»

¡Qué par de imágenes más monas!  
Otra octava:

«Alumbra *amarillenta una bujía*  
En su mesa la *letra* de Morelos...  
En que el *caudillo ilustre* le decía:»

¿En una *letra* le decía?... ¿Era *letra* de cambio?.....

Más bien sería una *carta*; y aunque los franceses la llamen *letre*, en castellano no se dice así.

«Alumbra *amarillenta una bujía*  
En su mesa la *letra* de Morelos  
En que el *caudillo ilustre* le decía:  
«Tu padre *don Leonardo* está en los cielos;



Fué digno de la patria en su agonía;  
Y acaba prodigándole consuelos,  
¡Cual si al poder humano dado fuera  
Consienta el hijo que su padre muera!.....»

¡Y á esto lo llaman poesía!.....  
¡Y al autor de estos prosaicos zurcidos le  
llaman *Homero* los mejicanos!.....  
«Dado fuera consienta el hijo...»  
Aun como prosa no está bien.  
Y como verso endecasílabo

«Tu padre don Leonardo está en los cielos»,  
también es de primera.  
Y sigue:

«*Vidrioso* el ojo, trémulo el acento,  
La voz *desbaratándose* en gemidos,  
Sólo con su orfandad y su tormento  
Devorando sollozos *comprimidos*.....»

¿En qué quedamos? ¿Se desbarataba la voz  
en gemidos, ó comprimía y devoraba comprimidos los sollozos?

Porque las dos cosas no se armonizan muy bien, que digamos.

Lo de «la voz desbaratándose en gemidos», da á entender que lloraba á gritos como un loco; mientras lo de que «devoraba sollozos comprimidos», parece significar que sufría su

dolor en silencio, dejando escapar solamente algún sollozo medio ahogado.

Hay que pensar lo que se escribe; porque si no, le llaman á uno... *Homero* en seguida.

«A veces se fijaba... y en el viento.....»

¿Se fijaba y en el viento? ¿Y qué falta hacía la y?.....

Es que no quiere decir lo que á primera vista parece. Quiere decir que á veces se *fijaba*, sin manifestar en qué ni en dónde. Lo que sigue ya es otra oración.

«A veces se fijaba... y en el viento  
Se figuró escuchar *ecos queridos*.....»

Ecos queridos... *ecos que*... ¡qué dureza!  
Y luego, se *fijaba* y se *figuró*.  
¡Qué anarquía!  
Y después:

«*Creencia* en lo misterioso y lo invisible.»

Lo cual, para que sea verso, hay que comerse una sílaba de la *cre-en-cia*, que tiene tres, y decir *cren-cia*.

«Accesos de furor, lloros de niño,  
El alma codiciando el imposible,  
Recuerdos adorados de cariño,  
*Creencia* en lo misterioso y lo invisible,



Ensueños de la *albura* del armiño  
Juntos á lo sangriento y lo terrible,  
*Todo* fué presa del dolor ardiente.....»

Este *todo* cree uno al principio que es el conjunto de títeres amontonados en la octava, los accesos, los lloros, el imposible, los recuerdos, la creencia, lo invisible, lo misterioso, el armiño, los sueños, la *albura*, lo terrible, lo sangriento... Pero luego resulta que es don Nicolás.

«Todo fué presa del dolor ardiente.  
¡Ay! ¿Qué será de ti, *pobre demente?*»

¿Qué será de nosotros, digo yo, que tenemos que devorar todos los ripios que á don Guillermo se le ha ocurrido poner en su canto á don Nicolás Brabo?

El cual

«Fija un momento la mirada *incierta*  
En un papel.....»

¿Otro papel tenemos? ¿O es el mismo? Me parece que va á ser otro.....

«Fija un momento la mirada *incierta*  
En un papel que *apenas* *asomaba*  
Por un rasgón *formado* en la *cubierta*.....»

¿Qué *cubierta*, hombre, ni qué niño muerto? Se llama el sobre.

Y luego *apenas* *asomaba*, *sa-so*, por un rasgón *formado*... Los rasgones no son *formados*.....

«Fija un momento la mirada *incierta*  
En un papel que *apenas* *asomaba*  
Por un rasgón *formado* en la *cubierta*;  
*Le abre, le mira y.....*»

¿Qué abre, qué mira? ¿El rasgón?... Creo que no, que será el papel; mas será porque el autor quiera, y no por otra cosa.

«Le abre, le mira, y al leer *temblaba*  
Lo que su mente á descifrar no *acierta*.»

Aquí hay otra sorpresa de las que tanto abundan en los versos de *Homero*... el de la *Iliada* de la reforma.

Leyendo «le abre, le mira, y al leer *temblaban*», cree uno que *temblaba* materialmente, que se estremecía don Nicolás.

Pero luego resulta que no *temblaba*, sino que *temía lo que su mente á descifrar no acierta*.

Que es lo que sigue:

«*Inflexible* Morelos le *ordenaba*  
Ejecute á trescientos prisioneros  
*Que cual rehenes guardan sus guerreros.*»



Y que cual ripios coloca el *poeta* al fin de una estrofa cuyo sentido estaba ya completo, si es que le tenía, con decir prisioneros.

Pues claro es que, si los prisioneros van á ser ejecutados, se han guardado hasta entonces. Si no se guardaran, si se les hubiera dado libertad, no sería fácil ejecutarlos, ni aun por orden de Morelos *el inflexible*, como antipoéticamente le llama el Homero progresista.

Y luego le *ordenaba ejecute*.....

¡Qué... *homeridad!*

«Feroz, tremenda, al bárbaro coraje  
Se presenta *sonriendo* la matanza.....»

Otro verbo comprimido. ¿Dice usted «yo *són-rio?*» Pues no diciendo así, tampoco se puede decir *son-rien-do*, sino que de *son-rí-o* se dice *son-ri-en-do*.

«Feroz, tremenda, al bárbaro.....»

¡Qué chaparrón!

«Feroz, tremenda, al bárbaro coraje  
Se presenta *sonriendo* la matanza  
Para lavar el *furibundo* ultraje;  
Y pues consuelo el corazón no alcanza,  
El opio *venga* del placer salvaje  
Que le brinda al despecho la *venganza*.....»

*Venganza, venga*... Y sin embargo, no crean

ustedes que *venga* es del verbo *vengar*, es de *venir*; y está muy mal empleado así tan cerca de la *venganza* con significación tan distinta.

«¡Sangre por sangre! grita. Esta es la suerte.»

La mala suerte, porque eso de *sangre grita, gre-gri*, es muy áspero.

«Al alumbrar.....»

¡Buen principio de semana, 6 de octava!  
Al-al.....

Al alumbrar la aurora venidera—  
Dice—que todos *sin piedad* espiren.....»

¡Hombre, no! ¿Por qué han de espirar *sin piedad?* ¿Quién es el general, ni quién es el *poeta* para disponer que espiren sin piedad los prisioneros, si ellos quieren espirar piadosamente?...

¡Bah! el señor Prieto puso *sin piedad* por llenar el verso, y quiso atribuir esa circunstancia al ejecutor, no á las víctimas. Pero como en lugar de emplear un verbo transitivo, por ejemplo, sean fusilados ó sean degollados, empleó el intransitivo *espirar*, del cual son sujetos los prisioneros, resultó la modificativa *sin piedad* afectando á estos infelices.



Para escribir, aun los Homeros necesitan  
saber algo de sintaxis, conocer el idioma.  
Y continúa prosaicamente el romance:

«Conduce el mensajero la orden *fiera*,  
Manda que de su estancia *se retiren...*»

Ustedes creerán que el que lo manda es el  
mensajero; pero no: es el general.

«Manda que de su estancia se retiren  
Los de su guardia, y á la *luz espera*,  
Y ha *prohibido severo que le miren...*»

¡Hombre! Qué prohibición, ó qué *privición*  
más estupenda...

«Y ha *privido severo que le miren...*»

¡Qué tonterías dicen los que quieren pa-  
recer poetas y no lo son!...

«Y ha *privido severo que le miren*,  
Porque el dolor *terrible* le sofoca  
Y tiene miedo *de su mente loca...*»

¡Ah! ¡Y porque tenía miedo de su mente,  
prohibió que le miraran los demás!...

¿Qué culpa tenían los de la guardia de las  
locuras que pudiera perpetrar la mente de  
don Nicolás Brabo?

Y ha prohibido severo que le miren, por-  
que... tiene miedo de su mente loca...

No lo entiendo.

En seguida, y sin explicación alguna,  
se lee:

«No, no perecerán: ¡daré la vida  
Al padre á quien adoro con que sea  
Del mundo mi memoria maldecida?»

Y en seguida, también sin explicación y  
hasta sin puntos suspensivos, dice:

«¿Pero yo permitir que el mundo vea  
Sin castigo la saña *aborrecida...*  
Del que en este martirio *se recrea?*»

¿*Aborrecida*, de quién? ¿Del que en este  
martirio, etc.?... Creo que no.

¿Y quién es ese que en este martirio *se*  
*recrea?* Porque hasta ahora no ha salido. ®

En fin, el caso es que don Nicolás vacila,  
tiene mil cuidados; pero el señor Prieto no  
sabe pintar los cuidados y las vacilaciones de  
don Nicolás de modo que se entiendan y re-  
sulten verosímiles, naturales.



No sabe más que prosear de este modo:

«Mirando estoy, ¡oh padre! tu cabeza  
Que acaricié mil veces *con mis manos*,  
(¡No, que sería con los pies!)  
Con *reverencia amante* y con *terneza*  
Viendo estoy á tu lado á mis hermanos...»

¡Qué familiar!  
Luego nos cuenta que:

«Así *luchando en íntima fatiga*  
La noche fué *pasando...*»

Claro

«Así *luchando*  
La noche fué *pasando...*»

Estos consonantes dentro de los versos tienen mucha gracia.

«Así *luchando en íntima fatiga*  
La noche fué *pasando hora tras hora*,

que es como pasan todas las noches.

«Así *luchando en íntima fatiga*  
La noche fue *pasando hora tras hora*;  
El *profundo dolor nada mitiga*,  
*Por fin*, despliega *tímida* la aurora...»

Por fin... como decía *La Correspondencia*, igualmente prosaica que el señor Prieto....

«*Por fin*, despliega tímida la aurora  
Entre *blancos celajes luz amiga*  
Y á *la alta cima* de los montes dora...»

¿Qué ha de dorar á *la alta cima*? Dorará *la alta cima*.

Todo está *listo* ya, dice un soldado  
(¡Ay, qué *despreocupado!*)  
Y Brabo sale de su estancia armado.

¿Sin haber levantado la prohibición de mirarle?...

Por fin, como dice en verso el señor Prieto, el bueno de D. Nicolás perdona á los prisioneros, y su cantor zurce la octava final poniendo en ella los trapos más lujosos de su tienda.

Véase la obra.

«*La augusta libertad sublime* brilla  
Derramando *doquier* sus ricos dones  
(*Do-do... ¡qué conjunciones!*)  
El llanto que *banaba* la mejilla  
De los de Brabo fuertes campeones  
*Es* derrota del trono de Castilla.  
Y rebosando amor los corazones  
De los testigos de tan *alta gloria*  
A Brabo *immortalizan* en la Historia.»

¿Quiénes son los que le immortalizan? ¿Los testigos? No puede ser, porque no figuran en la oración sino en genitivo, incidentalmente, como dueños de los corazones.

¿Los corazones?....

Sea de ello lo que quiera, lo que se puede asegurar es que á usted, señor Prieto, no le immortalizarán sus versos.

Porque aunque son muchos, no valen entre todos un perro chico.

¡Cuidado que es usted ripioso!

No crea usted á sus paisanos cuando le llamen á usted Homero, poeta popular, etc.

No señor.

¡Si es usted más malo que Cánovas!

Y á propósito.....

## XI.

No te olvido, *Monstruo*, no te olvido.

Por más que estés ya muy averiado; por más que no estés ya en disposición de causar grandes sonetos, es decir, grandes daños á la literatura, ni grandes Cosgayones, es decir, grandes perjuicios á la patria, no creas que te olvido.

Bien sé que existes en la *Huerta*, afortunadamente.

Afortunadamente digo, no porque sea una fortuna que existas en la *Huerta*, sino porque es una fortuna, al menos relativa, que no existas en el palacio de la Presidencia, hoy habitado por el señor Sagasta.

El cual, aunque no gobierna bien, no se sabe que haya cometido en su vida ningún soneto ni ningún otro crimen literario.

Mientras que tú, tocayo de mi alma... deja que me horrorice... mientras que tú, además de haber perpetrado aquellas alevosas canciones á Elisa:

«¿Quieres, Elisa mía,  
Que entone, quieres...» etc.,



¿Quiénes son los que le immortalizan? ¿Los testigos? No puede ser, porque no figuran en la oración sino en genitivo, incidentalmente, como dueños de los corazones.

¿Los corazones?....

Sea de ello lo que quiera, lo que se puede asegurar es que á usted, señor Prieto, no le immortalizarán sus versos.

Porque aunque son muchos, no valen entre todos un perro chico.

¡Cuidado que es usted ripioso!

No crea usted á sus paisanos cuando le llamen á usted Homero, poeta popular, etc.

No señor.

¡Si es usted más malo que Cánovas!

Y á propósito.....

## XI.

No te olvido, *Monstruo*, no te olvido.

Por más que estés ya muy averiado; por más que no estés ya en disposición de causar grandes sonetos, es decir, grandes daños á la literatura, ni grandes Cosgayones, es decir, grandes perjuicios á la patria, no creas que te olvido.

Bien sé que existes en la *Huerta*, afortunadamente.

Afortunadamente digo, no porque sea una fortuna que existas en la *Huerta*, sino porque es una fortuna, al menos relativa, que no existas en el palacio de la Presidencia, hoy habitado por el señor Sagasta.

El cual, aunque no gobierna bien, no se sabe que haya cometido en su vida ningún soneto ni ningún otro crimen literario.

Mientras que tú, tocayo de mi alma... deja que me horrorice... mientras que tú, además de haber perpetrado aquellas alevosas canciones á Elisa:

«¿Quieres, Elisa mía,  
Que entone, quieres...» etc.,



y aquellos sonetos de Colmenar Viejo, y además de haber causado tantas contusiones y hasta lesiones más ó menos graves á la *Rondinela pellegrina*, llamándola *aventurera* y otros insultos, has proferido también unos *ayes* más criminales, si cupiera, que los *amores de la luna*, y que el soneto que asestaste en el verano pasado al río Miño.

Que no te habría hecho daño ninguno, por supuesto.

Como no te le habrían hecho tampoco ni la golondrina, ni la luna, ni el país, ni ninguna de las víctimas de tus agresiones políticas y literarias.

¿Qué daño te ha de haber hecho la luna? Darte su luz hermosa, que pagas, así como los gorjeos de la golondrina, con falsos testimonios.

En fin, ¿te acuerdas de aquellos *ayes* que cometiste hace años en Carrión de los Condes?

Eran así:

«AYES

*Mis sílabas, al arpa.....»*

Hombre. ¿*Tus sílabas?*... ¿Si será aprovechado que hasta las sílabas quiere hacer suyas?

Las sílabas no son de nadie y son de to-

dos. Las palabras puede decirse que son de quien las pronuncia; pero las sílabas, no formando palabras, no dicen nada, ni puede decirse que sean de nadie más que del silabario.

¿A quién has oído tú decir *mis sílabas?* Vamos á ver... Y si no lo has oído á nadie, ni lo ha dicho nadie, ¿por qué lo has de decir tú?

Sigue:

«Mis sílabas, al arpa  
En versos convertidas.....»

¿Y qué quiere decir eso de *mis sílabas*, ó sean *tus sílabas* convertidas *al arpa* en versos?.....

¡Al arpa! Como no hayas querido imitar la frase del francés culinario, *riñones al Jerez*, ú otra parecida.....

¿Pero de dónde sacas tú que se pueda expresar la poesía con frases de cocinero?

Sigue, sigue:

«Mis sílabas, al arpa  
En versos convertidas,  
Son lágrimas que el pecho  
No sabe tener ya.....»

¡Esto sí que es bueno!

*Mis sílabas*; vamos, las sílabas de Cánovas, que son sílabas *al arpa*, convertidas en versos, resulta luego que son lágrimas.....

¿Se podrá saber cuántas cosas son esas sílabas?



Porque inmediatamente dice que son también suspiros.....

«Suspiros de las cuerdas  
Ya sin concierto heridas,  
Cuando de espanto trémulas  
Mi mano en ellas da.....»

¿Estás seguro de que sea tu mano la que da en *ellas*, que supongo serán las cuerdas?

Porque más parece como si fuera el pie, á juzgar por lo pedestre del resultado.

Segunda estrofa:

«Formadas no sé dónde.....»

Ni yo tampoco.

Ni sé dónde, ni sé quiénes son esas formadas.

¿Son *ellas*, las cuerdas? Parecía que debían de ser, porque son las últimas *personas* que suenan en la estrofa anterior; pero no son las cuerdas.

Tampoco pueden ser los suspiros, porque son masculinos y no pueden ser *formadas*.

Hay que retroceder hasta las *lágrimas*, lo menos; y luego, cuando ya está uno creído de que son las lágrimas, sigue leyendo, y resulta que no son las lágrimas tampoco, porque dice el autor que *se agolpan al labio*, y como no es de suponer que su ignorancia, aunque grandecita, llegue al extremo de creer que se llora

por la boca, es preciso pensar que las *formadas* no sé dónde serán las sílabas.

«Formadas no sé dónde,  
No bien me tienta el llanto,  
Al *seco* labio *ardiente*  
Se agolpan en tropel.....»

Por aquí es por donde parece que debe de ir hablando de las sílabas.

Continuemos.

«Suspiran con el arpa.

(¡Dale con el arpa!)

*Se duelen con el canto.....»*

¡Hombre, es claro! Con un canto se duele cualquiera. Y más si es tan duro como los que tú sueles tirar á las personas y aún á los astros de la noche.

Adelante.

«Nacieron una tarde  
Del fin de un *triste estío*.....»

¡*Triste estío!* ¿Te parece que esto es armonía? ¡Si no se puede pronunciar siquiera! ¿Cómo ha de resistirlo ningún oído bien educado?

Quiero decir que el tuyo no lo está, y además lo digo...

Y paso por encima de una retahila de estrofas malas para llegar á otra peor, que dice:

«¡Oh! sílabas hermanas.....»

¡Nada! todo ha de ser de primeras letras.  
Resabios.....

«¡Oh! sílabas, hermanas  
De luto.....»

Hermanas de luto, como si dijéramos hermanas de leche. Para este Antonio todo es igual.....

«¡Oh! sílabas, hermanas  
De luto, en esta vida  
Que en él cobra perenne.....»

Eso, eso es lo que te gusta á ti, Monstruo, cobrar y cobrar perenne, *en él*, que, aunque por el texto no se sabe quién es, debe de ser el país.

Otra estrofa:

«Frescura en los agostos  
Al tronco daba *pardo*.....»

¿Y por qué ha de ser pardo el tronco, y no verde ó blanco ó negro ó de cualquier otro color?

A más de que ese *pardo* parece una persona que daba frescura al tronco; pero no es

persona sino color, y color propio, por lo que se ve más adelante, pues la estrofa sigue:

«Frescura en los agostos  
Al tronco daba *pardo*,  
De mi existencia estéril  
Aquella verde vid...»

¿Con que hablabas del tronco pardo de tu existencia? ¿Con que eres pardo como son los gatos de noche?...

Hombre, hombre, pues que sea enhorabuena.

Y continúa:

«Y ¡ay! cuánto de perderla  
Fué en mí el recelo *tardo*...»

Por eso te hiciste *pardo* antes, por concertar con *tardo*.

Por eso, y por presentimientos del pacto que había de llevar el mismo color, digo, el mismo nombre.

«Y ¡ay! cuánto de perderla  
Fué en mí el recelo *tardo*.  
Con la evidencia incrédulo  
Trabando *neca* lid.»

Sí, como todas las lides que tú trabas, unas veces con la evidencia, otras veces con el derecho, y otras veces con los fusionistas.



Ultimos *ayes*:

«Se fué, *por tanto*, y solo...»

¿Por tanto? ¿Qué se había de ir por tanto!  
Por no querer vivir con un hombre que es-  
cribía tan malos versos.

«Se fué, *por tanto*, y solo  
quedé á *reñir la vida*.»

¿Y qué es eso de *reñir la vida*? ¿Es que  
para ti, ¡oh Monstruo! vivir es *reñir*?... Ya lo  
íbamos sospechando.

Pero de todos modos las cosas se han de  
decir en castellano.

Si hubieras dicho que habías quedado *solo*  
á *reñir en la vida*, hubieras dicho la verdad,  
grandísimo gruñón, aunque no hubiera sido  
verso.

«Y *ya* me rindo y siento  
Que estoy *ya* de partida  
Tras de su huella fúlgida  
Que *ya* también perdí.»

¡Ya, ya, ya! Ya estamos enterados.  
Y luego:

¡Oh! henchid, *no obstante*, el eco  
Mis sílabas sonoras...

Se fué *por tanto* y solo...  
Henchid *no obstante* el eco...

Por tanto... no obstante... ¿Te parece á ti  
que eso es poesía?

Pues también tiene Cánovas un soneto que  
se titula *En tres de Septiembre*.

Muy malo, eso sí, tan malo por lo menos  
como cualquier Gobierno conservador; pues si  
estos desorganizan la Administración públi-  
ca y recargan los tributos, haciendo que rin-  
dan menos para el Erario, el tal soneto des-  
organiza y destroza la estética y los oídos del  
lector, dando al traste con todas las reglas  
del buen gusto y hasta de la gramática.

Verán ustedes lo que se le ocurre decir á  
este hombre «en tres de Septiembre», á la me-  
moria de una señora «muerta á los veinticin-  
co años de edad.»

«Rayo de luna *pálido*, *sereno*...»

El primer verso, como ven ustedes, casi no  
tiene más que dos ripios: uno *sereno* y otro  
*pálido*, ambos aplicados al *rayo* de la luna.

El cual, en rigor, también es otro ripio,  
porque ¿qué tiene que ver el rayo de la luna  
con un soneto á la memoria de una malogra-  
da señora, soneto que además se titula *En*  
*tres... de Septiembre*?

Por cierto que el caprichoso título de *en*  
*tres* no se hubiera atrevido el autor á ponerle  
al soneto en los tiempos gubernadoriles del  
conde de Xiquena.



O de lo contrario, hubiera sido prohibido el soneto, con lo cual no hubiera perdido nada la literatura.

Vamos adelante con el *en tres*:

«Rayo de luna pálido, sereno

(Una al dos)

Que el lecho en que está muerto el amor mío

Plácido besas.....»

(Dos al tres)

Porque con este *plácido* van tres epítetos para un solo rayo, y aun es posible que salte algún otro.

*Saltó y vino.....:*

«.....como siempre y frío.....»

Era de esperar que había de saltar el cuarto adjetivo, porque con tres solos ¿qué iba á hacer el rayo? Se iba á aburrir, y más estando de sobra, como está, en el *en tres*, digo, en el soneto.

«Plácido besas como siempre y frío

De su desdicha y mi dolor ageno.»

Y si es tuyo, ¿cómo ha de ser ageno el dolor? Es verdad que tú habrás querido decir que el rayo *frío* y además *pálido* y *sereno*, y que *besa plácido*, es *ageno* al dolor tuyo y á la

desdicha de la molograda, etc., pero tampoco se ve muy claro.

Aparte de que aquel *como siempre* vale un valer. *Como siempre...* ¡Qué expresión más poética y más delicada! ¡Vamos! que has estado feliz *como siempre*.

Y sigue el poeta hablando, no con el *en tres*, ni con Septiembre, ni con la memoria de la malograda señora, ni con la malograda señora, ni con nada de cuanto figura en el encabezamiento de la *composición*, sino con el rayo, que no figura allí para nada.

Segundo cuarteto:

«Rayo... etc.

¡Ay! cuántas veces por el valle *ameno*

Me mostraste *su* sombra en el estío

(¿De noche por los valles? ¡Ay, qué tío!)

Quando por *verla* visitaba un río.....»

¿Por *verla*? ¿A quién? ¿A esa *sombra* de que hablas más arriba? ¿Y de quién es la *sombra*? Supongo yo piadosamente que será de la malograda; pero como hasta ahora no ha figurado en el soneto, sino en la explicación preliminar, y como la explicación preliminar hasta ahora tampoco tiene nada que ver con el soneto...

Pero señaladamente me gusta la lógica: para ver á una mujer, visitar un río... Es especial.

«¡Quando por *verla* visitaba un río

Que aún debe estar de sus recuerdos lleno!»



Hombre, estará lleno de agua; ¡qué afán de mentir!

Hasta aquí, como ustedes ven, el hombre ha hecho ya la mayor parte del soneto y todo ha sido exclusivamente para el rayo.

De aquí en adelante, el *poeta*, sin olvidar al rayo ni dejarle en paz, pero no queriendo que el rayo sólo sea el mortificado en el soneto, le proporciona un compañero que le ayude á llevar la carga.

Por supuesto, otro paciente que tampoco figuraba en el programa.

El primer terceto empieza así:

«Mas hora ó rayo, y tú, Segura lento.....»

¡Hombre! ¿Con qué derecho nos has introducido ahí el Segura, por sorpresa, sin habérselo anunciado antes?

¿Para que nos produzca una inundación? De disparates ya la produces tú donde quiera que escribes.....

Advierto á ustedes que la ortografía de ese primer verso del primer terceto es la misma que ha usado el autor en la edición de sus *Estudios literarios*, pues solamente él podía escribir *hora* con hache, cuando no es *hora* sustantivo, parte del tiempo, sino adverbio, de igual valor que *ahora*; y solamente él podía escribir la interjección *oh* sin hache y con acento, como si fuera conjunción.

Así, como si el verso no resultara bastante obscuro y bastante estrafalario con la introducción repentina del Segura, nos encontramos también con que, por virtud de la ortografía soberbia que usa el ex-presidente, parece que se duda si el rayo es hora ó es rayo: *mas hora ó rayo* y tú, Segura *lento*...

¡Ah! la salida del Segura *lento* cuando nadie le espera, es de primer orden.

Y gracias que salió *lento*, que si llega á salir precipitado no deja cosa que no arrase.

Otro poco de paciencia:

«Mas hora, ó rayo, y tú, Segura *lento*,  
Que para ser el ángel me la *diste*...»

Y, ¿quién te la dió, el Segura ó el rayo? Porque si te la dieron los dos, debieras decir *me la disteis*, y si el *diste* se refiere al Segura solo, ¿dónde dejas el rayo?

Es verdad que lo mismo dejaste á Espartero para irte con O'Donell.

Y luego á don Amadeo (después de haberle dado de ministro á Elduayen) para irte con don Alfonso.

Repitamos lo bueno:

«Mas hora, ó rayo, y tú, Segura *lento*  
Que para ser el ángel me la *diste*  
Del dulce hogar que dejará mañana:  
¿Por qué así *torturáis*?...»



Otra vez el plural... y la equivocación. Porque quien tortura eres tú con tus ripios, etc.

«¿Por qué así torturáis mi pensamiento  
Con el horror pintando de esta triste...»

¿Y quién es la triste?... ¡Ah! ya.

«Noche la imagen de mis dichas vana?»

¡Y vayan ustedes á entender esto de la  
imagen de las *dichas vana!*...

Pero vamos á ver, hombre:

¿Por qué así torturar á los lectores  
Con el horror pintando del mal gusto  
La insipiente y el ripio y los errores?  
¿Te parece eso justo?»

## XII

Otro poeta viejo.

Casi tan viejo como Prieto, y tan malo sin casi.

Después de haber dedicado el anterior artículo, como entre paréntesis, á Cánovas, no en su calidad de exministro de Ultramar, sino en la de mal escritor de ambos mundos, vuelvo á abrir el *Libro nacional de lectura*, y me encuentro con don Casimiro del Collado.

De este señor dicen los arregladores del consabido libro que nació en Santander en 1821, y que, «aunque conserva la nacionalidad española, por vínculos de familia, por domicilio y por afectos arraigados, pertenece á la patria mejicana (¡que aproveche!), cantada por él en sus *cincelados versos*.»

No crean ustedes, con todo, que el señor del Collado es un escultor.

No, nada de eso.

Es verdad que sus versos están hechos á golpes; pero no es el cincel lo que ha mane-



Otra vez el plural... y la equivocación. Porque quien tortura eres tú con tus ripios, etc.

«¿Por qué así torturáis mi pensamiento  
Con el horror pintando de esta triste...»

¿Y quién es la triste?... ¡Ah! ya.

«Noche la imagen de mis dichas vana?»

¡Y vayan ustedes á entender esto de la  
imagen de las *dichas vana!*...

Pero vamos á ver, hombre:

¿Por qué así torturar á los lectores  
Con el horror pintando del mal gusto  
La insipiente y el ripio y los errores?  
¿Te parece eso justo?»

## XII

Otro poeta viejo.

Casi tan viejo como Prieto, y tan malo sin casi.

Después de haber dedicado el anterior artículo, como entre paréntesis, á Cánovas, no en su calidad de exministro de Ultramar, sino en la de mal escritor de ambos mundos, vuelvo á abrir el *Libro nacional de lectura*, y me encuentro con don Casimiro del Collado.

De este señor dicen los arregladores del consabido libro que nació en Santander en 1821, y que, «aunque conserva la nacionalidad española, por vínculos de familia, por domicilio y por afectos arraigados, pertenece á la patria mejicana (¡que aproveche!), cantada por él en sus *cincelados versos*.»

No crean ustedes, con todo, que el señor del Collado es un escultor.

No, nada de eso.

Es verdad que sus versos están hechos á golpes; pero no es el cincel lo que ha mane-



jado, sino la azúela y el formón, porque no trabaja en mármol, sino en chopo.

Es un carpintero de basto.

¿Han leído ustedes versos del difunto Cañete, ó de Marcelino Menéndez, ó de don Aureliano Fernández?...

Pues casi lo mismo son los del señor Collado. Un poco peores, si es que cabe, pero del mismo estilo.

Como que el señor Collado es miembro Correspondiente de la Real Academia Española desde hace mucho tiempo.

Y con justicia.

Porque también desde hace mucho tiempo, desde su niñez como quien dice, dió en hacer versos de un gusto sinceramente académico, es decir, depravado.

Con la circunstancia de que para versificar, allá de muchacho, descoyuntaba con bastante facilidad el idioma, y ahora, de viejo, le descoyunta más y con más facilidad todavía.

Que es el mismo caso del cuento:

—Me parece que hoy tose usted ya mejor que ayer—decía una mañana el médico á un enfermo del pecho.

—Noes extraño, doctor—contestaba el paciente.—¿No ve usted que he estado ensayando toda la noche?

Así hacen estos poetas académicos.

Se pasan la vida ensayando combinaciones raras de palabras sin uso y desnaturalizando

la lengua, de modo que, al llegar á viejos, hacen verdaderas maravillas en el ramo.

Véase la clase:

«LAURUS NOBILIS»

La composición del señor Collado escogida por los arregladores del *Libro nacional de lectura* (no se olvide que es de *lectura*) tiene el título en latín.

Y después del título lleva esta nota de los arregladores susodichos:

«El eminente y clásico poeta envió al Maestro (así, con eme grande) Guillermo Prieto los versos que siguen acompañados de una planta de laurel. También los versos son laureles.»

¡Sí por cierto!...

¡Tomaran ser escobas!

Pero no creo que pasen de helechos.

Lo vamos á ver pronto...

Pero todavía, antes de llegar á la obra del señor Collado, encontramos un tema de cerca de dos versos (un verso y tres cuartillos) que dice: ®

«Laurel de Apolo

Que tierno se alza á la materna sombra  
Del tronco protector...»

(*Geórgicas de Virgilio, traducción de Miguel A. Caro.*)



Este Miguel A. Caro es otro poeta americano muy alabado por los Marcelinos ó alabarderos de acá y de allá, pero muy prosaico y muy insufrible, como á su tiempo verán ustedes.

Aunque ya lo pueden ver ahora por ese fragmento de traducción, lleno de rípios y de disparates.

Porque cuidado que, ¡un ramo de laurel alzándose á la sombra del tronco!... ¡Cuando precisamente es al revés, porque al tronco le dan sombra las ramas! ¡Y luego la sombra materna... del tronco!... Que sería paterna en todo caso; porque un tronco de laurel parece que debe ser padre y no madre...

Mas dejemos á don Miguel A. Caro para cuando le llegue su turno, y vamos á ver los versos de don Casimiro, que empiezan:

«Crece en mi huerto un árbol semejante  
(¡Hermoso consonante!)

Al que en la tumba de Virgilio antaño  
(¡Uf! ¡Otro!... este es de estano.)

Plantó Petrarca y destruyó constante...»

Aquí la primera impresión es la de que *constante* es otro personaje como Petrarca, que destruyó lo que éste había plantado...

Peró luego, al ver que el *constante* está escrito con ce minúscula, entra uno en sospecha de que acaso sea un adjetivo, y se resigna á ir á buscar el sustantivo al verso si-

guiente, sin que pueda encontrarle ni salir de dudas hasta llegar á lo más último.

Repitamos.

«Crece en mi huerto un árbol semejante  
Al que en la tumba de Virgilio, antaño,  
Plantó Petrarca y destruyó constante  
De la incuria y del tiempo el doble amaño.»

Aquí es donde se acaba de caer en la cuenta de que quien destruyó el árbol no fué un tal *constante*, como parecía, sino el *amaño*, un *amaño constante* y *doble* de la *incuria* y del *tiempo*, *amaño* que no por eso es *doble* ni puede ser *constante* ni aun *amaño* siquiera, pues ni la incuria ni el tiempo son capaces de *amañar* nada. La primera porque se distingue, por lo contrario precisamente, por no *amañar*; y el segundo, porque no sabe de *amaños* ni los necesita, teniendo como tiene gran poder para destruir las cosas con sólo pasar sobre ellas.

De modo que la forma de expresión del señor Collado no ha podido ser más desgraciada.

Veamos cómo sigue:

«Congénere...»

¡Dios mío!

«Congénere es del mismo que la frente...»



*Congénere... la frente...* ¡Además de ser tan antipocética la primera palabra del verso, ser asonante de la última!...

«*Congénere del mismo que la frente*

Del vate y del guerrero  
Ornaba, cuando Roma *armipotente*  
El triunfo de la lira ó del acero  
Al Olimpo exaltaba *refulgente.*»

Notarán ustedes que, en efecto, el estilo es *congénere* del de Cañete y Marcelino, aunque una miajilla degenerado...

Pero, ¿á que nadie se atreve á afirmar de una manera categórica la pertenencia del adjetivo y consonante *refulgente*?

Puede pertenecer al *Olimpo*, puede pertenecer al *acero*, puede pertenecer al *triunfo* y puede pertenecer á *Roma*.

Por su naturaleza á quien mejor conviene, es al *acero*: por reglas de sintaxis estricta... no pertenece á ninguno de los nombres indicados.

Otro golpe:

«Su perpetuo verdor *aun del tugurio.....*»

¡Qué nombres más raros se le ocurren!  
Me temo que haya algún augurio.....

«Su perpetuo verdor, *aun del tugurio*  
Alejaba el contagio,

Colocado en la popa del *trirremo*,  
De victorias *augurio*  
(¡Ya lo dije! Me temo...)  
Las furias alejaba del naufragio  
Al *compasado* rechinar del remo.....»

Trabajoso, pesado, obscuro, sin substancia.  
Adelante.

«*Plegaria y voto al par*, la gente griega  
Contra destino *infausto.....*»

Habrá holocausto, no lo duden ustedes;  
habrá holocausto.

Lo que no habrá será sentido.

Porque no se llega á saber qué quiere decir eso de *plegaria y voto al par*; si es que la *gente griega* era á la vez *plegaria y voto*, ó si es otra cosa cualquiera.

«*Plegaria y voto al par*, la gente griega  
Contra destino *infausto*  
En el onda *laustral* el lauro *anega*;  
Y de oro, *más que de agua*, en holocausto  
La trípode Apolínea en Delfos *riega.....*»

¡Cuánta majadería!

Hubo efectivamente *holocausto*; pero efectivamente no hubo sentido.

Porque, ¿quién entiende lo que es eso de



regar en Delfos la trípode Apolínea, en holocausto, de oro, más que de agua?

Todo ello después de anegar el lauro en el onda (*¡el onda!*) laustral, contra destino infausto la gente griega, plegaria y voto al par... lo cual, ni leído al revés, ni leído á derechas, se entiende,....

¡Y pensar que á este pobre señor le ha llamado Marcelinico tantas veces eminente poeta!.....

Vamos á ver... algún otro desastre:

«El en los juegos píticos ceñía.....»

El no es Marcelino, ni el destino infausto tampoco... Ha de ser el laurel, si no me engaño.

«El en los juegos píticos ceñía  
La sien sudosa al triunfador atleta  
O al vencedor del canto.....»

¿Quién sería el vencedor del canto? ¿Cuál el canto vencido?... sería topográfico, musical ó rodado simplemente?.....

¡Qué don Casimiro!.....

Tras de habernos obligado á oler el sudor asqueroso del atleta, hablándonos de su sien

sudosa, dejarnos ahora en estas incertidumbres.....

«El en los juegos píticos ceñía  
La sien sudosa al triunfador atleta  
O al vencedor del canto.  
El — pueril vanidad en héroe tanto!—

Pero, ¿quién es el héroe tanto? ¿Es el laurel?... Y no siendo el laurel, que ni es héroe, ni capaz de vanidad pueril, ¿quién puede ser, si por ahí arriba no queda ningún héroe tanto, ni tonto?.....

Vamos á ver si se averigua:

«El — pueril vanidad en héroe tanto!—  
Bajo verde follaje y floreciente.....»

Otra duda. ¿Quién es el floreciente? ¿Es el laurel, es el héroe, ó es el verde follaje? Y en este caso último, ¿por qué no haber dicho bajo follaje verde y floreciente? El verso no sería mejor, pero resultaría más claro.....

Apuremos la estrofa.

«El — pueril vanidad en héroe tanto!—  
Bajo verde follaje y floreciente,  
Del sarcasmo del vulgo sacó salva  
La pensativa frente  
Del grande dictador radiosa y calva.....»

Ni por esas. Ni por echarnos al colete esa



tirada de palabras incoherentes hasta las de *radiosa* y *calva*, hemos logrado averiguar quién es el héroe *tanto* de la vanidad pueril, ni cómo el laurel *bajo verde follaje* (follaje bajo follaje) floreciente además, pudo sacar *salva* del sarcasmo del vulgo la frente del *grande* Dictador, *pensativa calva* y *radiosa*.

Vamos á ver si somos en otro pasaje más afortunados:

«Del huerto donde el aura  
Con vivífico aroma  
El vigor de los músculos restaura  
Y de la edad los desalientos doma...»

¡Jesús, qué disparate!  
¡Domar los desalientos!... ¿No están ellos bastante domados?...

Se *doman* los novillos, los potros, las fieras, y, metafóricamente hablando, las pasiones. Pero, ¿los desalientos?...

Si desaliento es la falta de aliento, señor don Casimiro, y *domar* es amansar, mitigar el vigor y la energía de las cosas que tienen demasiada, ¿cómo va usted á domar los desalientos?

«Y de la edad los desalientos doma...»

Nada, que á ustedes los *poetas* académicos

se les figura que no hay más que coger verbos del Diccionario y plantarlos donde mejor convenga al consonante, signifiquen lo que signifiquen y digan lo que digan.

Lo mismo hacía su *congénere* don Andrés Bello, también muy enaltecido y elogiado por los académicos de acá y de allá, y también *poeta* malísimo.

Pues así como usted por la fuerza del consonante se ha atrevido á *domar* los desalientos, él por la misma fuerza atribuyó facultad de educar y capacidad para recibir educación á las patatas.

Es gracioso.

Pretendía decir que la patata *cría* para los americanos sus tubérculos, pero acababa de hablar de la *yuca*, y, para hacer consonante á esta última planta, en lugar de decir *cría*, dijo *educa*.

Verá usted:

«Para tus hijos la *procera* palma  
Su vario feudo *cría*,  
Y el ananas sazona su ambrosía,  
Su blanco pan la *yuca*,  
Sus rubias pomas la patata *educa*.»

¡Qué hermosura!... Parece que se está viendo á la patata dar lecciones á sus patatinas...

La verdad es que á nadie se le había ocurrido que las patatas pudieran recibir educación, y darla, menos; pero, ¿quién sabe?...



Educándose, aunque sea dificultosamente, los académicos, y siendo ya Comelerán catedrático, no afirmaré yo que no puedan llegar al mismo grado de relativa perfección todos los demás individuos de la familia.

Mas volvamos á los versos de don Casimiro, el domador de los desalientos.

«Del huerto donde el aura  
Con vivífico aroma  
El vigor de los músculos restaura  
Y de la edad los desalientos doma,  
Este joven laurel ornato sea...»

¿Qué tendría que ver con el ornato la restauración?

«Y creciendo en vigor y lozanía  
Por lustros de salud y poesía  
(Novedad, prontitud y economía)  
De tu vejez las lindes dilatarse  
A prolongado alongamiento vea.»

¡Eso es! A *prolongado alongamiento*... Albar da sobre albar da.

¿O será que haya por ahí también *alongamientos acortados*?...  
Siga don Casimiro:

«Y cuando apague el luminoso faro  
De tu fértil ingenio...»

Así; fértil como una buena tierra de pan llevar.

«Y cuando apague el luminoso faro  
(Faro no luminoso fuera raro)  
De tu fértil ingenio, la Inclemente  
(¡Con I grande!... ¡De quién será pariente?)  
De la aromosa cúpula al amparo  
(«Cúpula al... cupulal... duro y no claro)  
Repose tu ceniza blandamente.»

¡Hombre! ¿Y le han de enterrar en el huerto como á un gato?...

Siga usted:

«¡Oh, buen poeta!...»

No, señor; por eso no paso, don Casimiro.  
¿Cómo que buen poeta Prieto?... Muy malo.  
Tan malo como usted al poco más ó menos,  
porque no se exceden ustedes un par de corricias...

«¡Oh, mal poeta! En lustros venideros  
Tu sepulcro y el árbol que le asombra...»

¿Cree usted que los sepulcros pueden asombrarse?...

Y eso que oyendo los versos de usted ó de otro académico cualquiera, no tendría nada de extraño.



Porque hay disparates académicos capaces de asombrar á un carro de céspedes.

«Tu sepulcro y el árbol que *te asombre...*»

Usted, sin embargo, no ha querido decir lo que dice. Con ese que *le asombre* ha querido usted decir que *le haga sombra*.

Y no lo ha dicho.

Porque el hacer sombra no se llama *asombrar*; se llama *sombrear*.

«¡Oh, buen poeta! *En lustros venideros*  
Tu sepulcro y el árbol que *le asombre*,  
*Frecuenten de las letras los obreros...*»

Tampoco se sabe aquí si el sepulcro y el árbol que *le asombre* han de frecuentar *de las letras los obreros*, como pide la sintaxis, ó si *de las letras los obreros*, es decir, *los obreros de las letras*, que es de suponer sean los cajistas, han de frecuentar el sepulcro y el árbol como parece que reclama el sentido.

Y eso que sentido no le hay apenas.

Acabemos:

«Así justo homenaje á gran renombre  
Y de robusta inspiración *auxilio...*»

¿Auxilio, por qué? ¿Y cuál es el auxilio?

¿Cuál es el justo homenaje?... ¿Y cuál es la inspiración *robusta*? ¿A ver?

«Así, justo homenaje á gran renombre  
Y de robusta inspiración *auxilio*,  
De Posilipo en la desierta gruta  
Solicita el cantor, *mas no disfruta*  
El lauro y la ceniza de Virgilio.»

Entonces no es así.

Porque usted quiere que los obreros de las letras frecuenten el sepulcro y el laurel de Prieto, vamos, que los disfruten; y luego dice usted que el *cantor*, el que sea, *no disfruta el lauro* y la ceniza de Virgilio...

¿Para qué empieza usted el período diciendo *así*, si es todo lo contrario?

Ni gramática, don Casimiro.

Ni la suficiente gramática sabe usted para que se le entienda.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XIII

El jefe de la legación de Méjico en Madrid también escribe versos como su secretario.

Y, cosa natural, dada la superioridad de categoría, los versos del señor Riva Palacio son algo más malos que los versos del señor Icaza.

Hay que tener en cuenta además, para explicar esa diferencia, que el general Riva Palacio pertenece á nuestra Real Academia en clase de Correspondiente, mientras que el señor Icaza, aunque aspira á igual puesto, y va derecho á él, no ha llegado á obtenerle todavía.

El *libro nacional de lectura* llama al general Riva Palacio, *novelador, poeta, periodista, historiador* y no recuerdo si alguna otra cosa. Enumera luego los cargos que ha desempeñado, que son brillantes, y las obras que ha es-



crito, que son muchas, y transcribe, por último, el amistoso elogio que un periódico de Madrid ha hecho de su libro *Mis versos*.

La composición que luego exhibe, escogida entre las del general, no es tan sosa ni tan vacía de sentido como suelen ser las de los demás académicos; por el contrario, hay en ella sentimiento y ternura; pero la expresión no corresponde al fondo: es defectuosísima.

Empezar, empieza menos mal; de esta manera:

«Es un recuerdo dulce pero triste  
De mi temprana edad,  
Mi madre me llevaba de la mano  
Por la orilla del mar.»

La prosaica conjunción adversativa *pero*, deslucen un poco el primer verso. Y además el calificativo de *temprana* aplicado á la edad, pudiera haberse sustituido ventajosamente con el de *primera*.

Por lo demás, esta estrofa no es mala.

Y menos teniendo en cuenta que se trata de un académico.

Pero en la tercera dice ya el general que

«Cantaban los *turpiales* en el bosque.»

lo cual no es verso endecasílabo, ni de nin-

guna clase, pues aunque es una agrupación de doce sílabas, no tiene los acentos necesarios para ser verso dodecasílabo tampoco.

¿Habría alguna errata?...

Yo no sé lo que son *turpicales*, y voy á buscar la palabra en el Diccionario, aunque no merece fe ninguna en las cosas de América.

Ni en las de España, ¿eh? Pero en las de América menos, si cabe.

Porque está averiguado que los Cañetes y demás Catalinas de acá, no saben leer lo que les escriben los de allá, y tracamundean las letras.

Y salen llamando *carincho*, verbigracia, á una cosa que se llama *carincho*....

En fin, por lo que valga, el Diccionario dice *Tur... tur... tur... turpial*, y no dice lo que es, sino que es lo mismo que *turupial*. A ver qué es *turupial*: *Turu... turu... turu... turupial*, ave de Venezuela....

Si no es más que de Venezuela, no adelantamos nada, porque el general nació en Méjico, y es de creer que allá pasara sus primeros años.

Pero puede ser que haya también *turupiales* en Méjico, y el general los haya llamado *turpiales*, y en la imprenta de la Secretaría de Fomento, donde se ha impreso el *Libro nacional de lectura*, le hayan puesto una *ce* de sobra.

Puede ser, puede ser....



Y vamos adelante:

«Los penachos de *mangle caballero*  
Agitaba el terral.»

¿*Mangle caballero?*...

Mangle dicen los académicos que es un árbol de América muy alto; pero el que sea muy alto me parece que no es bastante motivo para llamarle *caballero*.....

¿Se lo llama por eso el general?

¡Estaría bueno que saliera por ahí cualquier día alguno de nuestros poetas ripiosos llamando *caballero* á la Giraldal...

Vamos á ver qué más sucedía:

«Y de la selva entre los verdes musgos  
Se adormecía el caimán.....»

¡Qué *alongamiento*, ay Dios, tan *prolongado!*  
Como diría el otro, el del Collado.

«Se adormecía el caimán», señor general, es un verso de nueve sílabas, como otros que hay en castellano, aunque es metro que se usa poco.

«Oh dulce amor del alma mía!  
Nunca jamás te olvidaré.»  
«Se adormecía el caimán.»

Es lo mismo, de nueve sílabas. Y usted

quiere que sea de siete; conqué ya ve usted si hay que recortarle.

Otra estrofa:

«Zumbaban los insectos en el bosque  
*En su continuo afán,*  
Y en medio á los rumores, dominando  
Los tumbos de la mar.....»

El lector cree que va á pasar alguna otra cosa.

Porque cuenta el general que «zumbaban los insectos en el bosque, en su *continuo afán*», continuo afán que ya es algo ripio; pero, en fin, el sentido queda completo. Y como añade: «y en medio á los rumores, dominando los tumbos de la mar.....» se le figura á uno que va á contar algún otro detalle de la escena.

Pues no. En *la mar* hay punto; de modo que todo eso de *y en medio á los rumores dominando los tumbos de la mar*, se refiere también al zumbido de los insectos, aunque de ese modo apenas se entiende.

«Mas de *improviso*.....»

Poco poético; pero vamos á ver:

«Mas de *improviso* atravesando el viento,  
Esechóse fugaz



De las campanas de la aldea vecina...  
(¡Por Dios, mi general!...!)

Le he completado á usted la estrofa con esa exclamación porque «de las campanas de la aldea vecina», no puede ser verso endecasílabo.

Se pueden hacer de ahí dos versos buenos; uno de cinco sílabas,

«De las campanas.»

y otro de siete,

«De la aldea vecina.»

De modo que, cinco y siete... doce.

Ya ve usted.

Para hacer con esos dos versos un endecasílabo, es necesario comerse la *e* de aldea, que no se puede comer, no señor, ó por lo menos sustituirla con una *i*, acentuando luego la *á* final de la misma palabra.

Vamos, que hay que decir *aldá* ó *aldíá*, en lugar de aldea.

En esta forma:

«Mas de *improviso* *atravesando* el viento,  
(*Tampoco esto es verdad,*  
*Porque el sonido no atraviesa el aire;*  
*Le empuja nada más.*)

Repitamos:

Mas de *improviso* *atravesando* el viento  
Escuchóse *fugaz*  
De las campanas de la *aldá* vecina  
Tañido funeral.

Detúvose mi madre, y *en silencio*,  
La *contemplé* rezar,  
Y de *llanto* *llenáronse* sus ojos  
Y se *inmutó* su faz..»

Defectos de esta última estrofa:

1.º La anfibología que resulta de no saberse si la frase *en silencio*, se refiere á la madre ó al niño.

2.º La impropiedad del verbo *contemplar* para el oficio que en el segundo verso desempeña. La *vi*, ó la *óí*, ó la *escuché*, sería mucho más propio.

3.º La cacofonía que resulta de estar muy cercanas las sílabas *llan* y *llen*, *llanto* *llenáronse*. Pudo haber dicho *arrasáronse*.

4.º Lo poco noble del verbo *inmutarse* que se emplea en el verso cuarto. Estaría mejor, *se demudó su faz* ó *palideció su faz*, aunque en uno y otro caso hubiera que prescindir de la conjunción, con lo cual nada perdería la estrofa, suprimiendo también la del verso segundo. Así, por ejemplo:



Se arrasaron de lágrimas sus ojos,  
Se demudó su faz...

Otra estrofa:

—«¿Por qué lloras *mi madre*?—la decía.»

Eso de *mi madre* está mal, porque es inverosímil. Ningún niño pone ese *mi* que no hace falta. Los niños no usan ripios.

Ni aun los niños que con el tiempo han de ser académicos.

El *la* está bien, aunque la Academia le condene. Pero en un académico es una inconsecuencia; porque efectivamente la Academia condena esa forma, y repicar y andar en la procesión no vale.

¡Qué lástima de *mi*! Es una nota desafinada, sin la cual esa estrofa sería buena... hasta el cuarto verso, que vuelve á ser malo.

—«¿Por qué lloras *mi madre*?—la decía  
Con dulce ingenuidad,

Y ella me contestó dándome un beso.

—*Es preciso llorar.*»

¡Huy! ¡*Es preciso*!... Seguramente no diría así ninguna madre en esas circunstancias. Diría: «no puedo menos de llorar», «no se puede menos de llorar», ó de otra manera pare-

cida igualmente sencilla; pero... *es preciso*...  
No, señor, no.

Sigue hablando la madre:

«Que con lúgubre *toque* las campanas  
*Anunciándome* están,  
Que un hombre, *como todos*, de esta vida  
Pasó á la eternidad.»

El *toque* del primer verso es un mal toque. El *anunciándome* del segundo tampoco está bien por lo personal, pues las campanas no tocarían para ella sola. Mejor sería *diciéndonos están*.

¡Ah! pero lo peor es el *como todos* del verso tercero. ¡*Como todos*!

Ripio con anfibología, que son dos gracias.

Porque, á más de no hacer falta sino para llenar la medida, que es lo que caracteriza el ripio, no se sabe si se refiere al paso á la eternidad ó á la naturaleza del hombre; vamos, no se sabe si el autor ha querido decir que un hombre pasó de esta vida á la eternidad *como todos*, ó ha querido decir que el hombre que pasó de esta vida á la eternidad era un hombre *como todos*.

Vuelve á preguntar el niño:

—«¿Y tú te has de morir?—la dije entonces,  
¿Tu amor me faltará?...»



La primera pregunta está bien: es verosímil.

La segunda, no: es afectada. Un niño no pregunta eso.

— «Y tú, te has de morir? — la dije entonces»

¿Tu amor me faltará?

Y ella sin contestar, *no más lloraba,*

Y yo lloraba *más.*»

Esto está muy malo, muy malo.

Porque usted, señor general, quiso decir que su madre *no hacía más que llorar*, ¿no es eso? y por falta de sintaxis dice usted precisamente lo contrario, que *dejó de llorar*, que es lo que significa *no más lloraba*.

Es decir, que le ha salido á usted, no un poquito desigual, como la maniobra de aquellos soldaditos chilenos de *Los sobrinos*, sino al revés del todo.

Y luego dice usted de sí «*y yo lloraba más*», cuando no ha dicho usted todavía que hubiera llorado nada.

Vamos, que esta estrofa, cuyo primer verso parecía prometer algo bueno, ha resultado la más desgraciadita.

Otra:

«Sobre su seno recliné mi rostro

Y ella con dulce afán,

Enjugando mis lágrimas, decía:

—Vamos, *ya está, ya está.*

¿Y qué es lo que estaba? Porque esa frase, que todavía repite usted al fin del cuento, ni allí ni aquí se entiende.

¿Quería usted decir *ya se acabó*, aludiendo al llanto?

Tampoco era frase muy noble para una poesía de sentimiento; pero, de todos modos, haberlo dicho.

Y no hubiera usted echado á perder también esta estrofa, que hasta ahí no iba del todo mala.

Porque el *con dulce afán* del segundo verso es una frase muy gastada, pero ahí está bien; pues, en efecto, es dulce el afán con que la madre enjuga las lágrimas al niño.

De modo que ese ripio tan usado por todos los malos poetas, en la estrofa de usted no es ripio.

Otra estrofa:

«Pocos años después *perdí* á mi madre;

No ceso de llorar

Y en sueños la contemplo *cada día*;

Del cielo viene ya...»

Mal hilbanada.

Podía, con un poco de buen gusto, haber



sido una buena estrofa; pero es medianilla.  
Otra, y es la última:

«Llega y se acerca...»

Mal, muy mal.

Porque esos dos verbos son asonantes, y además son poco menos que sinónimos, y además están invertidos.

De modo que, lo mejor era no haber puesto más que uno; pero, de poner los dos, el segundo debía ser el primero.

Porque primero es acercarse que llegar, me parece.

Y después de llegar, ya no es posible acercarse...

¿No es así?...

«Llega y se acerca hasta tocar mi frente  
Su rostro celestial,  
Y con acento tierno me repite:  
—Vamos, ya está, ya está...»

Ya está, ya está... echada á perder también esta estrofa.

Vamos, ya está, ya está...

No, no. Otras cuatro palabras.

Tampoco en prosa escribe usted demasiado bien, señor general académico.

Me sugiere esta observación el recuerdo de un cuento suyo publicado en *El Liberal* el año pasado.

Conste que el marqués de la Ensenada no se murió *hace siglos*, como usted asegura. Hace siglo y pico nada más.

Y no se dice de una persona: *no podía hablar á causa de la risa*.

Se dice *no podía hablar de risa*.

Es frase hecha.

Vamos, ya está, ya está.



Tan correspondiente de la Real Academia Española como el anterior, y tan mal poeta como cualquier otro, es el canónigo de Méjico D. Joaquín Arcadio Pagaza.

Para el cual un amigo mío de allí, me pide por caridad un rifí-rafe.

—Dígale usted algo que le llegue al alma—me escribe, haciéndome recordar un cuento.

Hallábase á los últimos un rabadán en Extremadura, y sabiendo los pobres pastores que no había un cura en cuatro leguas á la redonda, discurrieron llamar al mayoral de otro ható cercano, á quien tenían por algo más instruído, para que le ayudara á bien morir. ®

—Dígale usted algo, *don* Gervasio, al *probe* tío Tiburcio, que me *paece* que se las lía de esta hecha—le dijo uno de ellos al mayoral en cuanto llegó al chozo.



—¡Algo, Tiburcio, algo!—dijo el mayoral con tono solemne.

—No, así no—repuso el compañero:—dígame usted alguna cosa dulce.

—(Allá va.) *Lambedor*, Tiburcio, *lambedor*, arroyo, miel, arroz con leche...

—No es eso tampoco, don Gervasio; dígame usted algo de iglesia.

—¡Ah, ya! Pues... el misal, las vinajeras, el púlpito...

—Tampoco es eso; hombre, por Dios: dígame usted algo que le llegue al alma...

—¡Anda, muérete, hijo de un demonio, y que te lleve el diablo!

No le diré yo al señor Pagaza que se muera, ni mucho menos que le lleve el diablo, Dios nos libre; pero sí le pronostico mucho purgatorio como siga escribiendo versos malos, y no emplee el tiempo que le queda de vida en cosas más útiles.

Poco, pero bueno, es lo que dice del señor Pagaza el *Libro nacional de lectura*.

Cuenta donde nació, y añade:  
«Eminente y clásico poeta, honra y prez de la iglesia mejicana. Miembro correspondiente de la Real Academia Española.»

No diga usted más.  
Porque tratándose de poetas y diciendo que pertenecen á la Academia, no hay más remedio que recordar aquello que dicen los chulos.

—¿De dónde es usted?

—De Bilbao.

—Pues bastante hemos *hablao*.

Nada más que un soneto del señor Pagaza se inserta en el libro á continuación de esa nota biográfica, tan lacónica como rimbombante.

Pero, eso sí, el soneto es de tal calidad, que basta por sí sólo para justificar la *eminencia*... del desatino de llamar á don Arcadio poeta *eminente*.

Lleva el título algo afrancesado de *La oración de la tarde*, que es el mismo de una comedia de Larra (hijo), bastante buena para su tiempo.

En castellano se dice sencillamente *La oración*, y no *La oración de la tarde*; pero no hay que reparar en pequeñeces.

Vamos resueltamente á examinar el cuerpo del delito:

«LA ORACIÓN DE LA TARDE.

*Tiende la tarde el silencioso manto...* ®

Ya ve don Joaquín Arcadio cómo sobraba *la tarde* en el título del soneto.

Si hubiera puesto en castellano castizo *La oración* solamente, hubiera evitado esa profusión de tardes empalagosa:



«LA ORACIÓN DE LA TARDE.

Tiende la tarde....»

A más de que ese *manto silencioso*, es ya un manto tan viejo y se le han hecho tender tantas veces á la tarde y á la noche los malos poetas, que está hecho un andrajo, y no sirve más que para afeár las composiciones.

Repitamos, á ver:

«Tiende la tarde el *silencioso manto*  
De *albos vapores* y *humidas neblinas*.....»

Este segundo verso no será viejo, pero es muy malo.

Porque esos *albos vapores*, *bos vap*, son muy difíciles de decir, y las neblinas, ¿qué remedio tienen más que ser húmedas ú *humidas*, como el autor quiere?.....

Vamos á penetrar hasta el fondo del cuarteto.

«Tiende la tarde el *silencioso manto*  
De *albos vapores* y *humidas neblinas*,  
Y los valles, y lagos, y colinas  
*Mudos deponen su divino encanto*.»

¿Cómo que *deponen su divino encanto* los lagos y las colinas y los valles?

No, señor.

*Divino*, en primer lugar, no es el encanto

de los valles, de los lagos y de las colinas. Pero tampoco es verdad que le *depongan* porque la tarde *tienda su manto* viejo, digo *silencioso*.

¿Hay cosa más encantadora que los valles y los lagos y las colinas durante el crepúsculo vespertino, ó sea en el tiempo que va desde la puesta del sol hasta el oscurecer?

Usted no sabe lo que es encanto, señor Pagaza.

«Y los valles y lagos y colinas  
*Mudos deponen su divino encanto!*»

Tampoco es verdad que sean *mudos* los valles, ni las colinas, ni los lagos, pues aunque por sí no tengan voz, tienen olas que murmuran, y arroyos que se ríen, y pájaros que cantan.

Al segundo cuarteto:

«Las estrellas.....»

¿Las estrellas?.....

Me parece que las trae usted demasiado pronto; pero, en fin, que pasen. ®

«Las estrellas en solio de amaranto.....»

Bueno, pero eso no sucede todas las tardes, sino las tardes en que hay arrebolada.



Cuando no hay nubes á la puesta del sol, que éste pueda enrojecer, las estrellas tienen que presentarse democráticamente, sin solio.

¿Qué más?

«Las estrellas en solio de amaranto  
Al horizonte yérguense vecinas.....»

Eso no: las estrellas no se *yerguen*.

Porque *erguirse*, es ponerse de pie, endercharse, estirarse, y nada de esto pueden hacer las estrellas.

Y aunque el verbo *erguirse*, se tomara en el sentido de *elevarse* ó *ascender*, tampoco estaría bueno eso de al horizonte *yérguense vecinas*, ó *yérguense vecinas al horizonte*, porque estar elevadas y estar vecinas al horizonte, es contradictorio.

Leámoslo otra vez:

«Las estrellas en solio de amaranto  
Al horizonte yérguense vecinas,  
Salpicando de gotas cristalinas  
Las negras hojas del dormido acanto.»

*P, o, r*, por, cada vez peor, señor Pagaza. Porque, ¡cuidado que son disparatados esos dos versos últimos!

¡Las estrellas salpicando de gotas cristalinas, no el cielo, que esto casi podría pasar, aunque la imagen resultara afectada, sino las hojas del *acanto*!...

Y para mayor solemnidad... del desatino, decir que el acanto está *dormido* y que sus hojas son *negras*...

Negras parecen de noche todas las hojas, pero ahora todavía no es de noche, puesto que aún no ha llegado usted al toque de la *oración*, y la *oración* no se toca de noche, sino entre dos luces.

Y aunque fuera de noche y parecieran ya negras las hojas, ¿cómo las habían de *salpicar de gotas cristalinas* las estrellas?

Y aunque las estrellas salpicaran de gotas cristalinas las hojas, ¿por qué habían de salpicar solamente las del *acanto*?...

¿Porque *acanto* es consonante de *amaranto*, y de *encanto*, y de *manto*? Eso ya se comprende, pero no es motivo bastante.

Quedamos en que todo este segundo cuarteto es rematadamente malo, ¿verdad?

¡Las estrellas en *solio de amaranto*, irguiéndose vecinas al horizonte, es decir, *levantándose bajas y salpicando de gotas cristalinas las negras hojas del acanto dormido*!...

¡Ni Cánovas!

Pasemos á los tercetos.

El primero:

«De un árbol á otro en verberar se afana»

Verso largo, duro, insufrible... Y además, no se entiende.



A no ser que leyendo algo más...

De un árbol á otro en *verberar* se *afana*  
*Nocturna* el ave con *pesado* vuelo  
 Las auras *leves* y la sombra *vana*.....»

#### Traducción al castellano:

«El ave nocturna se *afana* en *azotar* (que esto significa el *verberare* latino) con un *vuelo pesado* (que no tiene, sino muy ligero) de un árbol á otro, las auras *leves* (que siempre lo son) y la sombra *vana* (que también lo es siempre).»

¿Cómo se puede azotar de un árbol á otro con vuelo las auras y la sombra?

Porque esta es la cuestión sencillamente expuesta.

Lo demás, el que la sombra sea *vana*, las auras sean *leves* y el vuelo sea *pesado*, son exigencias del metro y del consonante, que no alteran la esencia del desatino.

Descartados todos esos ripios, siempre nos queda «nocturna el ave afanándose de un árbol á otro en *verberar* con *pesado* vuelo la sombra y las auras...»

¡Valiente guisado nos han hecho entre el señor Pagaza y la Academia!...

Porque es de saber que esta sobajada y alta señora tiene lo menos la mitad de la culpa del embrollo, por haber puesto en su Dic-

cionario Castellano el verbo *verberar*, que es puro latín, mal definido por añadidura.

Los latinos tenían varios refranes destinados á expresar, con la natural concisión de aquella lengua, las tareas inútiles en que la necedad suele empeñarse, verbigracia: *Verberare lapidem* (azotar á una piedra), *in aere piscari* (pescar en el viento), *venari apros in mari* (ir á cazar jabalíes al mar), *depellere muscas* (espantar las moscas), *aerem verberare* (azotar el aire), todo lo cual significa perder el tiempo.

Vino la Academia con su impertinencia acostumbrada, y puso en su Diccionario *verberar*, y en vez de definirle diciendo sencillamente *azotar*, que es la significación castellana de aquel verbo latino, dijo con su no menos acostumbrada insipiencia: «*Verberar, Azotar el viento ó el agua en alguna parte.*»

Como si por fuerza hubieran de ser el viento y el agua los azotadores..

O los azotados, que esto no está claro del todo en la definición académica, donde, sin embargo, se consigna la circunstancia de que los azotes se han de dar en alguna parte, no fuera á creerse que se podían dar en ninguna.

Con estas luces académicas, ó apagadas, como la que vió Balaguer, se confundió nuestro canónigo y nos pintó el ave nocturna *afanada* en *verberar de un árbol á otro* con vuelo



pesado las auras leves y la sombra vana... Un verdadero lío...

Terceto segundo:

«Y presa el alma de pavor y duelo...»

¡Es claro! ¿Cómo no ha de tener pavor el alma, cómo no ha de ser presa de pavor y duelo, metida en tercetos como el pasado?

«Y presa el alma de pavor y duelo,  
Al místico rumor de la campana...»

¿Rumor de la campana?...

¿Qué rumor ni qué castañuelas?

La campana no produce rumor, don Arcadio.

El sonido de la campana se llama... *sonido*, tañido, campanada... No siendo rumor, cualquier cosa.

¡Mire usted que confundir á estas horas los sonidos con los rumores!

«Y presa el alma de pavor y duelo,  
Al místico rumor de la campana,  
Se encoge...»

¿El alma se encoge?...

¡Bueno lo va usted poniendo, bueno, como nay viñas!

«Y presa el alma de pavor y duelo,  
Al místico rumor de la campana,  
Se encoge y treme y se remonta al cielo.»

Se encoge y treme... el alma...

La imagen es por sí bastante ruin, pero además está en contradicción con lo que se dice en la segunda parte del verso; porque quien se *encoge* y *treme* no se remonta al cielo, se esconde por lo regular en un rincón oscuro, pide perdón á Dios y hace penitencia.

Que es á lo que los maestros de la vida espiritual llaman la *vía purgativa*.

Tras de la penitencia y del perdón todavía necesita el alma, antes de remontarse al cielo, andar la *vía iluminativa*, que consiste en la meditación de los misterios de la vida, pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo, tratando de conformar en todo la propia vida con los divinos ejemplos y enseñanzas.

Sólo después de haber andado estas dos vías es cuando el alma, escuchando la voz del Amado que la dice: *Veni de Libano, sponsa mea; veni coronaveris* (1); «Ven del destierro, esposa mía, ven, serás coronada», responde gozosa repitiendo las palabras del Real profeta: *Letatus sum in hiis que dicta sunt mihi;* (2); «Me he alegrado con las cosas que se me han dicho: iremos á

(1) CANT. IV. 8.

(2) Psalm. CXXI, 1.



a casa del Señor». Entonces entra en la *vía unitiva* y es cuando *se remonta al cielo*, animándose con la consideración de su propia nobleza espiritual, engrandeciéndose con la cualidad de hija de Dios, y abandonándose confiada en brazos del amor divino.

Todo lo contrario de *encogerse y temer*.

Ahora que, naturalmente, señor Pagaza, si no dijera usted las cosas al revés, no sería usted individuo correspondiente de la Real Academia Española.

XV

Si por cada vez que nuestros académicos han llamado poeta, gran poeta y eminente poeta á don Miguel Antonio Caro, se les hubiera hecho pagar una peseta al fisco, tendríamos á estas horas enjugado ese perpetuo déficit con que se saldan nuestros presupuestos, y amortizada por lo menos la mitad de esa enorme deuda producida por las depredaciones de los liberales que nos *gobiernan y administran* desde hace sesenta años.

Y á pesar de habérselo llamado tantas veces, don Miguel Antonio Caro no es poeta, ni medio poeta, ni versificador pasadero.

Y entre amigos, como ustedes y yo, con verlo basta.

«ODA Á LA GLORIA.»

El título es capaz de engañar á cualquiera.  
*Oda á la gloria...*

Pues nada; no hagan ustedes caso de títu-



a casa del Señor». Entonces entra en la *vía unitiva* y es cuando *se remonta al cielo*, animándose con la consideración de su propia nobleza espiritual, engrandeciéndose con la cualidad de hija de Dios, y abandonándose confiada en brazos del amor divino.

Todo lo contrario de *encogerse y temer*.

Ahora que, naturalmente, señor Pagaza, si no dijera usted las cosas al revés, no sería usted individuo correspondiente de la Real Academia Española.

XV

Si por cada vez que nuestros académicos han llamado poeta, gran poeta y eminente poeta á don Miguel Antonio Caro, se les hubiera hecho pagar una peseta al fisco, tendríamos á estas horas enjugado ese perpetuo déficit con que se saldan nuestros presupuestos, y amortizada por lo menos la mitad de esa enorme deuda producida por las deprecaciones de los liberales que nos *gobiernan y administran* desde hace sesenta años.

Y á pesar de habérselo llamado tantas veces, don Miguel Antonio Caro no es poeta, ni medio poeta, ni versificador pasadero.

Y entre amigos, como ustedes y yo, con verlo basta.

«ODA Á LA GLORIA.»

El título es capaz de engañar á cualquiera.  
*Oda á la gloria...*

Pues nada; no hagan ustedes caso de títu-

los. Debajo de ese tan altisonante de *Oda á la gloria*, no hay más que ocho estrofillas de mala muerte, pedestres y prosaicas como las de otro Catalina cualquiera.

Verán ustedes con qué familiaridad tan llana empieza este bogotano á hablar con la gloria.

«Yo entonces era niño  
Cuando entre nubes bellas...»

Al segundo verso ya asoma la oreja, que, en los versificadores académicos, suele sustituir al oído.

Nubes bellas... bes-bell...

Y también asoma el desconocimiento de la sintaxis, en poner *cuando* después de haber puesto *entonces*, como si uno de los dos adverbios no estuviera de sobra.

Pero no hay que parar tan pronto.

«Yo entonces era niño  
Cuando entre nubes bellas  
Bajar te vi del cielo  
Con ímpetu veloz...»

¡Qué ímpetu este más intempestivo!

«Vi tu manto de púrpura,  
Tu corona de estrellas...»

La cual impide á este último renglón ser verso heptasílabo.

Pues aunque tiene siete sílabas bien contadas, no tiene los acentos donde debe tenerlos.

A no ser que en vez de corona se diga *córona*.

«Vitúmento de púrpura,  
Tu *córona* de estrellas,  
Y résono en mi oído  
Tu inolvidable voz...»

¡Inolvidable!....

Más que *oda á la gloria*, parece una carta de un soldado á la criada del anterior alojamiento.

Otra estrofa:

«Y aquella imagen *vívida*  
Llevóse mi sosiego:  
Salir tú me ordenaste.....»

¡Dios mío! ¡Y á esto lo llaman poesía! ¡Salir tú me ordenaste!....

Ya habrán ustedes conocido que el señor Caro es académico.

«Y aquella imagen *vívida*  
Llevóse mi sosiego:  
Salir tú me ordenaste  
De mi tranquilo hogar.....»



Pues vuélvase usted á él; porque esa orden ha debido de ser una orden falsificada; no puede menos. Crea usted que Dios no le llama á usted á poéticas aventuras; porque Dios, cuando quiere el fin, da los medios, y si hubiera querido que usted fuera poeta, le hubiera dado á usted numen y no le hubiera dejado á usted tan seco de imaginación como se necesita para hacer esos versos ordenanciales... *salir tú me ordenaste.*

A más de que *esa* que usted vió bajar con *ímpetu*, y que le ordenó á usted salir, seguramente no era la gloria. ¡Qué había de ser!... Sería una pendona cualquiera. ¡Es tan común darle á uno gato por liebre! Si hubiera sido la gloria, le hubiera inflamado á usted en su deseo, y le hubiera hecho á usted expresar con más ardor su pasión por ella. Desengáñese usted, y vuélvase á casa.

Todo esto le hubiera dicho yo á don Miguel Antonio Caro si le hubiera conocido de joven, cuando acababa de escribir su oda á la gloria.

Ahora ya la cosa no tiene remedio.

Porque, como nos decía *El Amigo de los Niños*,

«Es fácil de sofocar  
El vicio recién nacido,  
Pero después que ha crecido,  
No se puede remediar...»

Y, en efecto.

¡Váyanle ustedes ahora á quitar de la cabeza al señor Caro que es un gran poeta, después de habérselo llamado tantas veces la *claque* de ambos mundos, y cuando, por méritos de sus odas á la gloria y de sus traducciones de Virgilio, ha sido nombrado acá, en España, correspondiente de dos Academias, la de la Lengua y la de la Historia, y allá en su tierra nada menos que presidente de la República!

¡Vayan ustedes á decirle ahora al señor Caro que no es poeta, después de haberse pasado en tan halagüeño error lo más florido de la vida.

Sin embargo, no hay más remedio que decirsele, y, para que lo crea, demostrárselo.

Quedábamos á la mitad de la estrofa aquella de la oda consabida, en que la supuesta gloria ordenó al señor Caro que saliera de su hogar tranquilo, y hay que acabarla. Porque la otra mitad, ó sea la segunda parte, lo mismo que suele pasar en las coplas que venden los ciegos, es más lastimosa que la primera.

La primera parte decía:

«Y aquella imagen *vívida*  
Llevóse mi sosiego  
Salir tú me ordenaste  
De mi tranquilo hogar.»



Y dice la segunda parte:

«De las tribulaciones  
Templar mi alma en el fuego,  
Y ver los yertos montes,  
La soledad del mar.»

Ni poesía ni versos.

Porque los dos primeros no lo son, uno por falta de acentos, y otro por sobra de sinalefas.

«De lástri-bulaciones  
Templar malmen el fuego.....»

Así había que leerlos para que fueran heptasílabos. Y todavía le quedan al segundo tres *ees* seguidas que despampanan.

*Mal-men-el-fue...*

Y lo que es poesía... ¡Cuidado con las tribulaciones esas!...

«Salir tú me ordenaste  
De mi tranquilo hogar,  
De las tribulaciones  
Templar mi alma en el fuego,  
Y ver los yertos montes.....»

Que no sé por qué habían de ser yertos, ni asonantes de tribulaciones...

«De las tribulaciones  
Templar mi alma en el fuego,  
Y ver los yertos montes,  
La soledad del mar.....»

De modo que el ver la soledad del mar y los montes *yertos*, ¿cree usted que es una preparación necesaria para alcanzar la gloria?

¡Qué ha de ser, hombre!

Ya se irá usted convenciendo de que aquella que le ordenó á usted *salir* y todas esas cosas,

«Salir tú me ordenaste,»

no era la gloria ni asomos de serlo; porque la gloria no ordena bobadas, como esa de ver los *yertos* montes.

Siga usted:

«Y á cantar me obligaste.....»

También eso creará usted que es verso...

Pues no, señor, no lo es.

Para que lo fuera sería menester acentuarle de este modo:

«Yá cantar me obligaste.»

Así como al que sigue también habría que acentuarle de nuevo en esta forma:

«Con lévan tado alientos,»



Porque efectivamente la estrofa tercera dice:

«Y á cantar me obligaste  
Con levantado aliento,  
Y en premio me ofreciste  
Tu divinal favor.  
Hoy á buscarme vuelves,  
Yo conozco ese acento,  
Y sé de tus miradas  
El mágico fulgor.»

Lo mismo. Prosa, y mala.

«Salir tú me ordenaste...  
Y á cantar me obligaste...  
Y en premio me ofreciste...  
Yo conozco ese acento...»

Yo también conozco ese estilo... Ese estilo pedestre que es el mismo de los académicos de aquende el Atlántico.

«Yo cono~~co~~ ese acento...»

Así habría que acentuar este renglón para que fuera verso regular; pero aquel otro del premio, y en *premio me ofreciste*, de cualquier manera que se acentúa es duro y feo por la reunión de emes.

Y en premio *mo*freciste... premio... *mo*...

Adelante con los ripios:

«¡Salve, virgen gloriosa!...»

No se llama así más que á las santas vírgenes canonizadas, señor Caro, y especialmente á la Santísima Virgen María.

¿No le da á usted vergüenza llamar *Virgen gloriosa* á aquella pingajona que le ordenó á usted salir,

«Salir tú me ordenaste»

y ver el mar y los montes *yertos*?

«¡Salve, virgen gloriosa...»

Es decir:

«¡Salvé~~vir~~.gen gloriosa  
De mis sueños de joro!  
Yo *tuvuel*-ta he esperado  
(Pues *éspera* sentado)  
Con *férvida* inquietud...»

Para un verso que hace usted bien acentuado, como este último, le hace usted metiendo en él un ripio ridículo: llamando *férvida* á la inquietud, como podía usted haberla llamado *cándida* ó *sórdida*.

¡Mire usted que una inquietud *férvida!*...  
Adelante:

«Hoy te miro presente...»

Vuelta á los versitos que no lo son.

«Hoy te miro presente  
Y de hinojos te adoro.»

Es decir:

«Hoy *té* miro presente  
Y *dí*nojos te adoro,  
Radiante de belleza  
De pompa y juventud.»

Los dos únicos versos buenos que hay entre todos los copiados hasta ahora; pues además de tener los acentos en regla, tienen cierto lujo de expresión á que don Miguel no nos tiene acostumbrados ciertamente.

Pero en seguida vuelve á sus prosaísmos y á sus dislocaciones de acentos en esta forma:

«Oyeme; yo he perdido  
De mi vivir la calma.»

Es decir:

«Oy~~é~~me yo he perdido  
De ~~mi~~vivir la calma.»

Y sigue don Miguel diciendo:

«Yo he *súbido* á las cumbres  
Más altas de la tierra...»

¿Y qué trae usted con eso?  
Ya habrá usted bajado, ¿no es verdad?...  
Pues si usted quiere puede volver á subir...  
¿Cree usted que por subir á las cumbres más altas de la tierra se alcanza la gloria literaria?

No, señor. Y la prueba la tiene usted en sí mismo. Ha subido usted, según usted dice, y, sin embargo, está usted tan lejos de esa gloria, como de ser princesa alemana.

Como que para subir á las cumbres no hace falta más que buen pulmón, y la poesía no está en los pulmones.

¿Qué más?

«Rugiendo hallé en los mares  
A la sangrienta Guerra  
Y con ella *altercando*  
Mi voz tronaba allí...»

¿Altercando con la guerra?... ¡Qué atrocidad! Este hombre no está en sus cabaes...

«Y yo escalé las nubes...»



Bueno; y usted escaló las nubes, ¿y qué?

«Y yo escalé las nubes  
Con ala *llamé-ánte...*»

¡Ah! ¿Llamó usted antes?... Pues ¡vaya un  
escalo entonces! Los escalos se hacen sin lla-  
mar, naturalmente.

«Y yo escalé las nubes  
Con ala *llameante*  
Y visité sin brújula...»

Eso sí: eso se lo creo á usted sin que lo  
jure. Todo cuanto usted haya visitado lo ha  
debido de visitar sin brújula, cuando menos  
sin brújula literaria; porque me parece que  
no la tiene usted todavía.

«Y yo escalé las nubes  
Con ala *llameante*  
Y visité sin brújula  
La *vacua* inmensidad...»

¡Oh! ¡La vacua! Ya me parecía á mí que  
había de venir algún adjetivo de esos *marce-*  
*linianos* ó *chestinos*...  
Ultimo golpe:

«¡Oh! cumple tus promesas;  
Alza mi nombre al cielo,  
Lleva los *cantos* míos...»

¿A dónde? ¿A la obra?....

Porque como no sea para hacer pared, no  
sirven.

«¡Oh! cumple tus promesas  
*Alzámi* nombre al cielo  
*Lleválos* cantos míos  
Al *último* confín,  
Y dales, *incansable*  
En tu *radioso* vuelo,  
La *herbica* resistencia  
De tu *inmortal* clarín.»

¡Sin adjetivos!....

Pero, ¿ustedes creen que esta *oda á la glo-*  
*ria* es la peor composición de don Miguel An-  
tonio Caro?...

¡Quía! Puede que sea la menos mala.

Porque tiene otra *á la estatua del Comenda-*  
*dor*, digo, *del Libertador*, que ¡ya les quiero á  
ustedes un recado!....

Aunque no se le voy á dar aquí, sino en  
otro artículo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

XVI.

Hablábamos de una oda del señor Caro á la estatua del Libertador, con ele grande.

Porque es de saber, que, efectivamente, el excelentísimo señor don Miguel Antonio Caro, actual presidente de la república de Colombia, ha *cantado* en sus mejores tiempos á la estatua del Libertador (en la plaza mayor de Bogotá.)

No crean ustedes que este paréntesis, copiado del original, quiere decir que el señor Caro ha cantado en la plaza mayor; no, no quiere decir eso, aunque lo diga.

Quiere decir que la estatua del Libertador está en la plaza mayor de Bogotá.

Por lo demás, el señor Caro habrá cantado desde su casa probablemente.

¡Pero qué canto el suyo!

Con cantos así, aunque sólo vayan contra la efigie, bien paga al pobre Bolívar su pecado de ingratitud á España, del cual parece que



estaba ya algo arrepentido al morirse, en vista de los frutos de su obra.

Y eso que no vió más que la primera cosecha.....

Que si hubiera podido ver las sucesivas; si hubiera podido ver la sangrienta serie de guerras encarnizadas entre repúblicas limítrofes por un quitame allá esas pajas, y la cuasi periódica celebración de lujosas hecatombes dentro de una misma república, para poner un presidente en lugar de otro, es de creer que hubiera llorado amargamente.

En fin, el caso es, que el señor don Miguel Antonio tira á la estatua del *Libertador* estos cantos... rodados.

Después de decir:

«No le turba la fama  
Alada pregonera, que tu gloria.....»

recordando á fray Luis de León que dijo:

«No cura si la fama  
Canta con voz su nombre pregonera»

entra el señor Caro en sus propios dominios y dice:

«Ni á sus ojos te ofreces  
Cuando, nuevo Reinaldo, á tí te olvidas.  
Y el hechizante filtro hasta las heces  
Bebiendo.....»

Y envidia vil desflora  
Con rabioso azotar la inclita rama,  
Con que piadosa gratitud decora  
Tu frente creadora  
Que el honor de los Césares desama.....»

Es claro. Para concertar con rama... des-  
amg.

Después del *desflora* y del *rabioso azotar* la rama *inclita*.....

«Ya el obcecado hermano.....»

¡Buen par de asonantes!... Sin perjuicio de que uno de ellos sea ripio.....

«Ya el obcecado hermano  
El arma revolvió contra tu pecho,  
Y en el confín postrero...  
(¡Otro asonante?... y ripio verdadero)  
Y en el confín postrero colombiano  
Te brinda hidalgo hispano  
(¡Asonantes aún? ¡Empeño insano!)  
Si patria te faltó, su honrado techo.»

«A ese asilo postrero.....»

Todo es postrero aquí, los confines, los asilos, todo.

«¿Qué asolación augura  
La voz doliente que en los aires gira?  
De negra ingratitud víctima pura  
(Negra ingra... ¡cosa dura!)»



En *hórrida* espesura  
¡Cielos! el héroe de Ayacucho espira.»

¡Cielos! ¿Qué nos cuenta usted?  
¿En espesura *hórrida*?... ¿Y por qué *hórrida*?... ¿Por llenar el verso?... Lo mismo la podía usted haber llenado *mágica* ó *célica*...

«En tan *solemnes* días,  
Por la orilla del mar, *los pasos lentos*  
Y *cruzados los brazos, cual solías*.....»  
(¿Con estas *prosas frías*,  
De *conquistar la gloria* tiene intentos?)

En tan *solemnes* días, los *pasos lentos*, y  
cruzados los *brazos, cual solías*...  
¡Cuidado que es *prosaico* todo esto, don  
Mignell...

«En tan *solemnes* días,  
Por la orilla del mar, *los pasos lentos*,  
Y *cruzados los brazos, cual solías*,  
*Hondas melancolías*  
Exhalabas á veces en *lamentos*..»

A veces... sí, á veces es usted muy *prosaico*,  
y á veces algo más todavía.

«En *sordos* aquilenes,  
Oías como *lúgubres* señales:  
Si caerán sobre mí las *maldiciones*

De cien generaciones  
¡Ay, desgraciado autor de tantos males!.....»

No es poesía, pero es verdad.

«No *tremendo*, no *adusto*  
Revives.....»

No se sabe si quiere decir que el libertador  
no revive, ni *tremendo* ni *adusto*, ó quiere decir  
que revive, pero no *adusto* ni *tremendo*.

«No *tremendo*, no *adusto*  
Revives: del *fragor* de la *pelea*  
Descansas ya... Mas *tutelar, angusto*,  
Doquier se alce *tu busto*  
Con *plácida elación* se enseñorea.....»

¡Con *plácida elación*!

«El *divinal aliento*.....»

Al-al, al-al... *imón*...

«Que anima á la *materia* y *transfigura*.....»

¿Transfigura qué? Porque tal como está hecho el verso, parece que el *divinal aliento* va á transfigurar otra cosa.

Y sin embargo, no es así. El *divinal aliento*, según la infeliz expresión del señor Caro, transfigura á la misma *materia* que anima.



Aunque esto estaría mejor expresado diciendo

Que á la materia anima y transfigura.

Así no tendríamos anfibología.

«El divinal aliento  
Que anima á la materia y transfigura  
Nobilísimo humano sentimiento,  
Final recogimiento  
Cuanto á el alma enaltece ó la depura.  
En mística amalgama,  
Cual vago nimbo de tu excelsa frente,  
No imitación, veneración reclama.»

Recipe:

Divinal aliento, que transfigura, nobilísimo sentimiento humano, recogimiento final...

Mécelese según arte académico en amalgama mística, y háganse con ello treinta y dos píldoras, digo, estrofas, cual nimbo vago de la frente excelsa de don Simón, que reclama, no imitación, veneración...

¿No es verdad que es imposible hacer nada más malo?

No, no es verdad; porque el mismo don Miguel tiene un romance, en variedad de metros y de despropósitos, titulado *Sueños*, peor que las odas á la gloria y á la estatua.

Empieza así:

«Reclinado sobre hojas *macilentas*,  
Que el tronco *cercan* del anciano aliso  
En tu *verde* ribera *solitaria*.  
¡Oh, claro río!  
Miro los montes,  
Los cielos miro.

Doy suelta al pensamiento, y el pensamiento vago  
Se duerme de tus ondas al amoroso ruido...»

¡Qué pensamiento más manso y más humilde!...

Le dan suelta y, en vez de irse á los trigos, se echa á dormir á la vera del amo.

Algunos borriquillos tienen así los aceites, pero muy pocos: de ciento uno.

¡Y todavía llama don Miguel *vago* á su pensamiento, cuando es un doctrino!...

Verdad es que también llama *verde* á la ribera y no lo debe ser, si es que están ya *macilentas* las hojas...

A bien que *macilentas* las llamaría para hacer asonante con *cercan*...

*La vuelta á la patria* se titula otra composición del señor Caro.

El asunto no puede ser más poético, ¿verdad...? pero no se agucen ustedes, porque tampoco aquí encontraremos poesía.

Empieza el señor Caro, diciéndonos:

«Mirad al peregrino...»



Bueno, le miraremos; por eso que no quede.  
Ya le estamos mirando. Siga usted:

«Mirad al peregrino  
Cuán doliente y trocado...!»

¡Caramba! Ese adjetivo es muy poco poético. Mas... consolémonos con la esperanza de que todavía los habrá peores, y sigamos leyendo á don Miguel Antonio:

«Mirad al peregrino  
Cuán doliente y trocado...»

La conexión de los dos adjetivos tampoco es muy grande. Si no los sujetara la conjunción copulativa, se marcharían cada uno por su lado seguramente.

Esto me recuerda aquello de don Aureliano Fernández Guerra, en la biografía de Hartzenbusch:

«Desde que perdió á su *excelente y segunda* esposa...»

Doliente y trocado...

Vamos adelante:

«Mirad al peregrino  
Cuán doliente y trocado!  
Apoyándose *lento* en su cayado...»

¿Apoyándose *lento*?

¿Y cómo puede uno *apoyarse lento*...?

Podrá caminar *lento*, eso sí: pero en el *apoyarse* no puede haber lentitud ni ligereza; no hay más que *apoyarse*... ó no *apoyarse*....

«Mirad al peregrino  
Cuán doliente y trocado!  
Apoyándose *lento* en su cayado  
Qué solitario va por su camino.»

Bueno: en esto último, en lo de ir *por su camino*, hace bien.

Aparte de que no es suyo sólo; y por consiguiente sería mejor que dijera, *va por el camino*; porque ese pronombre posesivo sustituyendo al artículo, da cierta bajeza, cierta familiaridad á la frase, que no cuadra á la solemnidad del asunto.

Por lo demás, repito que en lo de ir por el camino hace bien, y yo le alabo el gusto á don Miguel Antonio, no el de poeta, que es rematadamente malo, sino el de caminante.

Pues áun cuando pudiera haberse ido por el atajo y llegaría primero, el refrán dice que «no hay atajo sin trabajo», y los refranes siempre son atendibles.

Vamos á la segunda estrofa:

«En su primer mañana,  
Alma alegre y cantora  
Abandonó el hogar.....»



No sería por fuerza en la primer mañana, sería en la primera juventud, en la primera edad.

¿Cómo había de abandonar el hogar un niño recién nacido?... Ni en brazos de su madre, que tampoco podría viajar de recién parida.

A no ser que se viera en tan apurada necesidad como la señora de don Amadeo de Saboya, de triste y progresista recuerdo; la cual, en semejante situación, tuvo que surtir del palacio de la Plaza de Oriente para trasladarse á su tierra.

Porque como su *caro* esposo había venido á hacer de rey y se invalidó la contrata....

Mas volvamos á nuestro peregrino:

«En su primer mañana,  
Alma alegre y cantora.  
Abandonó el hogar, como á la aurora...»

¡Ah! ¿También abandonó á la aurora?...

No; es una comparación ripiosa que concluye en el verso siguiente:

«Abandonó el hogar, como á la aurora  
Deja su nido la avecilla ufana.»

Bueno; adelante:

«Aire y luz, vida y flores  
Busca en la vasta y fría  
Región que la inocente fantasía  
Adornaba con mágicos fulgores.»

Psche... Vamos á otra.

«Materia da á su llanto...»

Materia... da... á... Muy malito, señor presidente, muy malito.

A más de que eso de *dar materia* al llanto tampoco está bien. Las contrariedades puede decirse que dan ocasión, dan motivo al llanto, pero no *materia*; porque materia del llanto es el agua salada que sale por los ojos, y esa cada uno la lleva dentro de sí.

«Materia da á su llanto  
Cuanto el hombre le ofrece;  
Y la risa en sus labios no florece...»

Claro que no. Ni en los de nadie... como diría en verso el señor Balart, cuidando de que *irradie* antes cualquier cosa.

¡Mire usted que florecer la risa!

«Y la risa en sus labios no florece,  
Y olvidó la nativa voz del canto.»

Nativa voz, *va-voz*... Y todo el verso es prosaico y duro.

Otra estrofa:

«Hízose pensativo;  
Las nubes y las olas  
Sus confidentes son, y trata á solas  
El sitio más repuesto y más esquivo.»



¿Cómo, cómo?... ¿A ver qué es eso de tratar á solas el sitio más repuesto?...

Me parece que eso de tratar los sitios, por esquivos y repuestos que sean, es una novedad que merece consignarse.

Saltando sobre otras muchas estrofas iguales á las ya copiadas, se llega á una, que dice:

«El pobre peregrino  
Ni ve, ni oye, ni siente;  
De la patria la imagen en su mente  
No existe ya, sino ideal divino.»

«La imagen de la patria no existe, sino ideal divino...»

La sintaxis es la que no existe para el señor Caro y demás poetas *ejusdem furfuris*.

¡Y qué soneto tiene el señor Caro  
Titulado, en latín, *pro senectute!*  
De todos los poetas de matute  
Ninguno ha introducido otro tan raro.  
Yo, rey de los sonetos le declaro,  
Y nadie á complacencia me lo impute...  
¡Cuán dulce en el oído repercute  
Aquel archipoético disparo.

De ripios, asonancias y durezas!...

¡Calla! ¿Pues no estaba yo haciendo otro soneto malo para censurar el de don Miguel Antonio?...

¡Lo que es el mal ejemplo!...

El soneto del señor Caro empieza así:

Tú que emprendiste *bajo albor temprano*  
La áspera senda con *ardiente brío*,  
Y ora *inclinado* y con andar *tardío*,  
Rigiendo vas el *báculo de anciano*...»

Hasta ahora no hay más de particular que estos asonantes de *báculo* y *anciano*, las durezas de *bajo albor* y *vas con báculo*, y los epítetos *temprano*, *áspera*, *ardiente*, *inclinado* y *tardío*.

Esto en los cuatro primeros versos, en el primer cuarteto.

El segundo dice:

«Torpe el sentido y el cabello *cano*...»

Sigue la lluvia.

«Torpe el sentido y el cabello *cano*.  
No te acobarden; ni en sepulcro *frío*  
Contemples con *doliente desvarío*  
De *rápido* descenso el fin *cercano*...»

Inventario de las galas del segundo cuarteto: *torpe*, *cano*, *frío*, *doliente*, *rápido* y *cercano*...

Amén de llamar *desvarío*, por la fuerza del consonante, al juicioso pensamiento de la muerte.

No haga usted caso de los aduladores, señor Caro.

Créame usted á mí.

No es usted poeta.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE B

XVII.

Hablé á ustedes en el artículo V de una sociedad de elogios mutuos que tienen establecida los filibusteros cubanos para llamarse *genios* unos á otros, y hasta dije los nombres de sus organillos principales en la prensa, *El País*, *El Hogar* y *La Habana Cursi*, digo, *Elegante*.

Ahora verán ustedes cómo se piropean los socios.

Habla el señor Zamora desde *El Hogar*, presentando la relamida estampa del señor Hernández Miyares, director de *La Habana Elegante*, es decir, *Cursi*.

Y dice el señor Zamora:

«Pluma más (*¡plu-mamas!*) autorizada que la mía debiera trazar estas líneas que han de acompañar al retrato del *distinguido periodista* y gallardo director de la tan envidiada (?) *Habana Elegante*....

»Es director (*si ya lo hemos oído*) de *La Habana Elegante*, periódico que mal que pese á los envidiosos, ha logrado *imponerse* (?) alcanzando una circulación *astisima*, no tan sólo entre nosotros, *si que también*



(¡qué barbaridad!) en todas las repúblicas del extranjero y Sud de América (de modo que el Sud de América no es extranjero).

»Escritor *cultísimo* (¡bomba va!), *poeta de verdad*, ha hecho de la poesía una religión (no tendrá otra... ni esa), ha interpretado en ella (¿en la religión?) el misterioso lenguaje de las flores y las estrellas, en una apacible noche de luna (de luna, para que las estrellas brillen menos) y al confiarlos á las brisas ha robado á las aves la sencillez, la ternura y la armonía de sus gorjeos (¡Ave María Purísima!)

»Su vida presta mucho asunto para un largo artículo (lo que es disparatando así... hasta la eternidad).

»Alma de fuego (¡bomba va, otra vez!), fantasía brillantísima, artista en la verdadera acepción de la palabra.....

»Maneja con una facilidad asombrosa la sátira y el chiste, y á su lado no es posible estar triste... (bombos concertados).

»El Hogar, que siente muchas simpatías por Enrique Hernández Miyares, no puede menos que saludar (de, se dice) con cariño de hermano (¿en logia?) al distinguido poeta (otra vez) y galano estilista.....»

Y corrector de pruebas de *El País*.

Que éste parece que es, en realidad, el oficio del señor Hernández Miyares.

Oficio que, por añadidura, no cumple muy bien, sino que deja escapar muchas erratas, según cuenta el autor de unos chispeantes artículos que ha publicado otro periódico de Cuba, con el título de *Enrique Hernández Miyares ó á decir verdades tocan*, y con la firma de *César de Guanabacoa*.

«Corrector de pruebas, que pone á ídem la pacien-

cia de los suscritores de *El País*—dice el implacable César—pues casi á diario gustan el incaleficable placer de solazarse con uno ó más parrafitos, cuyo objeto declara el título que llevan: *Erratas*.»

Y es natural que el señor Miyares, ó Millares, que de ambas maneras y de otras varias le llama el de Guanabacoa, no corrija muy bien las pruebas.

¡Buena tendrá él aquella cabecita para corregir pruebas de *El País*, después de saborear las de amistad que le da el consocio Zamora en esos párrafos desvanecedores!.....

Pero, en fin, eso allá es cuenta del susodicho periódico, y con su pan se lo coman los separatistas que le pagan.

Yo no voy á vapulear al señor *Decenas*, que así le llama también el autor de *á decir verdades tocan*, añadiendo que nunca podrá llegar á *Centenas* y menos á *Millares*, naturalmente; yo no voy á vapulear al señor Hernández y demás por los yerros de imprenta que deja escapar en *El País*, sino por sus yerros literarios.

Por sus ripios, que son muchos y garrafales.

Verán ustedes qué soneto á un machete:

«Recia cinta.....»

Al primer tapón... Recia cin... cia-cin.  
¡Qué oído tienen estos genios!.....



«Recia cinta de acero americana;  
Imagen de mi pueblo fué tu suerte:  
Ayer de pecho esclavo en puño fuerte.....»

¿Cómo, cómo?.....

Ayer de pecho esclavo en puño fuerte.....  
No lo entiendo.

¿Ayer en puño fuerte de pecho esclavo que-  
rrá decir?.....

Pero los pechos no tienen puños.....

En fin, á los *directores gallardos, poetas dis-  
tinguidos y estilistas galanos*, les pasa esto con  
bastante frecuencia: no suelen saber lo que  
dicen.

Sigamos leyendo:

«Recia cinta de acero americana;  
Imagen de mi pueblo fué tu suerte:  
Ayer de puño.....»

Digo, no, de *pecho*. De puño es como se la  
han dado á don Enrique los que le han lla-  
mado *poeta de verdad, y genio*, y todas esas  
otras cosas...

«Recia cinta de acero americana;  
Imagen de mi pueblo fué tu suerte:  
Ayer de pecho esclavo en puño fuerte  
Segaste la gramínea soberana.»

Y ¿cuál es la soberana gramínea?...

Por lo que se lee más adelante, parece que  
debe de ser la caña.

Segundo cuarteto:

«De redención en la primer mañana,  
Fulminando relámpagos de muerte.  
En vez del zumo que la caña vierte,  
Lamiste con tu filo sangre hispana.»

Así, con toda esa desvergüenza, llama este  
niño *primer mañana de redención* á la inicua  
guerra separatista.

¡Valiente redención!

Si fuera lícita la venganza, y no hubiera  
en Cuba más que filibusteros, sería cosa de  
concederles gratis la independencia.

Para verlos esclavos de verdad á la vuelta  
de pocos años; esclavos de los *yanqués*.

Esa era la *redención* que les esperaba á  
los muy ingratos, si España no hubiera de-  
rramado generosamente su sangre por domar  
aquella rebeldía, y esa es la *redención* que les  
espera, si, lo que no permita Dios, se salen  
algún día con la suya.

«De redención en la primer mañana,  
Fulminando relámpagos de muerte,  
En vez del zumo que la caña vierte  
(No vierte, pero, en fin, porque concierte.....)  
Lamiste con tu filo sangre hispana.  
Hoy... ¡da vergüenza!...»

¡Vamos!... ¡Todavía llora por lo que ha que-  
dado!...

¿Han visto ustedes?



A este *chichito* le apesadumbra ver el machete ocioso; siente que no siga cortando cabezas de españoles...

«Hoy... ¡da vergüenza! ni industrial *apero*,  
Ni *patriótico símbolo* que guarde  
Memoria del *estéril sacrificio*.—  
(Asonante de *símbolo*.)  
*Amellado* te miro en el sendero,  
Sin que te irrite, *débil y cobarde*,  
La herrumbre que te roe *como el vicio*.»

Es decir, que también el vicio roe al machete.

El autor no quiere decirlo, pero lo dice.

Otro chispacito de genio.

¡Claro! Así se titula ¡claro!

Y efectivamente, no resulta claro, sino muy obscuro.

Verbigracia:

«Lo que lo bello acoge lo hermosa.....»

¿Entienden ustedes este jeroglífico?

Lo-que lo... lo...

Lo... lo... lo...

¡Qué hermosura!

Y además, ¡qué sintaxis!...

Porque ver-láderamente no se sabe lo que quiere decir ese verso.

No se sabe quién hermosa, ni qué es lo

hermoseado, ni si *lo bello* acoge ó es acogido, ni nada; no se sabe nada.

Y eso que el autor comenzó diciendo que era claro.

«Lo que lo bello acoge lo hermosa,  
Y así los versos míos  
—Siempre que *ella* los lea  
Sin odios ni desvíos.—  
Los ha de embellecer Juanita Orbea.»

La necesidad buena es.

Porque los tales versitos son feos y sosos cuanto cabe.

Sin que por eso deje de ser una hipótesis absurda la de que Juanita los fuera á leer con odios.

Lo cursi no suele excitar el aborrecimiento de nadie.

Ahora tomen ustedes aliento para pronunciar el título que sigue:

«Á ADA»

Así. *A Ada*... ¡Ponen allá unos nombres á las niñas!...

Porque la composición, que es un sonetín en heptasílabos bastante malos, va dirigida á una criatura.

Y dice:

«En la alcoba callada...»



En la alcobaca... cobaca...

«En la alcoba callada  
Y en la cuna mullida.....»

Sistema fácil. Con un adjetivo en *ada* y otro en *ida* se pueden versificar al día tres ó cuatro rollos de papel continuo.

«En la alcoba callada  
Y en la cuna mullida.....»

¡Vamos, que el detalle de que la cuna estaba mullida!...

«Te contemplé dormida  
Y sonriendo, *Ada*.  
¡Qué placidez rosada!.....»

¡Es claro!... Esto sí que es claro, y no lo de antes.

La placidez tenía que ser alguna cosa que acabase en *ada*; pero *sosegada* no cabía en el verso, y... fué rosada.

«¡Qué placidez rosada  
*Tibia luz encendida*...»

La luz, como es tan cortita de talla, tenía que ser dos cosas, una para el consonante y

otra para el relleno, y resultó *encendida* y... *tibia*.

Lo malo es que no se sabe qué papel desempeña una de aquellas dos señoras: la luz ó la placidez.

«¡Qué placidez rosada  
*Tibia luz encendida*,  
Daba vida á tu vida  
Apenas comenzada!»

No se sabe quién *daba vida á la vida apenas comenzada de Ada*...

Y á propósito de trabalenguas, ahí va otro.

Parra tenía una perra que comía las uvas de la parra de Guerra.—¿Qué hace Guerra? Da con la porra á la perra de Parra.—Dice Parra:—¡Ah, Guerra! ¿Por qué das con la porra á la perra de Parra?—Dice Guerra:—¡Ah, Parra! Si la perra de Parra no comiera las uvas de la parra de Guerra, no diera Guerra con la porra á la perra de Parra...

No se sabe—decíamos—si quien daba vida á la vida apenas comenzada de *Ada*, era la *placidez rosada* ó era la *tibia luz encendida*.

Quedémonos con la curiosidad, y vamos á ver los tercetitos.

«¡Ay del que dichas sueña  
y al despertar le *enseña*  
su *torba* faz la suerte!



Tú no, que en el exceso  
De amor divino, un beso  
Tendrás que te despierte.»

¡Amén!

Pero, ¿qué tiene que hacer ahí ese exceso, ó esa barbaridad, como diría el general Martínez Campos, *de amor divino*?

En el *amor divino* dicho se está que no puede haber exceso; pues si se trata del amor de las criaturas á Dios, Él lo merece todo, y más que fuera; y si se trata del amor de Dios á las criaturas, como quiera que Dios es infinitamente justo, no hay exceso posible.

¿Es que el señor *Millares*... de despropósitos, como le apellida también el humorístico escritor de Guanabacoa, ha llamado *amor divino* al amor materno?

Pues tampoco así está bien lo del *exceso* ni deja de ser ripio. Porque á nadie más que al señor *Miyares* se le puede ocurrir que sea *exceso de amor* en una madre dar un beso á su hija que duerme en la cuna.

«Tú no, que en el exceso  
De amor divino, un beso  
Tendrás que te despierte.»

¡Y que no es largo ni nada el ripio! ¡De seis palabras!

En fin, cosas de los Genios.

También se ha metido el corrector de pruebas á escribir cantares.

Y con retemuchísima gracia.  
Véase una muestra:

«Sobre su cruz de madera  
Vi el nombre ya despintado  
Como un lejano recuerdo,  
Y me alejé meditando.»

*Lejano... me alejé...*

Otra:

«Cuando con él vas del brazo...»

*Vas del brazo... Muy poético y muy dulce...*

«Cuando con él vas del brazo  
No sonrías vanidosa,  
Porque denuncias que el cuerpo  
Es lo que has vendido, Lola.»

¿Y por qué?

La verdad es que aquí el pensamiento no sale.

Otra copla:

«Caminito suave  
Eres corto y largo;  
De una legua si voy á su casa,  
Si vuelvo, de un palmo.»

¿Y por qué?... ¿Quién le ha dicho á usted



que á la vuelta de un sitio agradable se hace el camino corto?...

No, señor; nada de eso.

Usted habrá oído quizás una preciosa seguidilla que dice:

«Cuando voy hacia casa  
De Rosalía,  
Se me hace cuesta abajo  
La cuesta arriba;  
Y cuando salgo,  
Se me hace cuesta arriba  
La cuesta abajo.»

Regularmente habría usted oído esta seguidilla y quiso usted hacer algo parecido.

Pero, ¡quí! hombre.

Cuando le den á usted tentaciones de esas, acuérdesese usted del cuervo de la fábula. De aquel cuervo que, habiendo visto á un águila levantar por los aires un cordero, quiso hacer otro tanto con un carnero, y, enredándosele las uñas en la lana, murió allí aporreado por los pastores.

Otra composición del señor Miyares se titula ¡Ríete!..

Y empieza:

«Luisa siempre se ríe: si la beso...»

¡Caramba!... Pues no la puedo copiar...

Porque es de ese género *erótico-patoso*, que con el tiempo se llamará *género americano*.

Pero la especialidad de este poeta distinguido son las *Marinas*.

Un género nuevo que él ha pretendido crear, como Campoamor creó las *Doloras*.

¡No se gasta menos!

Las *marinas* de Miyares suelen tener todo este chiste:

«MARINA

¡NI UN ÁRBOL, NI UNA CRUZ!

Así, entre admiraciones.

«El sol en el mar *se hundía*,  
El mar intranquilo *estaba*,  
Y la nave *tambaleaba*,  
Y el viento silbar *se oía*...»

Cuatro pretéritos imperfectos, dos en *la* y dos en *aba*.

Y, lo mismo que cuatro, se podían poner cuatrocientos, y prolongar la *marina* hasta San Baudilio de Llobregat, sin variar de consonantes.

Así, por ejemplo:

«El sol en el mar *se hundía*,  
El mar intranquilo *estaba*,  
Y la nave *tambaleaba*,

(*Se tambaleaba, quería  
La sintaxis que pasaba*)  
Y el viento silbar *se oía...*  
Y la alta vela *se hinchaba,*  
Y el aparejo *crugia,*  
Y el tiburón *se acercaba,*  
Y el barquichuelo *corría,*  
Y Enrique Hernández *cantaba,*  
Y la crítica *le oía,*  
Y después *le remedaba,*  
Y el público *se reía...*

Y así sucesivamente.  
Cambio de consonantes:

«De noche es muy triste el mar,  
Y si muere un pasajero  
No hay un rudo marinero...»  
Que no lo pueda contar.

Así en prosa, como lo cuenta el señor Millares de... ripios.

«Y aquella tarde arrojó  
Al mar la marina gente...»

¡Anda, salero! Al mar la marina... gente.

«A la luz del sol poniente...»

¿En qué quedamos?...

¿Le arrojó al mar la marinera gente?  
¿O le arrojó á la luz del sol poniente?

«Y aquella tarde arrojó  
(Al mar la marina gente,  
O á la luz del sol poniente  
Que esto no está muy patente)  
A un marino que murió.»

Y á otra cuarteta:

¡No hay pecho que no taladre  
(¡Veo venir á su madre!)  
Fiero el dolor al pensar  
Que hay quien se muere en el mar  
Sin un beso de... su madre!»

¡Es claro! ¡Se la veía venir!  
En cuanto vean ustedes que un poeta de  
estos ripiosos maneja el taladro ó la escuadra,  
es decir, en cuanto encuentren ustedes  
en verso una cosa que *taladre* ó que *cuadre* ó  
que no *cuadre*, sírvales á ustedes de regla,  
viene la madre de seguro.

O por lo menos el padre; pero casi siempre  
es la madre.

Vamos andando:

«El sol en el mar se hundía...  
(¡Otra vez? ¡Es que volvía?)  
Y el mar intranquilo estaba,  
Y la nave tambaleaba,  
Y el viento silbar *se oía...*  
(Lo mismo que sucedía  
Cuando la cosa empezaba)



Pretérito perfecto:

«Pronto las sombras *reinaron*,  
Y de luto el mar *vistieron*,  
Y todos se *recogieron*,  
Y por el muerto *rezaron*...  
Y de rezar *concluyeron*,  
Y poco después *cenaron*  
Los que apetito *sintieron*,  
Y más tarde se *acostaron*,  
Y en seguida se *durmieron*.  
Y después se *despertaron*...

¿Quieren ustedes que siga?...

...¿Que no, que ya es bastante?...

Bueno, pues lo dejaré; pero que conste que lo dejo por complacer á ustedes, no porque no me sienta con alientos para continuar hasta el año que viene por ahora.

¿Que por qué llama á estas composiciones el señor Miyares *marinas*?

¡Ah! No lo sé. Aunque, si he de decir la verdad, tengo una sospecha.

Contaba un carretero de mi tierra que una vez, atravesando el monte Toroces de noche y solo, se había encontrado con un lobo marino cerca de la Mudarra.

—Él me hizo cara—decía refiriendo el encuentro con todos sus pelos y señales—él me hizo cara, yo le hice frente y le amenacé con el hacha. Entonces él se temió una ruina y echó á correr como una exhalación... ¡Iba..!

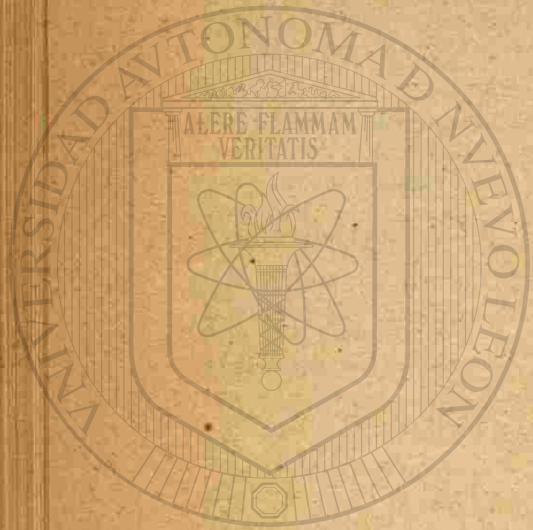
—Pero, hombre, no sería marino el lobo—

se atrevió á objetarle la persona á quien refería el suceso.—¿Cómo había de andar un lobo marino por mitad de Campos, á tantísimas leguas de la costa?...

—Marino, marino, sí, señor—insistía el carretero con la mejor buena fe del mundo:—marino era: le vi bien, porque había un poco de luna... y era marino... un poco más pardo que los de por acá...

¡Si habrá tenido igual fundamento el señor Miyares para calificar de *marinas* á algunas de sus composiciones!

¿No las habrá llamado *marinas* porque sean un poco más pardas, es decir, un poco más malas que las otras?...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Tengo á la vista un librito de pocas hojas, impreso con lujo en París, y titulado *Poemas y rimas*.

Su autor, don Máximo Soto Hall, creo que es un estimable joven diplomático de Guatemala, y de poesía también mala.

Vamos, de esa que casi no es poesía.

Advierto que esto último, lo de la poesía mala, no es que lo creo; es que lo he visto, como lo van á ver ustedes los lectores.

Pero asimismo advierto, para que luego no se llamen ustedes á engaño, que áun siendo mal poeta el señor Soto Hall, no es tan malo como el señor Miyares, por ejemplo, ni como el Sr. Caro, ni como el señor Pagaza.

El señor Soto hace de cuando en cuando algunos versos regularcillos.

Pero tiene la desgracia de haberse propuesto por modelo al señor Nuñez de Arce, y la de que, como suele sucederles á todos los imitadores, no se le haya pegado del modelo



más que lo malo; los adjetivos y algún prosaismo que otro.

El primero de los *poemas* del de Guatemala, dedicado á su maestro don Gaspar, se titula *Los besos*, de los cuales indudablemente sobra uno.

Y el primero de los pecados cometidos por el señor Soto en este poema, es el de haberse atrevido á escribirle en tercetos.

Dieciocho docenas de tercetos, y los cuento así porque hay una docena en cada hoja... dieciocho docenas de tercetos, aunque no sean del todo malos, son irresistibles.

Y los del diplomático guatemalteco, la verdad sea dicha, no son buenos del todo.

¿Figurábasele al señor Soto Hall que era cosa fácil hacer tercetos como los de *la selva oscura*?

Y tampoco aquellos son todos buenos, con que rebajando en los del señor Soto lo que va de maestro á discípulo, considere el señor Soto en lo que quedarán los suyos.

Pero mejor es verlos:

«CANTO PRIMERO.

«Ya la ilusión en *mi alma* no se agota,  
Pues sé que cuando...»

Mire usted, señor Soto, antes de pasar adelante, mire usted; toda esa primera mitad del segundo verso es muy prosaica, y bastaría

ella sola para deslucir el terceto, áun cuando no tuviera más defectos que ese.

«Pues sé que cuando...» ¿Qué giro y qué palabras emplearía usted escribiendo en prosa para expresar la misma idea?... Pues esas mismas.

También es dura de hacer la sinalefa que usted quiere que se haga en el verso primero en las palabras *mi-alma*, porque haciéndola, se acercan demasiado las dos emes y suenan *mialma*, casi *malma*, mientras que pronunciando en tres sílabas *mi-al-ma*, el sonido es más dulce.

Aparte de que el verso tiene otras dos sinalefas, *l'i-lu-sión* y en *s'a-go-ta*, y tres son demasiadas en un verso.

Y también el tercer verso tiene otro prosaismo: *en el instante*.

«Ya la ilusión en *mi alma* no se agota,  
Pues sé que cuando muere una esperanza  
Otra esperanza en el instante brota.»

Convendrá conmigo el señor Soto, en que ese primer terceto deja bastante poesía que desear.

El segundo dice:

«Y todo ser que por el mundo avanza  
Debe saber...»

Y todo ser...  
Debe saber...



Tampoco eso está bueno, señor Soto. Esos versitos, con sus consonantes y todo, dentro de los otros versos, no son de paso.

Otro terceto dice:

«Por olvidar la virgen *seductora*  
Que *amó mi ardiente corazón herido*  
Por su mirada *dulce y brilladora*...»

¿Qué necesidad tenía usted de decirnos por qué la *amó*?

Y si tenía usted empeño en decir que la causa determinante del amor fué su mirada *dulce y brilladora*, dos adjetivos, y especialmente el segundo, muy ripio y muy consonante, hubiera usted dado otra forma á ese tercer verso para que no empezara con la misma palabra *por* con que empieza el primero, usada en distinto sentido, lo cual es cosa muy mal vista.

Y no le quiero decir á usted nada del epíteto *herido*, malamente aplicado al corazón en el segundo verso; porque cuando *amó* á la virgen *seductora* no estaba herido, ó por lo menos no consta en autos que lo estuviera, sino que quedó herido á consecuencia de aquel amor de la virgen *seductora*.

Eso que usted hace se llama poner la horca antes que el lugar, ó disputar sobre el pellejo del oso vivo.

A más de que las vírgenes no suelen ser *seductoras*.

Y á más de que aquel *amomí* del segundo verso no es eufónico.

Siga usted:

«Creyendo en otro amor hallar olvido  
A una doncella *candorosa y pura*  
A herir fui...»

Es claro. ¿Qué menos había de ser que *candorosa y pura*, tratándose de rellenar un endecasílabo en *ura*?

«Eran *oscuros sus radiantes ojos*...»

Bueno; que sus ojos fueran *oscuros* puede pasar, porque ya se sabe que el poeta puede hacerlos del color que le dé la gana; pero, ¿qué necesidad había de llamarlos *radiantes*?

Siga usted:

«Eran *oscuros sus radiantes ojos*  
Y su *profusa cabellera oscura*...»

Corriente, ¿qué más?

«Sus labios frescos, perfumados, rojos,  
Y pálida su tez, que coloreaba  
El virginal pudor con sus sonrojos.»

Este es un terceto regular. Adelante:



«Es cierto que al principio no la amaba.

¡Hombre, hombre, hombre, hombre!... ¡Qué malo está eso, pero qué malo, señor Soto!

No crea usted que lo que me disgusta es que no la amara usted al principio, no señor. Eso á mí, como usted puede comprender, no me da cuidado.

Lo que me disgusta es lo candorosamente prosaico que le ha salido á usted ese verso.

«Es cierto que al principio no la amaba.»

¿Le parece á usted poesía eso?

«Es cierto que al principio no la amaba,  
Porque en la estrecha red de sus encantos.....»

No veo la necesidad de que fuera estrecha; pero siga usted:

«Otra hermosa mujer me aprisionaba.....»

¿Otra todavía?

Además de la *virgen seductora* de antes y de la *doncella candorosa y pura* de ahora, hay todavía otra en campaña? ¿Se llama usted don Juan?... ¡Ah, no! Don Máximo.

Insisto en que no era necesario que la red fuera *estrecha* para aprisionarle á usted. Bas-

taba que no estuviera rota, y que fuera un poco cerrada de malla, porque creo que no es usted muy grueso.

Siga usted:

«Es cierto que al principio no la amaba... etc.  
*Mas vine luego* descubriendo tantos  
Atractivos en su alma, que por ella  
Olvidé mis pasados *desencantos.....*»

Encantos querrá usted decir; porque los *desencantos* suponen anteriores encantos, que es lo que cuesta trabajo olvidar.

Peró como los encantos los había usted puesto ya en el terceto anterior... pues *desencantos*, aunque no haya sentido.

Y luego, ¿por qué dice usted *mas vine luego descubriendo*? Descubrí se dice. *Mas vine luego descubriendo* es muy prosáico. Y ni en prosa lo dice casi nadie, como no sea Cánovas.

«Vengo ozerbando, señórez...»

Aparte de que usted no vino, sino que se fué:

Continúe:

«Y amé á la virgen *celestial* y bella  
Que del dolor en el *inmenso* Océano  
Fué para mí la *salvadora* estrella.»

Tres versos y cuatro adjetivos.

Esto es como aquello que decían de Torre-  
lodones; catorce vecinos y quince ladrones.



Convendrá usted conmigo, señor Soto, en que á esa virgen la bastaba ser *bella* ó ser *celestial*, y en que el Océano está ya cansado de oirse llamar *inmenso*, y en que *la salvadora* más parece una criada que un epíteto de la estrella del Norte.

Un poco más adelante dice usted:

«Aun al recuerdo de su amor me abraso.....»

Y cuando uno cree de buena fe que en efecto, se abrasa usted, añade:

«En un suave calor.....»

No; eso no: entonces no se abrasa usted, porque en un suave calor nadie se abrasa.

Y menos si el calor es efectivamente tan suave

«... como el que arroja

El moribundo sol desde el ocaso.»

¿Usted no sabe que *abrasarse* es hacerse brasa?

Y, ¿ha visto usted que el calor del sol Poniente haya hecho brasa ninguna cosa?.....

No vale escribir al *vultum tuum*: hay que mirar lo que se dice.

Mas *volvamos de nuevo*... Esto no lo digo yo; lo dice el señor Soto Hall.

«Mas *volvamos de nuevo* á la angustiada  
*Historia* de mi amor, aquella *historia*  
Cuyo recuerdo *sin cesar* me acosa.»

Bueno, volvamos de nuevo, ó de viejo, como usted quiera. Pero entienda usted que eso de ser asonantes entre sí los consonantes, no es de buen gusto.

Siga usted:

«Volvamos á la dicha *transitoria*  
De los días fugaces *que pasaron*.....»

Ya se comprende: si la dicha fué *transitoria*, tuvo que pasar, ó ser de días que *pasaron*. ¡Por el amor de Dios, señor Soto, no diga usted las cosas dos veces!

Bastante hace el lector con resistirlas una vez sola.

«Del verde campo las modestas flores.....»

Pase que á las flores las llame usted modestas; pero, ¿qué necesidad había de decir que el campo es *verde*?.....

Adelante:

«*Algunas veces*, presagiando duelo.....»

La primera parte de este verso es un pro-saismo, y la segunda un ripio.



«*Algunas veces presagiando duelo*  
La calma deliciosa *perturbaba*  
*Ave.....*»

*Perturbaba ave* es una cacofonía irresistible. Ya el *perturbaba* era malo por sí, como todos los consonantes *babosos*, pero con el *ave* que puso usted en seguida, acabó usted de remachar el clavo.

«¡Cuánto sueño de amor, cuánta *poesía.....*»

*Poesía* será, ó *posía*; porque *poesía* no se puede reducir á tres sílabas, únicas que caben en el verso.

«En tanto que la frase *modulada*  
Por su púrpurea boca era el *gorjeo*  
(¡*Huy, qué feo!*)  
Con que la alondra anuncia la alborada.»

#### Filosofías:

«Nunca el alma sepulta en el pasado  
Recuerdos de placer; fuerza es que guarde  
Memoria de los goces que ha apurado.»

Frase dura é impertinente.  
Porque luego resulta que el héroe no ha apurado nada, sino á lo sumo la paciencia de los lectores.

«Quién no ha sentido que en su *espíritu arde.....*»

¡Qué oído, señor Soto Hall! ¿Cree usted que eso puede ser verso?

Cuando se llega al *su espíritu* lleva ya el verso tres sinalefas. Y todavía esto sería lo de menos, si la del *espíritu* se pudiera hacer sin detrimento del sentido.

«Alguna época *aciaga* ó venturosa.»

Otro verso malo. *Epoca aciaga.....*

«De los *cruels* y *amargos* desengaños.....»

Aparte de los dos adjetivos, de los cuales diría yo que sobraba por lo menos uno, ese *cruels* comprimido hasta dejarle en dos sílabas, es muy feo.

«Yo entonces fui feliz. Era la aurora  
De mi *agitada* vida.....»

Digo lo que antes, cuando el corazón *herido*. ¿Por qué llama usted *agitada* á la vida, antes de que lo sea?

«Si iba *afanoso* en busca de mi bella.....»

Muy malas son esas aliteraciones.  
*Si iba afa...* Primero dos ies tocándose, después dos aes tocándose también; y segui-



das de muy cerca por otra, por si acaso tienen miedo.....

Quizá por esa misma consi leración no pone usted casi nunca un epíteto solo.

«Su rosada y etérea vestidura  
Aquella noche hermosa y placentera  
«Junto á una Virgen púdica y amante...»  
«A una doncella candorosa y pura...»

Así: por parejas siempre, como los guardias civiles.

«Mi dicha tocó al fin; al ser que amaba...»

Oído leer este verso parece decir lo contrario de lo que dice. Por la igual semejanza de las frases *al fin* y *al ser*, semejanza que debió usted haber evitado.

«Mi dicha tocó al fin; al ser que amaba  
Con todo el corazón, dejar debía...»

Muy prosáico y muy feo.

¡Dejar debía!...

«Cuando el alma padece, su tormento  
Expresar tanta angustia no la deja...»

No se sabe si es el tormento el que no deja

expresar la angustia, ó es la angustia la que no deja expresar el tormento.

«Había tal angustia en la mirada  
(Otra angustia rozando á la pasada)  
De sus ojos purísimos, que al verla  
Sentí en el corazón honda punzada.»

¿La sintió usted en el corazón. Porque así suena.

«Le hablé de la ventura del regreso...»

Prosáico. Además que no se dice *le*, sino *la*. Es acusativo.

*Al fin* nos separamos; dividida  
Vi la cadena que forjara el cielo...»

¡Que la habrá de forjar el cielo! La habría forjado usted.

«Los ojos son inagotables fuentes  
De donde brota sin cesar el llanto  
De nuestras almas tristes á torrentes.»

Feo de puro recargado. Porque nada de eso es natural: ni el *inagotables*, ni el *sin cesar*, ni los *torrentes*...

«Mis tristes ojos, á la dicha extraños...»

¡Claro! Estando tristes...



«Do quiera que *veían*, encontraban  
Sombra no más y negros desengaños.»

Eso no se llama *ver*, se llama *mirar*, que no  
es lo mismo.

Pero, ya se ve, *miraban encontraban* no se  
atrevió usted á decir, por el consonante, y  
prefirió usted usar el verbo *ver* impropia-  
mente.

«Sólo sus *dulces* cartas disipaban...»

Poco feliz. *Dulces cartas...* y luego *disi-*  
*paban...*

«Y al fin ya no llegaron; vanamente  
Esperé con afán día tras día  
*Sin saber nada...*»

Prosáico...

«¿Qué pasaba?...»

Prosáico también.

«El tiempo por fortuna nunca para.»

Duro lo del *tiempo por*, y prosáico todo el  
verso.

El canto segundo empieza así:

«Dulce esperanza á que, en fatal momento...»

Y no puede empezar peor.

*Esperanza á... á que... en...* Este verso es  
muy malo.

Y todo el terceto:

«Dulce *esperanza á que*, en fatal momento  
En el fondo de mi *alma di cabida*  
Para aumentar mi horrible sufrimiento.»

Mi horrible sufrimiento... ¡No fuera que  
pasara un sustantivo sin su correspondiente  
epíteto de brocha gorda!

«Porque lleno de *angustia y cruel* despecho  
Verá de su esperanza *el ave muerta...*»

Esa *ave muerta* también está ahí muy mal.

«¡Ay del alma que *sueña* y se *despierta*  
(*Asonantitos*)  
Y al entreabrir sus ojos *doquier mira*  
La realidad del mundo descubierta.»

¿Puso usted ahí *mira* en lugar de *ve* para  
deshacer el trueque de atrás?...  
®

«Sintiendo entonces de *profundo* duelo  
*Dentro del alma* la punzante espina...»

¿El *alma* siente *dentro del alma*?... Es na-  
tural...

«Y entonces duda de si el Dios que adora  
Es mentira también (*¡Dios nos asista  
Con su gracia hasta el fin!*) si falsos lazos  
Lo unen al ser con quien en su ansia implora.»

¡Qué verso tan duro este último! A más de  
ser interminable, no se entiende...

«Cuando, á mi vista, de la patria mía  
Vi aparecer...»

O sobra el *vi* ó sobra el *á mi vista*. De ha-  
ber dicho *á mi vista*, podía usted haber dicho  
*apareció...*

«Vi aparecer la costa *acantilada...*»

No sé si lo será. Pero, de todos modos, us-  
ted no se lo llama porque lo sea, sino porque  
se lo llamó don Gaspar á la de Cantabria en  
*La Pesca*.

«En vano ante el altar *con angustiosa  
Voz al cielo alza su oración ferviente.*»

Esto no es verso endecasílabo ni cosa que  
lo valga...

«¡Voz al cielo alza su oración *ferviente!*»

¿Le parece á usted que se pueden decir to-  
das esas cosas en un verso?

Haga usted el favor de seguir:

«Y llena de dolor, *desesperada,  
Mesándose las manos...*»

¡Hombre! De eso sí que no se había visto...  
¡Mesarse las manos!  
Bueno; que no sabe usted lo que es mesar.  
Ni otras muchas cosas.

Y lo dejo porque se va haciendo este artí-  
culo demasiado largo, y el libro también, no  
porque en el poema *gasparino* del señor Soto  
no haya mucho que censurar todavía.  
Con que, hasta el *montón* siguiente...

FIN.







UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
I.—(MONTES DE OCA).....	5
II.—EL MISMO).....	19
III.—(EL MISMO).....	37
IV.—(F. FERRAZ).....	59
V.—(FACIO).....	75
VI.—(ICAZA).....	85
VII.—(RODRÍGUEZ).....	101
VIII.—(BRENES).....	113
IX.—(PALMA).....	129
X.—(PRIETO).....	147
XI.—(CÁNOVAS).....	165
XII.—(COLLADO).....	179
XIII.—(RIVA PALACIO).....	195
XIV.—(PAGAZA).....	209
XV.—(CARO).....	221
XVI.—(EL MISMO).....	235
XVII.—(HERNÁNDEZ MIYARES).....	249
XVIII.—(SOTO HALL).....	267



### PROTESTA.

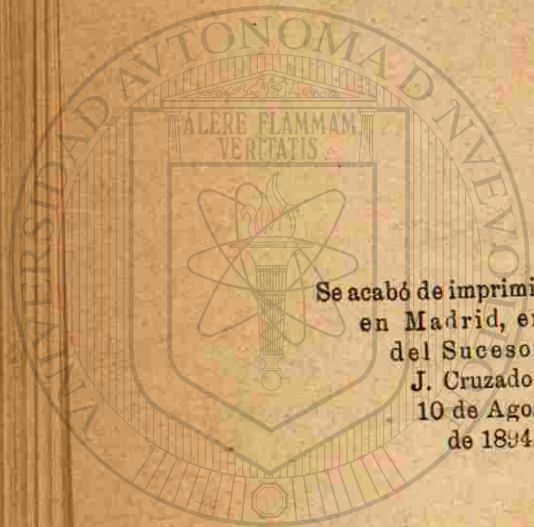
Si alguna cosa apareciere en este libro contraria á la fe católica ó á las buenas costumbres, téngase por no escrita.

EL AUTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Se acabó de imprimir este libro  
en Madrid, en casa  
del Sucesor de  
J. Cruzado, el  
10 de Agosto  
de 1894.

## LIBRERIA DE VICTORIANO SUAREZ,

PRECIADOS, 48. MADRID.

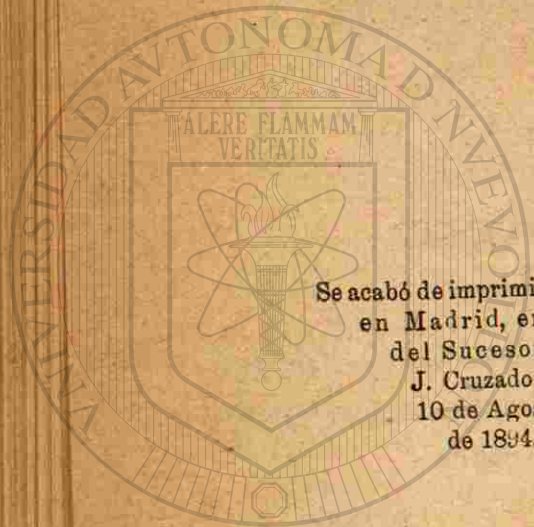
### EXTRACTO DEL CATÁLOGO DE OBRAS DE RECREO.

*Esta casa servirá cuantos pedidos se le hagan de libros, aunque no consten en sus CATÁLOGOS, siempre que vengan acompañados de su importe en letra sobre Madrid, París ó Londres, libranza ó sellos de correo de ESPAÑA; en el último caso certificada la carta.*

*Las remesas serán de cuenta y riesgo del que las pida. No se servirá pedido alguno que no vaya certificado, al no manifestar lo contrario el interesado.*

*Los precios marcados son para Madrid y en rústica. En provincias y América los señores corresponsales los fijarán con arreglo á los cambios y gastos.*

- Alarcón (D. Pedro).—Diario de un testigo de la guerra de Africa. Tercera edición; dos tomos en 8.º, 8 pesetas.
- De Madrid á Nápoles; dos tomos en 8.º, 8 ptas.
  - Poesías; un tomo en 8.º, 4 ptas.
  - El sombrero de tres picos; un tomo en 8.º, 3 pts.
  - El Escándalo; un tomo en 8.º, 4 ptas.
  - El Niño de la Bola; un tomo en 8.º, 4 ptas.
  - El Final de Norma; un tomo en 8.º, 4 ptas.
  - El Capitán Veneno; un tomo en 8.º, 3 ptas.
  - La Pródiga; un tomo en 8.º, 4 ptas.



Se acabó de imprimir este libro  
en Madrid, en casa  
del Sucesor de  
J. Cruzado, el  
10 de Agosto  
de 1894.

## LIBRERIA DE VICTORIANO SUAREZ,

PRECIADOS, 48. MADRID.

### EXTRACTO DEL CATÁLOGO DE OBRAS DE RECREO.

*Esta casa servirá cuantos pedidos se le hagan de libros, aunque no consten en sus CATÁLOGOS, siempre que vengan acompañados de su importe en letra sobre Madrid, París ó Londres, libranza ó sellos de correo de ESPAÑA; en el último caso certificada la carta.*

*Las remesas serán de cuenta y riesgo del que las pida. No se servirá pedido alguno que no vaya certificado, al no manifestar lo contrario el interesado.*

*Los precios marcados son para Madrid y en rústica. En provincias y América los señores corresponsales los fijarán con arreglo á los cambios y gastos.*

- Alarcón (D. Pedro).—Diario de un testigo de la guerra de Africa. Tercera edición; dos tomos en 8.º, 8 pesetas.
- De Madrid á Nápoles; dos tomos en 8.º, 8 ptas.
  - Poesías; un tomo en 8.º, 4 ptas.
  - El sombrero de tres picos; un tomo en 8.º, 3 pts.
  - El Escándalo; un tomo en 8.º, 4 ptas.
  - El Niño de la Bola; un tomo en 8.º, 4 ptas.
  - El Final de Norma; un tomo en 8.º, 4 ptas.
  - El Capitán Veneno; un tomo en 8.º, 3 ptas.
  - La Pródiga; un tomo en 8.º, 4 ptas.



- Alarcón (D. Pedro).**—Novelas cortas; tres tomos en 8.º, 12 ptas.
- Cosas que fueron; un tomo en 8.º, 4 ptas.
  - Juicios literarios; un tomo en 8.º, 4 ptas.
  - La Alpujarra; un tomo en 8.º, 5 ptas.
  - Viaje por España; un tomo en 8.º, 4 ptas.
  - Últimos escritos; un tomo en 8.º, 4 ptas.
- Alcalde y Valladares.**—D. Alonso de Aguilar, ó la Cruz del Rastro, novela histórica, dos tomos en 8.º, 2 ptas.
- El Angel de las montañas, poema, 1 pta.
- Alfaro.**—La cruz y la Golondrina, 1 pta.
- Al pie de la torre de los Lujanes**, (contestación al libro *Al pie de la Torre de Eifel*), 0'50 ptas.
- Alvarez Guerra.**—Viajes por Filipinas.—De Manila á Albay.—De Manila á Tayabas.—De Manila á Marianas.—Usos y costumbres de aquellos pueblos. Madrid 1887, tres tomos en 8.º, 9 ptas.
- Amicis (E.).**—Los amigos; tres tomos en 8.º, 9 ptas.
- Amor y Gimnástica.—La cuestión social.—Garibaldi y otros trabajos; un tomo, 4 ptas.
  - Combates y aventuras; segunda parte de Infortunios de amor; un tomo, 4 ptas.
  - Constantinopla, dos tomos; 5 ptas.
  - Cuore (corazón) diario de un niño; un tomo ilustrado, 4 ptas.
  - Dos dramas de escuela; un tomo en 8.º, 4 ptas.
  - En el Océano; un tomo, 4 ptas.
  - España; un tomo, 3'50 ptas.
  - Holanda; un tomo, 4 ptas.
  - Ideas sobre el rostro y lenguaje; un tomo, 3 ptas.
  - Impresiones de América; un tomo, 3 ptas.
  - Infortunios y amor (Memorias de un maestro); un tomo, 4 ptas.

- Amicis (E.).**—Italia; dos tomos, 6 ptas.
- Marruecos; un tomo, 3'50 ptas.
  - Novelas; un tomo, 3 ptas.
  - Páginas sueltas; un tomo, 3 ptas.
  - Poesías; un tomo, 3'50 ptas.
  - Recuerdos (1870-71); un tomo, 3 ptas.
  - Recuerdos de París y Londres; un tomo, 2'50 pesetas.
  - Retratos literarios; un tomo, 3 ptas.
  - Vida militar; dos tomos, 6 ptas.
  - El vino, sus efectos psicológicos; un tomo 1 pta.
- A muertos y á idos no hay parientes ni amigos, ó la marquesa de Oveda**, un tomo en 8.º, 1'50 ptas.
- Arpa y López (D. Salvador).**—Principios de literatura general (literatura filosófica).—Un tomo en 8.º, cartóné, 6'50 ptas.
- Historia compendiada de la literatura española (literatura histórica).—Un tomo en 8.º, pasta, 7 pesetas.
  - Compendio de Retórica y Poética (literatura preceptiva).—Quinta edición, un tomo en 4.º, en cartóné, 6 ptas.
  - Ejercicios prácticos de literatura preceptiva.—Tercera edición. Primera parte: Ejercicios de elocución y estilo, con análisis gramatical y literario de las palabras, oraciones y cláusulas.—Segunda parte: Colección selecta de obras castellanas en prosa y verso, con ejercicios de análisis y de composición literaria.—Un tomo en 4.º, cartóné, 7'50 ptas.
  - Programa de Retórica y Poética.—0'50 ptas.
- Baralt.**—Diccionario de galicismos, ó sea de las voces, locuciones y frases de la lengua francesa que se han establecido en el habla castellana,



con el juicio crítico y prólogo de D. Juan E. Hartzenbusch.—Madrid 1890, un tomo en 4.º, 9 pesetas.

**Barrera.**—Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español, desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII, por D. Cayetano Alberto de la Barrera y Leyrado.—Madrid 1860, un tomo 4.º, 10 ptas.

**Benejam.**—El lenguaje en acción.—Diccionario que comprende la mayor parte de los vocablos que tienen dos ó más significaciones, con su correspondiente aplicación, incluyendo un gran número de sinónimos de nuestra lengua, etc., etc.—Ciudadela 1888, un tomo en 4.º, 4 ptas.

**Blair (H.)**—Lecciones sobre la Retórica y las bellas letras, traducidas por Joseph Luis Munáiz.—Madrid 1798-1801, cuatro tomos en 8.º mayor, pasta, 20 ptas.

**Blanco García.**—La literatura española en el siglo XIX, por el P. Francisco Blanco García, agustino, profesor en el Real Colegio de El Escorial.—Madrid 1891-92, dos tomos en 4.º, 11 ptas.

**Bretón de los Herreros.**—Obras completas. Nueva edición, cinco tomos en 4.º mayor de más de 500 páginas cada uno, á dos columnas. Los cuatro primeros contienen 76 dramas y comedias, y el quinto, las poesías; 50 ptas.

**Coronado (D.ª Carolina).**—La Sigea. Novela, dos tomos, 3 ptas.

**Chaves.**—Recuerdos del Madrid viejo, 2 ptas.

— El Príncipe Carlos, 2 ptas.

**Chismes de teatro** (Cómicos y danzantes), 0'50 pesetas.

**Dante.**—La divina comedia, un tomo en 8.º, 2 ptas.

—El Infierno.—Traducción de Bartolomé Mitre. Composiciones de Cornillier y grabados al agua-fuerte, por Abot.—La Divina Comedia. Juicios críticos sobre el ensayo de traducción del *Infierno del Dante*, por Bartolomé Mitre. Buenos Aires 1891, dos tomos en 4.º, 40 ptas.

De esta obra, la cual debe adquirir todo buen literato, sólo se han impreso 600 ejemplares en rico papel de hilo, fabricado expresamente para ella.

**Díaz-Rubio y Carmena** (El Misántropo).—Primera Gramática española razonada.—Segunda edición, corregida y aumentada.—Madrid 1887, dos tomos en 4.º, 15 ptas.

— Compendio al estudio de la Gramática española.—Madrid 1892, un tomo en 4.º, 8 ptas.

**Dozy.**—Investigaciones acerca de la historia y literatura española durante la Edad Media, traducidas de la segunda edición, y anotadas por don Antonio Machado y Alvarez.—1878, dos tomos en 8.º, 9 ptas.

**Eguilaz y Yanguas** (D. Leopoldo de).—Glosario etimológico de las palabras españolas (castellanas, catalanas, gallegas, mallorquinas, portuguesas, valencianas y vascongadas) de origen oriental (árabe, hebreo, malayo, persa y turco).—Granada 1886, un tomo en 4.º, de XXIV-591 págs. 25 ptas.

**Fabraquer** (Excmo. Sr. Conde de).—*La revolución de Roma*. Historia del poder temporal de Pío IX desde su elevación al trono hasta su fuga de Roma, y convocación de la asamblea nacional en 50 de Diciembre de 1848.—Madrid un tomo en 4.º, con los retratos de Pío IX, Brunetti, Conde Terencio, y cinco láminas con las vistas de varios edificios de Roma, 3 ptas.



**Febal.**—Pedro Blot. Las Etapas de una conversión. Traducción de D. Antonio de Valbuena.— Madrid 1893, un tomo en 8.º, 2 ptas.

— El hijo del Diablo, tres tomos en 4.º, 8 ptas.

**Fernández Martínez.**— *Pinceladas*; cuadros de costumbres, descripciones y leyendas de la zona oriental de Asturias (parte de ellos en bable). Llanes 1892, 2'50 ptas.

**Fernández Villabril.**— *Biblioteca de educación*. Las edades de la vida; programa, 1 pta.

— La infancia, 1 pta.

— Juego de la primera edad, con grabados, 1 pta.

— Escuela de párvulos, con grabados, 1 pta.

— Vicio y virtud, ó los contrastes; cuentos originales y traducidos, 1 pta.

— La infancia de los hombres célebres, con grabados, 1 pta.

— El libro del tiempo, con grabados, 1 pta.

— Diario de la infancia. Actos religiosos y civiles, ejercicios y recreaciones de los niños en todas las épocas del día, con grabados, 1 pta.

— Las cuatro estaciones del año, cuatro ts, 4 ptas.

— La escuela, 1'50 ptas.

— La niñez, 1'50 ptas.

— Juego y entretenimiento de las niñas, con grabados, 1'50 pta.

— Lecturas é imágenes para los niños, dos tomos con grabados, 3 ptas.

— Anuario popular, profético y pintoresco, con muchos grabados, 1 pta.

— El libro de oro de los niños, traducción del alemán por D. José Muñoz y Gaviria, 8.º, 2 pesetas.

— Los niños de hoy día, por una madre de familia

traducido y arreglado por D. José Muñoz y Gaviria, en 8.º, con grabados, 1'50 ptas.

**Fernández Villabril.**—Silvio Pellico. El libro de la juventud, ó deberes del hombre, traducido por D. José Zorrilla y D. F. Pareja de Alarcón, 2 ptas.

**Ferrer del Rio.**—Galería de la literatura española, con los retratos de Quintana, Lista, Gallego, Toreno y Martínez de la Rosa.—Un tomo en 4.º, 5 pesetas.

— Album literario español.—Esta obra comprende una colección de artículos y poesías de nuestros más célebres escritores contemporáneos, y forma la segunda parte de la galería de la literatura española, 4 ptas.

**Fiesta española (la).**—Album del toreo con 21 láminas que representan desde el encierro, hasta el arrastre del toro por las mulas, 2 ptas.

**Foronda.**—De Llanes á Covadonga, excursión geográfica-pintoresca, por D. M. de Foronda, de la Sociedad Geográfica de Madrid, con un prólogo del Exmo. Sr. D. José Gómez de Anteché, y dos mapas con los viajes de Carlos V, por el Ilmo. Señor D. Martín Ferreiro. Madrid 1893, un tomo en 8.º, con grabados, 3 ptas.

**Frontaura.**—Galería de matrimonio, dos tomos con 258 grabados, 7 ptas.

— Sermones de Doña Paquita, 3 ptas.

— Tipos madrileños, cuadros de costumbres, 3 pesetas.

— La doncella del piso segundo; recuerdos de un estudiante, 3 ptas.

— Mano de Angel (Novela de un joven rico).— El caballo blanco (Memorias de un empresario). Las dos forman un tomo, 3 ptas.



**Gallardo.**—Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos, formado con los apuntamientos de D. Bartolomé José Gallardo, coordinados y aumentados por D. M. R. Zarco del Valle y D. J. Sánchez Rayón.—Madrid 1863-89, cuatro tomos en 4.º mayor, 50 ptas.

**Garcés.**—Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana, expuesto en el propio vario uso de sus partículas por el presbítero D. Gregorio Garcés, con adiciones de D. F. Pérez Villamil, y algunas notas y un prólogo por D. Antonio María Fabié.—Madrid 1886, un tomo en 4.º, 10 ptas.

**Génlis.**—Las veladas de la Quinta, dos tomos en 8.º, con grabados, 4 ptas.

**Grassi.**—La gota de agua. Obra premiada por aclamación en el concurso Rodríguez Cao, 1 pta.

— El Copo de Nieve. Novela de costumbres, 2 ptas.

— Marina. Narración histórica, 2 ptas.

— El Bálsamo de las Penas. Novela de costumbres, 2 ptas.

**Groizar.**—Cuentos y leyendas, 1'50 pta.

**Gutierrez de Alba.**—El amor y los ratones, poema vulgar, leído en el Ateneo de Madrid, 1 pta.

— Alpha y Omega. Trilogía leída en el Ateneo de Madrid, 1 pta.

**Lista y Aragón (D. Alberto).**—Ensayos literarios y críticos, con un prólogo de D. José Joaquín de Mora.—Sevilla, 1844; dos tomos en un volumen, en 4.º, 6 ptas.

**López de Ayala.**—Las campanas de Velilla. Descripción histórica acerca de esta tradición aragonesa. Madrid 1886, un tomo en 8.º, 2'50 ptas.

**López Pinciano.**—Filosofía antigua poética. Ahora nuevamente publicada, con una introducción

y notas, por D. Pedro Muñoz Peña.—Valladolid 1894, un tomo en 4.º, 8 ptas.

**Macías y García.**—Poetas religiosos inéditos del siglo XVI, con noticias y aclaraciones.—Coruña, 1890; un tomo, en 8.º, 3 ptas.

**Manteli.**—Aranzazu, leyenda escrita sobre tradiciones vascongadas, un tomo en 4.º, 3 ptas.

**Martínez y García.**—Curiosidades gramaticales ó complemento de la Gramática castellana; libro utilísimo á los profesores y alumnos.—Segunda edición.—1883; un tomo, en 8.º, 4 ptas.

**Mata.**—Nuevo arte de auxiliar la memoria.—Un tomo, en 8.º, 2,50 ptas.

**Mayans y Siscar.**—Orígenes de la lengua española, compuesta por varios autores, recogidos por D. Gregorio Mayans y Siscar, bibliotecario del Rey, publicados por primera vez en 1737 y reimpresos en 1873, con un prólogo de D. Juan Eugenio Hartzenbusch y notas al Diálogo de las lenguas y á los orígenes de la lengua de Mayans, por D. Eduardo Mier. Madrid, 1873; un tomo, en 4.º, 8 ptas.

**Menéndez Pidal.**—A La-Lá, poesías, 2 ptas.

**Miscelánea taurina** y reglamento para las corridas de toros. Suertes de torear á caballo levantado y sin perder tierra, forma de acosar y derribar desde el caballo. Artículos, poesías y 50 caricaturas de la gente de pelo trenzado, 1 pta.

**Mora (D. Joaquín).**—Poesías, un tomo en 4.º, 5 ptas.

**Palacio (D. Eduardo).**—El Garbanzo. Cuadros históricos contemporáneos, precedido de una explicación, catálogo ó prólogo, por D. Enrique Pérez Escrich, un tomo en 8.º, 1 pta.

**Pelos y señales.**—Boceto crítico de *Maruja*, poema



de Núñez de Arce, por el bachiller Juan de Lima, con caricaturas, 1 pta.

**Pereda** (D. José María de).—Obras completas, catorce tomos: que se venden á 4 ptas. cada uno en Madrid y en Santander, y 4'50 en el resto de España. Van publicados los siguientes:

I.—Los hombres de pro (segunda edición), con el retrato del autor y un estudio crítico sobre todas sus obras, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

II.—El buey suelto... (segunda edición).

III.—Don Gonzalo González de la Gonzalera (segunda edición).

IV.—De tal palo, tal astilla (segunda edición).

V.—Escenas montañosas (segunda edición).

VI.—Tipos y paisajes.

VII.—Esbozos y rasguños.

VIII.—Bocetos al temple.—Tipos trashumantes.

IX.—Sotileza.

X.—El sabor de la tierra.

XI.—La Puchera.

XII.—La Montálvez.

XIII.—Pedro Sánchez.

XIV.—Nubes de estío.

Novela del mismo autor publicada fuera de la colección:

Al primer vuelo (dos tomos, con ilustraciones de Apeles Mestres), 8 ptas. en rústica, 10 encuadernado en tela.

Peñas Arriba (próxima á publicarse).

**Quevedo Villegas**.—Política de Dios.—Gobierno de Cristo; con privilegio en Madrid 1626; reimpresso en 1868; dos tomos en 8.º, 3 ptas.

**Roda** (D. Arcadio).—Los oradores griegos. Lec-

ciones explicadas en el Ateneo de Madrid, 1872 y 73, un tomo en 8.º, 2'50 ptas.

**Roda** (D. Arcadio).—Los oradores romanos. Lecciones explicadas en el Ateneo de Madrid, 1873 y 74, un tomo en 8.º, 2'50 ptas.

— Breves noticias sobre la vida literaria y política de Cánovas del Castillo, 1 pta.

**Romero Larrañaga**.—Poesías, publicadas bajo los auspicios del Liceo artístico y literario de Madrid, un tomo en 8.º, 3 ptas.

— Amar con poca fortuna, novela fantástica, en verso, un tomo en 8.º, 3 ptas.

**Ruizgomez** (D. Andrés).—Silvestre del todo. Novela festiva, 1 pta.

**Sales Mayo**.—El gitanismo: historia, costumbres y dialecto de los gitanos, con un epitome de gramática gitana, y un diccionario caló-castellano, por D. Francisco Quindalé.—Madrid 1870; un tomo en 8.º, 1,50 ptas.

**Sbarbi** (D. José María).—Monografía sobre los refranes, adagios y proverbios castellanos, y las obras ó fragmentos que expresamente tratan de ellos en nuestra lengua. Obra premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso público de 1871.—Madrid 1891; un tomo en 4.º mayor, 10 ptas.

**Sckack**.—Historia de la literatura y del arte dramático en España, por Adolfo Federico, Conde de Sckack, traducida del alemán al castellano, por Eduardo de Mier.—Madrid 1885-87; cinco tomos 8.º, 25 ptas.

**Sellés**.—Narraciones para los celosos, para los viejos, para los idealistas, para los holgazanes, para las señoras, para los confiados, para los filántro-



- pos, para los descastados, para los divertidos, para los jugadores. Madrid 1893, 3 ptas.
- Simonet** (D. Francisco Javier).—Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes, precedido de un estudio sobre el dialecto hispano-mozárabe.—Madrid 1889; un tomo en 4.º mayor, de CCXXVI-678 páginas, 21 ptas.
- Sinnés** (D.<sup>a</sup> María del Pilar). *Abuela* (La).—Narración. Un tomo, 4 ptas. (Agotada).
- *A la luz de una lámpara*.—Colección de cuentos morales (obra de texto), 1 pta.  
Contiene: El vestido de baile.—Las dos amigas.—El carpintero.—Los premios.—La presumida.—Los dos rosales.
- *Alma enferma*.—(El).—Tercera edición. Dos tomos, 7 ptas.
- *Angel del Hogar* (El).—(Séptima edición). Dos tomos 7 ptas.
- *Angeles de la Tierra* (Los).—Un tomo, 4 ptas.  
Contiene: A la sombra de un tilo.—Sofía.
- *Combates de la vida*.—Un tomo, 4 ptas.  
Contiene: Una hija del siglo.—Mecerse en las nubes.
- *Cómo aman las mujeres*.—Un tomo, 3'50 ptas.  
Contiene: La virgen de las Lilas.—El Angel de los tristes.
- *Dama elegante* (La).—Manual práctico y completísimo del buen tono y de buen orden doméstico. Quinta edición, corregida cuidadosamente por la autora, 3 ptas.
- *Damas galantes*.—Historias de amor, 3 ptas.
- *Dos madres para una hija*. (Antes se tituló *El lazo roto*).—(Arreglo del francés). Un tomo, 2'50 pesetas.

- Sinués**.—*Dramas de familia*.—Dos tomos, 7'50 pts.  
Contiene: Primera serie.—Una vida sin mancha.—El último amor.—Amor de madre, 4 pesetas.
- Segunda serie: *Celeste*.—El almohadón de rosas, 3'50 ptas.
- *El sol de invierno*.—(Segunda edición), corregida cuidadosamente por la autora, 4 ptas.
- *Hija, esposa y madre*.—Cartas dedicadas á la mujer, acerca de sus deberes para con la familia y la sociedad. Cuarta edición; con un apéndice titulado *Hermana*, que antes se titulaba *El camino de la dicha*. Dos tomos, 8 ptas.
- *Isabel*.—Estudio del natural. (Antes se tituló *A río revuelto*...) Un tomo, 3'50 ptas.
- *Ley de Dios* (La).—Colección de leyendas basadas en los preceptos del Decálogo. Séptima edición, corregida por la autora é ilustrada con láminas, 1'50 ptas (obra de texto).
- *Locuras humanas*. (Arreglo del francés). Un tomo, 4 ptas.
- *Luz y sombra*.—Leyendas originales. Dos tomos, 8 ptas.
- *Morir sola*.—Un tomo con el retrato de la autora, 6 ptas.
- *Mujer en nuestros días* (La).—Obra dedicada á las madres y á las hijas de familia. Un tomo, 2 pesetas.
- *Mujeres ilustres*.—Narraciones histórico-biográficas.  
Contienen: María Estuardo.—Santa Teresa de Jesús. Un tomo en 8.º, 2 ptas.
- Catalina Gabrielli.—*Agripina*, princesa romana.—*Blanca Capelo*. Reina de Chipre y gran



duquesa de Toscana. Un tomo en 8.º, 2 pesetas.

María Josefa Tascher de la Pagerie.—Juana de Arco.—Luisa Maximiliana de Stolberg, princesa Estuardo y Condesa de Albany. Un tomo en 8.º, 2 ptas.

**Sinués.**—Narraciones del hogar.—Dos tomos, 7 pesetas.

Contienen. Primera serie: El lazo de flores.—La rama de sándalo, 4 ptas.

Segunda serie: La copa del obispo.—El amor de los amores.—Cruz de paja y cruz de plomo.—Martirio sin gloria.—El cáncer del siglo. (Antes *Cuentos de color de cielo*) 3 ptas.

— **Novelas cortas.**—Un tomo, 3 ptas.

Contiene: El tesoro de la casa.—Filipina.—La corona nupcial.—Modestia y vanidad.—La maestra de escuela.

— **Páginas del corazón.**—Un tomo, 4 ptas.

Contiene: Mariana.—No hay deuda que no se pague.—La sortija.

— **Plácida y un drama de familia.**—Un tomo, 3 pesetas.

— **Senda de la gloria (La).**—Novela. Segunda edición aumentada. Un tomo, 4 ptas.

— **Una herencia trágica.**—(Narración). Un tomo, 4 pesetas.

— **Un libro para las jóvenes,** seguido del diario de una joven pobre.—(Estudio social). Un tomo, 4 pesetas.

— **Un libro para las damas.**—Estudios acerca de la educación de la mujer.—Cuarta edición, 3 ptas.

— **Un libro para las madres.**—Segunda edición, 3'50 pesetas.

— **Un nido de palomas.**—Un tomo, 3 ptas.

**Sinués.**—Verdades dulces y amargas.—Páginas para la mujer.—Segunda edición. Un tomo, 3'50 pesetas.

— **Vida íntima (La).**—Correspondencia de las familias del gran mundo.—En la culpa va el castigo. Tercera edición. Un tomo, 4 ptas.

— **Vida real (La).**—Alegrias y tristezas de una familia, (estudio social) antes *Cartas á un solterón*. Un tomo, 4 ptas.

**Sobrón.**—Los idiomas de la América latina, estudios biográfico-bibliográficos.—Madrid 1878; un tomo en 8.º, 2 ptas.

**Suárez Bravo.**—En la brecha. Hombres y cosas del tiempo, un tomo en 8.º, 3 ptas.

— **España demagógica.** Cuadros disolventes, un tomo en 8.º, 2 ptas.

**Taboada.**—Madrid en broma, con grabados, 3'50 pesetas.

— **La vida cursi,** con grabados, 3'50 ptas.

— **Siga la fiesta,** con grabados, 3'50 ptas.

— **Caricaturas,** con grabados, 3'50 ptas.

— **Titirimundi,** con grabados, 3'50 ptas.

**Tirso de Molina.**—Cuentos, fábulas, descripciones, diálogos, máximas y apotegmas y dichos agudos, etc., etc., un tomo en 8.º, 2'50 ptas.

— **Teatro escogido antiguo español** de Fray Gabriel Tellez, doce tomos en 8.º, 40 ptas.

**Valbuena (D. Antonio de) (Miguel de Escalada).**—Ripios Aristocráticos (sexta edición) un tomo en 8.º, 3 ptas.

— **Ripios Académicos** (segunda edición) un tomo en 8.º, 3 ptas.



**Valbuena.**—Ripios Vulgares (segunda edición) un tomo en 8.º, 3 ptas.

— Ripios Ultramarinos, primer montón, un tomo en 8.º, 3 ptas.

— Ripios Ultramarinos, (2.º montón), un tomo en 8.º, 3 ptas.

— Ripios Ultramarinos (3.º montón), en preparación.

— Fe de Erratas del Diccionario de la Academia, (tercera edición) tres tomos en 8.º, 9 ptas.

— Capullos de Novela, un tomo en 8.º, 3 ptas.

— Agridulces, (políticos y literarios) dos tomos en 8.º, 6 ptas.

**Velarde.**—Obras poéticas, dos tomos en 8.º, 8 ptas.

— Teodomiro ó la cueva del Cristo: leyendas, 2 pesetas.

— Toros y chimborazos, 1 pta.

**Verdes Montenegro.**—Campoamor. Estudio literario. Madrid 1887, un tomo en 8.º, 1 pta.

**Villar y Macías.**—Ecos del arpa. Colección de poesías y leyendas, un tomo en 4.º, 4 ptas.

**Z\*...**—Castellanos y vascongados. Tratado breve de una disputa y diferencia que hubo entre dos amigos, el uno castellano, de Burgos, y el otro vascongado, en la villa de Potosí, reino del Perú, documento hasta ahora inédito. Un tomo en 8.º, 250 pesetas.

**Zorrilla (D. José).**—Poesías. Lecturas hechas en el Ateneo científico literario de Madrid y en el teatro de Jovellanos en 1877; un tomo en 8.º, 3 pesetas.

LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ,  
48, PRECIADOS, 48.—MADRID.



LAS INSTALACIONES  
DE  
ALUMBRADO ELÉCTRICO

MANUAL PRÁCTICO

POR G. FOURNIER

INGENIERO ELECTRICISTA

Y  
J. A. MONTPPELLIER

Director de la *Revista Internacional de electricidad*

CON UN PRÓLOGO DEL

EXCMO. SR. D. JOSÉ ECHEGARAY

TRADUCCION DE

A. HIDALGO DE MOBELLÁN

de la Sociedad de Geografía de México

La pluma incomparable de Echegaray, dice entre otras cosas el insigne ingeniero al comienzo de este libro:

«El carácter práctico domina en él, y, sin embargo, contiene todas las nociones teóricas necesarias para que las reglas no conviertan en recetas, ni los aparatos en mecanismos indescifrables para la razón.

«La obra está hecha con una gran inteligencia: sin elevarse a las altas regiones, esquivando el puro empirismo y armonizando los dos extremos: *la idea racional y el elemento práctico*.

«Se halla escrita con extraordinaria claridad y excelente método, y la traducción se ha verificado también con gran esmero.

La obra, compuesta de un tomo en octavo mayor de 528 páginas con 315 grabados intercalados en el texto, véndese en todas las librerías a 7 pesetas en Madrid y 8 en provincias. En cuadernado en pasta española, 1'50 pesetas más.

